

# **Voces latinas en Montreal**

## **Elena, Martha e Irma cuentan**

Relatos de vida recogidos por Monique Sarfati-Arnaud

# TINKUY

BOLETÍN DE INVESTIGACIÓN Y DEBATE  
N° 2 – Otoño 2005

**Director**

Juan C. Godenzzi

**Colaboradores de edición**

María Mercedes Correa

Daniel Sánchez

## **Voces latinas en Montreal Elena, Martha e Irma cuentan**



elena

irma

martha

**Relatos de vida recogidos por  
Monique Sarfati-Arnaud**

# Índice

Agradecimientos.....	1
Introducción.....	3
Yo me llamo Elena Arias.....	13
Cuando me nació la idea de venir a Canadá (Martha Hernández de Monroy).....	41
Yo llegué a Montreal el 20 de diciembre del 87 (Irma Núñez de la Torre).....	65

## **Agradecimientos**

*A la Facultad de artes y ciencias por haberme otorgado, después de mi mandato de directora del Departamento de literaturas y lenguas modernas, un año sabático para dedicarme a la producción de este libro de relatos de vida de tres hispanoamericanas en Montreal.*

*A Elena Arias,  
A Martha Hernández de Monroy,  
A Irma Núñez de la Torre,*

*mis tres informantes, quienes acogieron mi proyecto con mucho entusiasmo y me concedieron generosamente el tiempo necesario para llevarlo a cabo.*

*A Denise Pilote, mi estudiante de maestría, quien transcribió la primera versión de las entrevistas. Quiero saludar aquí su paciencia y tenacidad.*

*A mi amiga Marta Bulnes quien, por su experiencia en el campo de la literatura testimonial y de la edición, me ofreció su generosa colaboración para reducir los textos y luego, con la misma eficiencia, hizo la revisión del trabajo final. Además, ella aceptó sin vacilar la idea de entrevistarme a manera de introducción. Sus consejos atinados y sus estímulos a lo largo del año han sido una ayuda inestimable para mí.*

*Gracias también a mi amigo Remigio Valdés de Hoyos por su apoyo en las ilustraciones y su aporte estético.*



## Introducción

*¿Cómo creer que el fotógrafo no estuvo presente como parte del evento fotografiado?*

Subcomandante Marcos  
*Los del color de la tierra*  
*Textos insurgentes*

### Entrevista de Marta Bulnes con Monique Sarfati-Arnaud

**Marta Bulnes (MB):** Debería comenzar preguntándote cuándo y por qué te interesas en el género testimonial.

**Monique Sarfati-Arnaud (MSA):** Mi interés por este género surge del estudio de la obra del escritor salvadoreño Manlio Argueta y de la constatación de su filiación con la modalidad testimonial. Estudié varias de sus novelas; entre éstas, *Un día en la vida*, *Cuzcatlán donde bate la mar del sur* y *Milagro de la Paz*. Recuerdo una conversación que sostuve con Argueta, en la que se mostró reticente a que yo asimilara su obra narrativa a la recién llamada "Literatura testimonial". Era claro que para él eso significaba rebajar su obra a un género menor, a lo que algunos llaman, no sin cierto desprecio, "literatura de combate". Con el auge de este género en las últimas décadas del siglo XX y su recuperación por autores consagrados como García Márquez, Vargas Llosa, Poniatowska y otros, Argueta aceptó la clasificación de su obra en el nuevo género, ya que lo que se había considerado como marginal ocupaba ahora un nuevo espacio.

Como dije en otra ocasión, la emergencia de este género, dentro de la diversidad de prácticas discursivas institucionalizadas, replanteaba la tensión que existía entre culturas populares y culturas eruditas, entre la oralidad y la escritura, y obligaba al ámbito literario a redefinir los mecanismos por los cuales se establecen sus fronteras. Tal surgimiento obligaba a su vez al discurso crítico a revisar la rigidez de sus posiciones y a tomar conciencia de la movilidad compleja de los enmarcamientos. Desde esta perspectiva, la literatura testimonial representaría una voz que cuestiona un orden institucional discursivo y lo provoca a establecer una reterritorialización. Se creaban así las condiciones para que la voz de esa "otra" literatura fuera escuchada y enriqueciera la reformulación, por lo menos en América Latina, de su identidad cultural.

En mis trabajos posteriores me dediqué al estudio crítico de obras testimoniales, cuyo proceso de producción incluye dos instancias de enunciación: el sujeto testimoniante y su interlocutor o mediador, quien solicitó la entrevista para luego editarla.

En este trabajo quise dejar de un lado la teoría del discurso testimonial para pasar a la práctica; o sea, ser a mi vez la interlocutora de una(s) persona(s) entrevistada(s) y así vivir desde dentro las dificultades del proceso de producción.

**MB:** ¿A qué se debe tu interés en producir un libro sobre mujeres y cuáles fueron tus criterios para seleccionarlas?

**MSA:** Mi idea era entrevistar a mujeres de origen hispanoamericano que vivieran aquí, en Montreal, y que tuvieran la ciudadanía canadiense. Antes que todo, yo quería romper el modelo estereotipado que se tiene de la mujer hispanoamericana como un sujeto culturalmente sumiso, dependiente económicamente de su esposo, y que además tiene que enfrentarse a la barrera del idioma extranjero que no domina.

La elección de estas mujeres no me creó mayor problema, por lo menos en el caso de dos de ellas, ya que

las conocía desde hace muchos años. Nunca pensé, como un colega me dejó entender, que podría ser un obstáculo para mi proyecto haber tenido con ellas una relación de patrona a empleada. No, porque esas mujeres ya no trabajan conmigo y, además, no hemos dejado de estar en contacto, nos hablamos con frecuencia y cuando pueden pasan a visitarnos o también vamos a su casa.

**MB:** Y, según entiendo, mientras trabajaron con ustedes establecieron una relación diferente a las habituales. ¿No es así?

**MSA:** Sí, efectivamente. Su presencia en la casa ha sido muy importante para nosotros, eran otros miembros de la familia. Además, de cierta manera, compartíamos algo de su situación, éramos inmigrantes como ellas sin más familia que la que íbamos creando, y con cierta barrera cultural... por el hecho de provenir del viejo continente. Así que cuando les planteé mi proyecto no opusieron ninguna resistencia; más bien, percibí cierto orgullo de su parte al ver que las involucraba en mi trabajo académico. El único problema era la programación de las entrevistas, ya que las dos tienen sus ocupaciones. Para ellas era natural desplazarse hasta mi casa, aunque yo les propuse ir a las suyas. Pero como la casa les era familiar, les resultó más cómodo y, en los dos casos, nos instalamos a trabajar en la cocina, como solíamos hacer en otras ocasiones.

Lo que me importaba era que una fuera mexicana, para representar América del Norte, la otra, siendo de Guatemala representaría América Central. En cuanto a la tercera, que tenía que representar América del Sur, yo había pensado en una peruana con quien no tenía la misma relación que con las otras dos, pero cuya trayectoria me interesaba sobremanera. Se trata de una chamana, con quien he tenido la ocasión de encontrarme varias veces. En esas oportunidades, pensaba, bueno, esa mujer tiene muchas cosas que decir, tiene una personalidad muy fuerte y sería interesante entrevistarla. Cuando le presenté el proyecto me dijo que sí, que iba a ser una cosa bonita... Pero, después de varias citas fallidas que me dio, porque en su caso yo iba a verla, tuve que renunciar. Ella siempre tenía una excusa para justificar su indisponibilidad, y como yo era la que solicitaba, tenía que aceptar y esperar a que me diera otra cita; finalmente, dejé de empeñarme en querer incluirla en mi libro... Además, una conocida suya un día me dijo que sería mejor que me olvidara de ella, porque no se atrevía a decirme que no podía. Es que esa mujer, por pertenecer al mundo de lo mágico-religioso, no puede ser captada, no puede enfrentarse con su propia imagen. Me acordé entonces de la vez que quise sacarle una foto y de su reacción: me miró como si le hubiera faltado al respeto y me dijo que no, que no quería.

**MB:** Y ¿qué imagen podrías haber reflejado en el testimonio si el chamanismo está siempre equilibrándose entre el bien y el mal? ¿Cuál habría sido su imagen? ¿La ambigüedad? También es probable que haya temido quedar situada sólo en uno de esos polos...

**MSA:** Quién sabe. Aparte de eso quizás, sencillamente, el miedo a tener problemas legales con la administración de aquí...

**MB:** Ella representaría entonces un pequeño fracaso en este testimonio...

**MSA:** Sí, es una informante que me falló. A pesar de que un día me tiró las cartas y me preguntó acerca de qué era lo que quería saber. Entonces le dije que me interesaba saber si la iba a integrar en mi libro. Se puso a reír, miró las cartas y me dijo que sí.

**MB:** Y, en realidad, en este momento está siendo integrada...

**MSA:** Es cierto, acertó, ahora sí la estoy integrando, aunque sólo marginalmente como probablemente quería ella.

Poco después, alguien me recomendó a otra peruana que yo no conocía. Para mí, esa sería una experiencia muy diferente de las otras dos. En varios aspectos, pero, ahora que la conozco bastante, prefiero hablar de los puntos comunes entre esas tres mujeres y luego volver sobre las diferencias; y la

diferencia con la tercera, en particular.

Como decía, a Elena (la mexicana) y a Martha (la guatemalteca) las había escogido porque quería romper con el estereotipo de la mujer latina. En efecto, ambas tienen una fuerza de carácter magnífica aparte de ser mujeres muy ambiciosas, de tener mucha determinación, mucha fe y amor hacia el prójimo y de ser muy independientes. Muy pronto pude constatar que la tercera, Irma, compartía con las anteriores esas mismas cualidades.

**MB:** ¿De qué manera expresan su amor hacia el otro?

**MSA:** Martha, por ejemplo, a lo largo de su testimonio se presenta como una pastora evangélica, como alguien que saca a los demás de apuros y, por cierto, la gente le tiene mucha confianza y respeto. Elena, desde niña, ha trabajado con enfermos, con gente con muchos problemas; aquí lleva más de quince años trabajando con sacerdotes ancianos que acompaña hasta su última morada. En cuanto a Irma, desde muy joven se ha dedicado a la lucha social.

**MB:** ¿Cómo ves su independencia?

**MSA:** Diría que las tres lograron no depender del esposo (o de un compañero ya que Elena nunca se casó) como suele ocurrir en América Latina. Al contrario, ellas han actuado en su vida como verdaderos jefes de familia. Pienso que esa libertad les ha permitido revelarse a sí mismas, tener confianza en sí para ir adelante y lograr sus objetivos.

**MB:** Ahora, esa fuerza de carácter y esa independencia, por lo que he leído en el testimonio, se expresan con especial respeto hacia el marido, ellas tienen voz y capacidad de decisión, pero no anulan al hombre.

**MSA:** Es cierto, sobre todo en el caso de Martha. Recuerdo que un día le hice ver que a pesar de estar casada desde los dieciocho años casi no hablaba de su esposo. Ella me contestó que desde el principio era la que organizaba todo en la casa y la que manejaba el dinero; sin embargo, me explicó que para ella era muy importante respetar la jerarquía familiar, es decir que la mujer tiene que preguntarle siempre al esposo si está o no de acuerdo con sus decisiones. Y Martha siempre ha cumplido, aunque haya tenido a veces que recurrir a ciertas estrategias para lograr lo que quería.

**MB:** Ella se gana su independencia.

**MSA:** Claro, totalmente. El caso de Elena es diferente porque siempre estuvo sola para decidir. Incluso me confesó que hoy día es incapaz de recibir órdenes de un hombre. Sólo puede convivir con su hijo y aun con él le cuesta a veces.

En cuanto a Irma, diría que pertenece a otra generación: cuando todavía vivía con su esposo y era la que hacía todas las gestiones para salir adelante, si él no estaba de acuerdo con una decisión suya, en vez de someterse le hacía ver que también ganaba su plata y que la podía gastar como le daba la gana. Ahora que vive sola con sus hijos ya no tiene esa presión encima.

**MB:** ¿Incide o no en las entrevistas tu relación con las dos informantes más próximas? ¿Cómo viviste tú esas entrevistas?

**MSA:** Para mí fue una experiencia muy enriquecedora, que a la vez me hizo descubrir aspectos de su personalidad que no conocía y también me hizo reflexionar sobre mi propia trayectoria, ya que he compartido lo cotidiano con dos de ellas durante muchos años. La confianza que depositaron en mí, al entregarme su intimidad, me conmovió mucho y reforzó los vínculos afectivos que ya compartíamos. Si bien conocía su fuerza interior, ahora las aprecio todavía más.

Se me había borrado de la mente cómo llegaron a este país. Cuando volví a escuchar estos episodios tan fuertes de sus vidas y luego su recorrido a lo largo de los años, tuve la impresión de estar frente a

verdaderos personajes de ficción.

Con Elena, a quien mejor conozco, se ha ido creando con el tiempo una verdadera relación familiar, realmente íntima, como si fuera una hermana, probablemente por haber vivido juntas momentos difíciles. Pero quizás algunos de ellos no fueron tan importantes para ella, como es el caso del incendio que ni siquiera menciona en su testimonio. Ella vivió unos años en la casa, lo cual significaba compartir nuestra vida. En noviembre del 78 tuvimos un incendio. Ocurrió de noche. Dormíamos todos. Mis hijos eran unos bebés. A Elena la despertaron como unos estallidos cerca de su cuarto. Cuando decidió levantarse para ver lo que pasaba vio que había llamas en el taller y subió para despertarnos. Nunca olvidaré la manera como nos avisó: "Señor Patrick, señor Patrick, creo que hay un incendio abajo". No parecía asustada. Sin embargo, al escuchar su voz salté de la cama y llamé a los bomberos, mientras mi esposo bajaba a ver qué pasaba. Sólo pudo constatar que efectivamente había un incendio abajo y que era una cosa grave, ya que al lado estaba el tanque de aceite que podía inflamarse. Los bomberos acudieron en seguida y nos hicieron evacuar la casa, mientras afuera hacía un frío del demonio. Tuvimos que sacar a los niños todavía dormidos que sólo envolvimos en mantas. Los vecinos despertados por los faros giratorios del coche de los bomberos nos acogieron lo que quedaba de la noche. Elena nos había salvado la vida. El incendio afectó algunas piezas de la parte de abajo pero el humo invadió toda la casa. Al día siguiente tuvimos que volver a nuestras actividades con el gran susto adentro. Pero a la semana de haber vivido el incidente, Elena tuvo un ataque de nervios y la llevamos al hospital. El periódico del barrio mencionó el incendio de nuestra casa y es probable que eso fuera lo que le hizo tomar conciencia del peligro al que habíamos escapado gracias a ella.

Yo nunca había visto llorar a Elena... Lloró mucho durante las entrevistas, hasta me pidió varias veces que detuviera la grabación. Lo que contaba me conmovía mucho, pero como soy una persona que no sabe llorar me sentía mal al ver cómo ella lloraba; hasta le tuve que pedir perdón, justificarme por no llorar con ella. Todo eso crea un ambiente especial, pues yo también le entregaba parte de mi intimidad; éramos dos seres humanos compartiendo muchas cosas y deseando construir algo juntas. Me parecía importante que un día su hijo pudiera leer la historia de su madre. Cuando yo hablo con su hijo le digo "tú sabes que tienes una mamá extraordinaria" y la última vez que se lo dije, me contestó que sí, sabía. Su respuesta me tranquilizó porque Elena tuvo muchos conflictos con su hijo.

**MB:** Insisto en lo mismo, a tu juicio no existió la barrera entre el superior y el empleado.

**MSA:** No, honestamente pienso que no han sentido esa barrera de superior a empleada. Si bien yo dirigía la entrevista, ellas podían parar la grabación cuando querían, decidir volver a un tema o decirme que preferían hablar de tal asunto otro día. Cuando Martha prefirió sacar frases que hubieran podido herir a ciertas personas, me pareció muy pertinente y las borré. Lo mismo ocurrió con Irma. Para mí esas intervenciones tuyas son la prueba de nuestra interacción, de una colaboración abierta.

**MB:** En lo que acabas de contar acerca de Elena, observo un dato importante; te sorprende que no recuerde el incendio en su narración y dices que ella toma conciencia del incendio cuando descubre que ha salido en el periódico. Eso tiene relación, a mi entender, con lo que tú estás haciendo: colocar su vida enfrente de ella. En el caso del incendio, "ve" el riesgo cuando aparece publicado, escrito.

**MSA:** Es cierto, pero yo también he reaccionado así cuando leí el artículo en el periódico. Pienso que es el proceso normal después de un golpe fuerte. En un principio uno no piensa, sólo actúa y luego, al darse cuenta de lo grave que fue, se asusta retrospectivamente. Lo que tú subrayas es que el texto escrito tiene un efecto legitimizador sobre la palabra.

**MB:** Además tú has dicho: "Yo quería que su hijo..."; en el presente testimonio la revelas como sujeto histórico que deja huella y por el hecho de estar "impresa" ésa se muestra y permanece.

**MSA:** Pienso que las tres vieron en estas entrevistas una manera de hacer un balance de su vida. Narrar es recordar. Lo interesante es que las tres han vivido cosas muy fuertes y son conscientes de que esos momentos difíciles las ayudaron a crecer y seguir adelante. Las tres son mujeres muy determinadas. Y me parece normal que sientan orgullo por lo que han hecho y que quieran compartir su experiencia para alentar a otras mujeres. Por eso vieron la publicación de su testimonio como una oportunidad quizás única para ellas.

**MB:** ¿Qué espera Elena del testimonio?

**MSA:** Dejar huellas para su hijo y para los hijos de su hijo. Pero también para todas sus primas y sobrinas que viven en México...

**MB:** Tomar visibilidad...

**MSA:** También, claro, porque Elena no es de escritura, es más bien verbal; me impresiona su lógica, su manera de hacer introspección y de hablar de sus numerosos proyectos. Entonces, como ella no puede contar con la escritura, creo que lo que espera de este trabajo es que deje una huella escrita de su experiencia para que su hijo descubra aspectos de su madre que desconocía, aquello que se reservaba por pudor de madre.

**MB:** ¿Y en el caso de Martha?

**MSA:** El caso de Martha es algo distinto. Martha estuvo en casa hace poco y le propuse leer su testimonio. ¡Ella feliz porque se había olvidado las gafas! Fue una experiencia muy interesante para mí. Mientras yo leía, podía ver en su cara la satisfacción del resultado. A veces, le notaba la emoción y hasta le volvían a salir las lágrimas en los mismos pasajes que cuando me los contaba. Aprobaba la lectura y me decía "¡Uh!... ¡cuando lea la gente esto!". Y hacía el gesto de que mucha gente iba a adherirse a su religión. Y era muy gracioso porque es lo que más le interesaba... realmente atraer a nuevos feligreses para su parroquia.

**MB:** Ella es una pastora de "conciencias".

**MSA:** Exacto. Y como en su testimonio da varios ejemplos de sus logros, probablemente vio allí la posibilidad de hacer cierta publicidad...

**MB:** Ese sería su principal objetivo, no tanto su visibilidad familiar, digamos.

**MSA:** Creo que sí. Martha está totalmente involucrada en su papel de pastora y lo que la gente espera de ella. Siente que tiene una misión que cumplir y lo demás no importa tanto.

**MB:** De ahí que hayas respetado su voluntad y cedido tanto espacio a lo religioso; en ese sentido, has tenido que amoldarte a sus objetivos.

**MSA:** Es que todos los temas que abordábamos acababan invariablemente en torno a su fe; desde su infancia hasta su llegada aquí, en Montreal. Para ella todo era la obra de Dios. Así que no tuve otro remedio que entrar por esa vía en la intimidad de Martha.

**MB:** Y su energía viene de Dios.

**MSA:** Totalmente. Y esa omnipresencia de Dios en su discurso le da mucha fuerza.

**MB:** ¿Cómo fue la relación con Irma durante las entrevistas?

**MSA:** La amiga que nos puso en contacto me comunicó que Irma no veía el interés de contar su vida, puesto que no había hecho nada extraordinario. Sin embargo, aceptó que nos encontráramos. En su caso, yo fui a su apartamento. Me acogió con un lindo niño de cinco meses en los brazos, quien contribuyó a romper el hielo, dado que tenía que darle el pecho y estar pendiente de él. Entre dos tomas le explicaba mi proyecto y ella, muy atenta, se entusiasmó al ver que yo quería ofrecer otra visión de la mujer hispanoamericana. Se sentía parte de ese grupo de mujeres con fuerza de carácter y decisión, o sea todos esos puntos que ya mencioné.

**MB:** Decías que Irma posee una enorme facilidad de palabra...

**MSA:** Enorme. Curiosamente, ella fue la menos inhibida de las tres aunque no me conociera. Como si estuviera preparada para este tipo de encuentro. En ciertas ocasiones le fallaba la memoria para algunas fechas, pero yo sentía que tenía un gran deseo de contarme su recorrido; a veces, sus propias respuestas a mis preguntas le sorprendían y así, poco a poco, se entusiasmaba por esa corta aventura que vivíamos juntas. De las tres mujeres entrevistadas es la más joven, tiene unos cuarenta años, pero parece mucho menor.

**MB:** ¿Pertenece al mismo grupo social?

**MSA:** No. Irma pertenece a otra clase social. Ella sí pudo estudiar en la universidad, en Lima. Durante las entrevistas pude observar con qué facilidad salpicaba su discurso de palabras en inglés o en francés. Además, por la educación que recibió y por sus experiencias personales, se abrió muy pronto hacia los marginados. Viajó mucho dentro y fuera de su país y no tardó en involucrarse en la lucha social. Su testimonio me sirve de contrapunto de los otros dos.

**MB:** En ese sentido, es la que está más cerca de tu proyecto...

**MSA:** Yo no diría eso, porque lo que buscaba al principio era más bien mujeres que no habían estudiado, pero que sí habían sabido salir de apuros. Buscaba a personas que provenían de un estrato social modesto y que habían ascendido de nivel social por sí mismas.

**MB:** Sin embargo, tú aspirabas a reubicar a la mujer hispanoamericana en el imaginario de esta sociedad, lo cual coincide con el propósito de Irma al entregar su testimonio; en un caso, estimo que se trata de un objetivo más universal y en el de las otras pareciera más personal, sea familiar o religioso.

**MSA:** Puede ser, aunque gran parte de su testimonio está centrado en su historia personal y su voluntad de ganar su independencia. Me interesaba también mostrar hasta qué punto la mujer hispanoamericana puede o no integrarse a otra cultura; en este caso, la cultura quebequense. Pienso que Elena e Irma lo lograron mientras que Martha quedó muy arraigada a su cultura. Ha recreado en Montreal una micro sociedad centroamericana, a través de su iglesia evangélica a la que acuden salvadoreños, nicaragüenses, hondureños, panameños, guatemaltecos y hasta cubanos. Desafortunadamente, Martha nunca logró hablar francés, ni inglés; sólo se desenvuelve en español. Sin embargo, su gran orgullo es que sus hijos, pero sobre todo sus nietos, hablan los dos idiomas y se sienten totalmente integrados en el Quebec. Ella dice que ha logrado integrarse a través de sus nietos, de su descendencia.

**MB:** Respecto de las entrevistas, propiamente, ¿trabajas con pautas de preguntas previas o privilegas la conversación?

**MSA:** Para las tres había preparado un "dossier" con preguntas, pero siempre una pregunta integra otra, así que a veces me daba cuenta de que la segunda pregunta ya la habían contestado y tenía que pasar a otra. Bueno, yo no soy experta en entrevistar a la gente, así que ha sido una ocasión para darme cuenta de ciertos defectos. Por ejemplo, en el caso de Elena y de Martha, durante las transcripciones observé que yo intervenía demasiado y que las interrumpía para completar lo que iban a decir, quizás por conocerlas tan bien. Cuando veía que Elena no encontraba las palabras, sobre todo al principio, la ayudaba, pero luego me daba cuenta de que perdía el hilo por culpa mía.

Las entrevistaba el día que les convenía mejor, yo me ajustaba a su horario. Tanto Elena como Martha solían llegar a las nueve de la mañana y en seguida nos sentábamos a trabajar. En ambos casos, nos reunimos en cuatro oportunidades y grabé como cuatro casetes, de 90 minutos, con cada una. Yo grababa y tomaba notas; cuando sentía que estaban cansadas, parábamos y preparábamos la comida. Luego empezábamos de nuevo y como a las 4 ó 5, las acompañaba hasta la estación de metro. A veces, al mediodía, no querían interrumpir la sesión, no tenían hambre y quizás temían perder el hilo o el interés...

Querían seguir contando y era yo la que no aguantaba el hambre y pedía que hiciéramos una pausa. Pienso que el testimonio de Elena fue el que más me hizo pensar. Compartíamos muchos recuerdos y no siempre coincidíamos; es bastante revelador escuchar la versión que otra persona tiene de un mismo acontecimiento cuando han pasado tantos años.

Con Irma fue distinto porque sólo me podía dar una hora, dos horas como máximo, lo cual es poquísimo. Entonces salía de su casa un poco frustrada porque pensaba que nunca íbamos a acabar. Irma respondía a mis preguntas con una profusión de detalles asombrosa.

**MB:** ¿Qué puedes decir respecto de las preguntas? Quizás funcionan esencialmente como estímulos... como una invitación para establecer la conversación...

**MSA:** Sí, de cierta manera sirven para abrir el camino y luego para que no se pierda el hilo conductor.

A las tres les pedí que empezaran por su llegada a Montreal, un momento muy fuerte para todas. Luego les hacía preguntas sobre su infancia, su vida en su país de origen y a medida que me contaban veía ciertos puntos en común, como por ejemplo el hecho de que las tres hayan vivido en el campo y que tengan una entrañable relación con la naturaleza. Elena, en el valle de Toluca, cerca de México; Martha en el sur de Guatemala; Irma en la zona de Cuzco, de Anta. Así que las tres tienen recuerdos casi similares, sus paseos a caballo con el abuelito, sus experiencias con animales; a veces yo pensaba que alucinaba y que cuando Martha o Irma me contaban algo, ya lo había escuchado de Elena.

**MB:** Al mencionarte lo de las preguntas, estaba pensando en el método, que no es rígido; una pregunta, establece el hilo conductor y le ofrece la palabra, la invita a hablar con esa pregunta; pero, luego, la informante no sólo responde a “esa” pregunta, sino que amplía su relato y se produce una suerte de caos conversacional, hasta que después de no sé cuánto tiempo tienes que volver a insertar ese hilo conductor, que es la pregunta. De manera que el método no es tan estable, como lo enuncia la teoría; en la práctica, no sucede así.

**MSA:** No, por supuesto. Hay que ser flexible y dejar a la persona que goce al entregar sus recuerdos. Luego, cuando se hace la transcripción, a veces se encuentran incongruencias y hay que aclararlas con ellas. Pero pude comprobar que necesitan ese hilo conductor, que las obliga a volver a la estructura fijada por mí.

**MB:** Otro aspecto que deberíamos abordar se refiere al denominado “pacto de veracidad”. El cual, en mi opinión, corresponde a “su” verdad, a la del testimoniante.

**MSA:** Exactamente. Y cuando se trata de recordar el pasado, uno lo hace a partir de su imaginario, de lo que su mente quiso grabar y lo que cuenta es esa visión de las cosas. Por ejemplo, sé que si les recuerdo a mis hermanos algo que me ha impactado, me pueden decir que no se acuerdan y hasta que me lo he inventado, aunque no sea así. Cada quien va reconstruyendo su pasado a partir de elementos que considera muy importantes.

Recuerdo que en el caso de Irma, su mamá estuvo de visita en su casa por una buena temporada; Irma aprovechó para hacerle leer el texto, no sin cierta aprehensión porque iba a descubrir cosas que ignoraba. La madre lo leyó y lloró de punta a punta. Lloró porque no imaginaba que su hija pudiera haber sufrido tanto en cierta época de su vida. Pero en cuanto al pasado, notó ciertos errores que cometió Irma, como confundirse entre el abuelo y el bisabuelo. Para Irma eso no tiene ninguna importancia, mientras que para su madre, aunque se trate del suegro, sí es grave. Es cierto que desde el punto de vista sociohistórico importa saber cuándo ocurrió lo que se está contando.

**MB:** ¿Qué te ocurre a ti mientras haces las entrevistas o cuando estás transcribiéndolas y observas cosas que te parecen fantasías o fabulaciones? ¿Te sucedió en algún momento?

**MSA:** A veces sí, como en el caso de Elena, cuando habla de su infancia y recuerda haber estado con su abuelo en la casa de un amigo, en una finca, y que, de repente, llega una serpiente, *mazacuate*, que tiene dos cabezas... Viendo su insistencia en afirmar que la serpiente tenía dos cabezas, tomé notas de lo que decía. Y posteriormente aproveché mi viaje a México para preguntar por esa serpiente. Se trata de una serpiente que cuando se da la vuelta, como tiene puntas en el cuerpo, parece que tuviera dos cabezas. Pero es bonito porque Elena, cuando tuvo el gran susto, tendría unos cinco años y para ella era su realidad. Si le dijera a Elena que he averiguado, pienso que rompería con el encanto que permite el recuerdo.

**MB:** Claro, además esa serpiente cumple una función en el mundo sagrado y cultural, que no hay derecho a rebatir. ¿Hubo otros episodios con las informantes en que tuvieras que recordar el pacto de veracidad?

**MSA:** Lo que veo es que hay pequeños fallos en los testimonios de las tres, pero me parece normal porque no son historiadoras y no se han preparado para las preguntas que les hice. Por ejemplo, Irma, cuando habla de los años ochenta y le pregunto quién estaba de Presidente, ella tiene un blanco total, no se acuerda. Cuando le pido a Martha que me aclare sobre la situación política en su país cuando ella se va, no sabe qué decirme, no recuerda cómo se llamaba el Presidente, sólo sabe que la situación era peligrosa. Luego me dice que, en realidad, el que estaba en peligro era su esposo. Ahí sí que tengo mis dudas, no estoy segura del papel que tuvo su esposo, yo creo que Martha transforma un poco la realidad.

**MB:** Pero volvemos a lo mismo, es una verdad necesaria en su discurso sobre la memoria, fue indispensable tal vez para aventurarse al Quebec, coherente con esa época.

**MSA:** Sí, tienes toda la razón. Y también porque después de tantos años de vivir aquí, ella tiene otra visión de su país. Recuerdo que cuando ella me hablaba de los "indiecitos, pobres indiecitos", yo me reía y le decía, "pero, Martha, usted se ha mirado en el espejo, usted es zamba, usted con ese pelo tan bello que tiene"... Su pelo no es un pelo indígena, su pelo es más africano, rizado, su nariz es más africana, pero sí tiene también rasgos indígenas. Así que "usted se distancia de esos pobres indiecitos, pero usted lleva su sangre, tanto de ellos como de los africanos", y le decía "pero es esa mezcla la que hace su belleza de usted". Entonces se reía. Cuando ella viajaba a Guatemala, le pedía que me comprara trajes típicos, huipiles bordados. Y cuando regresaba me decía "Yo jamás en la vida he comprado cosas así, yo no sabía que había un interés en valorar ese tipo de vestimenta". Ahora la escucho y veo que su mentalidad ha cambiado bastante y aprecia mucho más la cultura de su país.

**MB:** ¿Qué podrías decir respecto de los contextos en que se desarrollan las entrevistas?

**MSA:** Yo diría que la cocina es un lugar que tanto para Martha como para Elena es muy familiar. Un espacio que habían hecho suyo cuando trabajaban en la casa. Pero un lugar también de gran complicidad conmigo, donde pasábamos largos ratos charlando de todo. A Martha le recordé un episodio que ella me había contado y que yo quería que me volviera a contar. Ella no le daba tanta importancia, porque era un episodio que no pertenecía a su mundo religioso. Cuando Elena habla de su familia, por ejemplo, yo ya sé cómo se llaman. En México conocí a toda la familia de su tío y su primo, el doctor, me recetó algo para un dolor de garganta. Eso crea indudablemente un clima de confianza entre nosotras, sólo entre nosotras. Porque si alguien llega y nos interrumpe como ha ocurrido dos veces, entonces callan hasta que la persona se vaya. No quieren seguir la conversación porque no se puede compartir con una tercera persona.

**MB:** Eso me parece esencial, la privacidad de la entrevista. En la entrevista no cabe un tercero. Y es paradójico, pues el propósito de esa entrevista es su divulgación. Pero mientras se la recoge es secreta, íntima.

**MSA:** Son secretos, hay un pudor inmenso al confiarme cosas personales, íntimas...

**MB:** Naturalmente, pero es sólo una característica de la entrevista; luego, esos secretos se hacen públicos...

**MSA:** Sí, pero ya no es su voz, ya es la escritura, y ellas son mujeres de la palabra... La escritura me pertenece más a mí que a ellas. Y ellas saben que yo voy a limpiar, a remendar, a cortar, a hermohear... Ellas lo saben.

Decía hace un rato que cuando le leí su texto a Martha, yo la sustituí, no le dije “Martha, léalo”. Mi voz era la suya en ese momento. Yo notaba su orgullo mientras leía, cómo le brillaban los ojos de satisfacción. A pesar de todos los cambios que hice, ella se reconocía y era lo que importaba. Yo creo que hay como una sustitución, en ese momento, y que luego el libro no va a ser el libro de una, sino el libro de tres y quizás de cuatro, si yo me integro.

**MB:** Recordando la polémica del testimonio de Rigoberta Menchú, ¿te parece que se debe pulir, remendar, etc., el discurso de las informantes?

**MSA:** Creo que si uno no pasa por esa etapa, el texto queda ilegible y el lector pierde el interés. No se puede exigir del lector la misma paciencia que tendrá un gestor. Una cosa es escuchar y otra es leer; las estructuras agramaticales, las repeticiones se vuelven muy pesadas. Yo creo que por respeto al lector hay que borrar todo lo que distorsiona el discurso. Así que no creo que sea algo que no se debe hacer.

**MB:** Pero hay una discusión al respecto...

**MSA:** Sí, la hay. Quien penetra en el terreno del testimonio no ignora que está lleno de trampas, desafíos y tensiones. Ojalá no tenga yo nunca problemas con mis informantes...

**MB:** En mi opinión, si ellas reaccionan positivamente ante la lectura del texto final significa que se reconocen y que lo validan como propio.

**MSA:** Además en las conversaciones yo intervine mucho, pero en el texto final eliminé mis intervenciones porque sólo servían para orientar el diálogo. Aquí también se podría decir que hubo manipulación, ya que las entrevistas se vuelven autobiografías... Pero si bien es cierto que borré mis intervenciones, mi presencia se evidencia cuando ellas me interpelan. En algunos casos, no me he borrado del todo, es como un guiño para que el lector vea que no se trata de monólogos.

**MB:** ¿Podrías señalar dificultades especiales en las transcripciones y edición?

**MSA:** La transcripción de una grabación es un trabajo largo y arduo que exige mucha concentración, sobre todo al principio cuando uno tiene que familiarizarse con la voz y el habla del informante. Aquí se trataba de tres informantes, lo que significa mayor esfuerzo de adaptación todavía. La transcripción integral de cada entrevista constaba de unas ciento veinte páginas y después del trabajo de edición sólo quedaban unas setenta.

Cada etapa del trabajo tenía sus dificultades. Desde el principio, cuando escuchaba hablar a Elena, a Martha o a Irma, anticipaba los problemas que tendría en la transcripción de las grabaciones y luego en la edición. A menudo se perdía la voz de Irma con los llantos de su hijo y no me atrevía a pararla para no cortar su inspiración. También, cuando querían confiarme algo que les parecía muy importante, solían bajar el tono de su voz al punto que luego no se podía captar nada. Frustraciones obligadas del transcriptor...

He conservado los casetes de las grabaciones y también las transcripciones integrales a partir de las cuales he sacado el texto final. En varias ocasiones he tenido que recurrir a ellos para aclarar datos.

**MB:** Es fundamental porque a menudo se produce un desconocimiento de las informantes ante ciertas expresiones de sus testimonios. En el caso de Irma y su madre, si tú no tienes las transcripciones y los casetes, la madre podría decir: “Esto nunca fue así. ¿De dónde lo sacó?”.

**MSA:** Sí, es cierto. Lo interesante fue cuando Irma leyó su texto, porque fue la única que lo hizo. Su reacción fue decirme: “¡Qué presumida! ¿verdad?”. Y era muy interesante porque así la percibía mi asistente, que es quebequense, mientras yo la defendía. Para mí era una mujer latina que había luchado mucho para ser respetada como mujer y me parecía natural que sintiera orgullo por lo que había logrado. En ningún momento Irma dudó de que lo escrito no correspondía con lo dicho. Puedo decir que las tres reivindican su discurso y están satisfechas con su trayectoria. Todas las dificultades por las que han pasado, todo lo que han vivido hace parte de la construcción de su individualidad, de su personalidad.

**MB:** Para terminar sería interesante saber por qué eliges ser entrevistada.

**MSA:** Quizás porque, a pesar de la carrera universitaria que hice, a pesar de mis investigaciones sobre literatura testimonial en Hispanoamérica, necesitaba por una vez ponerme en el lugar del entrevistado. Ya que el libro es el resultado de unas entrevistas, me pareció normal que la introducción se presentara también como una entrevista, un diálogo con mi interlocutora. Y como tienes bastante experiencia en la producción de testimonios en América Latina y que tú también eres una mujer hispanoamericana, me pareció pertinente que jugaras el papel de entrevistadora.

**MB:** Y, si no me equivoco, tu opción es original, pues hasta ahora nunca he visto que la entrevistadora del testimonio asuma el papel de entrevistada en la introducción de su trabajo.

**MSA:** En efecto, en general las introducciones suelen ser un balance personal del trabajo del gestor, quien también presenta el método escogido y los problemas encontrados.

**MB:** A mi juicio, al ofrecerte como informante, haces un gesto que revela por sí mismo aquella horizontalidad que mencionabas respecto de tus relaciones con Martha y Elena. Y que sin duda también se dio en el caso de Irma. Asimismo, has experimentado lo que ellas sintieron cuando eran interrumpidas por la presencia de terceras personas; nosotras también hemos cuidado el secreto de la entrevista al detener la grabadora...

**MSA:** Y también nos encontramos en la cocina... el mejor espacio para facilitar una conversación más bien informal.

**MB:** Además, existe una relación de amistad, u horizontalidad, como la hemos llamado aquí, aunque de muchísimo menos tiempo.

**MSA:** Pero a la vez puedo experimentar las mismas sensaciones de estrés que mis informantes, porque cuando dices que estamos en una posición de igualdad, yo sé que tú tienes la experiencia de trabajar con el testimonio, sé que has publicado y eso me pone en una posición que hasta ahora desconocía.

*Frelighsburg, 25 de junio de 2005.*

## Yo me llamo Elena Arias

*Amor, amor, amor  
nació de ti, nació de mí  
de la esperanza*  
Gabriel Ruiz

Yo me llamo Elena Arias. Nací en San Miguel Balderas, en México. Tengo 55 años y vivo en Montreal desde el 74. Salí de mi país hace 30, 31 años. Antes de llegar aquí, trabajaba en unos laboratorios farmacéuticos, en la colonia del Valle del D.F. Allí hacían exportaciones, por eso siempre mi deseo fue ir un día a París. Con frecuencia les hablaba a mis compañeras de trabajo de mi viaje a París-Londres. Ellas me vacilaban, decían: «Será París-lombrices». Probablemente porque esas ciudades estaban muy lejos y costaba muy caro ir allá. Yo, en cambio, siempre he pensado “un día será”.

### Yo venía con una visa diplomática

Un día me hablaron de Canadá como un país extraordinario donde había cosas que jamás en la vida había visto. Como soy una persona bastante curiosa y no me gusta que me vengán con cuentos sino que quiero ver las cosas con mis propios ojos, cuando salió una oferta de trabajo, me vine aquí, a Montreal.

La primera persona que me contrató era mexicana y su esposo canadiense. Vine con una visa diplomática a trabajar con ellos.

Mi trabajo consistía en ayudarle a la señora en la casa y con sus niños. Tenían tres hijos. Fue bastante duro porque la señora era muy agresiva y muy celosa con su marido. En ese tiempo yo estaba joven. Llegué a Canadá en el mes de noviembre. Un día había mucho sol, estaba la nieve y quería verla de cerca, tocarla. Entonces le pedí a mi patrona: “¿Es que puedo salir?”. Porque todavía no había salido de la casa. Ella me contestó: “Te traje aquí para trabajar, no para que pasees”. “Está bien”, dije. Pasó un tiempo. Otro día la señora me dice: “Mira, si un día volteas a ver a mi marido, soy hija de mi madre, que te pongo a media calle y a media noche”. Entonces, empecé a pensar: no hablo ningún idioma de este país, hay la nieve, a medianoche, ¿qué puedo

hacer? Sentía miedo, casi terror.

Llegó el doce de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe, y mi patrona, que se llamaba Guadalupe, ofrecía una misa en el albergue del Oratorio St. Joseph y me invitó a asistir. Allí conocí a Nati. La chica se acercó a mí y me preguntó: “¿Tú eres mexicana?”. Y yo: “Sí, pero no puedo hablarte”. “Ah, no te preocupes”, me contestó y escribió su número de teléfono en un papelito que puso en el bolsillo de mi abrigo. Yo tenía prohibido dirigirla la palabra a quien fuera.

Lo que pasaba es que había venido con una visa diplomática porque se suponía que iba a trabajar en la casa del cónsul, amigo de esta señora. Él les había hecho un favor, pero creo que con la condición de que me vigilaran, de que no saliera, no hiciera nada.

Mis patronas se peleaban mucho. Una vez sentí mucho miedo porque ella agarró un cuchillo ancho y grande y él un martillo y empezaron a pelearse. Ella se puso detrás de mí, y él adelante. Yo pensaba que no iba a sobrevivir. Fue muy violento. No podía continuar así. Me sentía bastante... descontrolada, en realidad. En ese momento me acordé del papelito en mi bolsillo y decidí llamar a Nati en un ratito que mi patrona había salido.

Ella casi no salía de su casa, sólo lo hacía para recoger a sus niños. Le conté a Nati lo que pasaba. Ella me dijo: “Mira, en cuanto puedas, vente, apunta bien la dirección y te vienes”. “Pero es que no tengo dinero”, le contesté. Me pagaban cincuenta dólares al mes y me acuerdo que cuando hablé con Nati no tenía dinero. Así que no me atreví.

Un día la angustia me agarró muy fuerte. A veces el señor no regresaba temprano de su trabajo. Ella entonces me despertaba a medianoche y me decía: “Vente conmigo, tenemos que ir a buscarlo”. Eso me espantaba. Además, casi no dormía pensando que un día me iban a poner en

la calle o que ella podía irrumpir en mi cuarto en cualquier momento. Entonces, le dije a Nati: "Sabes, ya no puedo más". Y ella insistió: "Vente en cualquier momento que puedas". Me decidí después que Nati me dijera: "Apunta bien la dirección, toma un taxi y aquí yo lo pago".

### **Mi pasaporte, me lo habían recogido**

El problema es que cuando llegué, la primera cosa que hicieron mis patronas fue retirarme el pasaporte. Así que tenía que recuperarlo antes de irme; me puse a buscarlo y por fin lo encontré. Tomé lo que pude de mis pertenencias y justo cuando ya me iba, llegó la señora. ¡Ay! Me agarró una angustia..., y me bajé abajo volando. Hice como que nada pasaba. A ella sólo se le habían olvidado las llaves. "Ya vengo", me dice. Y yo: "sí señora, no hay problema". En cuanto vuelve a salir, me salgo de su casa. Pero... ¡juy! Sentía que no alcanzaba. Justo pasaba un taxi, así que lo paré. Le di el papelito al taxista y me fui a la casa donde trabajaba Nati.

A ella le dije que quería ir a la inmigración en seguida, que no quería estar ilegal para nada. Cuando llegué a la inmigración, les expliqué mi caso. Que no podía continuar trabajando para la persona con quien lo estaba haciendo. Que tenía una visa diplomática. Nunca mencioné su nombre. Sólo dije que no me entendía nada, nada, con ella. Que quería que me dieran la oportunidad de ganar lo necesario para mi boleto de regreso a mi país. Prometieron ocuparse de mi caso. Luego vino una persona que hablaba español y me dijo: "Mire, no se puede hacer nada cuando hay una visa diplomática, no podemos interferir en el cuerpo diplomático. Pero, en este caso, le vamos a dar una oportunidad para que regrese a su país y, si usted quiere volver, ya será diferente". Insistí para que mi regreso no estuviera a cargo del gobierno de mi país. Quería que me dieran la oportunidad de ganar lo que necesitaba para regresar. "Sí, justo tenemos una oferta de trabajo de una persona que habla un poco español", me dijeron, viendo que insistía mucho en pagarme mi boleto. Y me extendieron un pequeño permiso.

A los cuatro días de estar con mi nueva patrona, me llama el de la inmigración y dice: "Se ha presentado una señora Guadalupe y dice que usted no tiene derecho de quedarse un segundo más aquí, que se va a encargar de expulsarla.

También afirma que nunca más va a poder salir de su país, a ninguna parte; ella se va a encargar de impedirselo".

Esas son cosas que no puedo soportar, son más fuertes que yo. En verdad, yo no tenía la intención de regresar a Canadá. Pero después de lo que escuché, pensé: "No, ella no es nadie para impedírmelo. Regresaré a mi país y luego veremos qué pasa".

Junté el dinero necesario para comprar mi boleto, y como soy una persona que si digo tal día, tal día va a ser, mismo si no tengo ganas, porque me gusta ser cumplida, fui otra vez a inmigración y les dije: "Ahora me regreso". Regresé antes de que terminara el permiso otorgado. Pero antes de irme, le pregunté a mi patrona: "¿Usted está contenta conmigo?" y ella me contestó: "¡Ay! Sí, no quiero que te vayas". Entonces, le dije: "¿Por qué no me envía un contrato de trabajo a México y así me regreso?". Y así fue. Cuando llegué a México, a los pocos días me llamaron y me dijeron que podía ir a recoger el contrato de trabajo para regresar a Canadá. Fui a recogerlo y quince días más tarde volví a Canadá con un permiso de trabajo. Tuve ganas de ir a la casa de la señora Guadalupe para decirle: "Ve, estoy legal y pude salir nuevamente de mi país". Pero no lo hice. Me sentía muy bien. Me parecía que había atravesado algo muy difícil.

En ese nuevo trabajo me encargué de una niña que tenía muchos problemas para comer. Cada vez que iba a comer quería vomitar, yo le cantaba para distraerla. Le cantaba: "Y volver, volver, volver", y ella tragaba la comida sin darse cuenta. Todos los días, lo mismo. La sacaba a pasear. El papá y la mamá trabajaban en su tienda. Tenían una joyería. Casi nunca estaban en su casa. A veces, los domingos, me llevaba conmigo a la niña; a veces, no; a veces, sí. También tenían un niño que se quedaba muy solito en la casa. La vida de ellos era comercio y juego. Venían de Marruecos, los dos. Judíos de Marruecos. Yo veía que los niños no eran su prioridad. Se la pasaban entre el comercio y el juego. Cuando ella regresaba de la tienda se ponía a preparar la comida y yo la ayudaba. Me quedé con ellos un año, hasta que conocí a otra familia.

Con Nati nos hicimos muy amigas. Nos veíamos el sábado por la tarde o el domingo, en mis momentos libres.

Mis patrones hablaban español y me trataban bien. Me sentía bastante responsable con la niña. Yo la quería mucho y ella a mí también. Pero, después, a través de Nati, conocí a otra familia. Ella me convenció de que me fuera a esa casa. La verdad es que me sentía triste al ver que esos niños no recibían el amor de sus padres. Sólo recibían el mío porque sus papás no tenían tiempo.

Como yo salí muy joven de mi casa, me afectaba un poco eso. Además, quería vivir con una familia que correspondiera más a mis expectativas. Pero sentía el peso de la responsabilidad y no me parecía justo dejarlos.

Por otra parte, conocía a una chica de El Salvador que tenía el mismo problema que yo había tenido; o sea, había entrado a Canadá con visa diplomática y necesitaba cambiarse de trabajo. Estaba con una persona que le pagaba muy poco y ella tenía una niña que mantener y no le alcanzaba. Contratar a alguien con una niña chiquita era casi imposible. Y resultaba más difícil todavía porque había venido con una visa diplomática. Entonces le hablé de la posibilidad de pasarse donde yo trabajaba y de trasladarme a la casa de la familia que me había hablado Nati. Le prometí que hablaría con mi patrona y haría lo necesario para convencerla. Le expliqué a mi patrona que mi amiga era la persona ideal para cuidar a sus hijos porque era madre y además necesitaba trabajar. Al principio se negó, decía que Margarita -así se llamaba- hablaba mucho, demasiado y que era lo opuesto de mí. Yo insistí en que sus hijos iban a estar bien con Margarita. Y la convencí. Le hizo un contrato de trabajo. La ayudó a salir de su mala situación, igual como lo había hecho conmigo.

Hoy me doy cuenta de que cuando vine a Canadá, en el año 1974, no tenía la mínima idea de lo que era el país. No sabía que venía a una provincia donde se hablaba francés, ni que había otras provincias donde sólo se hablaba inglés. No, nunca pensé que había dos idiomas en el mismo país. Fue una gran suerte conocer otro país y otra cultura, muy diferente a la mía.

### **Yo fui a arreglar mis papeles con el acta de nacimiento de una prima**

Cuando decidí venirme, le avisé a mi papá que me venía a Canadá. Y él me dijo, muy enojado:

“No, tú no te vas a ninguna parte. ¿Cómo piensas que vas a ir a una parte que ni siquiera conoces, ni sabes? Lo que tú vas a hacer es que te vas a casar y no me lo quieres decir”. Luego, añadió: “Tú no te puedes ir a ninguna parte porque no tienes ningún papel. Yo no puedo darte ningún papel porque tú no los tienes”. Mi problema era ése. Entonces fui a arreglar mis papeles con el acta de nacimiento de una prima que había muerto. Porque mi papá nunca quiso darme nada. En el juzgado, no encontraron nada, así es que de esa manera saqué mis papeles para venirme a Canadá. Fue difícil, pero ahora estoy muy contenta de ver que pasé a través de muchas emociones y conocí otra cosa. Porque cuando yo era pequeña, me decía mi padre: “Sabes, te voy a hacer una casa en «La Calavera»”. “Allí te voy a hacer una casa grande y tendrás muchos animales para ocuparte”. Yo pensaba: “No, yo no quiero vivir eso. Yo quiero vivir otra cosa. No quiero quedarme en el pueblo. Quiero salirme de mi pueblo, irme a un lugar donde conozca a más gente, donde conozca el arte, la música, otra cultura, otras gentes, diferentes”. Así que la idea de mi papá no me llamó la atención, nunca.

### **Cuando me fui a la capital tenía doce años**

Cuando me fui a la capital tenía doce años. Hacía tiempo que me quería ir. Conocía a unas personas que hacían comercio de mi pueblo a la capital, porque no es lejos, y les pedía: “Búsqüenme un trabajo allá”. Y ellos me decían: “¿Crees que vamos a tener esa responsabilidad de buscarte un trabajo? Tú eres menor de edad. Vamos a terminar en la cárcel”. Finalmente, una señora, de ver que al morir mi madre me quedaba con puros hombres, porque sólo tenía hermanos, se apiadó de mí. Entonces la señora me prometió que me iba a buscar un trabajo. Y efectivamente, un día me dijo: “Te encontré un trabajo. El viernes nos vamos”. Luego, añadió: “Para que no te vean conmigo, yo te espero en Toluca. Tú te tomas la camioneta y yo te espero en Toluca, en la terminal”. Junté un poquito de dinero para el pasaje y me fui. Me fui con ella.

Ella me había encontrado un trabajo de recamarera en una casa particular. Ése fue mi primer trabajo en la capital. Era una familia de mucho dinero y yo sólo me ocupaba de los cuartos. Tenían un hijo de veinte años. Yo iba para los trece. Un día, el joven mozo que también trabajaba allí, me dice: “Elena, Johnny te está

echando ojos". "¿Cómo es eso?" –le digo– "¿cómo es eso?". "Ten mucho cuidado. Nunca, nunca estés en el cuarto, a solas con él. No permitas nunca que pase algo. Cualquier cosa, gritame".

Un día el hijo de los patrones me encontró haciendo su cama y cerró la puerta del cuarto. "Hace tiempo que esperaba este momento", me dijo y empezó a corretearme por el cuarto. César, el mozo, se dio cuenta de que algo pasaba y fue a tocarle la puerta: "Joven, joven –le dijo– le está llamando su mamá y necesita urgentemente que vaya". Aproveché para salir, o sea él abrió la puerta y me salí asustadísima. Me fui de esa casa. No quise estar más allí.

Pude encontrar otro trabajo en el hospital México, que está cerca de Reforma. Allí empecé como ayudante de enfermera. La enfermera del cuarto piso tenía a cargo cuarenta personas, veinte mujeres y veinte hombres. Eran dos salas grandes donde de un lado estaban las mujeres y de otro los hombres. Yo le ayudaba a hacer las camas, a hacer curaciones, a hacerles masajes a los pacientes.

Los hombres eran unos jóvenes que habían tenido accidentes de trabajo y que estaban cubiertos por el ISSSTE (Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado).

Las mujeres eran más bien todas de edad. Recuerdo que en un cuarto había dos viejitas, de unos ochenta años. Habían sido maestras. Un día me dice una de ellas, que se llamaba Catita: "Elena, Elena, ven, dame un vaso de agua, por favor". Y le digo: "¿Y la enfermera?". Y me contesta: "Es que no me quiere dar". Entonces, fui y le acerqué el vaso de agua pero vi que no podía tomar. Saqué de mi bolsa un dinero y fui a comprarle una manzanita, que es un refresco. Le puse popote y le dije: "Chupe, así nomás". Así hizo y casi se terminó la manzanita. Mientras bebía yo le sujetaba la cabeza para que no se ahogara. Al terminar la manzanita, me dice: "¡Ay, Elena! Te vas a ir al cielo". Y le digo yo vacilándola: "Y con todo y zapato". ¡Y se muere entre mis brazos! ¡Yo no sabía qué hacer! No sabía qué hacer. Si acostarla o dejarla. No sabía. Me quedé paralizada. En realidad, se estaba muriendo de sed y esto le faltaba para morir. Así que la viejita que estaba al lado, empieza a gritar: "¡Ay! Catita se murió, Catita se murió". "No, no,

no, no se ha muerto –le digo– sólo se durmió y van a venir por ella a cambiarla". Pero efectivamente estaba agonizando. En seguida fui a decírselo a la enfermera. "Sí, ya estaba la pobre que no iba a pasar de este día", y me tranquilizó. "Pero me hubiera dicho que estaba realmente para morir, no me hubiera metido en este cuarto", le dije yo. Y ella: "No podía decírtelo. Eres muy joven".

En este hospital viví cosas muy lindas y a la vez muy tristes. Creo que fue lo que me ayudó a sobrevivir en la vida. Aprendí muchas cosas.

### **Mira, aquí está la ventana, si quieres, tírate por allí**

En la sala de los hombres, de los que estaban enfermos, llegaba en las mañanas y les abría las cortinas: "Levántense, que ahora está el sol muy bonito", les decía.

Lo más fuerte que me tocó vivir allí fue cuando me dijo la enfermera: "Elena, ve a dar de desayunar al número 32", en el tercer piso. Eso no sucedió en el cuarto piso, donde yo trabajaba. Me preparó la charola y repitió: "Ve a darle el desayuno al 32". Yo le dije: "¿Por qué no vas tú?", y ella: "Porque estoy muy ocupada". Me fui a darle el desayuno al número 32. Al asomarme al cuarto, fue tal la sorpresa, como un golpe, un choque violento: el enfermo, que tendría unos dieciséis años, tenía una bola enorme que le tapaba la cara, era un tremendo tumor. Y él era pálido, pálido como si hubiera visto la muerte, no sé. Me miró y me dijo: "¿Y qué haces tú aquí?". "Te traigo el desayuno, pues". "Yo no pedí desayuno". "Pero tienes que comer". "¿Quién te dijo que quiero comer?". Le acerqué la charola, pero las manos, las piernas, me temblaban. Sentía... ¡No sabía ni qué sentía! Cuando le presenté la charola, él levantó el pie y con el dedo del pie le mete a la gelatina y dice: "No quiero". Y yo: "Bueno, si no quieres, no comas, te la dejo". "Mira –me dice– aquí está este tenedor, quiero que me lo metas en el estómago, así puedes terminar conmigo y me harás un gran favor". Y yo: "Mira, aquí está la ventana, si quieres, tírate, no voy a hacer lo que tú me dices. Yo estoy para ayudar a sobrevivir a la gente, no para matarla". No sabía cómo salirme lo más rápido posible, pero sentía que no podía caminar. En eso, él me dice: "Ábreme las cortinas". Yo no quería darle la espalda. Sentía que me agarraría por detrás, no

sé. Una cosa muy, muy, muy fuerte. Entonces le abrí las cortinas y le dije: "Ya vengo" y me fui. Me fui al pasillo. Me senté un rato para recuperar toda esa emoción o miedo. No sé qué pasó después, pero eso es lo más fuerte que viví en ese hospital.

En ese hospital venían mujeres a dar a luz. Como era muy joven, no podía darme cuenta qué cosas pasaban allí. Pero cuando llegaba a trabajar por la mañana, veía que salían muchas jovencitas. Un día le pregunto a una enfermera: "¿Qué hacen estas jóvenes aquí tan temprano? ¿Estarán enfermas?" Ella me contestó: "Sí, hay enfermas a cualquier hora del día". Y yo insistía: "Pero, ¿qué pasa? Dime la verdad". Entonces, me dice: "Es que tú eres muy joven para saber".

Allí conocí a un joven doctor que venía de Morelia a hacer su stage y él me dijo: "Elena, necesitas abrir los ojos. Eres muy joven, pero pasan tantas cosas... Abre los ojos. Eres muy inocente". Él me leía libros de cosas que pasaban, así es que aproveché para hacerle la misma pregunta que a la enfermera: "Oiga, doctor, ¿qué hacen esas señoritas que salen todos los días en la mañana cuando yo vengo a trabajar?". Y él me contestó: "Ellas son personas de dinero, y pues, vienen a hacer un aborto". Y yo: "¿Y por qué?". Y él: "Porque no pueden guardar el bebé". Yo me preguntaba cómo podía ser que hubiera personas así.

El doctor me explicó muchas cosas y con él fui aprendiendo muchas cosas de la vida. Y mismo él me aprendió a cuidarme de la gente, mismo de las compañeras de trabajo, porque había una que me decía: "Vamos a tal parte, mira que la pasas bien y puedes ganar mejor". Entonces, él me decía: "No, no, no, de ninguna manera. Nunca, nunca, nunca vayas a salir con esta persona. Con la enfermera fulana, no vayas a salir porque allí sí que perdiste". Le doy gracias a Dios de haberme puesto a cierta gente en mi camino, gente que me guió, que me protegió.

En ese hospital me quedé como cuatro o cinco años, lo suficiente para observar muchas cosas. Por ejemplo, cuando nacía una niña, el equipo le daba casi el pésame a los padres, diciéndoles que la próxima vez tendrían más suerte. Mientras que cuando nacía un niño los felicitaban. Yo me preguntaba por qué lo hacían. ¿Qué diferencia había entre el hombre y la mujer? Solían decir

que la mujer siempre es para trabajar y el hombre para hacer dinero, progresar más. Así descubrí que la mujer no tenía el mínimo valor en esa sociedad.

Desde ese tiempo, traté de ver cómo podría desenvolverme sin la ayuda de los hombres.

Dejé ese trabajo por otro, que era de un club deportivo de sociedad, y que yo llamaba de «sociedad», porque allí se encontraban todas las mujeres de los abogados de cerca del presidente. Yo escuchaba sus comentarios, la manera como desvalorizaban a sus empleadas y eso me indignaba. Para mí esa fue otra manera de conocer a la gente. Aprendí mucho. Creo que fue lo que más me ayudó en la vida. Aprendí que había gente capaz de humillar a las personas que trabajaban para ellos. ¡Como si no fueran personas!. Trabajé como tres, cuatro años en ese club. Después me entré a trabajar en los laboratorios farmacéuticos.

Por cierto, cada vez que cambiaba de trabajo ganaba y aprendía más. Aprendía cosas diferentes. En los laboratorios, me ocupaba de empacar medicamentos, de colocarlos en las cajas y etiquetarlos. Y, bueno, allí conocí a la persona que me hizo venir a Canadá, que fue una de las experiencias más grandes de mi vida, lo que me ha hecho crecer como persona, como ser humano, cumplir lo que había pensado cuando tenía como cinco o seis años.

### **¡Ay! ¿Cómo voy a hacer con esa ratita?**

Cuando conocí a la familia con la cual trabajé durante casi diez años, fue otra experiencia importante. Fueron emociones muy grandes, muy fuertes, que nunca olvidaré.

Era una familia que tenía mucho amor. Me llenaba mucho. Tenía mucho amor por sus hijos. Yo compartía ese amor con ellos y sentía que eran mis hijos porque eran tan pequeñitos. Muchas veces me preguntaba cómo es posible que esté con estos niños tan pequeñitos.

Cuando llegué a esa casa el niño tenía quince meses y la niña... ¡ni siquiera dos semanas! Hasta me entró pánico cuando la mamá me puso en mis manos a la niña: "¡Ay! ¿Cómo voy a hacer con esa ratita?", pensé. "Se me va a resbalar cuando la bañe". Me sentía así, como perdida.

Era algo nuevo para mí. Pero rápido fue pasando el tiempo y creciendo la niña.

Recuerdo los inviernos tan fuertes que había en ese tiempo, cuando llevaba a los niños a la guardería. Fueron momentos tan intensos que no se me olvidarán. Cada vez que pasaba por Greene Avenue con los dos, eran los vientos tan grandes que nos volaban. Yo pensaba: "No voy a trabajar más aquí. Voy a entregar estos niños, y no, no trabajo más, esto es muy fuerte, demasiado fuerte para mí". Cuando llegaba a la casa, la sonrisa de la niña y la inocencia del niño me hacían olvidar todo, todo, todo. Así pasaron los días.

### **El niño tenía problemas de salud**

El niño tenía problemas de salud. No sabíamos como vestirlo: si lo vestíamos mucho, se enfermaba, si lo vestíamos poquito, se enfermaba. Cada semana, cada semana, estaba enfermo. Yo decía: "¡Dios mío! ¿Por qué, por qué no le da salud completa al niño?". Y siempre trataba de que estos niños estuvieran juntos, jugaran juntos, se vieran los dos.

Cuando el niño tenía cuatro años lo operaron. Yo dormía abajo, en el *sous-sol*. Días después de la operación, bajó a verme y me dice: "Vine a verte Elena". Lo vi tan delgadito, tan delgadito, que me levanté en seguida y al rato me fui a la iglesia y le digo a Dios: "Dios mío, dale la salud a este niño porque se me parte el alma al verlo".

Ese día había una oración grande, hicimos la oración y le prometí a Dios llevarlo a la iglesia si le daba la salud. Estaba tan frágil que no pensaba que iba a sobrevivir. Ese día le dije a Dios: "Si Tú lo alivias, te lo voy a traer".

Pero no sabía cómo iba a pedírselo a sus papás, que me lo prestaran porque yo había hecho una promesa. Mi más grande sorpresa fue un domingo, cuando me dicen sus papás: "Elena, ¿podrías quedarte con los niños un rato? Tenemos que salir". Y yo les dije: "Es que yo tengo que ir a misa". "No importa, te los llevas, te los llevas". Ese día, dije: "Gracias Dios mío, éste es el momento que estaba esperando". Y los llevé a la iglesia, a los dos. Le dije al Señor: "Dios mío, gracias. Él viene a darte las gracias también, está aquí conmigo". Fue... fue una cosa muy linda. Me sentía satisfecha de saber que estaba

resucitando.

### **Lo que menos debe perder es la esperanza**

Otro problema que tenía el niño, cuando lo encontré, era su pie. Lo tenía torcido. Los papás decían que si no lo operaban nunca iba a ponerse normal. Entonces ya tenía unos quince meses. Yo les decía: "Su niño va a caminar y va a tener los pies derechos sin necesidad de que lo operen. Le voy a hacer masajes y verán".

Yo veía que los papás no confiaban. Les leía la angustia y la incredulidad en su mirada y me sentía desvalorizada. Así que pensé: "No, pues, voy a demostrarles que hay cosas que se pueden hacer". Para mí era como un reto hacerle sus masajes dos veces por día. Cuando los papás se iban de la casa, me quedaba sola con los niños. Empecé a darle sus masajes, por la mañana, media hora y por la tarde, media hora. Él estaba tan cansado que a veces se dormía mientras le hacía el masaje.

Poco a poco, iba estirando su piecito, estirando, estirando. Un día, cuando estaba sentado entre almohadas porque no podía sentarse solo, le dije a su mamá: "Su niño va a caminar luego". "No – me dice– yo no tengo mucha esperanza de verlo caminar pronto". Y le dije: "Lo que menos debe perder es la esperanza. Lo vamos a hacer caminar, se lo digo yo, que tengo fe".

Así pasó el tiempo. Yo continuaba con los masajes de los pies, día, día, día, día, hasta que noté que podía controlarse mejor. Me acuerdo que llevaba zapatitos ortopédicos, parecía que los tenía puestos al revés, y eso le dificultaba más el caminar. Su mamá, como no tenía tiempo en el día, en las noches, cuando él se despertaba, jugaba con él. Entonces yo pensaba: "Si ella continúa jugando con él las noches y no lo deja descansar, no se puede trabajar." Al otro día no estaba listo para los masajes. Un día, algo enojada le dije: "Usted quiere matar a su hijo, ¿verdad?". Y ella me contestó: "¿Cómo te pones a creer que yo voy a querer eso para mi hijo?". "Pues, si se desvela cada noche, yo no puedo trabajar con él en el día". "Es que es mi hijo. ¡No tengo tiempo de estar con él de día!". "Sí, pero este niño tiene que hacer una progresión constante, constante, constante". Y, bueno, no le gustó mucho. En ese momento decidí hacer un trato con los papás y les dije: "Quiero que me lo

dejen un mes sin estar cerca de él para poderlo ayudar, a... caminar". Finalmente aceptaron el trato. "Bueno, vamos a confiar en ti. Haz lo que creas conveniente", me dijeron. Y empezamos el tratamiento; o sea, más bien dicho, empecé el tratamiento mucho más fuerte, y le dije a su mamá: "Un día de estos, su hijo le va a dar una sorpresa". Pasaron meses.

Cada día le obligaba a hacer más ejercicios, siempre más fuertes, ejercicios que había aprendido en el hospital en México. No tenía estudios teóricos, pero había asimilado la práctica y la aplicaba con el niño. Un día que llegaban de trabajar, les digo: "El niño les quiere enseñar algo. Siéntense aquí". Estábamos todos en el salón cuando el niño se levanta, con cierta dificultad, y se va tambaleando hacia sus padres. ¡Qué alegría! Ellos lloraban, reían, no sabían qué hacer con la emoción al verlo caminar.

Yo compartía su emoción, era como si hubiera ganado un trofeo. Dios me había dado la fuerza y la paciencia, o la inteligencia, de ayudar a este niño que quiero mucho.

### **Cuando hay fe se pueden hacer muchas cosas**

Cuando hay fe se pueden hacer muchas cosas...Y así pasó el tiempo. Después, empezamos a trabajar con las manos. Yo le hacía todos los días ejercicios con las manos para que pudiera vestirse solo, abrocharse sus pantalones, que era lo que más le costaba. Bueno, así pasó el tiempo, trabajando. Llegó un momento en que logró tener un poco más de fuerza en sus dedos y pudo abrocharse los pantalones, ponerse su camisa, con dificultad, pero, ya lo estaba haciendo.

Luego me tuve que ir a México, como un año o un poquito más, y mi mayor decepción fue cuando regresé. Al irme lo había dejado sin pañal y al regresar lo encontré con pañal y de nuevo con la dificultad para abrocharse los pantalones y las camisas. Me dio mucho coraje con la mamá, pero no le dije gran cosa. Dije bueno, vamos a recomenzar. Entonces fue más fácil porque él ya sabía; solamente que había perdido la costumbre.

Luego me atacó a la comunicación. Cuando llegaba de su trabajo, sentía un gran orgullo al decirle a la mamá: "El niño me habló, tuvimos una pequeña conversación, me pidió esto, lo otro".

Ella me miraba incrédula y me decía con cierta ironía: "¿En qué idioma hablaron?". Apenas conocía yo algunas palabras en francés y, según ella, el niño no hablaba. Si con ellos el niño no hablaba, ¿cómo iba a hacerlo conmigo? Ésas fueron otras frustraciones para mí, pero no quería insistirles demasiado.

A veces, la mamá quería acompañarnos al parque y yo siempre decía en mi cabeza "que no venga, que no venga, que no venga con nosotros". No porque no quería que viniera sino porque no dejaba que su hijo hiciera sus ejercicios. En una ocasión, me preguntó: "¿Por qué no quieres que vaya?". Y le contesté: "Es que usted le impide progresar por el miedo a que se caiga". Una vez nos acompañó, prometiendo que no iba a molestar, que iba a leer en un banco. Yo la observaba. Llevaba su libro y estaba sentada, leyendo, según ella. Pero, apenas el niño empezaba a treparse en un árbol, ella gritaba y lo iba a bajar. Yo le decía: "Déjelo, por favor, tiene que recuperar la confianza en sí, tiene que subir, mismo si se va a caer, no es tan alto. Total que en el parque ella no pudo leer su libro de sólo estar mirando lo que hacían sus hijos y yo me desesperé porque habíamos perdido nuestro tiempo. Luché para que los papás creyeran en su hijo y para que él hiciera progresos. Por fin, con más fuerza en sus manos, llegó a vestirse solo y se recuperó.

### **Yo sabía que un día él iba a valerse por sí mismo**

Hubo momentos muy, muy difíciles, sobre todo con el niño. Era muy difícil para mí. Tenía que repetir muchas cosas, constantemente, para que él tuviera una progresión cada día, más y más y más. A veces, me sentía triste al ver lo cansado que estaba. Pero sabía que un día iba a valerse por sí mismo y eso me animaba a ayudarlo a hacer sus ejercicios, aprender a vestirse, pues tenía que forzar mucho sus manos porque no tenía fuerzas. Ahora que lo veo grande, fuerte, siento que mis esfuerzos, todo lo que se pudo hacer cuando era pequeño, no fue inútil. Nunca hemos dejado de vernos, siempre hemos estado en contacto. Eso es muy importante tanto para mí como para ellos. Ahora es un joven independiente que trabaja, escribe, lee, y pasa mucho tiempo en internet con su computadora. Yo digo que es bastante, bastante inteligente: puede tener una conversación con uno. Me da mucha alegría

saber que no tiene que depender de nadie. Se va al trabajo solo, se viene, va a donde quiere. Los papás están al tanto de lo que hace por la comunicación que tienen. Lo veo como un éxito, como el fruto de mucha esperanza y fe en la vida.

### **A veces me sentía nostálgica, ponía música romántica**

A mí, siempre, desde pequeña, me gustó escuchar toda clase de instrumentos, dependiendo de cómo me sentía. Cuando me sentía nostálgica ponía música romántica. Era la que le aprendía al niño. Le aprendía a cantar las canciones de Eydie Gourme. A la niña le aprendía a conocer la música de baile, la música más viva. Había una forma para cada uno. Yo sentía que el niño necesitaba música tranquila que le ayudara a concentrarse mejor, mientras que la niña tenía que sacar del interior mucho más, su punto alegre, tenía que moverse, cantar, bailar. Fue agradable ver a los dos en diferentes maneras.

La música de los Bee Gees fue una locura en mi vida. Una locura que nunca volví a sentir y a la niña le hice compartir esa fiebre. Fue muy especial porque la viví con ella y, lo más bonito, es que me respondía. Ella hacía lo mismo. Vivía intensamente ese momento. Bailaba, se reía, cantaba, tomaba un micrófono de madera y empezaba a cantar y a bailar. El niño y yo éramos su público. Era la cosa más, más linda.

### **Lo que yo deseaba era siempre divertirme con ellos**

Cuando había tristeza siempre acudía a la música. Al niño los instrumentos de cuerda le llamaban mucho la atención. Él los iba identificando. Recuerdo cuando lo ponía a hacer, según yo, sus tareas. Consistían en hacer como arañas con la mano para que pudiera tener más fuerzas, que pudiera sostener bien el lápiz para que pudiera llegar a escribir. Siempre le ponía música de fondo. Como no tenía fuerzas en los huesos, en los músculos, veía cómo hacer para que se valiera por sí mismo. Con la niña era diferente. Me iluminaba en ese momento el ver la diferencia entre ellos. Yo le quería dar a la niña la alegría que no podía tener con su hermanito y a él la posibilidad de defenderse para que pudiera estar su mamá más tranquila. Ése era siempre mi pensamiento. No era tan fácil, pero tampoco era demasiado difícil. Yo también deseaba divertirme

con ellos, en diferentes maneras.

El niño fue desarrollándose cada vez más. La niña entendiendo mejor la situación. Pude ver cómo evolucionaban, poco a poco, hasta el momento en que yo tenía que apartarme, porque pensaba que era el momento que sus papás tendrían que ocuparse completamente de la situación.

### **La música, empecé a descubrirla muy pequeña**

La música empecé a descubrirla muy pequeña. Los hermanos de mi mamá eran hombres muy guapos y las chicas del pueblo les daban "mañanitas". A mi tío Salomón, el más popular, le llevaban las mañanitas cada año, con guitarra y todo. La música me alegraba mucho. En el pueblo había unos señores que tocaban la música para la fiesta: había dos guitarras, dos platillos, un tambor y una trompeta.

Para las fiestas del pueblo, sea la fiesta nacional del 16 de septiembre o la del pueblo el 29 de septiembre, ellos tocaban su música; se llamaba la "música del viento". Me gustaba el sonido de cada uno de esos instrumentos.

Para la fiesta del patrón del pueblo, que se llama Santiago Ototitlan, a la salida de la misa, las mujeres del pueblo vendían huevos de todos los colores. Y cuando la gente salía de la misa compraba los huevos y se los aplastaban en todas partes. Eran rellenos de confetis, de polvo de oro, de polvo de plata y entonces todos se veían con las cabezas blancas, amarillas, de todos los colores. Mismo hasta los sacerdotes, cuando sentían, ya les habían aplastado un huevo. Era la cosa más alegre que se veía; eso y la música.

Todo lo que se refiere a la música siempre me ha fascinado.

### **Yo iba a tener mi propio hijo**

Cuando la niña que cuidaba tenía cuatro años y el niño como cinco, casi seis años, yo quedé embarazada. Iba a tener mi propio hijo. Esa decisión la tomé porque quería mucho a los dos y

me identificaba mucho con la niña. Tal vez porque no había tenido hermanita, yo era la única mujer en mi familia.

Un domingo, le dije a su mamá: "¿Me puede prestar a su niña?". Ella me contestó: "No, no te la puedo dejar porque son los únicos días que estoy con ella". Eso me dio mucha pena y pensé: "Está bien. Un día tendré mi hijo. Nadie me lo quitará y a nadie le pediré más que me preste el suyo". Y bueno, sucedió que yo iba a tener mi hijo.

En el momento que supe que iba a tener un hijo, no sabía cómo anunciarlo a mis patronas porque en ese tiempo no tenía la residencia. Pero nunca me pregunté cómo iba a hacer crecer este niño, si ellos no aceptaban la noticia y yo me tenía que regresar a mi país. Lo único que pensé es que iba a tener algo mío. Nada más. Y llegó el momento en que tuve que anunciarles que iba a tener un hijo. Ellos pensaron que los estaba vacilando. No podían creer porque nunca me habían visto con un muchacho, ni les había hablado de un novio. Luego me felicitaron y compartieron mi alegría. Fue la cosa más grande para mí. ¡Esperar un hijo!

A los tres meses de embarazo tuve que ir a la inmigración para ser residente. El señor me llevó en carro a Nueva York para arreglar mis papeles. En el mismo día volvimos a Canadá y ya tenía mi residencia. Eso me llenaba de fuerzas.

Los niños ya estaban grandecitos. Sabía que no eran míos, que pertenecían a sus papás, lo que me dolía mucho, pero ya me hacía a la idea de que iba a tener mi hijo.

Después de que naciera mi hijo decidí irme de la casa y alquilar mi propio apartamento. A la niña la afectó mucho que nos fuéramos. Pero tenía que hacerlo, tenía que continuar la vida de otra manera. Esa responsabilidad ya no me correspondía. Tenía que corresponder a los papás. Lo que viví con ellos fue extraordinario. Hasta la fecha, los siento mi familia. A los hijos los veo como si hubieran sido mis hijos.

### **La niña fue mi profesora de francés**

Al principio yo quería aprender el inglés. Tomé un curso pero era muy complicado. Cuando llegaba a la casa, después de la clase, hablaban francés o español. Entonces, me confundía con el inglés y el francés. Logré captar el inglés mucho más

tarde. Me entraba más el francés porque era lo que más escuchaba. Cuando me decía la niña: "Nena, léeme, léeme un libro", yo le decía: "Pero, es que no sé leer el francés". "No importa, no importa, yo te corrijo", me decía ella. Entonces, tenía tres años. Siempre estaba sentada y quería que yo estuviera a su lado, leyéndole un libro. Bueno, yo le hacía la lectura como podía. Ella me corregía todo el tiempo. Así que, en realidad, el francés lo aprendí más a través de la lectura, que de la escritura o de la expresión. La niña fue mi profesora de francés.

Cuando intentaba hablar francés con la señora, me corregía dándome muchas explicaciones que no entendía o no me interesaban. Eso no me gustaba. No me gustaba porque sentía un tono fuerte, un tono... más fuerte que mi fuerza. Mientras que la niña no me imponía nada, sólo me decía, me corregía, pero no lo sentía de la misma manera.

Siempre me ha costado aceptar cualquier forma de imposición, por eso me fui de mi pueblo. Cuando alguien me quiere imponer es como si se me apagara la fuerza que tengo adentro. Y he podido observar que lo que intentaba aprender bajo esa presión nunca se me grababa. Pero con la niña sí aprendí el francés, y, gracias a ella, lo hablo bastante bien pero lo leo mejor. De esa manera aprendí el francés. En cuanto al inglés, como no lo practico y casi no lo escucho, tengo que esforzarme.

Desde que estoy en Canadá he aprendido tanto que no me puedo arrepentir de haber hecho lo que he hecho. Creo que lo mejor fue no pensar antes de hacer. Si lo hubiera pensado seguro que no lo hubiera hecho.

Hace poco vino Ángeles, mi prima, y me preguntó: "Elena, es que tú, algún día, te pusiste a pensar qué era lo que significaba tener un hijo?". Yo le dije: "No. ¿Y qué significa para ti?". Y ella: "La responsabilidad de la salud, de que si lo puedes mantener, de que si no puedes trabajar, si te enfermas, qué va a ser de este niño". "¡Uy! Si lo hubiera pensado, creo que no lo hubiera tenido", le dije, riéndome. Es verdad. Pensando en todas las responsabilidades que existen, no es fácil atreverse a hacer las cosas. Pero como lo único que pensé, fue que yo quería algo mío, para mí, tal vez, egoístamente. No me puse a pensar cómo lo voy a hacer, cómo voy a

organizarme. Pienso que de otra manera no lo hubiera podido hacer. De la misma forma, me dijo un día uno de los frailes de mi trabajo, cuando mi hijo tenía once años: "Elena, se te viene la vida dura. La vida se te viene dura". Yo no entendía por qué me decía eso. Y me decía: "La adolescencia es siempre difícil". Yo no lo entendía porque todavía no lo había vivido. Todas las cosas difíciles, si las hubiera pensado antes, nunca las hubiera hecho. No hubiera pasado nada de lo que he vivido, me hubiera quedado en mi pueblo.

A mí me gustan mucho los desafíos de la vida.

Antes de irme a Canadá tenía mi novio. Tenía mi novio y nos íbamos a casar. Él me iba a esperar. Pero cuando regresé de Canadá, después de dos años, él ya tenía otra novia. Después supe que nunca se había casado. Así que es soltero. Está allá, en su casa. Y yo aquí con mi hijo.

### **Era un chico que llamaba equivocadamente**

El padre de mi hijo es griego. Lo conocí por teléfono, de pura casualidad. Un día recibí una llamada, era un chico que llamaba, equivocadamente. Al oír mi acento me dice: "¡Eh! ¡Tú hablas español!". Y le digo: "Sí, hablo español. ¿Y tú?". "No, yo hablo griego. Soy *greco*. Y tú, ¿de qué parte eres?". "Yo soy mexicana". "¡Ah! O.K. Bueno, mucho gusto de haberte conocido por teléfono. Si quieres te hablo mañana". "Sí", le dije. Y así pasó un mes.

Me hablaba todos los días. Y, finalmente, decidimos que nos conoceríamos. El día que nos encontramos, era como si ya lo hubiera visto muchas veces. Y él sintió lo mismo. No fue sorprendente para mí, ni para él. Y así, salíamos. Estuvimos saliendo durante dos años. En esos dos años, pues, nunca había habido una relación íntima. Cuando decidimos tenerla, sólo nos encontramos dos veces y ya no hubo más nada. Terminó allí todo. Él regresaba a su país y quería que fuera con él.

Entonces me puse a pensar –porque ya sabía que estaba embarazada– me puse a pensar: "Un nuevo país. Si tuve bastantes dificultades en éste, donde apenas empiezo a adaptarme, cómo será en otro donde no conozco nada de la cultura y además con un niño". Eso, para mí, era mucho más sagrado; no quería que mi hijo sufriera. Entonces, le dije: "Yo me quedo aquí. Conozco a

mucha gente y sé que no va a sufrir mi hijo. Por más que pasen cosas, podré contar con mis amigos." Fue la razón por la cual no me fui con él. Él se fue y ya no quise tener ningún contacto.

Cuando supo que estaba embarazada reaccionó bien, sólo que me dijo que no se quería quedar en Canadá. Decía que si me iba con él, no haría nada y que su mamá se encargaría del niño. Por eso no quise seguir el contacto, no quería que se llevara falsas ilusiones. Cuando nació mi bebé, quiso saber si era hembra o varón. Entonces me mandó un cheque bastante importante. La cultura de los griegos no es muy distinta a la de los latinoamericanos... Su cheque se lo devolví. Sabía que si lo aceptaba, podría reclamar la paternidad.

### **...fui a traer ceniza de la chimenea para ponérsela en el ombligo**

Mi hijo nació en el hospital St. Mary en Montreal. A los tres días ya estábamos en casa de mis patronos. Mi hijo heredó la cuna de los niños. Un día en que lo acababa de bañar se le cayó el pedazo de ombligo que le sobraba. Fui a traer ceniza de la chimenea para ponérsela en el ombligo de manera que no se le abriera. Guardé el pedazo de ombligo. Según la tradición de mi pueblo, se entierra el ombligo en alguna parte para que se establezca el ser humano. En el pueblo, se suele enterrar en algún lugar de la casa para que la persona tenga una estabilidad allí. Es la tradición.

El de mi hijo creo que lo enterré en el jardín de la casa de los niños que cuidaba, hace casi veinticinco años. Mi mamá me contó que lo había hecho con el ombligo de mis hermanos. Quizás por eso nunca salieron del pueblo. ¡Tal vez no lo hizo conmigo!

### **...un desconocido se quería llevar a mi hijo**

Un día que iba en el autobús con la criatura que tenía como tres meses, se levanta un señor que estaba atrás de mí y me dice: "¡Qué bonito está su niño! ¿Me lo puede prestar un poquito?". Yo se lo di, así, sin pensar. Y el hombre ya se quería bajar del autobús con mi niño. Tuve que gritarle al chófer que cerrara la puerta porque un desconocido se lo quería llevar. Después supe que la idea era del padre de mi hijo. Se lo quería llevar. Decidí no tener más contacto con él. Tal vez fue egoísmo de mi parte. Pero si un día mi hijo quiere conocerlo, le ayudaré.

Un abogado me aconsejó no ponerle el apellido del padre porque si el niño va a Grecia con su padre, el gobierno griego, cuando son varones, los requiere para soldados y no los deja regresar a Canadá.

Cuando mi familia se enteró de que tenía un hijo reaccionó muy mal. Fue muy duro para mí porque no lo aceptaron. No aceptaron el hecho de que yo había llegado al pueblo con un bebé sin el padre. Fue tan duro que sólo la mitad de un día estuve en el pueblo. Me regresé a la capital. Unas amigas me invitaron a ir con ellas a Guadalajara y a Acapulco para superar ese momento, que fue bastante, bastante, duro y difícil superar.

#### **Ese día tomó conciencia de que era su nieto**

Con los años la situación mejoró. Mi papá cambió una vez que mi hermano Armando murió. Yo no pude ir cuando murió mi hermano porque estaba juntando para mi viaje. No tenía lo suficiente. Me faltaban quince días para irme cuando me mandaron una carta diciéndome que él había muerto y que lo habían enterrado. Entonces llegué más tarde. Mi padre estaba enfermo. Cuando llegué, me dice: "Yo pensé que tú también te habías muerto porque no habías venido en el momento que tu hermano se enterró". Le digo: "No, aquí estoy".

En ese tiempo, mi hijo tenía tres años. Un día tuve que acompañar a mi padre al doctor. El niño estaba con nosotros. Recuerdo que íbamos a cruzar una calle de Tenango y que mi padre iba delante cuando viene un carro y casi lo atropella. En ese instante, mi hijo lo jaló de la mano y le dijo: "Abuelito, tienes que mirar para arriba y para abajo para que no venga ningún carro y te machuque. ¡Fíjate bien!". Mi papá lo miró y se le salieron las lágrimas. Yo nunca había visto llorar a mi padre.

Creo que ese día mi papá tomó conciencia de que era su nieto y que era parte de su sangre. No tenía por qué rechazarlo. A partir de ese momento empezó a llamarlo. Pero tengo la impresión de que no sabía cómo hacerlo. Normalmente, los nietos venían a él. Pero mi hijo no iba a él porque tampoco él sabía cómo hacerlo. Se veían como desconocidos. Ahí me da cuenta que el contacto es muy importante. La

relación que se tiene es de cada día. Eso es importante para hacer crecer un amor, un cariño.

#### **Mi hijo es un producto híbrido**

Mi hijo es un producto híbrido, es una mezcla grecolatina y vive el biculturalismo todos los días. Él no tiene una identificación como tal. Pienso que la mayoría de las personas nacidas aquí tienen el mismo problema, porque en la casa es una educación y en la escuela, otra. El conflicto que se da aquí en las escuelas es porque no tienen una identificación con su nacionalidad.

Es muy importante la raíz del país de uno para que el niño se sitúe y sienta que pertenece a ese lugar, porque si no lo hay, se siente como desplazado, no sabe para dónde ir. ¿Para allá? ¿Para acá? No sabe. Y ahora, con tanta cultura que hay, es difícil identificarse. Personalmente, siento que los niños así están como en el aire. En esas condiciones, hacerse un espacio en la sociedad es mucho más difícil.

Mi hijo se siente más a gusto en francés que en español. Yo le hablo en español, pero él me responde en francés. El español lo habla muy bien porque lo estudió y todo. Igual habla el inglés. Pero se identifica más con el francés. Es como su lengua porque sus primeras palabras fueron en francés. La niña que cuidé se ocupaba de él casi todo el tiempo, él era como su juguete. Ella le enseñó a hablar y también le mostró todas las cosas que había en su casa. Lo llevaba a caminar por la casa y le decía: "Mira, ésto es así y si lo tocas se puede romper", le iba explicando así, con detalles, lo que había en la casa. Conoció tanto la casa, lo que había dentro, que cuando caminó no tuvo ninguna tentación de tocar los objetos.

Era un niño bien listo. Yo lo llevaba a dejar a los niños cuando iban a la guardería y después cuando entraron a la escuela primaria. Y cuando íbamos a buscarlos para comer, él iba aprendiendo muchas cosas con ellos.

Así fue creciendo hasta casi los tres años, cuando nos separamos de la familia. A él le afectó muchísimo. Debe haberse sentido como abandonado por la familia completa y fue creciendo con eso. Luego, cuando lo dejé en México, fue otro abandono. Por eso en su adolescencia tuvo muchas dificultades, muchas dificultades.

La música mexicana nunca le ha llamado la atención. Pienso que la encuentra demasiado romántica. Él no es muy romántico; escuchaba el Rap y el Reggae. Probablemente era su manera de mostrarme su personalidad y a la vez era como un desahogo. Quizás también porque estaba a la moda esa música. Ahora ya está cambiando un poco, escucha un poco latino, pero siento que le gusta mucho más el estilo dominicano o la música caribeña.

Los textos que escribió, porque ya no escribe, los redactó en los tres idiomas: inglés, francés y español. Una vez escribió en los tres. En algunas ocasiones, le he dicho que escribe poesía pero nunca lo aceptó: "No –decía–, son canciones". Y bueno, acepto que para mí no sea lo mismo. Pero mismo en mi pueblo cuando se daba una poesía, había música de fondo; por eso pienso que asimilé al rap como la poesía que vivía en mi pueblo. Sus textos son entre violencia y reconciliación.

La gente nunca ha visto a mi hijo como latino. Lo toman por un iraní, un italiano, pero nunca por un latinoamericano. Cuando dice: "Soy latino", le dicen: "No, tú no eres latino". Siempre lo han asimilado a otra nacionalidad. Por eso le es un poco difícil situarse.

Él se siente *québécois* por nacionalidad, pero por su fisonomía no entra con los quebequenses. Tiene muchos amigos quebequenses, en ese sentido no tiene problemas, pero pienso que aquí cuesta identificarse.

### **Con mi abuelito yo viví cosas muy lindas**

Con mi abuelito materno tuve una relación muy bella. Mis abuelitos tenían, una, dos casas, en un lugar que se llama Santiago Oxtotilpan. Se encuentra rumbo de Ixtapan de la Sal. Después de Tenango, está Tenancingo, está Villa Guerrero, y después hay dos caminos, uno va a Ixtapan de la Sal y el otro a Sacango, o sea Ixtapan Sacango.

Cuando se va por Sacango hay que pasar por Santiago. Allí es donde mis abuelitos tenían su terreno. La temperatura es cálida, es muy agradable, no tiene nada que ver con el frío que hace en Balderas. Se puede hacer la cosecha dos veces al año, lo que llaman "riego", y la

cosecha normal.

Mis abuelitos tenían un terreno inmensamente grande donde había aguacates, duraznos, chirimoyas, peras, capulines, chayotes, naranjas. Mi abuelito me llevaba con él cuando iba a cosechar los aguacates; me llevaba, siempre. Me ponía un baberito y me decía: "Espérate". Luego me tiraba el aguacate en el babero y yo me lo zampaba.

A veces me daba un aguacatazo sobre la cabeza y yo, enojada, tiraba los aguacates y me iba a comer los duraznos como por venganza. Regresaba al pueblo con diarrea por la cantidad de duraznos que me había comido. ¡Me gustaban tanto! Con mi abuelito viví cosas muy lindas! Me sentía muy querida por él.

A veces, íbamos a caballo. De Balderas pasábamos a San José, a San Bartolo, a Santa María y a otros pueblitos para llegar a Santiago, todo a caballo.

En el mes de noviembre, que era la temporada de la bendición de los animales, mi abuelo iba a hacer los rosarios. Su compadre tenía cantidad de vacas. Como mi abuelo era el padrino de este evento, él preparaba los collares o rosarios. Consistía en poner alrededor de la cuerda del collar de cada vaca un pan cuadrado pintado como de muerto, pero no era de muerto, una guayaba y una flor de sempasuche. Yo iba con él al monte. Él siempre me llevaba. Nos íbamos y allí me hacía tomar la leche de la vaca, apachurrando la chichi. Me echaba la leche en la boca. Y yo la tomaba. Nos íbamos en el caballo. Una vez me caí. Él ni se dio cuenta. Cuando ve el caballo solo, se voltea y me grita: "¿Qué te pasó? ¡Ay! ¿Eres ya tan grande que ya no te puedes agachar?". Y me subió de nuevo al caballo y nos fuimos. Pasé muy bonitos momentos con mi abuelito. Esos fueron los momentos más bonitos de mi infancia. También me enseñó a ver los animales, de lejos, sin miedo. Donde mi abuelito tenía el terreno había alacranes, pero nunca, nunca, me picaron.

### **Tenía un mazacuate, que es una serpiente con dos cabezas**

Una vez pasamos por un lugar que se llama San José, donde mi abuelito tenía un compadre. Ese compadre tenía un mazacuate, que es una

serpiente con dos cabezas. Cuando vi al animal me espanté y me quedé muda hasta que se fue. El compadre de mi abuelito decía que era su nagual. Decía que le cuidaba las milpas porque se mantenía en el árbol durante la época de la cosecha. El animal llegó a la casa del compadre para que le diera de comer. Allí mismo se enroscó hasta quedar bien enroscado y el señor le dio de comer. Cuando yo lo vi, no podía hablar, no podía hablar. Creo que tenía unos cuatro años, algo así. Me quedé así, paralizada. Y luego se fue. Es el animal que más me impactó. Viendo mi reacción, mi abuelito dijo: "Compadre, ¿pero cómo te atreves a traer a este animalito aquí?". Él le contestó: "Es mi guardián, es el que cuida mis milpas. Cuando va alguien a robármelas, él sólo le chifla. Y como la gente conoce el silbido del animal, entonces, corre y se va".

#### **Y ¡paf! Allí mismo le da un balazo**

Cerca de mi abuelito viví cosas muy fuertes para una niña. Recuerdo que a él le gustaba mucho, mucho tener amistad. Un día, en su casa estaban jugando a la baraja tres amigos suyos y él estaba mirando, igual que yo y mi abuelita, estábamos allí, mirando nomás. Había una mesa en el patio de la casa y allí jugaban los amigos de mi abuelito a este juego que le decían póquer. Iban a terminar e irse porque mi abuelita les dice: "No quiero más juegos aquí". Pero, justo antes de irse, uno empieza a decir que no estaba de acuerdo con la jugada que se hizo y el otro le contesta: "Pues lo siento, pero fue así". Se levanta el que no estaba de acuerdo y le dice: "No me lo vas a hacer así", y saca la pistola, y ¡paf! Allí mismo le da un balazo. Yo me quedé paralizada, no sabiendo qué era lo que estaba pasando. Después, mi abuelita, mi abuelito, vieron cómo al señor herido le salía la sangre por el estómago.

Fueron a avisar a los familiares y después a buscar a la persona que mató. Pero él se había ido; sí, se había ido. Al pobre herido se lo llevaron al hospital a que lo curaran. Pero murió más tarde.

De niña pensaba qué fácil es que la gente le quite la vida a otra gente. Se me hacía normal que en la vida del ser humano no hubiera sentido de vivir

o de morir. Vives o mueres, es igual.

#### **Mi relación con mi abuelita fue muy diferente**

Mi relación con mi abuelita fue muy diferente. Ella era muy, muy difícil, muy dura, muy estricta. No sé cuál sería la palabra correcta para nombrarla, porque ella me aprendió a hacer cosas con humillaciones, con golpes.

Una vez me amarró de las trenzas. Yo tenía el pelo hasta la cola, casi hasta las rodillas, muy largo. Me hacía trenzas. Me gustaba hacerme trenzas y me ponía listones cuando era pequeña.

Cuando recién murió mi madre, salgo a la calle, y me dice mi abuelita: "¿Qué estás haciendo aquí? ¡Tú no tienes por qué estar aquí!". Y me llevó a su casa. Su casa tenía corredores y columnas. Me amarró de mis trenzas en la columna, todo el día. En la tarde me corté el pelo para que no me pudiera amarrar más. Me dolió mucho. Pienso que su manera de portarse conmigo, en lugar de ayudarme, me hizo bastante rebelde. A veces me pregunto si era tan mala porque tenía problemas de salud.

Cuando vivía mi madre me mandaba siempre a ver a mi abuelita, a dejarle un bocadito de comida, de la que había preparado. En una ocasión, yo tendría como cinco, seis años, le llevé la comida porque no era lejos, sólo había un callejón de diferencia. Cuando llegué a su casa, mi abuelita estaba haciendo tortillas y la veo que empieza a dejar caer la tortilla y empieza a temblar y se cae en el comal. Era un ataque de epilepsia. Como yo no sabía qué hacer, me fui corriendo: "Mamá, mamá, a mi abuelita le pasó algo". Viene mi madre corriendo y ve que se había quemado toda la cara. Estaba inconsciente. Entonces la levantó y la curó y después la llevaron al hospital, a Tenango.

En otra ocasión, mi madre me vuelve a mandar a dejar comida a mi abuelita. Mis abuelos tenían una pequeña tienda. Era en la tarde, ya había cerrado la tienda. "Abuelita, ¿dónde está?", le pregunto y ella: "Aquí estoy". En eso, llego cerca de ella y vuelvo a ver el mismo síntoma, se cae enfrente de mí. Con la experiencia anterior voy rapidísimo a traer a mi mamá, creo que volé. Mi mamá vino corriendo. Esta vez mi abuelita se había abierto el labio.

#### **Cuando murió mi mamá, yo tenía diez años y**

## medio

Cuando murió mi mamá yo tenía diez años y medio. Con mi mamá tenía un contacto muy, muy, agradable. Siento y creo que mi madre nunca me ha dejado. Ha estado siempre conmigo, todo el tiempo, en los momentos más difíciles de mi vida. Nunca he dejado de sentir su presencia. Nos llevábamos muy bien. Ella me decía: "Mira, ¿te gusta esto?" o "mira, vamos a hacer esto". Hacía mi ropa, y siempre me decía: "Vamos a comprar la tela que a ti te gusta y te voy a hacer un vestido". Éramos como dos amigas. Así la recuerdo.

Mientras que con mi padre nunca hubo comunicación. Él era una persona que no hablaba mucho. Si observaba las cosas no hacía ningún comentario. A mí eso me dolía. Viví con mi abuelito lo que no pude vivir con mi padre. Me identifiqué mucho con mi abuelito, porque él se ocupó mucho de mí. Y mi papá, pues, no. Quizás porque era mujer, pues con los hombres era diferente. Tenía más atenciones con mis hermanos. Por eso ellos pensaban igual que mi papá.

Tuve dos hermanos: Jacinto y Armando; más un tercero, Fausto, que era hermano de crianza. Era el hijo de la hermana de mi papá. Ella se había casado pero su marido no quería hijos. A los quince días de haber nacido su hijo, el padre lo quiso matar. Vivíamos en el mismo pueblo y mamá tomó el bebito para que viviera con nosotros. Mi tía pasaba a verlo, pero al padre se lo tenían prohibido.

Luego mi tía se fue a vivir con otro señor. Mi hermano no le quería perdonar el haberse ido. Después de mucho tiempo se reconciliaron. Pero él vivió con ese rencor adentro. Una vez la tuvieron que operar y lo llamaron para que le diera su sangre. Nadie más que él podía coincidir con su sangre. Y él fue a dársela. Allí fue la reconciliación de los dos. Después se veían, pero siempre guardó ese resentimiento adentro.

A veces me pongo a pensar en la suerte de las personas, en su destino y me duele mucho la vida que tuvo. Ése hermano nunca salió del pueblo. Nunca salió de la casa porque quiso mucho a mis padres. Les tenía agradecimiento. Cuando creció fue la mano derecha de mi papá, el que más trabajaba. Mis hermanos también trabajaban y

había otras personas que trabajaban para mi padre. Pero él siempre estaba en el primer momento de todo, de todo, todo.

Mi hermano mayor tiene siete hijos. A él le gusta tomar y le dio más por tomar cuando murió Armando, o sea el segundo. Cuando éste murió, le dio más por tomar; casi no se ocupaba de sus hijos.

Cualquier cosa que había que hacer, era el hermano de crianza que respondía, todo el tiempo. El otro venía tomado y le decía: "Tú no eres nadie para estar viendo a mis hijos". Ni se daba cuenta que él, por el vicio, no podía ocuparse de sus hijos. Después Fausto se casó y se apartó de la casa porque no podía seguir viviendo con la misma familia. Tenía que construir su propia familia.

Como es una persona trabajadora, fue subiendo de posición, teniendo sus cosas, su camioneta, su casa. A mi hermano mayor le dieron celos. Lo maltrataba más.

Un día Fausto se fue a Tenango a arreglar el carro que tenía, que era un carro grande. Era en un lugar un poco retirado del centro de Tenango, como a la orilla. Entonces dijo que tenía que irse al centro para comer mientras arreglaban su carro. Fácilmente pudo pedir que le dieran un *ride* al centro. Subió en una camioneta donde iban dos chicos. Lo hicieron subir atrás. Él tenía el dinero para pagar lo del carro y otro poco para comer. Al llegar al centro, les dijo mi hermano que lo bajaran, que se pararan un minuto. En vez de eso, aceleraron más, más y más y más. Se fueron rapidísimo. Él pensó que lo llevaban y que a lo mejor lo mataban para quitarle el dinero. Entonces se dejó caer de la camioneta. Dice que rodó. Se desfiguró la cara, se le colgaban los labios, se le caía la boca. Cuando lo recogieron, era irreconocible. Lo curaron y le hicieron una cirugía fantástica, que no se mira ahora. Yo no supe nada de lo que había pasado. Y sin embargo, con él es que siempre me he llevado mejor. Me dolió tanto.

## **En un pueblo, cuando una persona tiene dinero, tiene derecho a matar**

Antes de esto, cuando él era soltero, un día dice que no tenía hambre y se fue a sentar frente a una casa donde había un molino y donde también

vendían alcohol. Un señor de Putla, un lugar cercano al pueblo, salía tomado. Era una persona de dinero. Y en un pueblo cuando una persona tiene dinero tiene derecho a matar a cualquiera o maltratar a cualquiera. En el momento que este señor salía, Fausto estaba con un amigo, sentados enfrente. Fausto le dijo al amigo: "Hoy estoy muy cansado". Y el otro: "¿Por qué?". "¡Ay! –dice Fausto– porque este pendejo caballo me tiró los bultos". Justo en ese momento salía el señor, y gritó: "¿Quién es pendejo? Tal por cual", y le tiró un balazo a Fausto. Lo hirió en el estómago y casi lo mató. Lo llevaron al hospital. Por eso digo que hay gente que no tiene suerte en la vida.

Tampoco tuvo suerte con sus hijos. Tuvieron cuatro hijos y los cuatro murieron al nacer. Uno por falta de atención y los otros no estoy muy bien enterada. Para colmar ese dolor, acabaron adoptando un niño. Supieron de una chica en la capital que estaba embarazada y que no quería guardar el bebé. Hicieron los trámites como si la esposa estuviera otra vez embarazada. Pagaron al médico por todo el proceso del embarazo y para que cuando naciera el niño fuera de ellos. Y así fue pero, a los quince días, el niño tuvo una crisis de epilepsia. Es un niño muy delicado, está constantemente con medicamentos.

A pesar de su mala suerte, Fausto no es una persona que se deja; al contrario, él lucha por la vida. Por eso le tengo una gran admiración y un gran amor. Porque a pesar de todas las circunstancias que en un pueblo se viven, tiene su fuerza. Hoy en día, su hijo está grandecito, no tiene ataques de epilepsia pero está en tratamiento siempre. En la escuela les dijeron que iba a tener un retraso en el desarrollo, por ese mismo problema.

Hoy día Fausto tiene su casa, tiene su camioneta, tiene un tractor. En el pueblo, tener un tractor, no es cualquiera que lo tiene, porque es caro, el tractor es caro. Así que, a pesar de todos los contratiempos que ha tenido mi hermano, ha salido bien.

### **Mis abuelitos no aceptaron esa boda**

Con mi hermano, el mayor, es un poco difícil, mismo sus hijos no pueden comunicarse con él. Quise entender por qué era así. Mi mamá me contaba que cuando él nació, cada semana había que llevarlo al médico en el hospital. Cada

semana. Y ella tenía quince o catorce años, algo así. Y mi padre, igual.

Los papás de mi mamá tenían dinero, mientras los de mi papá no tenían. Por eso los papás de mi mamá no estuvieron de acuerdo cuando se casó. Mis abuelitos no aceptaron esa boda. Cuando se casaron mis padres no tenían nada, tuvieron que luchar para la comida, para tener dónde vivir. Me contó mi mamá que su primera noche de casados la pasaron sobre un petate.

Mi mamá era bonita. Tenía sus ojos verdes, su color rosado, blanca, blanca con su color rosado. Tenía el pelo color del elote. Tiraba más del lado de mi abuelita que de mi abuelito, porque él era moreno, como yo.

Ellos lucharon mucho para que sus hijos pudieran vivir mejor. Les gustaba mucho el negocio y a mi mamá, las ventas. Mi mamá llegó a tener tienda y camisería. Mi papá le traía las reses o lo que iba a vender.

Luego les tocó que su hijo mayor, Jacinto, enfermaba cada semana, cada semana. Empezó a mejorar cuando tuvo cinco años. Por eso pienso que lo sobreprotegieron y no le dieron tiempo para que se comunicara con los demás. Él nunca fue fuerte. Aparentó serlo, pero, en el fondo, no. Para consolarlo de sus enfermedades, le decían: "Tú eres el dueño de esto. Tú eres el dueño de esto". Creció con esa mentalidad que era el dueño, a veces hasta de la vida de los demás. No era capaz de matar, pero sí era capaz de hacer daño.

Cuando él se casó, no quiso que mi papá supiera. Mi padre se enteró casi en el último tiempo. Tuvo que acompañarlo, pero si no, no hubiera ido mi papá. El día de su boda, al final, justo cuando los músicos tocaban la última pieza, pues allá se suele alquilar un grupo de músicos para hacer la fiesta, una bala perdida vino y le atravesó las dos piernas a mi hermano. ¿A quién se le acusaba haber tirado el balazo? Pues a nadie, a nadie.

Felizmente fue entre cuero y carne, porque si le toca el hueso, no estuviera caminando. Un día, después del accidente, estaba acostado en la cama, cuando llegan dos policías con un rifle apuntándole y le dicen: "¿Quién es el que te hirió o por qué peleaste?". Yo estaba allí y vi cómo se puso pálido y no pudo responder. Entonces le

bajé el arma a uno de ellos y le dije: “¿Cómo es posible que usted le apunte a un enfermo? Usted no tiene nada que hacer aquí. Averigüe por afuera quién le dio el balazo. Es su misión de usted. Usted no tiene nada que ver con el enfermo porque él es el que está herido”. Ellos insistieron: “Es que debe de tener un arma”. Y yo: “Aquí no hay ningún arma. Salgan, por favor, afuera”. Y los saqué. Ahí vi cómo él estaba temblando de miedo. Por primera vez me di cuenta de que no era valiente. Él parecía fuerte y eso lo protegía, parecer fuerte, pero en realidad no era fuerte. Es lo que ahora pienso. En ese tiempo, no pensaba ni cómo ni por qué era, solamente pensaba que era la persona más mala y difícil de mi familia. Pero, conociendo hoy la vida, pienso que depende de las circunstancias en que se ha crecido y que eso lo lleva de alguna manera a protegerse.

En otra ocasión pude observar cuán frágil era, fue en el momento en que mi hermano menor, o sea el del medio, murió. Cuando llegué, después del entierro, conversamos acerca de muchísimas cosas que él nunca había sido capaz de comunicar. Entonces me dice: “¡Ay! Sabes, yo estaba consolando a la suegra de mi hermano cuando ella participó en hacer que mi hermano muriera. Y me dije: ‘¿Qué tonto soy! ¿Cómo yo estoy participando con esta señora? Sí, ella tiene que ver con la muerte de mi hermano’”. Ahí me di cuenta nuevamente que mi hermano era un ser sensible, frágil, que sólo aparentaba fuerza. Como él no fue capaz de sacar a la señora, decidió irse.

### **El jugo de manzana se parece mucho al aceite**

Cuando yo era más pequeña, él era muy maldoso, hacía maldades no sólo a mí, sino también a mi hermano, el segundo. Por ejemplo, cuando yo tenía como siete años, mi mamá siempre nos daba una copita de manzana, de licor de manzana, sobre todo cuando teníamos dolor de estómago. El jugo de la manzana se parece mucho al aceite. Un día viene mi hermano y me dice: “Mira, Elena, sé que no te duele el estómago pero te voy a dar algo para que no te duela nunca más”. Entonces toma un vasito, –los vasitos eran chiquititos– de licor de manzana. Yo, feliz de que me regalara él algo, me acerco para tomarlo. Él me dice: “Pero, tómatalo de un solo, así, rapidito, rapidito”. Bueno, me lo tomé. ¡Ay! Cuando me doy cuenta que era aceite y no licor

de manzana. Él estaba muerto de la risa y me dice: “¡Verdad que ahora te vas a purgar!”. Sentí un gran enojo. Me había humillado. Y él contento con su maldad.

Mi mamá nunca supo que él me había hecho esa broma pesada. No se lo dije. Quizás porque pensaba que, de todas maneras, ella le hubiera perdonado porque era el consentido de mis padres. Eran muy jóvenes cuando tuvieron a mi hermano. Luego nacieron los otros hijos. Mi mamá tenía a una persona que le ayudaba en la comida, a lavar la ropa y ocuparse de la casa. Ella se ocupaba de su tienda, de su camisería. Le gustaba que yo participara en sus cosas. Nunca, nunca que yo recuerde, vi enojada a mi mamá.

### **En el pueblo había una iglesia**

En el pueblo había una iglesia. Las mujeres siempre se ocuparon de limpiarla y de vestir lo santos. Lo hacían por turno, cada una en diferente sección. Cuando le tocaba a mi madre, me decía: “Quédate aquí, ya vengo”. La iglesia no estaba lejos de la casa. Y era como si me dijera: “Ven detrás de mí”. Llegaba a la iglesia y cuando veía que yo estaba detrás, decía: “Bueno. Ya viniste. Pues, vamos a hacer las cosas”.

Le ayudaba yo a vestir a los santos. Además, a ella le encantaba hacer alfombras de flores y me decía: “Pon esta flor aquí, pon esta flor allá”. Para mí era muy divertido. Quizás por eso siempre he asociado la iglesia a una cosa de arte, una cosa de cultura. Mi madre me transmitió ese gusto por el adorno. Me sentía muy cercana a ella, sentía alegría cuando la acompañaba. También se encargaba de prender las velas adentro y afuera porque en ese tiempo no había luz. Se usaban velas por distintos motivos.

Un día le pregunté a mi mamá: “¿Qué significan las velas, para usted?”. Y ella me contestó: “Es la luz. Siempre que tú quieras, que te sientas triste, prende una vela y te vas a identificar a través de eso”. Sus palabras se quedaron muy grabadas en mi mente y, hasta la fecha, siempre que tengo algún problema, o siento una tristeza, o cualquier otra dificultad, es lo que hago: prender una velita para que me dé la luz que me hace falta. Y siempre me hace recordar a mi mamá.

**Te lo entrego. Llévatelo si tienes que llevártelo. Si me lo dejas, alíviame lo**

Mi hermano Armando, cuando tenía como ocho años, tuvo un problema de los pulmones. Todo el tiempo sangraba de la nariz. Un día vi a mi madre super preocupada porque no se estancaba la sangre y de repente mi hermano empezó a sangrar más fuerte y luego no sólo por la nariz sino por la boca y ya no podía respirar. Sentía que se ahogaba, que el aire no le entraba más y se le salían las lágrimas. Entonces mi mamá lo toma y lo lleva frente a una imagen del Sagrado Corazón. Se hincaron los dos y mi madre le dice: "Te lo entrego. Llévatelo si tienes que llevártelo. Si me lo dejas, alíviamelo". Luego mi madre le inclinó la cabeza hacia atrás y le puso vendas de vinagre con agua en la frente y lo tuvo así unos minutos: De repente se le estancó la sangre y entonces le dice: "Si tú me lo dejas yo haré el novenario y lo vestiré de tu vestuario".

Y así fue. Mi mamá lo vistió del Sagrado Corazón e hizo la novena del Sagrado Corazón. Nunca más vi a mi hermano sangrar. En mi pueblo siempre hacían las novenas de los santos, todo el año.

#### **Recuerdo que mi madre llegó ya en la caja**

Mi madre no murió en su pueblo, murió en un lugar que se llama Tlanisco. Cuando empezó a enfermarse, mi abuelito decidió llevarla a todas las partes donde pensaba que la podrían curar. La llevó a la capital, a varios pueblos, y nunca, nunca encontraron lo que tenía. Empezó con vómitos por las mañanas, todos los días, todos los días. Las piernas y los pies se le hinchaban mucho. Y así pasaban los años. Mi abuelo se desesperaba porque, aunque la llevara a todas partes, no hubo solución.

Él no quería saber nada de curanderos. Cuando mi tía Josefina era joven, unas personas de otro pueblo le habían propuesto ser un médium, decían que ella tenía facultades para eso. Pero mi abuelo les había dicho: "Váyanse al diablo, mi hija no sirve para esas cosas. Mi hija va a hacer su vida normal. Punto".

Cuando supo que mi mamá no tenía curación, entonces mi abuelo, desesperado, aceptó llevarla a Tlanisco, donde había un médium. Son curanderos de pueblo y hacen brujería. El señor que la atendió en cuanto la vio dijo: "Es muy tarde que me la han traído. Su hija no saldrá viva, se morirá aquí. Vamos a tratar de curarla, pero no

hay nada que hacer". Le hicieron la curación, no sé cuánto tiempo se quedó allí, no, no recuerdo. Pero sí recuerdo que mi madre llegó ya en la caja. A mí me hubiera gustado volver a verla. Pero bueno, así sucedieron las cosas.

#### **Mi tía Josefina se había envenenado**

Mi tía Josefina se casó de diecisiete años pero no le fue bien con su marido. Al principio, no quería volver con mis abuelitos, no quería verse derrotada. Mi abuelita le había dicho: "Ése no es un hombre para ti". Pero ellos se querían y eso es lo que contaba en ese momento. Se casaron y en un momento dado, yo no sé lo que pasó, pero mi tía regresó a la casa de mis abuelitos.

En ese tiempo, mi mamá estaba en el hospital en Tenango con mi abuelita, que había sido operada de la vesícula, y conmigo. Para hacer cualquier cosa de comida se usaba mucho el carbón y mi mamá le estaba haciendo un atole de maíz a mi abuelita. Como yo veía a mi mamá soplando el fuego, quise yo también hacer lo mismo, soplar el fuego. En ese momento vino mi tío Joaquín, el hermano de mi papá, y tocó la olla del atole. Casi se había terminado el carbón y se volteó la olla, y se me vació en la cabeza. Fue un gran dolor. En seguida se me cayó el pelo. El líquido ardiente me corrió por el lado izquierdo de la oreja y en el cuello. Yo tenía como tres años apenas.

Siempre fui un juguete para todos y nunca pensaron en el peligro de estar cerca del fuego. Querían protegerme tanto que en realidad me hacían daño. Lo único que recuerdo es que no dejaba de llorar. Como estábamos en un hospital me atendieron en seguida. Eso me salvó. Me pusieron cosas por todos los lados pero aún tengo las cicatrices.

Mi pobre mamá, asustadísima, ni podía decirle a la suya lo que había pasado porque estaba recién operada. Mi mamá, con su hija que se había quemado, llegamos al pueblo. Mi tía Josefina acababa de envenenarse. Para mi madre eso fue muy fuerte. Era todavía muy joven para recibir tantas cosas juntas. Se supo después que su marido le había dejado una carta y esa carta la llevó al suicidio.

Mi abuelito era particularmente orgulloso de tener a mi mamá, y me decía: "Yo te quiero mucho, muchísimo, tu madre es la mejor hija que tengo, la más madura".

Mis abuelitos tuvieron cuatro hijos: mi mamá, Elvira, mi tío Salomón, mi tía Josefina y mi tío Beto.

### **Entonces yo empecé a lavar la ropa de ellos**

Fue tan rápido la muerte de mi mamá que tuvimos que resolver muchas cosas en la casa de mi papá. Un mes más tarde, yo estaba frente a una inmensa casa con cuatro hombres a quienes había que lavarles, plancharles la ropa y hacerles de comer. Yo sentía que no iba a tener la fuerza para hacer todo eso. Pero las personas que habían trabajado en la casa, cuando mi madre vivía, decían: "No, no trabajo más ahí, porque son puros hombres". Como mi papá estaba joven probablemente tendrían miedo de alguna otra cosa.

Entonces empecé a lavarles la ropa. En ese tiempo se usaba mucho el jean para los pantalones, era una tela durísima. Tenía que lavarlos. Y mi abuelita sólo me decía: "Bien lavaditos. Que sean bien limpios. Hay que ponerlos al sol". Nunca me decía: "Mira, así se hace esto, así se hace el otro. Te voy a enseñar cómo se hacen las cosas". No, sólo me decía: "Bien lavadito, bien planchadito y bien remendadito. Tu casa bien limpita".

En algunas ocasiones, llevaba muchachos para que vieran lo limpia que era su nieta. Cuando mis hermanos acababan de desayunar o de almorzar, porque ellos se iban a trabajar, dejaban todos los platos sucios. A mí me entraba una desesperación al ver aquella montaña de platos. Apenas terminaba algo, tenía que hacer otra cosa. Me costaba organizarme, no sabía cómo organizarme. No sabía cómo organizarme. ¡Sólo iba a tener once años!

En la mañana me despertaba a las cinco: tenía que hacer las tortillas para darles de comer a mi papá y a mis hermanos. Terminar la masa para que no se echara a perder. Después, lavar los trastos. Luego les preparaba la comida. Les hacía frijoles, habas, a veces carne con verduras. La haba también se podía hacer en sopas, en guisados, se hacen tortas, en navadas que le llaman: a las tortillas les ponen las habas y luego la carne con verduras. Casi la mayor parte del tiempo es así, verduras, carne, habas, que es lo

que más se da en el pueblo.

Mi abuelita venía solamente a ver si estaba o no estaba limpio. Controlaba que no estuviera en la calle. Sólo ver que todo estuviera bien. Y nada más. Mi abuelita nunca me quiso. Nunca me quiso porque sintió celos de mi madre con mi abuelito. Es lo que sentí.

### **Y me golpeó con esa riata en todo mi cuerpo**

Asumí esa responsabilidad de ocuparme de la casa hasta el momento en que mi abuelita empezó a decir cosas que no me gustaban, que no entendía. Me decía: "Tu madre no era así, tu madre era más limpia, tu madre no salía a la calle, tu madre y tu madre...", todo el tiempo me decía lo mismo. Me reprochaba el no parecerme nada a mi madre, el no hacer nada como mi madre. Sentí que empezaba a provocarme porque me decía: "Tú te pareces mucho a la parte de tu padre, tú te pareces a él". Yo no podía entender por qué era así conmigo. Hasta que un día, cuando les estaba dando almuerzo a mis hermanos y a mi papá, llega ella y le dice: "¿Cómo es posible que estés tan contento con tu hija, y tu hija va a ser madre?". Mi papá saltó furioso de su silla y dice: "¿Cómo?". Mis hermanos también furiosos. Quizás menos Armando, a él no le vi ninguna, ninguna reacción. Pero Jacinto sí. Jacinto se levantó y fue a buscar una reata de lechuguilla, así la llaman los charros, usan reata para jugar, es dura, dura, dura. Y me golpeó con esa reata en todo mi cuerpo y me preguntaba enloquecido: "¿Quién, quién fue el padre del hijo que vas a tener?".

Yo no sabía en realidad de qué estaba hablando. Todavía no tenía ni siquiera la iniciativa de ver los chicos. Terminó mi hermano de golpearme. Yo no lloré para nada. No me salió ni una lágrima. Lo que sentía era rabia, una rabia inmensamente grande. Entonces, dije: "Cómo es posible que mi madre nunca, nunca me puso la mano encima y ellos, que les estoy ayudando a salir adelante, me están golpeando sin razones".

Vi a mi abuelita que estaba allí. Entonces se me acerca mi papá y dice: "Mira, prefiero mil veces verte muerta, a que sea la burla de quien sea". Colgó un lazo de una lata que había, canagual le llaman, en los palos gruesos que ponen en los tejados, lo cuelga, y dice: "Mira. Aquí mismo prefiero verte muerta". Él me iba a colgar, cuando le dije: "Sí". Como había escuchado en algunas

ocasiones la gente que decía que una persona que va a tener un bebé antes tenía que ir a ver al médico, se me vino en la mente y le digo: "Bueno, sí, yo voy a morir, pero antes de eso, vamos a ver un médico y que averigüe si es verdad que estoy embarazada".

Al oír eso, mi papá soltó todo, creo que reflexionó, y entonces dijo: "Tal vez, no es cierto". Mi abuelita se dio la media vuelta pero yo le dije: "Usted va a ir conmigo y me va a hacer ver cosas". Respondió: "Yo no tengo tiempo de andar en los chismes". Y yo: "Sí, pero para venírselos a contar a mi papá, sí".

No sé por qué pero, a partir de ese momento, mis hermanos y mi papá se iban a comer con mi abuelita e Inés, la esposa de mi tío Salomón. Me decían: "¡Ah! Quédate sola como un perro a comer la comida que hiciste". Todos los días era lo mismo. Yo me sentía rechazada, completamente. Por algo que ni siquiera sabía qué era realmente lo que estaba pasando.

Seguí preparándoles la comida, pero no se la comían. Mi abuelita estaba al pendiente de que mis hermanos llegaran o ella los iba a traer. Ni mi padre ni ellos me dejaban salir a la calle. Más bien me encerraban en la casa. No les gustaba como vestía, no les gustaba que yo opinara. Por eso decidí irme del lado de ellos.

Fue entonces que me entraron las ganas de irme de esta casa. Iba a tener doce años. A todas las personas que iban a la capital a vender sus productos les pedía que me llevaran y ellos me decían: "No, yo no me comprometo. Tú eres muy joven y vamos a ir a la cárcel". Hasta pensé "entonces mejor me voy con cualquier hombre que encuentre, me voy a ir". Pero después pensaba y decía: "¡Ay! ¡No! ¿Cómo me voy a ir? ¿Y si me sale peor que ellos? No, no, no, mejor voy a ver... Algo tiene que salir".

Iba a la iglesia, prendía una vela como me había enseñado mi mamá, y un día una señora me dijo: "Sabes, te vas a venir conmigo. Junta un dinerito y yo te voy a esperar en Toluca. Tengo algo para ti".

De esa manera me salí del pueblo. Me fui y ellos me fueron a buscar a México. Sí, me encontraron, mi abuelita y mi hermano Jacinto. Mi abuelita me dice: "Tú no tienes por qué estar aquí. Tu lugar está en el pueblo". Como yo a mi abuelita le tenía

miedo, le dije: "Sí, volveré un día". Mi hermano me dijo lo mismo.

Un día, finalmente, me convencieron de que regresara al pueblo. Creí que realmente la situación había cambiado, que iba a ser tratada como la hermana menor, que me enseñarían cosas y que me iban a querer. Tal vez me querían, pero no sabían cómo quererme.

Me quedé un año en el pueblo, después tuve que regresarme a la capital porque fue lo mismo. Nada había cambiado. Lo que mi abuelita les había dicho se les había quedado muy grabado. No me valorizaban. Seguían echándome la culpa de lo que nunca había pasado. Me regresé a la capital y empecé a trabajar duro. Le rentaba un cuarto a mi tía pero todos los fines de semana me iba al pueblo a visitarles. Siempre que llegaba mi hermano mayor se iba de la casa. No me quería ver. Ahora que han pasado tantas cosas, entiendo que él quería tener la familia en su casa. No quería que nadie se fuera. Después me di cuenta que hacía lo mismo con sus propios hijos. Para él era muy importante que yo no saliera de mi pueblo. Eso no me lo podía perdonar. Les llevaba lo que podía con el dinero que ganaba. Así fue transcurriendo el tiempo.

Como después que se murió mi mamá casi no pude ir a la escuela, o sea iba menos, cada vez menos, fue en la capital que pude hacer el sexto año. No fui más allá del sexto año. Y bueno, el resto, yo trabajé.

### **Murió mi abuelito el Viernes Santo**

Mi abuelito tuvo que vender los terrenos que tenía en Santiago, porque había un pariente de mi abuelita que todo el tiempo le decía: "Ciprián, ya estás viejo para trabajar ese terreno". Era constante, casi la mayor parte del tiempo que pasaba por allí, le decía lo mismo. Y mi abuelito era muy delicado en ese aspecto. Un día, le dice mi abuelo: "¿Y qué quieres, que te los venda?". No sé si ese día estaba de malas, no sé lo que estaba pasando, pero en ese momento que pasó este señor, le dijo: "Deja de estar jodiendo y te vendo los terrenos, vale, ya. Punto. Dame tanto".

Allí mismo el otro le agarró la palabra y casi se los dio regalados. Ya mi abuelito no se pudo hacer para atrás, porque él era una persona así. Lo que había dicho, así se lo llevara, lo que fuera.

Cumplió la palabra que había dado. Allí mismo se hizo el trato. Y mi abuelita nunca aceptó eso. Ella se fue a Balderas, pero no quería irse a Balderas. Decía que ella con su marido habían trabajado mucho para esos terrenos, para que se los regalara así a este señor. Ella quería que el hombre les regresara los terrenos.

Un día que se fueron a ver la Semana Santa cuando ya regresaban, mi abuelito se puso detrás de una camioneta, para ir a ver el otro lado de la calle, y la camioneta reculó y le pasó encima. Él murió el Viernes Santo.

### **Desapareció mi abuelita**

Esa muerte accidental trastornó mucho a mi abuelita. Ella iba constantemente a molestar a este señor de los terrenos porque nunca estuvo de acuerdo. Iba, iba, e iba a molestarlo. Un día la vieron salir del pueblo, la vieron en Tenango y de allí no se supo nunca más nada. Desapareció mi abuelita. Anunciaron su desaparición por la televisión, en los periódicos. La buscaron. Hasta que se cansaron de buscarla y nunca la encontraron.

### **Y allí murió mi tío Salomón**

Mi tío Salomón estaba muy afligido por la desaparición de su madre, mismo si antes de perderse le hizo la vida imposible a su mujer, al punto que se separaron y mi tío Salomón se fue a vivir solo.

Luego de haberse perdido mi abuelita iban a reconciliarse. Ya estaban poniéndose de acuerdo. Me contaron que él llegaba de trabajar y se había ido a la tienda cuando le hizo una broma a un chico y ése quiso correspondérselo. A mi tío Salomón no lo conocían como Salomón, sino como Capitán, porque de chiquillo decía que iba a ser un capitán de barco. En el pueblo todos lo llamaban "Capitán". Mi tío salió de la tienda y el chico lo siguió para hacerle la broma, pero no en palabras sino... que con una navaja le quiso asustar. Mi tío Salomón, al momento que sintió la presencia del otro, se volteó y el chico le cortó la vena. Allí murió mi tío Salomón.

### **Un día, mi tío Beto llegó bien tomado...**

A mis tíos los recuerdo a todos, yo era muy pegada con los hermanos de mi mamá. Siempre

estaba detrás de ellos. Además, vivían en la misma casa. En el pueblo es así, cuando se casan, el señor trae a su señora a vivir a su casa.

Mi tío Beto se casó a los veinte años. Un día, llegó bien tomado. La casa de mis abuelitos era muy grande, iba a entrar por atrás, pero vino una vecina y le dice a mi abuelito: "¡Don Ciprián, don Ciprián! Beto, viene bien tomado". Mi abuelito ya se iba en el caballo. Mi tío Beto sabía que mi abuelito se iba a ir y se entró por atrás. Entonces mi abuelito se regresó y se fue a encontrarlo. Con una cadena muy gruesa le dio en todo el cuerpo, al punto que mi tío estuvo un día entero en la cama.

### **Allí se dio un balazo mi tío Beto**

Yo fui a verlo cuando estaba en la cama y le dije: "¡Qué tristeza, tío, verlo así!" Y él: "Pero qué quieres, así es la vida. No te preocupes que esto no va a durar mucho. Tal vez un año y luego me iré de aquí". Justo cuando se cumplía un año después del cadenazo, de la golpiza que le dio mi abuelito, mientras mi abuelita había ido a buscar a mi tío Salomón, que venía de pasar un tiempo en la capital, mi tío Beto se fue en el caballo a un terreno que le llaman el Cerrito. Allí se dio un balazo, el día que su hermano regresaba al pueblo. Y murió.

Mi tío Salomón y mi tío Beto nunca se llevaron bien. Mi tío Beto, el menor de los hijos, era una persona muy seria, muy trabajadora, mientras que a mi tío Salomón le gustaba más el ambiente, le gustaba la vacilada. Nunca, nunca estuvieron de acuerdo. Mi tío Beto sentía que a mi tío Salomón lo querían más. Por el problema que tenían entre ellos, mi tío Salomón se había ido un tiempo a la capital.

Así que se quedó viuda la mujer de mi tío Beto. No tenían hijos.

### **El que se quedó con la casa fue el hombre**

Muertos todos, mis abuelitos, mi tía Josefina, mi mamá, sus dos hermanos, se quedó con la casa el nieto, hijo de mi tío Salomón. Mi tío Salomón tenía siete hijos, seis mujeres y un hombre. El que se quedó con la casa fue el hombre. Se llama Ciprián, como mi abuelo.

Cuando murió mi mamá, mi abuelita me dijo: "Tu

mamá tiene derecho a una herencia de nosotros. Jacinto se la tomó. Armando ya no vive. Sólo quedas tú". Entonces yo le dije: "¿Y Fausto?". "Ése no es hijo de tu mamá", me respondió. Entonces le dije: "No me hable. Yo no quiero absolutamente nada. Fausto ha sido nuestro hermano, estuvo con nosotros desde que tuvo quince días. Aunque no fuera hijo de ellos, siempre lo consideraron como tal". Y ella me dijo: "No, no, no, él no, no cuenta". Así que yo no quise saber nada. Me dolió mucho lo que dijo mi abuelita. El tiempo pasó y de herencia no se habló más. Murieron, murieron todos y no supe más del reparto.

### **Lo mismo que ahora que murió mi papá**

Hoy, cuando voy a Balderas, sólo veo a algunas primas. Las hijas de mi tío Salomón, que ya no viven en el pueblo, sólo van de visita como yo. No sé lo que pasó con ellas respecto a la herencia. Ahora que murió mi papá, no se hizo ningún reparto entre los hijos.

Antes de que él muriera, le dije que no le perdonaría si a Fausto no le diera nada. Así que hubo problemas con Jacinto, por esa razón, porque le dieron a Fausto. Y eso que cuando los hijos de Jacinto se enfermaban Fausto se precipitaba a vender uno de sus borreguitos para comprar la medicina que se necesitaba.

Mientras tanto Jacinto andaba tomado. Cuando él era joven, recuerdo que el viernes por la tarde se iba a San José Zaragoza, y sólo aparecía el lunes en la mañana, y bien enojado. De esa manera, nadie le podía decir nada. Entonces, ¡ay! A mí me daba mucho coraje ver que Fausto ni siquiera salía. Le pedía a mi padre su domingo y apenas si le daba cinco pesos. Tenía que estar detrás de mi papá para vender algo o para vestirse. En cambio, Jacinto vendía lo que fuera, maíz o habas, y se iba todos los fines de semana. Eso me daba rabia, no lo podía soportar, tanta diferencia entre los hermanos. Por eso siempre estuve en desacuerdo con Jacinto, y ése es mi problema.

### **Hasta la fecha nunca podemos cerrar una reconciliación**

Hasta la fecha no podemos cerrar una reconciliación, de hermanos. Así que, pues, lo que dejó mi padre, el fruto del trabajo de mi

madre junto con el de él, no sé realmente quién se quedó ni con qué. Personalmente, digo lo que yo he trabajado es lo que me corresponde, no más.

Un día tuve la determinación de decir: "Yo un día voy a tener un hijo". Ésa fue mi primera etapa de verdadera independencia como mujer, como madre. La segunda etapa fue: "Ahora voy a tener mi casa".

### **Algún día, si llego a comprarme un terrenito, va a ser en la Piloto**

Cuando vine de mi pueblo a la capital, me alojé en una zona que en este tiempo se parecía a un pueblo. Me dije: "Algún día, si llego a comprarme un terrenito, va a ser en la Piloto". Pero eso, ni soñarlo. Con lo que ganaba no iba a poder pensar que iba a tener un terreno allí.

Cuando me vine a Canadá, siempre mi intención fue tener un lugar donde llegar y donde invitar a la gente extranjera o canadiense o quien fuera, un lugar mío, donde pudiera sentirme bien.

Tengo una tía con quien siempre me he llevado muy bien. Es la viuda del hijo del hermano de mi abuelita y con ella me identificaba mucho. Ella me quiere mucho y yo a ella. Y siempre le decía: "Señora Amparo, si un día ve un terrenito aquí, en la Piloto, avísame, a ver si puedo comprarlo". Por supuesto que pensaba en un terreno chiquitito.

Una sobrina mía, la segunda de mi hermano Jacinto, decidió irse a la capital después de la primaria porque en el pueblo, en ese tiempo, sólo había la primaria. Tenía la misma edad que yo cuando me fui del pueblo, o sea, doce años. Quería seguir estudiando. Y se vino sin el consentimiento de su papá, claro.

Cuando se vino, la gente me decía: "¡Ay! Sabes, que tu sobrina tal cosa". Y: "Sabes, que tu sobrina tal otra cosa". Sentí que iba a vivir lo mismo que yo y pensé: "No, no, no. Ella no tiene que pasar lo mismo por lo que yo pasé. Si yo tenía la intención de comprar una casita o un terrenito, donde yo vine por primera vez a la capital, pues, ése era el momento".

Me fui a México. Con mi tía Amparo y su nuera Socorro, empezamos a buscar y a buscar un lugar. Todo era bien caro, todo, todo. Me regresé

a Montreal. Pasó el tiempo, como siete meses, cuando me llama Socorro y me dice: "Sabes que hay una oportunidad en la Piloto, pero es ahora. ¿Te vienes?". Hice lo posible para irme otra vez.

### **Vendí todo, todo lo que yo tenía**

Vendí todo, todo lo que tenía. Mi hijo ya tenía siete años. Nació en el 80. Fue en el 87 que vendí todo lo que tenía, dejé el apartamento que alquilaba en Montreal y me fui con mi hijo con la idea de comprar este lugar.

Fui a verlo con Socorro. Antes era una casa de vecindad. Yo tenía justo el dinero que pedían. Me costó mucho trabajo hablar con los dueños de la casa porque no se encontraban allí. Finalmente, los encontramos e hicimos el trato. Lo que traía de dinero me alcanzaba justo.

Mi idea era regresarme a Montreal. Pero fue tan largo el tiempo de cerrar el trato que, mientras tanto, el precio de la casa aumentó de dos millones de pesos. Tenía que decidir o dejarlo, o tomarlo. Finalmente, lo tomé. Con el dinero que me quedaba, sólo me podía pagar un pasaje. Decidí irme porque en Canadá podría ganar más y ahorrar de nuevo. Pero me tocó dejar a mi hijo. Lo dejé un año y medio para poder establecerme nuevamente en Montreal. Lo dejé con Irene, una parienta.

Él vivió momentos muy difíciles. Hasta la fecha, apenas los está superando. Fue el dolor más grande que pude haber sentido. De todo lo que había pasado, eso fue lo más doloroso.

Durante este año y medio traté de juntar dinero. Ahorraba en todo. Me fui a vivir por el barrio de Côte-des-Neiges, donde compartí un apartamento con una señora peruana.

Cuando por fin me traje a mi hijo, seguía compartiendo el apartamento con esta señora, o sea no había un lugar privado para él. A ella le molestaban los ruidos de la mañana. Fue muy duro cuando regresó mi hijo. Tenía que sacarlo los fines de semana temprano porque ella no quería ruido. Me iba con él al Oratorio St. Joseph o pasábamos horas en la librería Renaud-Bray. Él leía los libros para niños.

Fueron tiempos bastante, bastante duros para mí. Además, desde que había regresado, no tenía un

trabajo estable y tampoco tenía mucho dinero. Un día fui a trabajar y los señores no estaban, se habían ido a Estados Unidos y no me habían avisado. Yo contaba con ese dinero para comprar la comida. Me decía: "¡Dios mío! ¿Qué le voy a dar de comer a mi hijo esta semana? Por favor, ponme algo seguro, necesito un trabajo que coincida con el horario de mi hijo en la escuela".

### **Dios nunca abandona a sus hijos**

Al otro día me llama la amiga que yo había ayudado, cuando recién llegaba con una visa diplomática, y me dice: "Te quiere hablar mi patrón". La acompañé a su trabajo y me recibe el padre Belec, diciéndome: "Mira, la señora que hace la limpieza se va a ir. Quisiera proponerte este trabajo, si te conviene". En ese tiempo, dije: "Dios nunca abandona a sus hijos". Me sentí de nuevo segura de volverle a dar a mi hijo lo que merecía. Desde entonces, trabajo en Westmount, para la *Congrégation du Saint-Esprit*.

Son sacerdotes misioneros. Desde que se gradúan tienen misiones en el mundo entero: En México, en África, más que todo en África, en Francia, donde está su fundación. Su vocación es ayudar al ser humano. Son unas personas muy sencillas, muy humildes. Casi no hablan de religión. La vida en esta institución es muy intensa.

Cuando llego por la mañana y veo sus sonrisas a pesar de que la mayoría de ellos son ancianos enfermos, me hace sentirme bien, siento un gran alivio con sus presencias.

Son sacerdotes retirados pero siguen con muchas actividades. Llegan a esta casa porque están enfermos y ya no pueden ejercer las mismas actividades por el problema de salud y la edad.

Me anima mucho saber que se mantienen activos, a pesar de todo. Tienen sus programas y leen mucho. Cuando me siento deprimida, el hecho de saber que voy a encontrar personas mayores que yo me da fuerza para seguir adelante. Me han ayudado mucho a entender mejor las relaciones del ser humano.

Lo curioso en mi vida es que cuando murió mi mamá, tuve que vivir con puros hombres y, para mí, fue bastante difícil. Hace como quince años que la vida me ha llevado a la casa de unos

sacerdotes, hombres también. ¡Es cómico! Mi vida empezó con hombres y va a terminar con hombres. Hasta mi propio hijo es un hombre y vivir con él no fue siempre fácil.

Llegué a preguntarme si mi comunicación era más fácil con los hombres, aunque realmente nunca tuve, o creo que no tendré, un hogar con un hombre.

### **...para mí fue lo más fuerte que he conocido respecto al amor**

Después de mi corta relación con Demetrio, el padre de mi hijo, he conocido a un chico guatemalteco. Ese para mí fue lo más fuerte que he conocido respecto al amor. Yo, de un hombre, esperaba una persona que me entendiera. He sido una persona extremadamente independiente. Y difícilmente un hombre acepta la independencia de la mujer, más aún si es latino. Este chico ha llegado a entenderme mucho, mucho, como soy yo. Hemos logrado tener la comunicación con la que soñaba desde siempre. Y eso, a pesar de que no tengo su nivel de educación. Él nunca me ha impuesto nada. Pasamos horas hablando por teléfono. Él me hace sentirme como un ser humano: eso es lo que más me ha deslumbrado.

Ahora lo veo menos que antes porque pienso que va a tener que hacer su vida como yo la mía. Me da mucho miedo una relación formal. Nunca hemos vivido juntos. Es una relación que poco a poco se ha transformado en una amistad profunda, casi de fraternidad.

Sé que si lo tuviera que llamar por cualquier razón o pedirle cualquier cosa, él respondería. Pero a mí el miedo hacia los hombres nunca me ha dejado. En esto, no siento la capacidad de crear un hogar con él. Tal vez si hubiera sido más joven y con un poquito más de estudios. Porque, la verdad, si bien supe superar lo que no me dio mi familia, o sea la posibilidad de estudiar, quedé bastante acomplejada.

No me siento la fuerza para controlar un hogar. Quizás sea por el trauma que sentí con el comportamiento de mis hermanos y de mi papá, después de la muerte de mi mamá.

Mi relación con los hombres es más bien una relación de reminiscencia de mi pasado, de mi infancia. Por eso, ahora que tengo cincuenta

años, no me veo enjaulada por un hombre. Desde que tengo uso de la razón me he manejado solita. No sé hasta qué punto sería capaz de someterme a otra idea.

Donde trabajo, me ocupo de la ropa de unos diecisiete sacerdotes. Con los años he aprendido a conocer los gustos de cada uno y no me es difícil proponerle a uno lo que le conviene, o lo que le va, o lo que desea. Tengo una linda comunicación con ellos y si no están de acuerdo con algo, me lo hacen saber. Ante el mínimo gesto de su parte, sé que algo que no va. Ellos me tienen una confianza total, eso me hace sentirme muy bien.

También me ocupo de su casa, quiero decir la ropa de las camas, y si hay que arreglar algo en sus cuartos, lo hago con muchísimo gusto. Para vivir en un lugar así, hay que sentirse bien. Siento que me valorizan y me quieren mucho.

### **Decidí que iba a contratar a unos mariachis**

Mi patrón se llama Blondin Beaulieu. Es una magnífica persona. Lo que más me gusta de la mayor parte de ellos es que son abiertos. Les he llevado a ver espectáculos. Les he transmitido un poco de mi cultura y les encanta.

Para los sesenta y cinco años de mi amiga, que trabajaba allí también pero que ya se jubiló, hicimos una gran fiesta. Para ella era como la realización de un sueño. Y como también era el cumpleaños del padre Blondin, fue fácil juntar un poco de dinero y preparar la fiesta con el consentimiento del director. Yo quería que fuera allí, por el espacio, y también quería que todos los padres pudieran disfrutar de la fiesta.

Decidí contratar a unos mariachis que conozco desde siempre. Conozco al papá y a los hijos. Son una institución en Montreal. Vinieron primero cuando hubo la exposición del 67 y desde entonces se quedaron. Tienen once hijos y vinieron casi todos aquí. Conozco a los hijos y ahora a los nietos, que también siguen la tradición del mariachi, así es que hablé con ellos.

Cuando llegaron, los mariachis se escondieron en el pequeño comedor de los empleados. El comedor de los padres es más grande y entre los dos está la cocina. A la hora de partir el pastel, los mariachis empiezan a desfilan y a tocarle "Las

mañanitas" a mi amiga. Fue una emoción muy grande para todos. Mi amiga no sabía si reír o llorar. Era tal la sorpresa que quedaba sin reacción.

Después de tres, cuatro meses, los padres me preguntaban: "¡Ay! ¿Cuándo vas a traer los mariachis de nuevo?". No es tan fácil, pero da gusto ver cómo están dispuestos a vivir todo tipo de experiencias, que sea de comidas, música, teatro, etc.

### **¡Tienen una vitalidad increíble para sus años!**

¡Tienen una vitalidad increíble para sus años! Por ejemplo, el Monseñor, el arzobispo Augusto Delisle, tiene ahorita 96 años y acaba de publicar un libro. Es una persona cuya vocación es sacar adelante a las personas.

Por ejemplo, a mí me dio de nuevo el gusto de coser. Siempre me había gustado la costura, quizás por haber visto a mi madre en eso cuando yo era pequeña.

Un día, hace varios años, cuando Monseñor todavía no vivía aquí, estaba en Chile y nos visitó y me dice: "¿Y el papá de tu hijo?". Le digo: "Él no está aquí, está en su país". "¿Quieres decir que ha crecido tu hijo sólo contigo?". "Sí", le digo. "Y, ¿tienes alguna entrada aparte del trabajo que haces aquí?". "No", le digo. "¿Vives solamente con lo que haces aquí?". "Sí", le contesto. Y, después de unos minutos, me vuelve a preguntar: "¿Te gusta coser?". "Sí, un poco", le digo. Y él: "¿Y tienes medios para coser?". "No –le digo–, yo coso aquí, hay una máquina". "Entonces, mira –me dice–, hay un señor de Estados Unidos que me dio un dinero, empléalo, sé que tú lo vas a emplear bien. Empléalo en alguna necesidad". Y añade: "Si quieres vamos a comprar una máquina para que con eso hagas un poquito más de dinero y a tu hijo no le falte nada". Me sorprendió tanto que dije: "No, no, no puede ser, está bromeando conmigo". Y dice: "No, yo te voy a acompañar". Así fue. Monseñor Delisle me acompañó a comprar una máquina de coser.

Después me encargó hacer unos chalequitos para Chile, lo que a mí me aumentó la valorización de mi capacidad de coser. Luego, decidí tomar cursos de costura y ahora me siento más segura, ya puedo hacer otras cosas.

### **¿Por qué le pusieron a Miguel Arcángel así?**

Con Monseñor Delisle se puede hablar de cualquier cosa. Por ejemplo, yo tenía una pregunta a la que no encontraba respuesta. En mi pueblo hay un San Miguel Arcángel, que es el patrón del pueblo y toda mi vida quise saber qué significaba el nombre de Miguel Arcángel. Me decían es el ángel, es el guardián, pero yo necesitaba saber más. Así que le pregunté a Monseñor: "Monseñor, ¿usted sabe por qué le pusieron a Miguel Arcángel, así? ¿Qué significa el nombre?". Y me dice: "Arcángel es poder en griego, y Miguel es 'mi' y 'Él', o sea, yo, Dios y el poder. O sea que Dios le dio un poder al ángel para poderlo defender del mal. Eso es lo que significa". Quedé muy satisfecha con esta explicación que me hizo Monseñor Delisle.

En este trabajo de la Congregación del Espíritu Santo, me impactó mucho la enfermedad de uno de los padres que murió hace poco. Tenía la esclerosis en placas. La forma más fuerte, más rápida. A mí me impresionaba ver cómo evolucionaba la enfermedad en el pobre padre. Un día había perdido el uso de una mano. Al otro día, la otra mano. Al otro día, no podía mover su cuerpo. Era tan rápido el proceso que no le daba tiempo de reaccionar, de reflexionar, y lo ponía de un humor tan fuerte, tan fuerte, que nada, nada, nada, le consolaba. Cuando estuvo muy muy grave, que se estaba ahogando, lo llevaron al hospital y allí murió. Ese día me dijo: "¡Ay! Hoy voy a morir". Y así fue. Ese fue otro momento fuerte. A veces me digo: "Nosotros que nos sentimos tan fuertes, tan potentes, y en un momento somos tan frágiles. Tan, tan frágiles".

Desde que estoy con los padres he perdido la cuenta de los que se fueron. Creo que sólo quedan dos de los que estaban cuando vine, los demás ya fallecieron. Cuando los veo tan debilitados, trato de ser su acompañante, los ayudo como puedo. Me recuerda la época en que trabajaba en el hospital en México y ayudaba a los enfermos. Quizás haya sido mi vocación ayudar a los que sufren. Ellos lo saben, saben que soy bastante fuerte, que no me asusta la muerte. ¡Comparadas con todo lo que he presenciado en mi niñez, como muertes violentas, esas muertes de los padres son dulces!

Hace como una semana murió otro padre. De todos los que he visto morir, él es el primero que

veo morir totalmente lúcido. Una hora antes de morir, estaba cantando con uno de los padres, diciendo "Me voy". Cantó otra canción, pero no recuerdo el título. Cantaba, estaba tan consciente y tan feliz, tan feliz, que yo me decía: "No tiene miedo. No tiene. Está confiado con lo que está pasando." ¡Qué agradable! ¡Qué agradable vivir así ese momento!

Hace quince años que estoy en este lugar y siento que no ha pasado el tiempo.

### **Estoy cansada de pagar una renta**

Llevo aquí, en Montreal, treinta años. Me gustan los desafíos en la vida así no me aburro y no me entra tristeza. Un día le comenté a una amiga: "Estoy cansada de pagar renta. ¡Y cómo me gustaría comprar un cuartito a lo redondo para que un día mi hijo no ande de un lado para otro!". Ese deseo no lo compartí con nadie más, era como un sueño.

Hoy, cuando pienso en eso, me pregunto cómo pude hacer. Fue una cosa tan difícil para mí, difícil, difícil. Recuerdo que mi amiga, en vez de burlarse de mí me dice: "De verdad, ¿estás con ganas de comprarte algo? Conozco a un señor que puede iniciar el proyecto contigo". Era un agente de venta de casas. Entonces, le digo: "Bueno". Ella me dio el teléfono de este señor. Pasaron varios días hasta que me decidí a llamarle y me dice él: "Sí, justamente, estaba esperando su llamada".

Él es un salvadoreño. Le expliqué que no tenía mucho dinero y le dije: "Me gustaría comprar algo que fuera chiquito para poder ir pagando tranquilamente". "Entonces, –dice–: "Déjeme ver". Me preguntó por mi salario, por lo que tenía en el banco y, bueno. Llegamos a ver todas las posibilidades y me dice: "No está fácil pero puedo ayudarle". Y todo fue muy rápido.

Yo no se lo comenté absolutamente a nadie, porque no quería que me desanimaran o cosas por el estilo. Encontramos una casa en el barrio de Verdun y en seguida el señor hizo todas las gestiones para el trato. Fue tan rápido que en menos de quince días estaba listo. Hace ahora cuatro años que vivimos en Verdun.

No me dio tiempo ni de tener angustias... Fue como un torbellino, así, rapidísimo. Cuando ya se había firmado el trato le digo a la cocinera de mi

trabajo: "¿Sabes? Acabo de comprarme una casa". "¡No te lo puedo creer!". "Pues sí, pues sí, pasó".

Esto pasó en el mes de febrero y en el mes de abril yo tenía programado, desde hacía muchos meses, ir a México con la cocinera, el *préposé* y el padre Blondin, mi patrón.

Lo de la casa fue una locura que tenía programada sólo en mi inconsciente. Así que me encontré con el proyecto de la casa más el viaje a México con esa gente. Todo era dinero, dinero, dinero y decía yo: "¿Cómo lo voy a hacer?". Cuando concluimos el trato de la casa, el agente me prestó un dinero para pagar los *taxes*, o sea él los pagó y yo se los iba a devolver después.

En ese tiempo, entre marzo y abril, cuando tenía el proyecto del viaje, me avisan que mi padre había caído gravemente enfermo. Entonces, tuve que pagar un pasaje para México y dejar a mi hijo.

Me fui a México. Estuve en el pueblo, ayudándole a la familia, haciendo lo que podía. Fue grave lo que le pasó a mi padre, pero reaccionó bien, aunque perdía las fuerzas.

Para facilitarles la vida a ellos, compré una silla de ruedas, compré pañales para que no tuvieran que lavar tanta ropa. Luego tuve que venirme a México para recibir a la gente que venía. Volví a mi pueblo antes de regresar a Montreal. Me dijo mi padre: "¿Te vas a ir?". Y yo: "Sí, me voy, padre". "¿Y cuándo vienes?". Le digo: "Voy a venir en un año". Y me dice: "Te espero".

### **Me dicen: "Tu papá murió"**

Me fui con esa angustia de que en cualquier momento iba a pasar algo. Regresé a Montreal donde me esperaban mis deudas... Por supuesto, no pude ir al año, así que programé ir en octubre a ver a mi papá.

En septiembre me llaman a las seis de la tarde y me dicen: "Tu papá murió". Pero, a las seis de la tarde, ¿qué hacía yo? No podía hacer nada. Llamé a una amiga, toda triste y le digo: "Sabe que mi papá murió y no sé que hacer". Ella me preguntó si quería irme. Le dije que sí, pero sabía que a esta hora ninguna agencia estaba abierta. Entonces ella me dice: "Mira, voy a hablarle a Camilo". Camilo es una persona que

tiene una agencia y ella lo conoce muy bien. Ella llama al señor Camilo y él le dice: "Deme un tiempo y le vuelvo a llamar".

### **En ese momento los vi a todos en su caja**

Todo pasó igual tan rápido que a las doce estaba saliendo para el aeropuerto, para recoger el boleto y estar al otro día en México para ver a mi papá muerto.

Llegué al pueblo y estaba allí mi papá en la caja. Viví un momento tan difícil, difícil, difícil, porque en ese momento que vi a mi padre en la caja, los vi a todos en su caja. Vi a mi abuelita, a mi abuelito, a mi tío Salomón, a mi hermano y a mi papá juntos. Ese día me di cuenta que no había aceptado ninguna de esas otras muertes porque no los había visto. En mi interior seguían viviendo, pero allí ya me daba cuenta que como mi padre estaba, estaban ellos también.

Me agarró un dolor en el pecho tan fuerte que tampoco fui capaz de llorar. No lloré, pero lo que viví en ese ocasión fue como cinco muertes juntas, que no había aceptado antes.

### **...se hace una cruz de cal abajo de la mesa donde se veló al difunto**

En mi país, cuando muere alguien, le hacen el novenario, los nueve días. O sea, lo velan y luego lo entierran. Esta vez que murió mi papá, se hizo el novenario y fue en ese momento en que vi a mi padre en la tumba, que vi las cuatro tumbas de mis otros difuntos que no había podido acompañar. Me di cuenta de que los nueve días sirven para reconciliar a la familia. El novenario es reconfortante porque uno está día y día en silencio, orando con toda la familia; y no sólo la familia sino que viene parte del pueblo a hacer la novena. Los que oran en el novenario son más bien mujeres, pero es uno que tiene que ser el rezadero (la persona que reza el rosario de la novena). La familia, en coro responde. Sólo los familiares visten de negro, no los acompañantes.

En ese momento, cuando empieza la novena, se hace una cruz de cal abajo de la mesa donde se veló al difunto. Al terminar la novena, ese día buscan a cuatro padrinos. Un padrino recoge un brazo de la cruz, otro el otro brazo, la madrina el cuerpo de abajo y la otra madrina la cabeza y se va haciendo la oración. Después de la oración, se

recoge la cal, que es supuestamente la despedida, al final de la novena. Luego, se llevan la cruz al panteón y entonces se vuelve a abrir la tumba (sólo la tierra) y se entierra todo: las flores y la cruz de cal que se había recogido en un papel. En el momento que se termina el novenario, donde la persona murió, allí mismo le van a gritar tres veces, como por ejemplo: murió mi papá en la cama, entonces van y le dicen: "Ciriaco Arias, ¡levántate!, Ciriaco Arias, ¡levántate!, Ciriaco Arias, ¡levántate! Es tiempo de dejar tu casa".

Termina esa noche y al otro día se lleva la cruz el pueblo. Después, al año siguiente, en el mismo tiempo en que murió el difunto, se vuelve a hacer el novenario. Pero ya no utilizan el mismo rito que utilizaron en la novena de la cruz. Al cabo del año es la terminación de la muerte del difunto. Después de eso puede uno hacer la lápida o lo que quiera.

Lo bonito en el pueblo es que cuando alguien se muere todos cooperan. Así que le traen a la familia frijoles, habas, cualquier cosa, pan, café para compartir ese momento.

A mi regreso a Montreal fue que tuve una depresión. Reaccioné a lo que viví en ese tiempo. Recuerdo que un día iba en el metro y lo sentí tan grande, tan grande, que me dio miedo. Me salí y caminé todo un día, sin rumbo fijo y regresé como a las ocho de la noche a la casa. No quería saber de nadie, ni de nada. Quería olvidarme de mí. Me llamó la mamá de los niños que había cuidado y me dice: "Elena, me gustaría verte por lo que pasó con tu papá". Yo no quería ver a nadie. Ella insistía porque sentía que algo me pasaba, pero yo no podía, no estaba lista para hablar de lo que sentía adentro de mí.

Mi trabajo me ayudó bastante, porque mis viejitos me veían y me sonreían y no me hacían ninguna pregunta. Su sonrisa me daba fuerza, me transmitía lo que yo necesitaba en ese momento y nada más.

### **Hoy mi nuevo pueblo se llama Verdun**

Hoy mi nuevo pueblo se llama Verdun. Es un lugar tranquilo que ha cambiado bastante desde que nos hemos instalado hace cuatro años. Los

domingos nunca se ve solo, se ve transitado, con niños, adultos, viejitos, de todo. El río St. Laurent está cerca y luego está el canal Lachine más arriba. Entre mis vecinos hay latinos de un lado y, del otro, africanos.

Cuando llegué a Montreal, hace treinta años, se me afiguraba un lugar sin población, comparado con México, casi no había gente. Se me hacía tan solitario que me daba como nostalgia. Los inviernos eran mucho más fuertes que hoy en día. ¡Uy! Recuerdo una vez que andaba con una amiga por la calle Drolet hacia la iglesia de Rachel: cayó una nevada que allí sí sentí que íbamos a perdernos. A ella no la veía más; estaba completamente blanca, blanca, blanca. No se veía por dónde íbamos caminando y yo le decía: "Pero, ¿por dónde andamos?". "Pues ya ni sé", me decía ella. Al final llegamos a la iglesia pero, por pura casualidad. Ese día no se me olvidará nunca. De tanta nieve...

La iglesia de Rachel era la única iglesia donde daban la misa en español. Pero como entre los españoles y los latinos no había manera de entendernos, hubo una división. Recuerdo que había dos padres españoles: el padre Blas y el padre Javier, y en ese tiempo, como era la única iglesia sólo íbamos todos allí. Pero los españoles empezaron a quejarse de los latinos porque a través del tiempo venían más y más y más. Creo que se quejaban porque ellos no quieren saber nada de Latinoamérica. Lo que yo he sentido es que los españoles se sienten superiores a nosotros; entonces el padre Javier decidió abrir una iglesia para nosotros. Él era español pero no podía soportar el conflicto que se estaba dando. Entonces pidieron una iglesia para Latinoamérica. Los españoles irían a la iglesia que se encuentra en la calle Belanger, cerca de Jean Talon mientras que los latinos tuvimos la nuestra en la calle Ontario y se llama Nuestra Señora de Guadalupe. Lo curioso es que ahora sí la gente se mezcla sin que haya problemas entre las comunidades. Ahora que hay dos iglesias.

En la iglesia Nuestra Señora de Guadalupe se hacen muchas festividades, por ejemplo, el día de su santo de la Virgen, van los Mariachis Figueroa, que son los que acudieron para la fiesta en La Congregación del Espíritu Santo, en Westmount. Se celebra el santo de todos los países latinos, el de México, el de Perú, el de El Salvador, el de Guatemala, etc. Y así todo el año son fiestas

diferentes.

A mí eso me recuerda a veces a mi pueblo, porque allá cada mes hacen un rosario, no fiesta como tal, pero un rosario de cada santo. Cuando era pequeña yo sabía que marzo era el mes de San José, mayo el de la Virgen María, junio de la Virgen del Carmen, y así todo el año. Aquí está pasando lo mismo en la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, por la calle Ontario. Ahora el padre es un latino, es de Honduras, porque el que pidió esta iglesia era español pero ya se retiró.

Desde la época en que llegué, hace 31 años, ha habido muchos cambios en Montreal... Ni hace tanto frío como antes o, ¿será que me he acostumbrado? También puede llover como en nuestros países, con inundaciones y todo. Se oye hablar español no sólo en ciertos barrios sino por todas partes y en Verdun donde vivo acaban de abrir un restaurante mexicano adonde va mucha gente, latinos y quebequenses. Siento que la gente de aquí nos acepta más que antes porque aprendió a conocernos mejor y viaja mucho a nuestros países. Nuestras culturas se mezclan y a los de aquí los veo más alegres, sobre todo ahora que hay tantos festivales como el del jazz donde se invita a muchos músicos de nuestros países. Ver bailar a los quebequenses me da mucha alegría.



# Cuando me nació la idea de venir a Canadá...



## (Martha Hernández de Monroy)

- |                            |                     |                                 |                            |                            |
|----------------------------|---------------------|---------------------------------|----------------------------|----------------------------|
| 1. Soyaniquilpan de Juaréz | 14. Acolman         | 27. Chiautla                    | 40. San Antonio la isla    | 53. Malinalco              |
| 2. Huehuetoca              | 15. Isidro Fabela   | 28. Papalotla                   | 41. Texcalyacac            | 54. Almoloya de Alquisiras |
| 3. Coyotepec               | 16. Otzolotepec     | 29. Tepetlaoxtoc                | 42. Almoloya de Río        | 55. Ixtapan de la Sal      |
| 4. Teoloyucan              | 17. Jilotzingo      | 30. Nezahualcóyotl              | 43. Atizapan               | 56. Zumpahuacan            |
| 5. Jaltenco                | 18. Huixquilucan    | 31. Chimalhuacan                | 44. Capulhuac              | 57. Cocotitlan             |
| 6. Melchor Ocampo          | 19. Naucalpan de J. | 32. La Paz                      | 45. Jalatlaco              | 58. Tenango del Aire       |
| 7. Tecamac                 | 20. Atizapan de Z.  | 33. Chicoloapan                 | 46. Tianguistenco          | 59. Ayapango               |
| 8. Temascalapa             | 21. Tlalnepantla    | 34. Valle de Chalco Solidaridad | 47. Otzoloapan             | 60. Amecameca              |
| 9. Nopaltepec              | 22. Coacalco        | 35. Calimaya                    | 48. Zacazonapan            | 61. Tepetlixpa             |
| 10. Cuautitlán             | 23. Ecatepec        | 36. Metepec                     | 49. San Simón de Gro.      | 62. Ozumba                 |
| 11. Tultepec               | 24. Atenco          | 37. San Mateo Atenco            | 50. Almoloya de Alquisiras | 63. Atlautla               |
| 12. Nextlalpan             | 25. Tezoyuca        | 38. Mexicaltzingo               | 51. Ixtapan de la Sal      | 64. Ecatezingo             |
| 13. Teotihuacan            | 26. Chiconcuac      | 39. Chapultepec                 | 52. Tenancingo             | 65. Rayón                  |
|                            |                     | 68. Cuautitlan Izcalli          | 67. Amanalco               | 66. San M de las Piramides |

*y señales milagrosas, abajo en la tierra.*

*Hechos 2,19*

## **Le entregué la niña a mi esposo, los abracé a todos y salí**

Cuando me nació la idea de venir a Canadá, tenía cuarenta y dos años. Una señora, cuyos hijos vivían aquí, me comentó que ellos habían pedido refugio y me animó a que hiciera lo mismo. Yo deseaba salir de mi país porque mi esposo tenía unos problemas políticos, bastante graves, y temía que nos fuera a pasar algo. Ésa fue la razón. En la conversación con esa señora también participó una amiga mía. Ella me recordaba –cada vez que manifestaba mi angustia frente a la situación que vivíamos– la posibilidad de que saliera del país.

Para mí, eso significaría una segunda experiencia en el extranjero, ya que había estado en Estados Unidos, y no estaba segura de querer salir de nuevo. Mi amiga volvía constantemente con este tema y me decía: “Martha, ¿por qué no nos vamos? Dicen que allá es muy bonito y que nosotras podemos ir”.

En realidad, no teníamos idea de cómo era Canadá y menos cómo era Quebec. Como me insistía demasiado con ese tema y yo no estaba todavía lista mentalmente, le di el pretexto de que mi esposo nunca me daría el permiso para salir del país por segunda vez. Luego le di otro motivo para que no me insistiera más: le dije que no tenía dinero para viajar y que para ir a Estados Unidos habíamos tenido que hacer un préstamo en el banco. Esa era otra razón para que mi esposo no me diera permiso. Aunque quisiera salir, no podía, porque no tenía los recursos necesarios. Mi amiga me contestó que si estaba dispuesta a ir con ella, me hacía el préstamo. Vi tanto interés en ella que pensé: “Bueno, eso es una señal...”. Creo en Dios y no doy un paso si no le pido a él la dirección. Así que le pregunté a Dios si era su voluntad que yo me fuera a Canadá. Además, comencé a tener unos sueños donde estaba yo en Montreal aunque no conocía esta ciudad. Me veía en un viento que me llevaba y me traía, con una lluvia fría. Todo eso soñaba. Me veía también bastante prosperada en ese país. Eso me hizo concluir que Dios me estaba poniendo la bandeja en las manos y que no podía despreciar esa oportunidad.

Luego, comencé a pedirle a Dios que le ablandara el corazón a mi esposo y que me dejara salir. ¡Y así fue! Primero, hablé con él y me dijo: “No, no, no, no me estés hablando de esas cosas, no me quiero quedar otra vez aquí solo”. Él no veía el peligro que corría. Por eso me negaba el permiso. Me tocaba insistirle.

Finalmente, me dijo: “¿Estás segura de lo que quieres? Mira que los niños se van a quedar solos”. Teníamos una niña de año y medio, y la idea de dejarla me atormentaba y me hacía dudar. Quizás por eso al principio no quería tomar esa determinación, porque mi niña se iba a quedar sola. Fue lo más duro para mí cuando decidí salir. Cuando mi esposo ya me dijo: “Bueno, pues lo dejo a lo que tú digas. Si dices que te quieres ir porque sientes que todo te va a ir muy bien allá, pues pueda ser que sea Dios que nos quiera ayudar”. Con esa respuesta positiva fui a ver a mi amiga Sofía. “Bueno, no perdamos más tiempo, arreglemos los papeles y nos vamos”, me dijo ella. Y así fue. Conseguimos nuestras visas y preparamos la salida.

El día de la salida... ¡Ese día fue tan triste para mí! Tenía a mi niña en brazos, tan pequeñita, por poco me arrepiento en el aeropuerto. ¡Me dolió tanto el corazón tener que dejar a esa criatura! Pero no la dejaba porque no la quisiera, ni porque no me doliera, sino que quería algo mejor para mi familia. Mi deber era irme y luego llevarme a toda mi familia. Esa era la razón de nuestro sacrificio. Recuerdo que le entregué la niña a mi esposo, los abracé a todos y salí.

No conocía nada, ni a nadie, aparte de mi compañera de viaje. No sabía qué iba a ser de mí. No es fácil ir a un lugar que uno no conoce y donde nadie la espera. En el avión sentía una gran tristeza y hubiera querido regresarme, pero ya no había regreso.

## **Me veía en un viento que me llevaba y me traía, con una lluvia fría**

Llegamos en diciembre del 83, en pleno invierno. Dicen que todos entran a Inmigración con una historia que contar, pero yo no traía ninguna historia. Eso fue lo triste, no sabía qué contar. Pensaba decir que venía como turista. Y pensaba que iba a ser fácil entrar. Pero no fue así. Cuando llegué a la ventanilla del servicio de inmigración, me hicieron preguntas que un intérprete me traducía. Querían saber cuál era el motivo de mi venida a Canadá. Yo no sabía qué decirles. Dije que por la mala situación de mi país y unos problemas personales –por supuesto eran políticos, pero mi esposo era el que estaba envuelto en esas cosas, no yo–. Entonces me dijeron que mi solicitud no se justificaba para entrar a Canadá. “¿Qué puedo hacer?”, les pregunté y me contestaron: “Bueno, por el momento, usted se va a quedar aquí”. Era la época de Navidad y casi todo estaba cerrado. “Como ahora todo está cerrado aquí, usted va a

tener que irse a un hotel que le vamos a brindar. No se preocupe, mientras usted esté en el hotel, será muy bien atendida y después ya veremos qué hacemos”. Estaba asustada y pensaba: “¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer? Me van a regresar”. Y estuve esperando. Con mi amiga Sofía pasó lo mismo. La mandaron al mismo hotel, en Dorval, donde nos atendieron muy bien.

### **Si quieren quedarse en Canadá, tienen que mentir**

Cuando pasó la temporada del feriado, un agente de inmigración nos convocó y nos dijo: “Señoras, ustedes se van de vuelta para Guatemala”. Sentí como una ducha helada y me puse muy triste. Luego añadió: “Mañana iremos a la agencia de viaje que las trajo y las pondremos en un vuelo para Guatemala”. Entonces me fui para el hotel y comencé a pedirle a Dios: “Señor, no permitas que me regresen porque si tú me trajiste, ¿cómo puede ser que ahora me regresen? Tengo fe en que tú me vas a ayudar a mí y a mi amiga”. Eso fue todo. Al día siguiente vinieron a buscarnos y nos fuimos con nuestras valijas a la agencia que nos había traído, pero, como estaba todavía cerrada, nos tuvieron que llevar de nuevo al hotel. Me dieron una lista y me dijeron: “Señora, aquí hay una lista de personas, consejeros de inmigración; marque usted cualquier número de teléfono y encontrará a alguien que la pueda orientar”. Me puse alegre, pensé: “Si ellos dicen que me van a mandar a mi país, ¿por qué me están dando un papel para que busque ayuda? Eso quiere decir que me van a dar una oportunidad”. Y, efectivamente, así fue. Tal como dijeron, marqué un número y salió una señora que me dijo: “Soy la señora Julieta, consejera de inmigración. ¿En qué le puedo servir?”. Comencé a contarle la historia y lo que estaba pasando. No entendí por qué me preguntó por mi religión, pero, cuando le dije que era evangélica, me contestó: “¡Ah! Con razón, a los evangélicos no les gusta mentir y ustedes van a tener que mentir. Si quieren quedarse en Canadá, tienen que mentir”. Eso fue muy duro, porque es cierto que para nosotros es terrible mentir. Y le dije: “Si no me queda otra, qué puedo hacer”. Entonces, me dijo: “Mañana, nos juntamos a las diez de la mañana en la Corte. A usted la van a llevar del hotel, yo la voy a estar esperando. ¿Cómo se llama usted?”. También me pidió el nombre de mi amiga. Al día siguiente, los de inmigración nos llevaron a la Corte, donde nos esperaba la señora Julieta, quien se nos acercó y preguntó: “¿Usted es Martha?”. “Sí”. “¿Y usted Sofía?”. “Sí”. “Bueno – dijo –, al entrar aquí, tienen que decir que vienen por problemas. No digan que han venido por la

mala situación porque no van a lograr nada”. Me puse otra vez muy triste, no quería mentir. No sentía la necesidad de mentir. Estando frente a los jueces, me dijeron: “Usted va a contestar nuestras preguntas con la verdad y solamente la verdad”. Al oír eso, agaché mi cabeza y el juez dijo: “Levante la mano”. Levanté la mano. Me pusieron una Biblia en la mano. Eso fue lo peor, porque la Biblia es algo sagrado, que yo amo y respeto mucho. En ella está encerrada la palabra de Dios. Con la Biblia en las manos, no pude hablar, se me hizo un nudo en la garganta, no pude hablar y sólo lloré. Entonces los jueces dijeron: “¡Pobrecita! Sáquenla. No la hagan sufrir más”. Me quitaron la Biblia y me sacaron para afuera, mientras yo seguía llorando. Ahí puedo ver la mano de Dios. ¡Cuánto tiene de bueno creer uno en Dios!

Luego, llamaron a mi amiga. Se pensará que estas son casualidades o quién sabe qué, pero lo que yo veo es un puro milagro, porque cuando le tocó a ella entrar allí (debo decir que también es evangélica) le pasó lo mismito que a mí. Ella no me había visto porque estaba afuera. No sabía lo que me estaba pasando y, sin embargo, tuvo exactamente la misma experiencia. También le dijeron: “¡Pobrecita! Ella tiene serios problemas, no la molestemos más”. Y la sacaron.

Al verla, me entró una gran alegría. Pensé: “No nos sacaron y nos quedamos en Canadá por fe”. Eso fue lo que pasó. Nos regresaron, ya no para el hotel, sino que a otro pagado por nosotras. Nos quedamos allí durante cinco días. Luego nos sacaron y la señora Julieta nos acompañó a buscar un apartamento. Encontramos uno muy bonito y barato, en la calle Everett, por Jean Talon.

Antes de despedirse de nosotras, nos dieron un papel que nos citaba de nuevo a inmigración. Lo más lindo fue el amor que recibimos de toda esta gente de Canadá y de Montreal, específicamente. Empezaron a decorarnos el apartamento, una cosa tan linda que sigo muy agradecida. Nos ofrecieron cuanto necesitábamos, ayudándonos durante dos semanas, llevándonos comida ya preparada y, verdaderamente, no nos hacía falta nada allí, nada. Hasta agujas para coser me regalaron. A las dos semanas, la señora Julieta me consiguió un trabajo, en una casa. Me fui a trabajar allí, a cuidar a los niños. Sólo estuve un mes en esa casa porque me pagaban muy poco. Unas personas me dijeron que era un sueldo demasiado bajo por cuidar niños. Le avisé a la señora que buscara a otra persona y en cuanto la encontré, me fui con una familia muy rica, millonaria, los Saputo. Hasta en inmigración me

preguntaron una vez cómo había hecho yo para llegar a esa casa... Pero tampoco trabajé mucho tiempo con ellos, sólo unos tres meses, aunque la señora estaba muy encariñada conmigo y no quería que me saliera. Vivían demasiado lejos de la ciudad y me sentía muy triste allá, aunque cada ocho días me traían a mi apartamento. Así fue como comencé aquí en Montreal.

**Cuando el jefe me hablaba, sólo le decía: “¡Oui! ¡Oui!”**

Luego me fui a trabajar a una manufactura de ropa, pero resultó demasiado duro. Allí estaba un hombre remarcándole a uno todo, todo lo que uno hacía, como si uno fuera un robot. Y lo más duro para mí era que nadie hablaba español. ¡Eso sí fue duro! Me hablaban en francés, pero yo no entendía absolutamente nada. Cuando el jefe me hablaba, sólo le decía: “¡Oui! ¡Oui!”. No tenía idea de lo que me estaba diciendo pero para que no se enterara de que no hablaba francés le decía: “¡Oui!”. Un día, me dijo: “*Martha, je suis sûr que si je vous disais que je vais vous couper la tête, vous me diriez encore oui*”, y nos reímos mucho aunque yo no había captado todo. Un día no tuve otro remedio que decirle que no sabía hablar francés y le supliqué que me diera la oportunidad de seguir trabajando porque quería traer a mi familia. Le conté que había dejado a una niña muy pequeña y que tenía un gran deseo de que mi familia viniera muy pronto. Él, en un principio, se portaba muy mal conmigo, vigilando todo y apremiándome siempre. Pero después de esa conversación fue muy diferente; cambió de actitud y hasta me puso en otro lugar, donde me fatigaba menos.

Esos fueron mis comienzos. Trabajé como un año en esa fábrica. Después se terminó el trabajo y me mandaron al *chômage*. Luego encontré otro trabajo, con una familia, unos señores muy buenos, que fueron como mi familia aquí, en Canadá. Cuando más lo necesité, recibí de ellos mucho apoyo, mucho amor. Eso me ayudó a poder esperar a mi familia. Les agradezco mucho lo que hicieron por mí.

Cuando empecé a trabajar en esa casa, todavía no tenía mis papeles de inmigrante, pero surgió algo inesperado. A los dos meses de estar allí, cayó una amnistía para Guatemala, que me ayudó para conseguir mis papeles, sin que me hicieran la entrevista en inmigración. Sólo me llamaron una vez para confirmar algo, pero no me hicieron ninguna pregunta. Hasta me dijeron que me iban a dar los formularios para que se los mandara a mi familia. ¡Fue un gran alivio no tener

la necesidad de mentir!

Lo primerito que hizo la señora de la casa fue llevarme a hacer la aplicación para mi familia. Eso me dio fuerza para trabajar con amor y confianza durante unos tres años, hasta que les llegaron los papeles a mi familia y poco después los pude traer. Al principio trabajaba de nueve a cinco, de lunes a viernes. Cuando ya los niños habían crecido y no me necesitaban tanto en la casa, decidí trabajar sólo dos días a la semana, de nueve a dos de la tarde. Así podía ocuparme más de lo mío. Seguí trabajando en esa casa durante dieciocho años y me retiré hace un año porque me sentía demasiado cansada con mi diabetes y, bueno, la edad... Pero sigo en contacto con esa familia porque a los niños los vi crecer y siempre me interesa saber de ellos. A sus padres también les deseo lo mejor porque fueron muy buenos conmigo.

**Por eso digo que hay que luchar en esta vida...**

Doy gracias a Dios porque todo me ha ido muy bien desde que estoy aquí. Estimo que soy una mujer feliz ya que todas las dificultades por las que hemos pasado están atrás. Si alguien está en esa condición en la que estuve, le aconsejo que luche con amor y tenga fe y paciencia porque el que lucha, alcanza. De haberme desesperado, no hubiera obtenido mis papeles y me hubiera regresado. Mi pobre amiga Sofía se regresó porque su esposo no la dejaba vivir, diciéndole todo el tiempo que se regresara. Entonces se desesperó y se marchó justo cuando le iban a entregar los papeles. La pobrecita no supo luchar. Por eso digo que hay que luchar en esta vida para poder obtener lo que uno desea. ¡Gracias a Dios supe esperar! Ahora veo a mis seis nietos que estudian, a mis hijas con sus pequeñas empresas y estoy muy feliz con eso. Me siento contenta y puedo decir que es bueno sufrir para lograr algo. Así como yo lo logré, también pueden lograrlo aquellas personas que actualmente están luchando.

Salí de Guatemala por la situación bastante difícil que se vivía. Había muchos problemas políticos y donde vivíamos no había seguridad. Daba pena salir a la calle porque había muchos asaltos. Yo pensaba todo el tiempo: “¡Ay! Con tal de que no les pase nada a mis hijos”. Además, la vida se había puesto demasiado cara. El sueldo de mi esposo no alcanzaba, me veía bastante apretada con mis cuatro hijos y me preguntaba qué porvenir tenían en ese país.

Nací en un pueblo que se llama Quesada. Pero

cuando tenía unos dieciocho años me fui a la capital, porque mi papá tenía familia allá. Allá conocí a mi esposo y me casé. No estudié mucho. Apenas llegué al tercer grado de la primaria. En la capital trabajaba en una fábrica de vestidos. Una señora me enseñó a hacer trabajos de costura y trabajé en eso bastante tiempo. Estando en la fábrica conocí a mi esposo. Estuvimos dos años de novios. Cuando nos casamos no teníamos nada... Sólo tenía mis poquitas cosas porque vivía en un apartamento muy pequeño. Después de casarnos, alquilamos nuestro apartamento y comenzamos la lucha de la vida. Comenzamos con poquito; con un sartén, una ollita, lo más indispensable.

### **Mi deseo era poner un negocio**

Le agradezco a Dios haberme dado suficiente inteligencia para financiar mi dinero. No ganábamos mucho, pero a mí siempre me ha gustado trabajar para tener dinero. Así que, no conforme con lo que ganábamos, al poco tiempo de estar casados, me brotó la idea de pedirle permiso a mi esposo para irme a los Estados Unidos. Mi deseo era poner un negocio en la capital. Pero Óscar no quería irse conmigo. “Está bien –me dijo– si tú quieres, pero solamente un año, no más”. Comencé entonces a arreglar papeles para obtener una visa de turista. En ese tiempo no era tan difícil como ahora conseguirla. No le pedían a uno tantas cosas. Me fui a Los Ángeles; encontré fácilmente un trabajo en una casa a pesar de mi situación ilegal y me quedé un año ahorrando cuanto pude. Al cumplir el año me regresé tal como le había prometido a mi esposo. Al llegar a Ciudad Guatemala, puse mi dinero a plazos, para que ganara interés.

Apenas había regresado, cuando me embarqué de la primera niña, Roxana; después, de la segunda, Lorena y, luego, de Otoniel, el varón. Yénifer vino más tarde. Cuando ya teníamos los tres niños, le dije a mi esposo: “Ya no puedo ir a trabajar. Ahora, es tiempo de poner un negocio”. Mientras tanto, mi dinero había fructificado bastante. Abrimos un negocio; una tienda surtida de todo, nos iba muy bien. Hasta cola hacía la gente para comprarme. A mí me gustaba ser muy legal, en todo. Aunque a mí no todos me daban cabal, yo daba cabal. Así me hice mucha clientela, mi negocio fue creciendo y hasta teníamos un poquito de ganancias. Tuvimos ese negocio varios años, pero al final me cansé, porque era demasiado esclavizado. Además, Roxana, mi brazo derecho, la hija que me atendía en la tienda, ya había crecido y se había casado. Entonces le dije a mi esposo: “Creo que vamos a finalizar con este negocio”. Fue cuando resulté

encinta de la última niña y estuve nueve meses postrada en cama, porque el doctor me dijo que necesitaba mucho reposo y que, si no, perdería al bebé. Así fue como terminamos con ese negocio. Con el dinero de la venta de la tienda pudimos comprarnos una casa. Poco tiempo después, empezó a germinar la idea de venirme para acá.

### **¡Ay, mi hija! Se me hace que vas a tener una relación especial con Dios**

Cuando era pequeña, mis padres me llevaban a la iglesia evangélica. Allí comencé a escuchar la palabra de Dios, desde muy pequeñita. Al principio, mis padres eran católicos pero, como muchas personas en Guatemala, se volvieron evangélicos. Yo, como muchos niños, no tenía ninguna inclinación por cosas de religión. Cuando se hicieron evangélicos, mis papás me llevaron a la iglesia evangélica y mi atracción por esa religión fue instantánea. Tuve experiencia a los siete años cuando oí la predicación de la venida de Jesús a la Tierra y de que tomaría su Iglesia siete años antes del fin del mundo. El hermano daba muchos detalles que concordaban con la palabra, cosa que se me quedó grabada en la mente. Un día mi mamá se fue a lavar al río y yo me quedé en casa. Mis hermanos eran todavía muy pequeños. Decidí salir al patio de la casa y me puse a hablar con Dios. Comencé a decirle que quería que él me tomara como su sierva. ¡Y tenía yo sólo siete años! Le pedía que no permitiera que me fuera a contaminar con el mundo, en el pecado, porque de eso se hablaba en la predicación que escuché. Decía que había que apartarnos del pecado. De repente, sentí algo caliente sobre mi cuerpo, algo bien sobrenatural, como un fluir fuerte dentro de mí, y su voz me decía: “No temas, te voy a librar de todo eso. No temas, vas a ser mi sierva”. Al oír eso, me puse a llorar. Pero no lloraba de tristeza sino porque sentía una alegría muy grande en mi corazón. Esa fue mi primera experiencia, una experiencia muy linda. Cuando llegó mi mamá me encontró llorando y me preguntó: “¿Qué te pasa?”. Le comencé a contar lo que había pasado después de haber escuchado al hermano predicar en la noche anterior, en la iglesia evangélica.

En el pueblo había dos iglesias, la católica y la evangélica. De niña pude presenciar cómo los católicos apedreaban a los hermanos de la iglesia evangélica. Llegaban y los apedreaban. Una vez vi que le abrieron la cabeza a un hermano y le

salían chorros de sangre. La iglesia católica estaba casi enfrente de la iglesia evangélica y lo que hacía el sacerdote era mandar a apedrear a los hermanos porque para los católicos no debía haber otra iglesia. Yo pensaba: ¿por qué hacen eso los católicos, si los evangélicos sólo quieren alabar a Dios? Un día le pregunté a mi papá y él me dijo: “Hija, lo que pasa es la ignorancia, ellos no han escudriñado las escrituras. Ellos dicen ‘soy católico’ pero si les preguntas qué quiere decir católico ni te saben decir. ¡Pobrecitos! Hay que perdonarlos, hija, porque lo hacen por ignorancia y no saben lo que están haciendo”. Eso me decía mi papá. Nunca me sembró rencor hacia ellos. Hasta el día de hoy este concepto es el mío. Entonces le conté a mi mamá lo que me había sucedido, mientras se había ido a lavar la ropa, y ella me dijo: “¡Ay, mi hija! Se me hace que vas a tener una relación especial con Dios. Ojalá lo que acabas de sentir nunca se salga de tu corazón, eso es lo mejor. Y el que trae la vocación para eso, lo puede hacer. Tú eres bienaventurada”. Luego seguí yendo a la iglesia, pero al ser una señorita me olvidé de Dios hasta muchos años después.

### **Ese espíritu divino se apoderó de mí**

Si hago tanta mención de Dios es porque, treinta años después de esa experiencia, volví a encontrarme con Él. Fue a través del sufrimiento, ya que mi esposo había caído en el alcoholismo. Para mí era algo terrible, sentía que se estaba destruyendo y no sabía cómo ayudarlo, creía que no podía hacer nada por él y que muy pronto me quedaría viuda.

Un día le pregunté a mi esposo, que andaba más engomado que nunca, si quería acompañarnos con los niños a un parque que se llama “La Aurora”, en Guatemala. Me habían regalado una Biblia viejita y ese día me dio por llevármela. Recuerdo que mis hijas jugaban y que mi esposo se había acostado a un lado mío, mientras yo leía el libro. Apenas había emprendido mi lectura, cuando sentí que algo brotaba de mí, algo extraordinario. Sentí en mi corazón algo que nunca había experimentado, una fuerza que se apoderaba de mí y comencé a llorar. De mi boca empezaron a salir palabras que nunca había pronunciado, de alabanza y de adoración para Él. Estuve en éxtasis durante una hora. Mientras vivía esa experiencia, le decía a Dios que le entregaba mi vida, mi corazón, que mientras estuviera en esta tierra iba a ser solamente para Él.

Antes que eso sucediera, yo era una mujer muy

atormentada, muy afligida, que decía: “Señor, ¿qué voy a hacer sola con mis niños?”. Después de esa experiencia todo cambió en mi vida. Ya no fui la misma mujer. Fui otra. Mi modo de pensar ya no era el mismo. Mi modo de actuar ya no era el mismo. Cambié totalmente. Ese espíritu divino se apoderó de mí. Allí mismo el Señor me dio los dones que tengo ahora. Cuando eso ocurrió, le pedí a Dios que hiciera un milagro en mi esposo, porque estaba grave e iba a morir. Fue el primer milagro que yo recibí y mi esposo se curó totalmente. Desde ese tiempo, hace más de treinta y cinco años, jamás se llevó una cerveza a la boca. Fue un milagro total. Pude ver la mano de Dios en la vida de mi esposo y en la mía, y seguí teniendo grandes experiencias en mi propio cuerpo.

### **Oraba por un perro, sanaba; oraba por una gallina, sanaba**

Después de esa experiencia, le pedí a Dios por las personas enfermas, que las sanara. Me iba a los hospitales a orar, a pedirle a Dios por todos los enfermos. Unos sanaban, otros no, porque es conforme a la fe de cada uno. Yo veía que aquello crecía: Oraba por un perro, sanaba; oraba por una gallina, sanaba. Por quien le pedía, sanaba. Así fui experimentando.

Personalmente, experimenté otro milagro sobre el cuerpo de mi hijo, Otoniel. Cuando nació este niño estaba bien de su vista, muy bien. Era un bebé sano cuando lo saqué del hospital. Pero, al día siguiente, el niño amaneció con una terrible infección en sus ojos que se habían hinchado como dos vejigas. No se veían sus ojos, sólo se le veían dos vejigas llenas de pus. Me asusté tanto cuando lo vi así, que se me olvidó que Dios había puesto algo grande en mí. Se me olvidó, totalmente. Agarré al niño, lo envolví y me fui corriendo al hospital para que lo viera el pediatra. También él se asustó al verlo y me dijo: “¿Qué pasó? El niño estaba muy bien cuando se fue de aquí, ¿qué pasó?”. “No sé, doctor, el niño amaneció así”. “¡Qué raro está esto! Y, ¿sabe qué, señora? El niño es demasiado pequeño para darle la clase de antibióticos adecuados”. Entonces, me dijo: “Bueno, vamos a comenzar con estos antibióticos. No son tan fuertes como los que él necesita, pero vamos a ver el resultado”. Me entregó una gran bolsa de antibióticos, sólo antibióticos. Estoy segura de que si le hubiera dado esos antibióticos no hubiera vivido.

Regresé a mi casa y fui a acostar al niño en su cuna. Mientras lo estaba acostando, escuché una

vocecita, la misma vocecita que me llega siempre, que me dijo: “Te has olvidado que tienes un Dios de poder. Corriste para el médico en vez de dirigirte a mí”. “Perdóname, Señor, me olvidé, pero ahorita, Señor, lo voy a hacer”, le contesté. Fui donde estaba el niño y comencé a dirigirme a Él, agradeciéndole por la sanidad de mi hijo, aunque todavía miraba a mi hijo muy mal. Le daba las gracias por la sanidad de mi hijo. Estuve un tiempo a la par de Él, pidiéndole con toda mi alma y me sentía feliz por sentir aquel poder dentro de mí. Terminé mi oración y me fui a la cocina a preparar la comida y limpiarla olvidándome del niño. De repente, tuvo hambre y empezó a llorar. Le preparé su «pacha», o sea su biberón, y lo fui a ver. ¡Cuál fue mi sorpresa al ver al niño bueno y sano! ¡Ya no tenía esa horrible infección, sus ojos estaban totalmente limpios!

Hasta el día de hoy –mi hijo tiene treinta y dos años–, jamás ha padecido de su vista. Y ni le di aquel montón de antibióticos, más bien los tiré a la basura. Ésa ha sido una de mis grandes experiencias, aparte de la que tuve con mi esposo. Dos experiencias maravillosas, grandes. Por eso, vivo siempre agarrada del Señor. Agarrada de la mano de Él, porque cuando uno tiene fe, Dios ayuda.

Esas experiencias siguieron, allá, en Guatemala. La gente empezó a enterarse, porque me congregaba en una iglesia y se daban cuenta de que cuando yo oraba por alguna persona, a veces sanaba, otras veces, no. Cuando había demasiada incredulidad en su corazón no sanaban. Pero los más, sí recibían.

### **Dios me ha recompensado grandemente porque ve el corazón de cada uno**

Como no aguanto ver sufrir a nadie, quisiera poder tener los medios para ayudar. Una vez, en Guatemala, vino a verme un hombre, a mi casa. Según me contó iba a perder su casa porque no tenía los recursos para pagarla y me dijo: “No sé por qué pero he pensado mucho en usted. La he visto, la he observado y sé que usted es una buena persona”. A veces él llegaba y me decía que no había amanecido pan para sus hijos y que si yo le podía dar después me lo pagaría. Efectivamente, solía pagarme, pero, esta vez, llegó y me dijo: “Mire, doña Martha, a mí me está pasando algo. Me van a quitar la casa porque me atrasé demasiado en los pagos. Mire, aquí está el informe diciendo que tengo que desocupar la casa. ¿Qué haría usted con sus niños si estuviera en esta situación y que de un día para otro la boten a la calle? ¿Qué haría usted?”. Me quedé

callada, hasta que le dije: “Bueno, esa situación es dura. Si estuviera en su lugar, pues, ¡qué difícil sería!”. Entonces, me dijo: “Mire, voy a ser directo. Vengo a ver si usted me prestaría un dinero para poner mi casa al día, para que no me la quiten”. Luego, añadió: “Voy a conseguir un trabajo –porque no tenía trabajo– y pagaré hasta el último dinero que le debo”.

Como de dinero se trataba, y que no sólo yo dispongo, le contesté: “Mire, por el momento, no le puedo decir nada, porque no me mando sola. Tengo que hablar con mi esposo y sé que va a ser difícil que él quiera”. Pero, él me dijo: “Por favor, háblele cuanto antes”. Entonces: “Sí, está bien, le voy a hablar y si él quiere, pues veremos qué hacemos por usted”. “Está bien”, me dijo. Cuando llegó del trabajo mi esposo, le di de comer, lo dejé descansar un rato y después le conté lo del señor. Mi esposo se enojó mucho, diciéndome: “No vayas a comenzar ya. Te conozco, sé quién eres, seguro que te conmovió su historia y ahora te quedas con problemas, afligida por el problema de él”. Entonces, le dije: “Es que no puedo dejar de pensar que si estuviera en su situación, sin nadie que me tienda la mano, ¿qué sería de mí?”. “¡Aaaah! –me dijo–, bien sé que lo que quieres es prestarle el dinero. ¡Bueno! Si quieres dárselo, dáselo. Pero te voy a decir una cosa: tu dinero no lo vas a volver a ver”. “Tal vez no, pero a lo mejor él trabaja y me paga”, le dije yo. “No creo, pero tu dinero es más tuyo que mío porque eres tú la que lo haces producir”.

Ya no sabía qué hacer y pensé: “Dios mío, ¿qué hago, Padre? ¿qué hago?”. Sin pensar más me fui, saqué el dinero del banco y mandé a que viniera este señor. Él me preguntó: “¿Qué le dijo su esposo?”. Y yo: “No, él no quiere. No quiere, primeramente, porque dice que usted no me va a devolver este dinero. Usted sabe que el dinero cuesta. Yo sí le quiero hacer este favor porque me pongo en su lugar. Pero si usted no piensa devolverme este dinero, le advierto que le puede ir muy mal”. “No –me dijo– le prometo con todo mi corazón que ese dinero se lo devuelvo”. “Entonces vamos a ver a un abogado y usted va a firmar un papel sellado donde se compromete a pagarme. Además, usted va a pagar el abogado y no yo”, le dije. “Sí –me dice– está bien, magnífico”. Fuimos e hicimos el papel. Así pudo recuperar su casa y andaba bien.

Pasó un año, pero ni siquiera me pagaba los intereses. Pasaron dos años y nada. Pasaron otros años y decidí ir a su casa porque necesitaba dinero para ir al sanatorio, ya que andaba mal de mi último embarazo. Él me abrió la puerta y me miró con cara enojada y le dije: “Vengo a

recordarle la deuda que usted tiene conmigo. ¿Se acuerda?”. “Ah, sí –me dijo–. La recuerdo”. “Ahora soy yo la que tengo mucha necesidad –le dije–. Y así como yo me compadecí de usted, quiero que usted también se compadezca de mí y me pague este dinero”. Me contestó: “¿Y de dónde quiere que le pague? Ahora no tengo trabajo y cuando trabajo apenas si me alcanza para darles de comer a mis niños. ¿Cómo le voy a pagar a usted? Así que déjeme en paz, no me venga a molestar más”. Y me tiró la puerta en la cara, lastimándome una mano. Salí de allí llorando y cuando llegué a casa me dijo mi esposo: “¿Viste que te lo dije? Y ahora está bien, nunca te lo va a pagar. Mejor no te vayas a meter porque quién sabe lo que te puede hacer este hombre... y no sé lo que le haría a él si te viene a tocar. Me conoces. Así que no te metas con él”, me dijo.

Al hombre lo veía que pasaba cerca de la casa, que iba, que venía y nunca me hablaba del dinero. Un día me acerqué a él y le dije: “Mire, acuérdesse de que tengo un papel firmado ante el abogado. Si quiero, su casa es mía”. Apenas le había dicho eso que me puse a pensar: “¿Y qué voy a lograr si le quito la casa y se quedan sus niños en la calle? Nada. Mejor que se quede con la casa y con todo; a mí Dios me va a dar más”. Así que no le hice ningún daño al hombre. Las cosas quedaron así. Pero, efectivamente, Dios me ha recompensado grandemente, porque ve el corazón de cada uno.

Durante algún tiempo trabajé en una compañía llamada El tirador, que vende aparatos eléctricos. Iba a las casas de la gente a venderles, cuando supe de un joven que tenía un serio problema. Había tenido un accidente y había quedado totalmente paralizado. En realidad, cuando tuvo el accidente, fue al hospital y salió sano, pero, con los años, el pobre muchacho no podía mover su canilla y estaba paralizado. Entré en esa casa de casualidad. Sólo venía a ofrecerles los aparatos que vendíamos. Me dijo la señora: “¡Ay! No, no puedo ahora, mi hijo, que es el que me ayuda, está postrado en la cama. No sé qué hacer con él”. “Ah, ¿sí? le contesté y, ¿dónde está su hijo?”. Me llevó al cuarto donde estaba su hijo: “Aquí está”. Me acerqué y le dije: “¿Qué te pasa?”. “Estoy muy mal. Tuve un accidente. Me dijeron que no era grave, pero ahora siento un gran dolor y llevo días sin poder pararme”. “Mira, le dije, conozco un Dios de poder que te puede sanar. Si tú tienes fe, puedo hacer algo con la ayuda de Él. Si te parece bien, voy a venir todos los días a orar por ti. No sé en qué momento Él te va a ayudar, pero lo va a hacer”. Y Sebastián, que así se

llamaba, me dijo: “Yo aquí la espero”.

### **Para mí, fueron los ángeles de Dios que llegaron**

Entonces, cada día, después del mediodía, me apuraba a hacer mi oficio y agarraba el autobús para ir lejísimos de donde yo vivía, a rezar por Sebastián. Rogaba por él con toda mi alma.

Haría quizás una semana, o tal vez menos, cuando al regresar a mi casa, encuentro a mis niños bien contentos. A ellos les estaba prohibido abrirle la puerta a cualquiera. Y me dicen: “Mami, vinieron tres hermanos”. “¿Ah sí? Les dije. “Y eso, ¿qué hermanos?”. “No los conocemos. Nos pidieron que les abriéramos la puerta porque ellos eran gente de paz y sólo querían entrar y platicar con nosotros. ¡Ay, mami! sentimos una cosa rara y decidimos abrirles la puerta y entraron. Se sentaron y nos hablaron de muchas cosas. Luego nos preguntaron por usted. Les dijimos que usted andaba orando por un enfermo. Entonces nos dijeron: ‘Bueno, ya nos estuvimos bastante. Ahora nos vamos. Pero antes vamos a dejarles esto’”. Hicieron tres cheques, uno para Roxana, uno para Lorena y otro para Otoniel y se los entregaron. Cuando llegué, me encontré con esa sorpresa. Les dije: “Pero, ¿quiénes eran?”. “No sabemos, mami. No sabemos, pero eran buenas personas”. “¡Ay! No, diosito –dije yo–, podían haber sido de esas gentes malas...”. “No, mami, nosotros sentimos una seguridad de que esa gente era buena”. ¡Dios mío! Veo los cheques y digo: “Voy a cambiar esos cheques al banco del Occidente, a ver qué tal”. Y me los cambiaron.

Al llegar mi esposo, le cuento lo ocurrido: “¿Cómo! –me dice– y ¿quiénes eran?”. “No sé. Eso es lo extraño, pero no sabemos”. Me dijo mi esposo: “¿No te da el corazón que son ángeles de Dios que han venido?”. “Pues, eso mismo digo yo, porque, ¿quiénes si no? Los niños no suelen abrirle la puerta a nadie. Y dicen que ellos sintieron confirmación de que podían abrir la puerta”.

Después de varios días de ir a la casa del muchacho enfermo tuve que constatar que no pasaba nada. Hasta su madre me decía: “Mire, mi hijo cada día está peor”. Entonces, yo le decía: “Tengo fe que su hijo va a sanar. No se desespere, que el momento va a llegar”. Unos días después llego y me recibe la mamá muy contenta. “¡Eh!”, dije. “Algo hizo el Señor. ¿Qué pasó, que la veo con otra cara? Antes casi ya no me quería abrir la puerta”. “¡Mire! –me dijo–. Venga”. Y me llevó al cuarto de su hijo. Allí estaba la cama del muchacho, bien estiradita,

bien hecha y yo: “¿Dónde está Sebastián?”. “De la noche a la mañana se levantó. Y hoy está en su trabajo”, me dijo. Me arrodillé y le di gracias al Señor. “Arrodílese, señora, y dele gracias a Dios porque sólo Él pudo manifestarse”. Ella se arrodilló y me dijo: “¿A qué iglesia va usted?”. Le di la dirección y el nombre de la iglesia donde yo iba. Entonces le dije: “Si usted siente, pues, vaya, y si no, por aquí hay otra cerca que le queda mejor. Lo importante es que usted busque a Dios”. Ese día yo iba tan contenta, tan feliz, porque era otro milagro que me tocaba presenciar.

Cuando regreso a mi casa, otra vez la misma sorpresa: los niños abrieron la puerta a unos señores, que no sólo les dieron un cheque a cada uno, sino que esa vez también les regalaron una Biblia ilustrada, que hasta el día de hoy conserva mi hija Lorena. Mis hijos me contaron que se habían sentado y que no querían que ellos se fueran, porque sentían algo muy lindo en su corazón. Cada cheque era de trescientos quetzales. En ese tiempo, era bastante plata. ¿Cuándo nosotros nos ganamos trescientos quetzales en un día? ¡Nunca! Y otra vez yo les pregunto a mis hijos: “¿Quiénes eran?”. “No sabemos. No sabemos”, decían. Para mí, fueron los ángeles de Dios que llegaron, porque Dios se agrada cuando nosotros hacemos algo para la obra de Él. Esa fue mi recompensa. Hasta el día de hoy, a mis hijos no se les olvida esa historia. Fue una historia verdaderamente muy linda y conmovedora.

Tuve otra experiencia cuando di a luz a Yénifer, la última de mis hijos. Me llevaron al hospital a las cuatro de la mañana. Ya iba con señas y todo y pensaba que iba a dar a luz inmediatamente. Pero no fue así. Me tuvieron todo un día con dolores muy fuertes sin hacer nada por mí, sólo de vez en cuando me venía a ver el doctor. Tenía el estómago muy inflamado, como si fuera a reventar, sentía que me moría. Le decía al doctor: “Ya no aguanto, por favor, haga algo por mí”. A las tres de la tarde, se me pararon los dolores y me quedé como si nada. Le dije al doctor: “Ya no tengo dolores, ya no siento nada. ¿Qué va a hacer conmigo?”. No me contestaba, sólo se daba la vuelta y se iba. A las seis de la tarde, hubo cambio de doctores. Llegó un doctorcito muy joyen a verme y me preguntó desde qué hora estaba. “Vine a las cuatro de la mañana porque tenía dolores cada dos minutos. De las cuatro de la mañana hasta las seis de la tarde, catorce horas y todavía no hicieron nada por mí”. “¡Ay! ¿Y esto?”, me dijo. “No sé qué está pasando”, le contesté. Entonces se fue a ver a un

doctor y le dijo: “¿Qué pasó? ¿Por qué la tienen así? ¿No ve que la criatura ya está corriendo peligro de morirse?”. Oí que el otro le contestaba: “Ah! No. No le quería hacer cesárea porque sus otros hijos nacieron normalmente”. Pero ese doctor no tomó en cuenta que durante los nueve meses no había hecho ningún ejercicio. Al ver la situación, el doctorcito joven les dijo a las enfermeras: “Prepárenme inmediatamente a la señora porque le vamos a hacer la cesárea, la criatura está corriendo peligro”. Había otro caso igual que el mío, pero el bebé de la señora murió. Gracias a Dios, la niña mía vivió. Pesaba siete libras y media. Lo más curioso, es que me hicieron una cesárea tan pequeña que cuando fui para que me quitaran los puntos, la enfermera se asustó y me dijo: “¿Y quién le hizo esta cesárea?”. “El doctor que me atendió”, dije yo. “Pero, ¿cómo se llama?”. “Yo no sé cómo se llama. Y, ¿por qué?”, le dije. “No. Es que aquí hay algo raro”, me dijo. “Y, ¿por qué?”, le insistí. “¿Cuántas libras pesó su niña?”. “Siete libras y media”. “¿Y usted tiene una cicatriz de ese tamaño? ¿Cómo cree que pudo salir una niña de siete libras y media por una abertura tan pequeña?”. “Yo no sé”, le contesté. “Esto sí que es misterioso”, me dijo. Yo dije: “¡Dios mío! Y entonces, ¿quién me hizo la cesárea?”. Pero ahora me dicen que la cesárea... ellos no se explicaban por qué esa cesárea estaba tan chiquita ni cómo hizo ese doctor para sacarme la niña.

Esta historia se la conté más tarde a mi niña Yénifer y ella dijo: “Mami, ¿y qué pasó allí?”. Parece que una fuerza contraria estaba luchando para que me muriera y la niña también. Veo que salí victoriosa de esta batalla: el doctorcito llegó y ordenó la cesárea. El anestesista era un hombre muy dulce, me hablaba cosas muy dulces. Me sentía como una niña cuando la están acariciando porque acababa de pasar un mal rato sufriendo grandes dolores durante muchas horas. Como que alguien quería aliviarme de lo que acababa de vivir. Ahora, lo único que puedo decir es que me ayudó el de arriba. ¿En quién si no puedo pensar? Él estuvo conmigo en ese momento.

### **Veo una gran diferencia entre el catolicismo y el evangelismo**

Veo una gran diferencia entre el catolicismo y el evangelismo. En el evangelio se llega a conocer más a fondo quién es Dios; el católico sólo tiene una noción de las cosas de Dios, como por ejemplo en la Virgen María, en San Pedro, etc., mientras que nosotros eso lo evadimos totalmente, tomamos las cosas tal como están en

la palabra de Dios. Nosotros, a la Virgen María la amamos porque es la madre de Jesús, es nuestra hermana, pero no nos dirigimos a ella, porque no tiene ningún poder para salvarnos. También ella espera la resurrección, el día cuando Cristo venga a recoger su Iglesia y todos los que murieron en Cristo resuciten. Los muertos van a resucitar. Y los que estamos en carne, nos va a tomar, así, como un arrebato. La virgen María no puede salvar a nadie, porque aún está esperando la venida de su hijo. Ésa es la gran confusión que hay en el catolicismo, que no escudriña las escrituras. Los católicos están en tinieblas, no han visto la luz. Están vendados. Su ceguera hace toda la diferencia entre el catolicismo y el evangelismo. En el evangelismo, uno viene a conocer a fondo las cosas de Dios y quién es Dios. Es un Dios real. Y nos ofrece experiencias cuando nuestra vida está totalmente enfocada hacia Él. Es lo que he vivido en mi propia carne.

No todos los evangélicos están metidos a fondo en las cosas divinas. Algunos tienen muy por encima el evangelio. No se interesan en escudriñar. La palabra de Dios dice que cuanto más escudriñamos acerca de Él, más nos da, porque Él es como un río sin fin. Cuando queremos saber de Dios, debemos excavar; es decir, buscar. ¿Cómo se busca a Dios? Se le busca en espíritu. Solamente así se le encuentra. ¿Cómo se aprende a buscarlo? Solamente cuando leemos a fondo la palabra de Dios. Mucha gente sabe que necesita la ayuda de Dios pero hay tanta confusión en las religiones que la gente se extravía. ¿De qué nos sirve pasarnos la vida en religión? No nos sirve de nada porque, al final, vamos a perecer junto con las religiones. Nosotros queremos salvarnos, salvar nuestra alma; por eso es importante saber la verdad. Hay personas que no tienen una visión clara. No nos dejemos engañar. Muchos falsos vienen diciendo cosas y la gente, por no escudriñar la palabra, cae en cualquier trampa de esas personas. Por eso, recomendamos que se metan en la palabra, para saber a qué atenernos. A Dios le gusta que seamos gente de paz, gente comprensiva, que comprendamos el dolor del otro. Eso es el evangelismo. Mientras que el catolicismo se conforma con ir a rezar su rosario y nada más.

### **Mi infancia en Jutiapa**

Cuando era pequeña, mis padres vivían en un pueblo que se llama Quesada. Queda en Oriente, por la carretera que va para El Salvador.

Mi padre se compró la finca donde vivieron hasta el día de su muerte. Éramos cinco hijos y allí nos

criamos. A mi padre le gustaba trabajar mucho. Tenía un terreno muy grande y sembraba arroz, frijol y maíz. Varias personas trabajaban con él. En medio de esos grandes terrenos estaba la casa. Allí teníamos mucha libertad para jugar. Había mucha fruta, muchos jocotes. Ni habíamos desayunado que ya estábamos prendidos de los jocotes, de las anonas, de todo. ¡Ah! ¡Esa vida cuando éramos pequeños era una vida muy linda! ¡Y con un aire tan limpio!

Mis abuelos vivían en otra aldea, en Salitrillo, más o menos a cinco horas a caballo de nuestro pueblo. Cuando mi padre compró su terreno, nos alejamos de mi abuela. Cuando ella decidía visitarnos –como allá no había teléfono y no nos podía avisar y decirnos: “Voy a llegar, prepárense”–, nosotros nos enterábamos cuando ya estaba en el patio. Llegaba a caballo, con mi abuelo y mis primos, porque ella crió a dos nietos huérfanos de la mamá. Ni tiempo nos daba de avisar a mi madre, en el patio ellos gritaban: “¡Ya llegamos!”. Nosotros salíamos a verlos y nos daba mucha alegría porque nos gustaba jugar con nuestros primos. A mi abuela la bajaba mi padre del caballo, le quitaba el galápago, se llevaba el caballo, le daba de comer y le ponía agua. Como teníamos muchas gallinas, mi madre comenzaba a correrlas para matar una o dos porque habían venido los abuelos. Mientras mi madre estaba en la cocina y los hombres estaban platicando, nosotros por allá jugando con los primos. Eran momentos muy bonitos. Más aún cuando estaba lista la comida e íbamos todos a sentarnos en torno a aquella gran mesa.

Ésa era la vida mía cuando era una niña. Me gustaba mucho ver a mi padre cuando sacaba aquellas cantidades de arroz. Me gustaba regalarle a la gente, pero a escondidas de él, porque no le gustaba que hiciéramos eso. Pero a veces, cuando mis padres salían y la gente sabía que estábamos solos, llegaban a pedirme que les vendiera algo, porque ellos tenían necesidad. Entonces iba donde estaban los graneros, los destapaba y llenaba los cuencos que me daba la gente. Me querían dar dinero, pero yo decía: “¿Pa'qué quiero yo dinero?”. No necesitaba comprar nada, todo lo tenía. Les daba arroz, les daba frijol, les daba maíz. Mi madre siempre acostumbraba tener pan, un pan especial que ella hacía. Eran de cuatro clases y los guardaba en una artesa, arriba, para que nadie los tocara. Pero, como yo era bastante traviesa, solía poner una escalera y allí me subía para robar pan y regalarle a la gente. También iba a sacar huevos porque teníamos muchas gallinas y le regalaba a la gente. A mí me gustaba mucho hacer eso.

Después me sentía bien. Mi padre nunca se dio cuenta de lo que yo hacía cuando él no estaba. Hasta el día de hoy, me hace bien pensar que desde niña me gustó hacer el bien.

Como en la casa pues no había agua potable, había que salir para lavar la ropa. Había un ojo de agua, como decíamos, donde caían unas cataratas de agua, y ahí en ese ojo de agua íbamos a lavar. Mi madre nos llevaba siempre cuando iba al río a lavar y, mientras lavaba, nosotros nos bañábamos y jugábamos. Pero una vez tuvimos una experiencia bastante triste. Hacía mucho calor y mi hermanito, que tenía unos cinco años, le dijo a mamá: “Mamá, quiero ir a bañarme, no aguanto este calor, me quiero bañar”. Mamá le dijo: “Espérate que voy a recoger un poco de ropa sucia para lavarla mientras ustedes se bañan”. Pero, de repente, ya estaba en el agua mi hermanito. Mientras mamá lo estaba bañando, mi hermanito dio un gran grito y su cara se torció y el pobre muchachito quedó totalmente paralizado. En ese momento, había muchas mujeres lavando y mi mamá les pidió ayuda.

Todas las señoras fueron donde estaba mi mamá y se asustaron al ver que al niño se le pasó la cara de una vez para atrás. Yo me estaba bañando cerca, sólo que me encontraba en un chorro y mi hermanito en otro. Entre todas las señoras se lo llevaron, ayudándole a mi mamá. Nosotros andábamos detrás. Cuando llegaron a la casa, acostaron al niño como pudieron y empezaron a hacerle cosas, cada quien con su remedio. Le pasaron mucha ruda por la cara, se la pusieron a oler. Le hicieron masajes de ruda por todos lados. Al fin, de tanto estar haciéndole cosas, a mi hermano le fue devolviendo un poco la cara. Pero le quedó un poco retorcida. Con el tiempo se le fue arreglando, al igual que sus piernas y sus manos, que tampoco podía mover. El doctor que lo trató era un buen doctor y con el tiempo mi hermano quedó completamente bien. Hemos vivido un momento de gran angustia. Durante bastante tiempo a mi hermano había que cargarlo porque no podía hacer nada.

Este hermano no tuvo mucha suerte en la vida. Ya grande, se casó. Quería mucho a su esposa, pero ella lo traicionó. Mi hermano la encontró con su amante. Él se volvió loco, agarró un machete y se abalanzó sobre el muchacho, a pegarle fuerte. El muchacho quedó tirado como muerto y mi hermano, al ver al muchacho, pensó que lo había matado. Su mujer, al ver que se estaban peleando, salió huyendo de la casa. Mi hermano salió detrás de ella y después se fue para no

volver nunca. Nunca más supimos de él. Hasta el día de hoy, no sé si mi hermano vive o si se mató, porque pensó que había matado al amante de su mujer. A cualquiera le pasa eso al descubrir semejante traición. Mi hermano era muy bueno. Una buena persona, pero en ese momento perdió completamente la cabeza. Lo triste es que mi madre murió y se fue con ese gran dolor. Y mi padre igual. Ésa es la historia de mi hermanito. A lo mejor está en México. No sabemos su paradero. Mi otro hermano también se casó y sigue viviendo en la finca, con otro hermano. Allí están mis hermanos, trabajando en la finca.

Cuando era niña, había muchos palos de mango y cuando pasaban las tormentas, cuando pasaban aquellos vientos que venían con agua, entonces los palos de mango se sacudían, caía aquel montón de mangos al suelo. Recuerdo que agarraba un morral y me iba, sin decirles nada a mis padres. Una vez, iba corriendo porque sabía que habían caído muchos mangos y otros niños corrían también para recoger los mangos.

Había también un árbol que nosotros llamamos “uña de gato”, pero que no tiene nada que ver con la uña de gato que hay en Perú. Iba corriendo, pasando por un zanjón que iba a cruzar, cuando la rama, con esas espinas que parecen uñas de gato, me agarró el pelo. Me quedé prendida, casi en el aire, porque iba a saltar para el otro lado. Allí me quedé mucho tiempo sin poder desprenderme de las espinas. No hallaba qué hacer y pensaba: “¿Qué voy a hacer ahora, Dios mío?”. cuando pasa un señor allá lejos y le grito: “¡Auxilio! ¡Auxilio!”. Al oír mis gritos el señor se acercó y me dijo: “¿Qué te pasa?”. Y yo: “Mire, que me quedé prendida y no puedo moverme”. “¡Ay, niña, por el amor de Dios! ¿Desde cuándo estás aquí?”, me dijo. “¡Ay! Hace ya como tres horas. Ahora sí me van a matar cuando regrese a mi casa. Me van a pegar porque ni avisé adónde iba”. “Vaya, eso te pasa por no avisar. A ver –me dijo–, voy a ver cómo hago para desprenderte”. Le costó desprenderme. Cuando regresé a la casa, mi mamá andaba bien preocupada. Había ido a preguntar por todo lado si me habían visto. Iba a ir a la policía a ver qué pasaba conmigo. Bueno, me regañaron por no haber avisado. Siempre me gustaba hacer eso.

### **En esa ocasión, creo que Dios me ayudó**

Mi padre tenía también una huerta con muchos árboles frutales que estaba bien lejos. Me gustaba agarrar el morral y salir a traer frutas. Una vez, cuando iba a cruzar el gran corral – porque había que cruzar un corral donde había

muchos toros bravos— justo después de pasar del otro lado del cerco, me encuentro frente a un toro que se me queda viendo y se me pega detrás. Comencé a correr como loca, sólo mirando un poquito por atrás, viendo que aquel animal no me alcanzaba, cosa que no podía creer. Aquel toro enorme no me pudo alcanzar. Crucé el corral hasta llegar a otro cerco, que trepé rápido, y me caí del otro lado. El toro estaba tan enojado que rascaba la tierra, como si quisiera matarme. Después de ese gran susto, no tuve valor para regresar a la casa. Pensaba: “No regreso a la casa porque seguro que ese toro me va a estar esperando allí...”. Yo les daba muchos problemas a mis padres, era bastante tremenda.

No lejos de donde estaba, había una inmensa piedra plana arriba, como si fuera una mesa. Logré treparme a esa piedra pensando: “Me subo arriba y allí no me alcanza nadie”. Me instalé en la piedra y me quedé bien dormida. No sé a qué hora de la noche oí que me llamaban: “¡Martha, Martha!”. Me levanté y vi que era mi papá con una lámpara de gasolina. Pensé: “Si le contesto, ¡ay! Ahora sí me va a matar mi papá, no va a entender qué hago yo aquí. Pero si no le contesto, va a ser peor porque mañana será peor la tunda. Mejor le contesto”. Grité: “Sí, papi, aquí estoy”, y él: “¡Ay, muchachita! ¡Por el amor de Dios! ¿Qué estás haciendo?”. ¡Ay! Papi, ¡perdóneme!”. Y le comencé a contar la historia del toro. Entonces me dijo: “Bueno, no te muevas de allí, a ver cómo hago para bajarte”. Me acercó la luz y como pude comencé a bajar hasta que él me agarró de la mano y nos fuimos. Le expliqué que por miedo al toro no había sido capaz de treparme otra vez al cerco, segura de que el animal me esperaba para matarme. Entonces me dijo: “¿Pero quién te ha dicho que puedes venir sola para acá, para la huerta?”. Para que entendiera bien, mi papá, que era bastante severo, me hincó una hora a la par de su cama, donde no podía ni moverme. Ese fue el castigo. No me pegó. En esa ocasión, creo que Dios me ayudó, porque yo no podía correr más rápido que ese toro y, sin embargo, pude llegar al cerco y treparme antes que me alcanzara.

De niña, me encantaba montar a caballo, me gustaba montarme así, en pelo, como decimos allá en Guatemala. No montaba con las piernas abiertas, sino sentada y caminaba con el caballo; a veces, le sacaba hasta el trote al caballo y nada me pasaba porque estaba acostumbrada. Pero una vez iba yo en la carretera cuando, en una vuelta, de repente, asomó un carro. Allí el caballo se me paró en dos manos y yo me caí, asustadísima, no de espalda, sino que me caí parada. Si me hubiera caído de espalda, me hubiera lastimado bastante. Creo que la señora

que iba manejando estaba más asustada que yo todavía. El caballo se me soltó y se me fue sin que pudiera agarrarlo.

Tuve también experiencias fuertes con las serpientes. Había un lugar, a la par de un potrero, donde había animales. Tenía como doce años y me gustaba juntarme a las chicas que por allá vivían; decidimos ir a buscar agua del pozo porque era muy rica, muy dulce. Nos fuimos cada cual con su cántaro cuando una de ellas pregunta: “¿Quién es la más valoruda?”. Siempre he sido una niña muy atrevida, entonces, levanté la mano rápido. “¡Ajá! —me dicen— ¿Tú eres la más valoruda?”. “Sí” contesto. “¿Y tú tienes valor de meterte del otro lado del corral que hay allí?”. El cerco era mucho más alto que el que ya me había trepado en otra ocasión y, además, era de alambre de púas. Vi que tenía como escalones, entonces les dije: “Sí, yo puedo”. “Del otro lado del cerco hay hermosas guayabas y queremos que vayas a cortar unas”, me dijeron. “Está bien —contesté—, no tengo miedo”. Subí los escalones, caí del otro lado del cerco y comencé a caminar. Al estar cerca del palo de guayabo, oí un ruido en el suelo y vi que había una tremenda serpiente. Sólo después supe que era de esas serpientes que se tragan los terneros. Cuando me metí en ese lugar no sabía nada, iba directo a cortar las guayabas. Lo que me salvó fue que la serpiente no miraba hacia mí, sino que estaba atravesada para el otro lado. Probablemente me olió, porque empezó a moverse para enfrentarme y tratar de atraparme. Me detuve paralizada y pegué un gran grito: “¡Ay, es una serpiente!”. Sentí que se me heló la sangre, pero sin embargo pude correr hacia donde pensaba que estaban mis compañeras. Habían desaparecido, no quedaba ni una, sólo mi cantarito estaba allí. Habrían pensado que el animal me había comido. Yo andaba en un solo temblor, porque estaba bien asustada. Agarré mi cántaro y regresé sola para la casa, llorando porque llevaba muchos nervios. Cuando llegué a la casa y le conté a mi mamá, ella se enojó mucho y me dijo: “Bueno, dale gracias a Dios que estás contando el cuento, porque ese animal es una anaconda y en ese corral hace tiempo que no meten vacas, desde que descubrieron que se estaba terminando los terneros”. Dicen que esa serpiente se encuevaba y sólo salía cuando ya miraba que no había nadie. Por eso los dueños sacaron el ganado de allí y el lugar quedó desolado. Entonces, me imaginé cómo estaría de hambre el animal, si no había comido su ternera y me dio escalofríos... Me hubiera tragado de una vez... Fue una tremenda experiencia, y si puedo contarla es por pura suerte.

## **...estoy persuadida de que el ángel de Yehova me cuidaba**

Cuando era niña me quedé con la ilusión de tener una hermanita. Siempre, en mis sueños, soñaba con una hermanita y ahora, con mis años, me doy cuenta que todavía en mi mente está ese recuerdo. Cada vez que mi mamá estaba esperando, pensaba yo: “Va a ser una hermanita, va a ser una hermanita”. Pero siempre venían hermanitos.

En Guatemala, creo que en toda la América Latina, siempre el varón tiene un tratamiento especial. La mamá nunca le pide que participe en el quehacer de la casa, mientras que a la hija le echan toda la responsabilidad de la casa. Desde muy pequeña, como de siete años, ayudaba a mi madre. A las cinco de la mañana nos levantábamos. Como el río pasaba cerca, todas las mañanas, mi madre me mandaba a traer agua del río. Entonces agarraba mi tinaja y me iba al río a traer el agua. Una vez, cuando iba con la tinaja, oí que se estaba bañando alguien. Pensé que era mi madrina, una mujer que me quería mucho. Me puse alegre porque la iba a ver y solté la tinaja en el suelo, para ir a alcanzarla más pronto. En ese momento, oí la voz de mi madre que me decía: “Martha, apúrate con el agua que la necesito”. Regresé donde la tinaja, la llené de agua y me fui para la casa. Al llegar, le digo a mi madre: “Fíjate que allí se está bañando alguien y digo que debe ser mi madrina. Iba a ir a ver si era ella cuando me llamaste”. Mi madre me miró algo asustada y me dijo: “Menos mal que no fuiste, porque no era tu madrina sino la ciguanaba. Es un espíritu malo. Podía haberte trastornado la mente y no hubieras recordado nada, porque por eso lo hace. Menos mal que te llamé y no fuiste – me dijo mi mamá– porque yo supe de algunas personas que, cuando eran niños, les pasó eso y hasta el día de hoy no recobraron su mente y se quedaron como tontos. ¡Menos mal que no fuiste!”. En efecto, no podía haber sido mi madrina porque a las cinco de la mañana ella dormía. A esa hora jamás se levantaba, era joven y vivía sola. Cuando después la vi, le pregunté: “Madrina, ¿usted se levantó temprano a bañarse hoy?”. “¿Por qué?”, me dijo ella. “Porque, a las cinco de la mañana, oí que se estaba bañando justo allí por donde está su casita, y pensé que...”. “No, mi hija –me dijo–, nunca me levanto a bañarme a las cinco de la mañana. Me levanto a las siete, la hora en que me baño y empiezo a hacer mis cosas. Menos mal que no fuiste –me dijo–. Porque seguro que fue la ciguanaba”. Por eso, estoy persuadida de que el ángel de Yehova

me cuidaba. El ángel de Dios me cuidaba, porque siempre que he estado en peligro, allí estaba. La ciguanaba se mete tanto con las mujeres como con los hombres. Mi esposo también tuvo una experiencia con ella. Antes de conocerme, tenía una novia y en los pueblos no es fácil que se vean los novios. Me contó que una vez venía de platicar con sus amigos, eran como las nueve de la noche y había una luna muy clara, cuando vio que venía su novia en el camino. Se paró pensando: “¡Qué raro que a esta hora venga mi novia por acá!”. En ese momento se acordó: “¡Oh! Será la ciguanaba”. Y dice que se fue corriendo rápido para su casa. Al día siguiente le preguntó a su novia: “¿Qué andabas haciendo ayer a las nueve de la noche allí cerca del río? Acababa de pasar el río, cuando vi que venías a lo lejos, pero en eso me acordé, me dio miedo porque pensé que podía ser la ciguanaba”. “¿Cómo te pones a pensar –le dijo ella– que voy a andar a esas horas de la noche? Bien sabes que mis padres no me dejan salir ni a la tienda”. “Sí –le dijo él–, por eso fue que salí huyendo para mi casa”. La ciguanaba andaba por todos los pueblos del país. Mi esposo es de Morazán de Guatemala, no del pueblo de El Salvador, que tiene el mismo nombre; es del departamento de El Progreso. Allí toda la gente recuerda historias que han tenido con ese espíritu, la ciguanaba, como prueba de su existencia. No sé si ahora sigue existiendo, antes la gente creía más en esas cosas sobrenaturales.

## **Logré aprender a leer cuando vine a las enseñanzas de Jesús**

Realmente había una diferencia en cómo mis padres trataban a mis hermanos y cómo me trataban a mí. Ellos siempre se iban con mi padre a hacer los trabajos, mientras me quedaba en la casa con mi madre. Eran trabajadores de la tierra y sembraban arroz, frijol, maíz, de todo. Durante el invierno aprovechaban para trabajar. A mí me tocaba ayudar a mi mamá en la limpieza de la casa y en la preparación de las tortillas. Iba yo a hacer la masa en el molino y ella hacía las tortillas. A las nueve de la mañana, ya mamá tenía todo hecho. Entonces la dejaba a ella en la casa y me iba a la escuela. Cuando venía de la escuela, mamá tenía todo listo para ir a dejar la comida a los hombres que estaban trabajando. Ella me ponía unas cosas en mi canastita para que le ayudara e íbamos a darles el almuerzo. Dejábamos las canastas debajo de un árbol. ¡Era algo tan lindo poder comer así! Nos quedábamos platicando un rato y después nosotras volvíamos a meter las cosas y regresábamos para la casa. Así era la vida de nosotros en el invierno. En el

verano, no había tanto trabajo en el campo y mamá me dejaba que fuera a jugar con mis amigas, haciendo las muñequitas de elote, del maíz, esa cosa blanca que deja. Hacíamos muñequitas, muñequitos, y al varoncito le hacíamos pantaloncitos, camisitas. Esa fue mi niñez en el campo. Nunca tuve una muñeca comprada, sino que las hacíamos nosotros.

Cuando tenía quince o dieciséis años, mis hermanos, que eran unos chamaquitos, me vigilaban mucho; no les gustaba que nadie platicara conmigo. Me peleaba con ellos y me quejaba a mi padre, diciéndole que no era justo que ellos me martirizaran. No entendía su reacción porque, a pesar de mi edad, todavía pensaba como una niña, no tenía atracción por el otro sexo y creía que la cigüeña traía a los niños... La escuela donde iba era una escuela mixta, pero sólo tenía el derecho de hablar con las amigas; con los niños, no. A los niños siempre los ponían a jugar entre ellos, porque decían que los niños eran muy pesados y, en efecto, los niños eran bien pesados con nosotras, las mujercitas. Además, decían que no era bueno que los varones estuvieran allí, mezclados con las mujeres. Así era la mentalidad de las personas antes.

A mí no me gustaba la escuela, porque pensaba: "Pobrecita mi mamá, solita trabajando en la casa", y me agarraba de esa idea para salirme de la escuela. Cuando mi papá se daba cuenta, me iba a dejar de la oreja en la escuela, porque él era muy estricto y había estudiado. Fue maestro, aunque no tuviera título, un maestro empírico. Por eso le daba mucha rabia que, siendo él un hombre que estudió, su hija mayor no estudiara. Su ilusión era que sacara mi sexto grado y después fuera a estudiar a la capital, en un internado. Pienso que ésa fue la frustración más grande de mi padre, de que yo no respondiera a sus expectativas. No me gustaba la escuela, no tenía la vocación. Fui como tres años, pero sólo recibí el primer grado, porque iba por temporaditas. Para mí era un sacrificio grande estar sentada varias horas seguidas. Parece que era una niña hiperactiva. Y hasta el día de hoy, no puedo estar mucho sentada, tengo que estar siempre en movimiento. Por eso, me costaba estudiar. Ahora sí me lamento no haber ido a la escuela y procuré que mis hijos sacaran sus grados porque es triste quedarse sin estudiar. Gracias a Dios, ellos salieron buenos para sus estudios.

Logré aprender a leer cuando vine a las enseñanzas de Jesús. Me costaba mucho, pero

hice un gran esfuerzo porque quería estudiar la Biblia, quería estudiar la palabra de Dios. Y eso lo hice sola. Cuando uno se interesa, entonces pone todo de su parte. Eso fue lo que a mí me salvó. Mi hermanos, ellos sí estudiaron, pero sólo sacaron el sexto grado, porque no querían que mi papá los mandara al internado en la capital.

### **"Sabes, a tu hija le va a gustar volar mucho"**

Un día, tendría como dieciocho años, decidí irme a la capital pero no fue tan fácil convencer a mis padres. Mamá era una persona muy buena. Siempre pude contar con ella, para todo. Empecé a prepararla diciéndole que tenía ganas de conocer la capital. Cuando era pequeña y mamá mataba gallinas, siempre le encargaba que me diera las patitas de la gallina. No me gustaba comer otra cosa que las patitas de la gallina. Al ver eso, una señora le dijo, riéndose, a mi mamá: "Sabes, a tu hija le va a gustar volar mucho". Fue la primera cosa que pensó mi mamá cuando le anuncié que quería irme a la capital. Vivíamos a unas cinco horas en autobús de la capital. Cuando empecé a decirle a mi mamá que quería conocer Ciudad Guatemala, ella me dijo: "Niña curiosa. Ya comenzaste". En realidad, no era sólo por curiosidad que me quería ir del pueblo, sino que necesitaba superar la gran decepción que había tenido con un enamorado. El muchacho y yo nos queríamos mucho, pero él venía de una familia bastante alta y mi papá dijo que no. Su padre era finquero, cafetalero de mucha plata, y mi papá me dijo: "Cada oveja con su pareja". La decepción fue tan grande para mí que pensé que la mejor manera de olvidarme era irme del pueblo. Ya no le encontraba sentido a mi vida en ese pueblo. Finalmente, el muchacho se casó con otra y se marcharon también.

De tanto insistirle a mi mamá, acabó por hablar con mi padre, diciéndole que sólo me iría un tiempcito no más, que me iba tan sólo para conocer la capital y visitar a la familia que allá vivía. "Bueno—dijo mi papá—, está bien", y me dio permiso. Y me fui. Al principio me fui a vivir con mis primas. Estaba muy contenta. Comencé a trabajar y en esa fábrica de vestidos conocí a mi esposo. Cuando sentimos que ya nos conocíamos bien, fuimos donde mis papás. Él le cayó muy bien a mi padre.

### **Siento amor por el prójimo**

Al principio, no me gustaba la capital, sentía muchos olores, como a gasolina, a aceites quemados. Esos olores me daban ganas de vomitar, me sentía muy mal y me dio hasta ganas de regresar a mi pueblo. La comida tampoco era la misma. Mi madre acostumbraba cocinar con manteca de marrano y la comida con eso sale muy rica. Cuando fui a la capital, mis primos usaban aceite de pepita de algodón para cocinar y no me gustaba nada. Sufría mucho, no soportaba el olor de ese aceite. El agua también la sentía horrible. En mi pueblo tomábamos agua de los pocitos y era muy dulce. Y en la capital tenía un sabor a cloro. No me fue fácil acostumbrarme, pero, con el tiempo, uno a todo se acostumbra. Además, en el pueblo todos nos conocíamos mientras que en la capital yo no conocía a nadie, solamente a mis primas. Después me conseguí un trabajo en una costurería. La señora era mexicana y era muy buena conmigo. Me enseñó con mucha paciencia a hacer los ruedos de los vestidos, a pegar los botones, a hacer otros trabajos. Las otras chicas que trabajaban allí como que se pusieron celosas conmigo, porque la señora me trataba muy bien. Me hacían malos gestos. Yo no entendía por qué, si a ellas no les había hecho nada. Poco a poco, como soy así, que no me meto con nadie, vieron que siempre era amable con ellas y cambiaron de actitud conmigo. Hasta me dijeron: “Perdónanos, nos portamos mal contigo, sentíamos celos quizás porque la señora te trata muy bien, pero tú no mereces eso”. Así que fui conociendo la capital y aprendiendo mucho, porque uno en las aldeas tiene otras costumbres. Esa etapa de mi vida fue muy importante porque en la capital me vine a educar.

Mi esposo, desde que nos casamos, me encargó que administrara el dinero del hogar. Me dijo: “Nosotros, los hombres, a veces no sabemos administrar el dinero. Quiero ver cómo tú lo vas a administrar”. Él confiaba en que yo me iba a encargar de las cosas de la casa y tomaría las iniciativas para mejorar nuestra vida. Me entregaba lo que ganaba y sólo se quedaba con lo que necesitaba en la bolsa. Y la verdad es que me fue muy bien. Cuando se terminaba el mes todavía me sobraba dinero, cosa que a él nunca le pasaba. Entonces me dijo: “Sí, eres buena para administrar el dinero, puedo confiar en ti”. Desde entonces me dejó la administración del dinero y nunca hemos tenido problema. Cuando había alguna dificultad, miraba cómo me las arreglaba para encontrar una solución. Nunca le dije a mi esposo: “Mira, se terminó el dinero, mira tú qué haces”, como hacen muchas mujeres. Y cuando a mí me brotan nuevas ideas, suelo decirle: “Fíjate

que pienso esto y esto”. “Sí, verdad –me dice–, sería bueno”. Si podemos, pues lo hacemos. Pero antes de hacer cualquier cosa, le pido su aprobación; jamás he abusado de su bondad.

Hasta ahora mi esposo no se mete para nada en cuestiones de finanzas. Tampoco interviene en mis obras caritativas: por ejemplo, tengo esa vocación de ir a visitar a los enfermos, de orar por ellos, de ir a ver los problemas de los hogares, ayudar a las parejas dándoles consejos, a partir de mi experiencia. Él nunca se ha opuesto, porque sabe, quizás, que el día que me prohíba eso, me mata porque es mi vida. No lo hago por dinero, ni por recibir alguna recompensa. Lo hago por amor. Siento amor por la humanidad. Siento amor por el prójimo. Y, gracias a Dios, mi esposo no me impide nada. Pero, de mi lado, no debo olvidarme de las obligaciones de mi hogar. Tengo que estar pendiente de mi esposo, de mis hijos, por eso todo funciona bien. Gracias a Dios, no he tenido ninguna contrariedad.

Cuando mis niños eran pequeños, no tenía ninguna ayuda en la casa. Me tocaba lavar los trastes, lavar la ropa en la pila y me gustaba que los pañales quedaran bien blancos. Luego planchaba, iba al mercado, preparaba la comida, etc... No tenía ninguna clase de ayuda hasta que tuve el negocio de la tienda y tuve que buscar a alguien que me ayudara en las cosas que ya no podía hacer. Nunca tuve problemas con las personas que trabajaban conmigo, hasta el día que contraté a una muchacha, que me suplicó darle trabajo y como no tenía a nadie le dije que sí. Era de Livingston y decía que había venido de allá, que no tenía a nadie y que iba a trabajar por lo que yo quisiera pagarle. Pensé: “¡Qué raro!”, pero igual la tomé. Se quedó como tres meses con nosotros y se veía muy buena. Se levantaba temprano, hacía el oficio y cuando nos levantábamos nos tenía el desayuno preparado. Yo estaba muy contenta. Pero, un día me fui y mi hija Roxana se quedó sola en la tienda. Había una puerta para adentro pero Roxana la cerró hasta con pasador. Entonces, ella aprovechó mi ausencia y recogió lo que pudo, hasta relojes. Había un maletín lleno de telas, se lo llevó. No me acuerdo cuántas cosas se llevó, pero se salió por la puerta de atrás. Se fue. Roxana ni cuenta se dio. Menos mal que no le hizo ningún daño a Roxana. Pienso que esta señora ya tenía su plan cuando se vino a la casa porque era una ladrona. Fue la única vez en que tuve problemas con una empleada y cuando la contraté tuve un presentimiento, pero necesitaba urgentemente que alguien me ayudara en la casa.

### **Pero no siempre salimos venciendo**

Cuando llegué a Canadá, no tardé nada en conectarme con mi iglesia, porque la señora que me recibió era una hermana de la Caridad, Sor Julieta. Ella fue la que me ayudó a instalarme aquí. Desde el principio me preguntó de qué religión era yo. Cuando le dije que era evangélica, ella me dijo: “Eso es lo malo de los evangélicos que no quieren decir mentiras, pero aquí hay que decir mentiras, si no nadie se queda”. Gracias a Dios no tuve necesidad de decir mentiras. Si no hubiera sido por un milagro de Dios, no me hubiera quedado aquí, nadie entra sólo porque su país está en malas condiciones. Así es que le dije que era evangélica y ella me dijo: “Bueno, pues aquí hay una iglesia y yo la puedo recomendar”. Así fue. Ella llamó al pastor y le dijo que había una señora evangélica que vivía en tal parte y le pidió que me fuera a visitar. Vinieron a vernos, hablaron con nosotras, conmigo y con Sofía, y luego nos llevaron a su iglesia.

Cuando vivía en Guatemala ya servía a Dios. Oraba. Oré por dos niños que ya estaban desahuciados de los médicos. Los padres guardaron los certificados de los doctores que decían que no podían hacer nada por ellos. Pero aquí he ido desarrollando mis facultades. Allá, el trabajo fue fuerte en la Obra, pero parece que todavía no había madurado mucho, como aquí he madurado. Las experiencias en Guatemala fueron varias, pero hay dos casos que me han impactado, particularmente:

El primero es el de una joven recién casada, con quien me había hecho muy amiga. Le hablaba de las cosas del Señor. Ella quiso asentarse y se fue conmigo a la iglesia; luego, vino su esposo. Formaban una pareja muy bonita. Quedó embarazada y su gran problema fue que no podía comer. Todo lo que comía lo devolvía. Solía tomar todos los días un jugo de limón. No sabía que el limón es muy malo cuando se espera. Cuando el niño nació, vomitaba la leche que le daba su madre, los jugos, todo. Tenía un año y seguía con el mismo problema. Una mañana, estaba yo desayunando cuando llega corriendo el papá y me dice que el niño de Auricia había muerto. Dejé mi desayuno y me fui corriendo a la casa de ellos. Apenas llegué, agarré el niño en mis brazos y les dije: “Entreguen a este niño al Señor. Si Él quiere, se lo va a devolver y si no, pues se lo va a llevar y ustedes tendrán que estar conformes con lo que Él diga”. Ellos se hincaron

e hicieron como les dije. Mientras yo tenía el niño en los brazos, comencé a hablar con Dios; a alabarle, alabarle, alabarle, pidiéndole que tuviera piedad y misericordia de ese niño. Que si era su santa voluntad, pues que le diera la vida y que quedara sano completamente. Y si no, pues, Él sabía si se lo llevaba o no. Y así estuve orando, un buen tiempo. Cuando volví de mi oración – porque me pierdo en el Espíritu, cuando es así– vi que el niño tenía los ojos abiertos y los colores habían vuelto en su cara. Antes estaba desfigurado y no tenía color en la cara. No respiraba. Lo veo con los ojos abiertos, tranquilo en mis brazos. Lo dejo en su cunita y voy a ver a sus papás: “Vengan a ver al niño”. Cuando se levantaron y vieron que el niño estaba vivo, que movía su boca y tenía los ojos abiertos, echaron a llorar de alegría y se hincaron de nuevo para darle las gracias al Señor. Cuando tomaron al niño, les dije: “Váyanse al médico para que les dé un certificado de lo que Dios acaba de hacer ahora”. El médico les había dicho que el niño de un ratito para otro iba a fallecer. Entonces ellos: “Está bien, el niño ya está muy sano, pero, si usted lo desea, lo llevaremos al médico”. Y se fueron con el médico. No era su médico de familia porque era un sábado y no estaba. El otro médico los vio y les preguntó: “Y ustedes, ¿a qué vienen?”. “Pues, fíjese, doctor, ese niño tuvo un gran problema desde que nació, echaba la leche y el médico no pudo hacer nada por él. Ayer lo declaró muerto y nosotros llamamos a una hermana que usa el Señor y ella oró por el niño y el niño resucitó”. Dijo el doctor: “¡Pero este niño está más sano que todos los niños! ¿Ustedes están seguros de lo que me están diciendo?”. “Sí. Nosotros tenemos los papeles en casa”. “Ah, pues, ¡eso es un milagro! ¡Es eso un milagro!”. Y entonces él sólo le sobó la cabecita al niño y les dijo: “Vayánse porque el niño está bueno y sano”. Ellos llegaron tan felices a la casa que saltaban de gozo. Y ahora el niño es un hombre.

El segundo caso es bastante parecido. Se trata también de un niño desahuciado por el médico. Los padres ya llevaban una semana de estarlo velando y estaban agotados. El niño tenía una complicación en los riñoncitos y los intestinos. Tenía como dos años y el doctor de una vez lo desahució. Les dijo a los papás que ya no había esperanza para el niño, que se iba a morir y que ahora sólo esperaran el momento de su muerte. Pero mi sobrina, que era familiar de la mamá del niño, me decía: “Tía, vaya a orar por el niño”. Y así me estuvo pidiendo seguido, mientras yo le decía: “Sí, voy a ir. Mañana, iré”. Pero se me iban los días y no iba. Un día me dijo mi sobrina: “No, tía, a usted la voy a tener que

agarrar de la mano y nos vamos porque si no usted no va... Ahorita nos vamos, tía, dejemos todo aquí y nos vamos, este niño casi ni respira". Mi sobrina tenía mucha fe. Había visto que Dios me usaba para hacer esas cosas. Me fui con ella. Íbamos corriendo. Al llegar a la casa, estaban ya los familiares de la mamá, que habían venido porque el niño se estaba muriendo. Llegué y les dije que me dejaran sola con el niño y que ellos rezaran conforme pudieran. Salieron y me quedé sola con la criatura. La saqué de la cuna y vi que ya tenía su vista fija, ya no parpadeaba. Tenía en los dientes una cosita negra, como tierra. Eso es seña cuando uno se está muriendo. Así que lo tomé en mis brazos y comencé otra vez a hablarle al Señor, hasta que me perdí en el Espíritu. Me tardé bastante, porque le rogaba y le rogaba y le rogaba, que hiciera la Obra en el niño; hasta me olvidé decirle que si era su voluntad, sólo le pedía que lo sanara y que lo sanara. Cuando volví de mi trance, el niño estaba con sus ojitos cerrados, mientras antes ya no los podía cerrar. Primero pensé: "Se habrá muerto quizás el niño", pero como le puse el dedo en la nariz y vi que el niño estaba respirando, dije: "No. El niño está descansando ya". Lo llevé y lo acosté en la cuna. Abrí la puerta y les dije: "No le hagan bulla al niño, porque está descansando. Y por la fe y la misericordia de Dios declaro que el niño ya está sano". En eso me fui, porque vivía en otra colonia y tenía que caminar bastante. Me fui confiada con mi sobrina. Otro día después de su trabajo mi sobrina fue a visitar a la mamá del niño a preguntarle por él. "Vení a ver al niño". Estaba sentado en la mesa comiendo una comidita suave porque tenía días de que no comía nada. Se le notaba la cara bien cansada pero, ¡con qué hambre comía! A los poquitos días se repuso totalmente.

Hoy día es un hermoso joven. Hace dos años, cuando fui a Guatemala, me llevaron a verle. Ahorita ya tiene como unos diecinueve, quizás veinte años. Es un muchachón bien alto. Un día me dijo la mamá: "Mire que ingrata era yo. ¿Cómo no me pude dar cuenta del gran milagro que Dios hizo en mi hijo? Porque vi que mi niño volvió a la vida y nunca más estuvo enfermo, pero sólo decía: '¡Ay, qué bien que se sanó mi hijo, qué bien que no se murió!'". Hasta allí no había tomado conciencia de lo que Dios había hecho en su hijo. Diez años después reaccionó, dándose cuenta que Dios es real y que había sido testigo de un milagro. Se fue a la iglesia, hizo confesión de fe y ahora ella también es una buena adoradora de Dios y testifica de los milagros que Dios hace.

Cuando llegué a Montreal, fui a una congregación que no tenía la misma visión que la mía. Había gente muy celosa, egoísta. Cuando comenzaron a llamarme para que fuera a los hogares a orar, algunas se pusieron celosas, sentí mucha presión. Era una comunidad hispana. A veces Dios permite esas reacciones para averiguar si estamos realmente sembrados en su palabra. Me quedé como unos cinco años y cuando vi que no podía, que en vez progresar más bien retrocedía, porque me sentía atrapada, entonces le pedí al Señor que me sacara para otro lado y Él me sacó. Ahora estoy en otra congregación, muy feliz. Esa congregación se llama *Torre Fuerte* y se encontraba hasta hace poco en la calle Saint-Laurent. Ahora está en la calle Marquette. En esa iglesia me han apoyado mucho. Somos pentecostales. A veces, la gente cae al suelo cuando yo oro. Eso significa que Dios los ha liberado de grandes problemas que tenían. Cuando caen al piso, sienten algo muy lindo. Mientras oro, a la persona le pongo la mano en la cabeza y si el Espíritu Santo la quiere botar, la bota, pero no soy yo la que la boto. Aquí comencé a entrar otra vez en la visión. Gracias a Dios, porque en esta iglesia Dios me ha prosperado mucho y he gozado del amor de los hermanos, de su comprensión. Los amo tanto que los siento como si fueran de mi propia carne.

Aquí también he vivido muchas experiencias. Una hermanita tenía su niño enfermo y me dijo: "Hermana Martha, le voy a traer al niño el martes que viene para que ore por él, porque tiene una bronquitis que no se le quita con nada. El doctor ya me dio remedios, pero no se le quita con nada". "Tráigalo el martes", le dije yo. Bueno. Así quedó. En esa misma semana ella tuvo un sueño. ¡Cómo son las cosas de Dios! ¡Tan bellas! En su sueño me llevaba al niño y me decía: "Hermana Martha, mire, aquí está el niño", y yo le contestaba: "Espéreme, hermana, voy a ir a traer el doctor para que lo mire". Entonces dice que ella se quedó esperando allí con el niño. Y dice que fui y entré en un cuarto que había allí. Al ratito, dice que yo venía con el doctor vestido de blanco. Se acercó al niño, lo tocó y sólo le dijo: "Yo te sano, hoy". Fue todo. El niño amaneció sano. Quiere decir que en el mismo sueño el Señor le hizo ver a ella un doctor –pero Él era– lo tocó y el niño se sanó. Mientras ella testificaba, había un montón de gente. Ese día, todos se pusieron muy alegres al oír eso. Fue una de las experiencias lindas que el Señor me dio. Otras hermanas, ese mismo día, testificaron también que Dios les había dado sueños donde me miraban vestida de blanco y mi vestido tenía muchas perlas que brillaban. Me sentía muy contenta porque sé por

qué el Señor les muestra eso a ellas. Uno no puede testificar directamente.

Pero no siempre salimos venciendo. Cuando Jesús anduvo en la tierra, mucha gente venía a Él porque tenía un gran poder. Él oraba por todos y todos se sanaban. Pero nosotros estamos limitados. Oramos y unos se sanan, otros no se sanan. Pero existen muchos testimonios de lo que se hizo. Por ejemplo, una vez una hermana estaba grave, hasta se le salía el ano. Un día cuenta que en su casa estaba cuando sintió una cosa rara. Había tenido una complicación y el doctor le dijo que su estado era muy delicado. Me lo contó y pude ver lo feo que se había puesto eso; entonces le dije: “Voy a ir a su casa y vamos a orar, a pedirle al Señor. Durante siete días iré a su casa”. Y así fui durante siete días y también puse a muchas hermanas a orar. El último día vi que del apartamento salió algo para fuera, entonces, le dije: “Veo que sale un bulto negro para fuera”. “Sí –me dijo– sí”. “Ojalá sea todo lo que se estaba moviendo en usted”, le dije. Como a la semana, ella tenía una cita con el doctor. Cuando el médico la examinó, le preguntó: “Señora, ¿qué ha pasado?, usted ya no tiene nada. Su caso era bien complicado y la operación iba a ser difícil. Ahora está sana”. Cuenta ella que se puso a llorar y que el médico le dijo: “¿Qué le pasa?”. “¿Sabe por qué estoy llorando, doctor? – dice que le dijo–. Porque Dios ha hecho un milagro en mi salud. Y ahora usted me lo confirma al decirme que ya no tengo nada”. “Sí, me convenzo que eso verdaderamente ha sido un milagro y la felicito, señora”, dice que le dijo el doctor.

Cuando me pongo a orar me comunico con Dios y para lograrlo tengo que mantenerme en la disciplina de Dios. Mi mente tiene que estar en el Señor y mi corazón también. Todo lo que yo haga tiene que ser consultado por Dios. Él es grande, es poderoso y si no cumplimos con lo que dice, no se glorifica. Así es que otros reciben a través de la obediencia de uno con Dios. Para que una persona quiera que Dios la use, tiene que disciplinarse en Dios, primeramente, y luego comienza a pedirle para que le dé a uno y Él le da. El secreto consiste en llevar una vida muy disciplinada.

Cuando empiezo a orar, me arrodillo donde está el enfermo y comienzo a glorificar a Dios, a glorificar a Dios, a glorificar a Dios, a pedirle, a pedirle, a darle gracias, sobre todo. A Él hay como que hay que decirle: “Te amo. Tú eres todo para mí. Tú eres el aire que yo respiro. Tú eres la rosa de ese aroma. Tú eres el Dios que me ha

dado la vida y por Él es que yo estoy viviendo”. Por allí se comienza a orarle al Señor, a orarle y a orarle y a orarle y a orarle. De repente cae el llanto y cuando cae el llanto allí mismo viene el saturamiento también del Espíritu; cuando ya el saturamiento del Espíritu está en uno, entonces allí es cuando va a haber sanidad, cuando fluye eso. Hay veces que es bien difícil entrar verdaderamente en la presencia del Señor, hay muchas fuerzas contrarias y hay que luchar con esas fuerzas y a veces como que no lo logramos. Pero otras veces sí lo logramos y cuando lo logramos, vemos la Obra hecha.

Aquí la gente no es como la de nuestros países, donde se cree de todo corazón y uno se deja mover por Dios. Aquí no. Hay mucha incredulidad en la gente. Por eso cuesta para ver un milagro grande, hay demasiada dureza de corazón. Aquí no he podido ver que un muerto resucite, como en Guatemala. Sí, conocí a un señor que fue deportado porque tenía sida. Lo deportaron para que se fuera a morir a su país, El Salvador. Un día antes de que fuera deportado, me llamaron para que fuera a orar por él. Fui donde estaba, con mi esposo y otra hermanita. Platicamos con él y nos dijo que había sido evangélico, pero que había caído. Aquí no tenía a nadie. Entonces nos dijo: “Me quiero reconciliar con Dios”. Y qué bien se reconcilió y oré por él. Luego se fue a su país. La hermanita que me había contactado quedó pendiente de él y lo llamó por teléfono y él le dijo: “El Señor me sanó del sida. Estoy sano ahora. Ya no tengo nada”. El Señor lo sanó. Allá había consultado al médico, le hicieron exámenes y todo le salió limpio. Aquí he sanado cánceres, como el que tuvo una muchacha latina, un cáncer de un pecho. También oramos por ella hasta que se sanó del cáncer y ya no tuvo necesidad de ir más al médico.

Mi familia nunca me ha desanimado en lo que estoy haciendo. Mi hijo Otoniel es igual que su papá, no me contradice en nada. Dice que si soy feliz haciendo eso, pues que lo haga. Lo que quiere es verme feliz. Y mis hijas también. A ellas las llevé a la iglesia cuando estaban pequeñas y son conocedoras de las cosas. Ellas son libres, no las puedo obligar. Mientras las pude llevar y enseñarles el camino lo hice, pero ahora son grandes. A ellas les gusta la vida amplia, les gusta fumar. A Roxana le gusta fumar y el esposo toma cerveza; y donde anda el esposo, pues ni modo, anda ella también. Una vez hablé con ella y me dijo: “¿Qué, mamá? No puedo estar en la iglesia y mi esposo por otro lado, porque mientras estoy en la iglesia, él se me va a saber para dónde y va a resultar hasta con otra mujer por allá

por haberlo dejado solo”. El día que Dios haga la obra, pues la tiene que hacer en los dos. Algún día Dios va a tocar su corazón porque Él ya me lo dijo. Ya me dijo que mis hijos no se van a perder, se van a salvar. ¿De qué forma Él los va a salvar? No sé, pero es una promesa que Él me hizo. Tengo que serle muy fiel. No todo el mundo quiere sacrificarse. Servir a Dios requiere una disciplina. Hay que estar en la iglesia. Voy los martes y los viernes, el sábado y domingo y, como vivo muy lejos, me canso mucho. El domingo comienza a las tres y termina como a las siete de la noche. Esa disciplina no le gusta a mucha gente. Dios sí exige, sí exige. Y para que Él nos dé algo, también nosotros tenemos que sacrificarnos. Por eso es que muchos no se meten, porque saben que esto es muy sacrificado. Al mismo tiempo que trabajaba en una casa haciendo la limpieza, atendía la obra de Dios y atendía mi hogar. Al final, sentía que me estaba muriendo. Por eso me cayó tanto cansancio y tuve que parar un poco. Necesidades hay muchas, muchas. Pero cuanto más le doy a Dios, más me da Él.

¡Cómo son las cosas! En Guatemala una hermana tenía una gran ranchara en el cuerpo y ¡cómo le picaba! Igual a la hija y al esposo. Los tres estaban llenos de esa ranchara. Un día llegué a la iglesia para predicar y el tema propuesto era sobre la sanidad. Al final, administré sanidad sólo a la madre y a la hija, porque el esposo no quiso presentarse. Ellas se sanaron mientras el esposo se quedó con las rancharas por no haber ido. ¡Mire! Y me dice la hermana: “Mire, él no quiso venir, le rogué que viniera y no vino. Mi hija y yo nos sanamos y él se quedó con las rancharas”. “Ya ve. Así es –le digo– por eso, uno tiene que estar a la expectativa, porque en Dios hay muchas sorpresas”. De repente, Él trae a hermanos de lejos, lejanas tierras, hermanos usados por Dios. Uno tiene que ser persistente, porque si ese hombre hubiera ido esa noche, se hubiera sanado. Después se lamentaba, pero no, se quedó con su ranchara. Mucho más tarde sanó porque le dieron un tratamiento, pero las hermanas no necesitaron de tratamiento. Aquí, en Montreal, se ha ido formando como una cadena y cuando alguien sabe de alguien que está mal entonces se comunican conmigo. Satanás es el enemigo de Dios y no quiere que se haga la Obra de Dios, aquí, en la tierra. No quiere. ¿Y cuál es el pleito de Satanás? Que ya estuvo arriba y sabe la gloria que hay allá. Esa es la controversia, no dejar que nadie suba arriba. Satanás quiere que todo el mundo esté con él. Y de él tenemos que escaparnos nosotros.

## La llegada de la familia a Montreal

Primero vino mi esposo con Otoniel, mi hijo y dos de mis hijas, Lorena y Yénifer. A Roxana la trajimos después. Ella se quedó porque ya estaba casada. Pero tuvo suerte, porque cuando fui allá, le llevé la carta de invitación, fue a la embajada y le dieron la visa sin problema. A pesar de que eso no es tan fácil. A ella y a su niño Brian les dieron la visa. Después vino René, su esposo. Pero él no vino así, vino por la vía ilegal. Vino cruzándose México y todos los Estados Unidos, porque de aquí que a mi hija le hubieran dado los papeles, se llevaría demasiado tiempo. Entonces él decidió que no esperaba más, porque se iba a volver loco sin su esposa y sin su niño. Le anunció a Roxana que tomaba la decisión de venirse como sea. Cuenta que sufrió mucho, pero logró llegar a Canadá. Viajó escondido en un coche pues venía ilegal.

En Guatemala, hay gente que se dedica a pasar a las personas a los Estados Unidos. Los traen en coche y saben cómo hacer para que la gente pase sin problema. Antes se podía hacer eso, sin demasiado peligro, pero hoy eso es casi imposible.

René llegó a Plattsburg, Estados Unidos. Cuando supimos que estaba allí, fui a Plattsburg con mi esposo, a decirles a los de la frontera que lo íbamos a recibir y que era mi yerno. Me dijeron “Sí, sí, se lo vamos a entregar, pero él tiene que irse dos semanas al hotel y tiene que pagar”. Yo no cargaba dinero en ese momento y le dije a René: “Bueno, René, váyase tranquilo, no tenga pena, me voy para la casa a traer el dinero y lo venimos a buscar al hotel. Lo difícil para mí es que cuando regresé para el hotel, iba un poco con miedo. Esta vez llevaba a Yénifer y cuando pasamos por la Inmigración, dije que iba a pagar lo del hotel y a llevarle cosas a René. Todo eso sin hablar inglés, sólo con la ayuda de Dios. Decía: “Dios mío, no hablo inglés, ¿cómo voy a hacer?”. Cuando bajé del autobús y me dirigí hacia los taxis, me preguntaba qué le iba a decir a un señor que estaba allí, junto a su taxi. Me decía: “¿Qué le digo, qué le digo?”. En ese momento, él me vio y me dijo: “Señora, ¿necesita ayuda?”. Me sentía tan aliviada que pensé: “¡Ay! Gracias, al menos me está hablando”. Me dice: “No sé hablar mucho español, soy alemán, pero he aprendido un poquitito”. “¡Ay, qué bien! –le dije yo–. Sí, necesito ayuda. Voy a ver a mi yerno que está en el hotel del gobierno. Yo ni hablo francés, ni conozco nada aquí. Y vengo con mucho miedo”. Y me dijo: “No tenga miedo, señora, yo la llevo a ese hotel”. Roxana, la mujer de René, se

había quedado del otro lado de la frontera, porque ella había venido como turista. Después aplicó para su residencia y no tuvo problema en conseguirla. Así que llegué al hotel, después de un largo trayecto, tan largo que sentía que nunca llegábamos. Hasta me comenzó a dar miedo. Yénifer, que venía conmigo, me decía: “¡Ay! ¡Mamá! Este señor, ¿adónde nos lleva?”. Sentía un gran temor y pensaba en mi Yeni, porque como hay tanta maldad ahora... pero yo pensé: “No, no tengo que dudar, ni tengo que desconfiar”, y le dije a la niña: “Quédate tranquila, mamita. Al fin, llegamos”. Y el señor nos dijo: “Bueno, aquí está”. El señor, muy amable, me acompañó hasta la puerta del cuarto donde estaba René. Le di el dinero a René para que pagara el hotel. Cuando regresamos a la frontera, estaban todos esperando fuera y el niño bien contento de ver a su papá. Fue un momento muy, muy fuerte.

Yo tenía un apartamento, era un seis y medio, en la calle Saint-Dominique. ¿Quién me puede creer? Sólo yo que lo he vivido. Pero, hasta el apartamento, me lo dieron en doscientos dólares. ¡Era un seis y medio y tenía cinco cuartos, la cocina y la sala! Allí tratamos de acomodarnos todos. Después vino también un amigo de René, que también quería vivir en Canadá. Nos acomodamos como pudimos; mi hija no llevaba dinero, mi yerno no llevaba dinero, nadie llevaba dinero. Sólo yo trabajaba en aquel entonces, pero veía a mi pequeño mundo reunido conmigo como una bendición grande.

Mi otra hija, Lorena, que también estaba casada, esperaba un bebecito y Eduardo, su esposo, ya había llegado aquí. Había venido como se vino René. Recuerdo que cuando llegaba de trabajar, allá estaban todos. Ya Lorenita había cocinado, qué alegría sentía al verlos a todos, después de tanto tiempo de vivir sola. Estaba tan feliz que no lo creía. Estuvimos juntos unos dos meses, y, ya comenzamos a buscar trabajo para René. Es un buen confeccionista, en Guatemala trabajaba en tela y aquí vino a trabajar en cuero, aunque no sabía nada de cuero. Se fue abriendo camino y descubriendo otras compañías que le daban suficiente trabajo. Cuando estuvieron en condición de alquilar su apartamento, entonces se fueron. Durante cierto tiempo le ayudamos todos a Roxana, porque había conseguido un trabajo cerca de la casa, en una fábrica de armar cajas. Entonces traía las cajas y entre todos las armábamos. Cuando empezaron a ganar su dinero, ya me pudieron ayudar para la comida y así, entre todos, no nos faltaba nada. Al amigo de René le conseguimos trabajo en un restaurante. Total que todos estaban trabajando y poco a

poco, cada quien alquiló su apartamento y nos volvimos a quedar yo y mi esposo, Otoniel y Yeni. Mi esposo también consiguió trabajo.

Luego vino su hermano y también se alojó en mi apartamento...Éramos bastantes y el hermano de mi esposo nunca colaboró mucho en la casa, aun cuando ganaba su dinero. A él no lo soportaba. Le tuve que decir a mi esposo que mejor se fuera.

Cuando René empezó a trabajar no podía ser declarado porque no tenía permiso de trabajo. Pero el proceso para conseguir los papeles no fue muy largo y pudieron tener el permiso porque él tenía ya su trabajo. Luego comenzó con su pequeña empresa. Roxana no ha comprado casa. Ahorita iban a comprar una casa de la vecindad cerca de nosotros. La casa costaba trescientos mil dólares, pero porque ahora el trabajo en cuero está muy bajo y a René se le cerró el trabajo y que, además, se atrasaron con dos pagos en sus tarjetas de crédito, pues por esos dos pagos atrasados, no les pudieron dar el crédito. Me dolió porque estaba bien contenta con la idea de que mi hija iba a vivir a mi lado, en una casa muy bonita. Pero, bueno, no fue posible. El que pudo comprar una casa fue Eduardo. Compraron un duplex, muy barato, por ciento treinta mil dólares, y ahorita cuesta trescientos mil cincuenta.

Todos se integraron muy bien en Canadá. Les agradezco sinceramente a mis yernos su manera de esforzarse para salir adelante rápido. Eduardo, con un librito Assimil que se consiguió de inglés, aprendió ese idioma para defenderse en su trabajo y ahora habla francés también. Cuando vino aquí, en ese gran frío, ni sabía cómo era aquí. Pero, frente a la necesidad, le dijo a Lorena: “No sé, tengo que trabajar de algo aquí porque pobrecita doña Martha, solita anda aportando aquí para que nosotros comamos”. Eso no se lo olvida, dice. Por esa urgencia aprendió rápido los idiomas. El consejero que le estaba ayudando para la inmigración le consiguió un trabajo de repartir periódicos. Se iba a las cinco de la mañana, en aquel frío. Ese muchachito no se rajó porque apenas tenía diecisiete años. Se iba en ese gran frío y ganaba su dinerito también. Luego dejó de repartir el periódico y se consiguió un trabajo en un restaurante. Todos los días nos llevaba buena comida a la casa. Después ya dejó de trabajar en el restaurante y se consiguió trabajo en una compañía de tela, donde trabajó bastante tiempo. Más tarde compraron sus máquinas, él aprendió el trabajo de René, o sea a hacer chaqueta de cuero, y también pusieron su pequeña empresa. Estuvieron trabajando unos cuatro, cinco años. Después dijo que se había

cansado de este trabajo y se fue a estudiar la informática. Luego se fue a trabajar en una empresa de computadoras. Rápido consiguió trabajo, ganaba bien y aprendió muy bien, después puso su propia empresa. Ahora se desenvuelve solo, es empresario. Ahora le toca a su mujer, Lorena, volver a los estudios. Estudia el inglés y dice que quiere seguir una carrera, porque Eduardo le dice que estudie. Quiere hacer una carrera rápido, no quiere morir estudiando.

En Guatemala, Roxana había empezado a estudiar para ser enfermera de primeros auxilios. A los doce años, ya trabajaba como enfermera. Era una niñita pero como tomó sus cursos y la señora que le enseñaba era de mi familia, hablé con ella y le conté que todo el tiempo Roxana me decía: "Mamá, quiero estudiar para enfermera, a mí me gusta, eso es lo que quiero hacer". La señora me dijo: "No hay problema, le daré su cartón siempre y cuando vaya aprendiendo". Roxana salió muy inteligente y me utilizaba para practicar conmigo. Me sacaba sangre, me ponía inyecciones y así practicaba. Sacó su diploma bien jovencita y comenzó a trabajar en casa. Les ponía inyecciones a los niños, a la gente, tenía como un consultorio en la casa. ¡Cómo la buscaban las personas, con los niños tiernitos, a mí me daba pena verlos! Llegaban las señoras y me decían: "A ella le tenemos confianza. Ella sí sabe poner inyección". Y sólo tenía trece años. La gente la buscaba, decían que tenían mucha confianza en ella, y también me decían: "Hemos ido a otro lado pero lastiman a los niños. Con ellos, ¡cómo lloran! Y con ella ni lloran siquiera". Por eso quería que siguiera sus estudios hasta que se graduara de enfermera, para estar a la par del médico. Pero como en eso se enamoró de René, ya nadie la pudo convencer de que seguiera estudiando. Y ahora, cómo se arrepiente porque me dice: "¡Ay, mami, si yo hubiera seguido!". Aquí no pudo seguir porque su esposo es muy celoso. Hasta para ir a mi casa tiene que acompañarla uno de los niños. Roxana es una mujer honesta, en todo, no de esas que andan coqueteando con los hombres... una mujer seria, pero el hombre es demasiado celoso. Actualmente, la pobre trabaja en una empresa de limpieza de oficinas. ¡Pobrecita! ¡Con todo el don que tenía para ser enfermera! Ahora tiene cuarenta años. Si René la dejara volvería a los estudios, pero desgraciadamente no la deja.

De todos mis hijos, Otoniel es el que llegó al mayor grado de estudios. No hizo el "cegep" pero pudo entrar en la universidad como estudiante libre. Estudió la contabilidad y también habla francés e inglés. Ahora él tiene una buena

profesión. Como es soltero, sigue viviendo en la casa pero yo dije: "Mi hijo, un día ud va a hacer su vida, no piense en nosotros, piense en usted, porque vamos a morir y usted se va a quedar. Si Dios así lo quiere, tiene que buscarse compañera".

Yénifer es la más chica de mis hijos, tiene veintiún años y es bastante distinta a sus hermanas. Esa niña es bastante curiosa, creo que se parece más a mí. Un día me dice: "Mami, yo salí a usted". Porque yo quería saber, quería estar aquí, quería saber cómo es este país también. Ya se le está terminando, allá. De repente, va a regresar a casa. Se fue a vivir en los Estados Unidos. Hace tres años que está en California. Dice que le gusta, que está encantada, pero que la verdad su lugar es éste. Que no vaya a olvidarse del francés, porque allá no lo está practicando, sólo practica el inglés, pero no el francés. Gana su vida trabajando en las escuelas, donde vende pólizas, becas para los estudiantes. Pero dice que se está poniendo muy mal el trabajo. ¡Ojalá después se venga! Todavía no tiene novio. No quiere comprometerse, dice que no quiere andar sufriendo, porque una mujer enamorada sufre.

Ahora que estamos todos bien aquí, pensamos vender la casa que tenemos en Guatemala. No creo que volvamos a vivir en la capital. Pero si logramos vender la casa compraremos otra, en otro lado, porque el barrio donde vivíamos se puso bastante peligroso. Hicieron otras colonias nuevas y metieron sólo a gente delincuente y esta zona se ha vuelto peligrosa.

Salí de Guatemala huyendo de la mala situación y hoy en día está peor que en aquel tiempo, cuando nos alarmábamos. Está peor. Por eso me gustaría irme por un tiempo, quizás unos seis meses, no más.

Hace poco les dije a mis hijos, cuando me sentía muy cansada: "Quisiera ir para Guatemala, pero no vivir en la capital, sino irme con mi familia, porque en la capital ya no me gusta. Comprariamos una casa del lado de Quesada". Ellos me dijeron: "¿Cómo es eso, mami? Nos venimos siguiéndote a ti y ahora que estamos bien instalados nos dices que te quieres ir y nos vas a dejar? No tiene caso". Les dije que tenían razón, que me perdonaran, que son ideas que a mí se me meten por estar muy cansada y querer desaparecer. Pero no, no me iría quedándose ellos aquí. Tampoco les diría: "Vámonos para allá". Porque allá, si uno pone un negocio, lo matan. Por cualquier cosita lo matan, por un buen

reloj que uno lleve, lo matan. Yo aquí estoy bien. Este lugar, en realidad, es como un paraíso para nosotros. Aquí todavía hay paz, hay tranquilidad. Allá, en nuestros países, no hay. El Salvador, Guatemala, Honduras, es terrible. ¿Para qué irnos? Lo peor de allá es que están matando a los jóvenes, a todos esos jóvenes que están en pandillas por las calles. Hace poquito mataron a doscientas muchachas, metidas en las pandillas. Un día aparecieron muertas y no saben ni quiénes son. También hay niñitos, chiquitos, que andan en la calle porque los padres los metieron a la calle. Los padres son drogados, son borrachos. Esos niños no tienen hogar, se quedan tiraditos en las calles, durmiendo. Los he visto con una bolsita respirando pegamento de zapato. Y roban: en un descuido le quitan la cartera, le quitan cualquier cosa, porque tienen que comer y sostener su vicio. Eso es el daño. Da mucha tristeza verlos así. Le doy gracias a Dios de que hayamos venido para acá. Si no, estuviéramos como está todo el mundo allá.

Mis nietos, casi todos nacieron en Montreal  
Mis nietos, casi todos nacieron en Montreal y son muy felices. Algunos no conocen todavía Guatemala. No hablan de Guatemala porque no la conocen. Nosotros les contamos las historias de allá, les contamos todo, pero no es igual. Ellos se sienten de aquí. Son unos niños bien aplicados, bien estudiosos. Sus amigos son “québécois” y algunos son latinos. Por ejemplo, Luisito tiene muchos amigos de aquí. Ahora que se recibió de la secundaria, sus padres le hicieron una fiesta bien especial, sólo para los jóvenes. Que allí no va uno. Nosotros fuimos cuando él recibió su diploma, pero después a la fiesta sólo van ellos. Y como el papá es bien vanidoso, le pagó una limusina. Luis con todos sus amigos se fueron en la limusina. ¡Felices, los amigos! Y no les pidieron ninguna colaboración. Dijo Eduardo: “Bueno, ese es el regalo que le doy también”. ¡Con lo caro que cuesta alquilar una limusina! Ni siquiera es para un día, sólo por unas horas, como desde las cinco de la tarde hasta la una de la mañana. ¡Como unos novecientos dólares! Le dije a Lorena: “Lorena, ¿no les duele a ustedes?”, y ella: “Pues no. Este niño se lo merece, ha sido muy aplicado. Mira cómo ayuda al papá después de la clase. Es lo único que se lleva el niño, me dijo ella. “Un buen recuerdo que se lleva. ¿Para qué queremos nosotros dinero? Me gusta más que los niños se lleven un buen recuerdo de nosotros”. Así son ellos, así son ellos: A mí no me

gusta nada eso. Insiste mi hija: “Él se lo merece porque ha sido un niño bien aplicado. Siempre ha estado al día con su trabajo de la escuela. Nunca nos llamaron para darnos una queja. El tiene un récord bien”. Ahorita se va al “cegep”. Quiere estudiar la comunicación. Tendrá que tomar el metro que va hasta Henri-Bourassa y allí un autobús. Vivimos en Rivière-des-Prairies, un poco lejos. Luis está sacando su licencia de conducir.

Su papá tiene un carro antiguo, un Mustang 73, rojo, bien bonito. Seguro que le va a dar ese carro, pero a mí no me gusta, me da pena. El otro día lo tenía él allí: el tío de Eduardo está en Guatemala y es mecánico. No sé lo que pasó, pero se quedó sin dinero y Eduardo, cuando fue allá, vio la mala situación de su tío. Tenía este Mustang y le dijo: “Mira, ¿por qué no me compras este carro? Si te lo llevas, allá te darán un buen dinero por él. Lo arreglamos bien, lo ponemos bonito y te lo mando. Te lo voy a dar en diez mil dólares”. Y así fue. Dicen que si lo quisiera vender Eduardo, ahorita le darían bastante dinero, como cuarenta mil dólares. Cuando se lo trajeron de Miami, llegaban los hombres a verlo. Tuvieron que meterlo en un garaje, por miedo a que se lo fueran a robar. Es bien bonito el carro. Creo que Eduardo se lo quiere dar a Luis, pero yo no quiero eso y digo que mejor que se vaya en bus. ¡Menos mal que no pasó el examen! Estaba bien enojado Eduardo, pero yo le pedí a Dios que no se recibiera. No quiero que este muchachito vaya a tener problemas. Pero estoy segura que va a volver a pasar el examen y que lo va a lograr.

Ahora mis hijos viven bien y me pueden ayudar. Son muy generosos conmigo. Cuando Lorena compró su casa, no tenían dinero para dar la entrada, eran diez mil dólares, entonces nosotros los ayudamos. Roxana solamente pidió que le prestáramos un dinero para meter en el banco y que así le dieran su préstamo. Le prestamos y les prestó también el suegro, pero ni con eso les dieron.

Decidí que se vinieran mis hijos porque buscaba un buen porvenir para mi familia. Por eso es que estamos aquí. Y no me arrepiento de haberlo hecho, porque, gracias a Dios, a pesar de que ni en la capital me crié, una muchachita del campo, que ni pudo estudiar, tuve mis ambiciones de salir adelante y hasta dónde he venido a dar...





## Yo llegué a Montreal el 20 de diciembre del 87 (Irma Núñez de la Torre)

*Las locas ilusiones me sacaron de mi tierra*  
Vals peruano

### Creía que llegaba a la luna

Yo llegué a Montreal el 20 de diciembre del 87. ¡Son tantos años ya! Sin embargo, siempre creo que sólo son diez. Nunca he subido ni bajado. Siempre creí que no pasaría de los diez años aquí.

En el 87 tenía como veintiséis años. Las razones, el motivo para salir de mi país, en realidad, fueron única y exclusivamente familiares. Venía a encontrarme con mi entonces esposo, el padre de mis dos hijos mayores. No sabía lo que me esperaba.

En ese tiempo y esas circunstancias vivía momentos emocionales tan fuertes que pensaba que venía a conocer la tercera dimensión. Creía que llegaba a la luna. Por las informaciones sabía que Canadá ofrecía muchas estructuras. Pero, la verdad, es que vine pensando que si no me gustaba me iría porque no tenía grandes expectativas. Más que todo quería cumplir con un protocolo de familia: venir a buscar al padre de mi hija. En esa época, sólo teníamos una hija. Wilson, mi marido, había salido de Perú en el tiempo en que yo estaba estudiando fuera del país. Salió por un asunto militar: Él pertenecía a la Policía, una de las ramas de las Fuerzas Armadas. Estoy hablando del momento de mayor apogeo de los problemas políticos del Perú, o sea, la década del ochenta. Pudo salir en calidad de refugiado, protegido por las Naciones Unidas.

En ese tiempo, yo estaba en Cuba. Por supuesto, no era precisamente la candidata ideal para venir a encontrar a mi esposo. Casi dos meses después de haber llegado a La Habana supe que Wilson ya se había retirado de Lima y que había dejado allá a mi hija. ¿Por qué se fue? ¿Cómo sucedió? Yo no lo sabía. Yo me había ido para hacer tres años de formación pero sólo pude estar un año porque cuando Wilson partió, mi madre me dijo: "No puedes continuar así porque tu esposo se tuvo que ir y la situación está muy

delicada. Tú estudiando allí y él con este problema. Debes regresar". También estuve tres meses en Europa porque de Cuba me tocaba ir a un perfeccionamiento a la Unión Soviética. Y luego regresé a Lima.

Estaba demasiado joven, demasiado... Cuando se está fuera de casa y con un estudio tan riguroso como el que se lleva en los países como estos, sientes todo, todo duele. Entonces, pensaba: "La niña está sola, mami sufriendo", y no sabía nada de mi esposo. Me tocaba regresar. Creo que regresé también por cobardía. El estudio en la Unión Soviética era muy duro, muy, muy duro. Es una sociedad distinta, muy fría, muy drástica, y yo con la añoranza de la niña. Pero me decidí a regresar porque mi mamá me decía: "No puedes continuar tres años así, puede significar para ti que no vuelvas más al país". El Perú atravesaba una situación social muy fuerte, muy, muy fuerte. Y decidí volver.

En este momento, estaba un militar que acababa de dar golpe de estado a Belaúnde. No se me viene a la memoria... Lo tengo en la mente, lo visualizo incluso... Pero, bueno, lo recordaré luego. ¡Había tanta conmoción! Estaba en plena boga Pinochet, en su efervescencia más grande. Y, por supuesto, las corrientes subversivas estaban en todo su potencial en el país. Entonces, se decidió retroceder. Retrocedí a Lima. Durante unos cuantos meses estuve tratando, como toda persona de nuestra tendencia y de nuestras condiciones económicas, de buscar la vía de poder llegar a Canadá. Como Wilson había salido fugado, yo no tenía opciones de ir a coger una visa y salir. Además, para tener una visa en el país, en ese entonces, había que ser alguien... eran muy pocas las personas que podían tener este privilegio. Trabajé casi un... casi como... seis, ocho meses viajando mucho. Viajaba constantemente para lograr un alcance económico y poder pagarme la salida. Pasó un año prácticamente desde que Wilson salió y que yo lo alcancé.

Wilson se incorporó muy fácilmente, le costó muy poco trabajo. Venía hambriento de huir. Tenía hambre de huir, quería huir. Y para nosotros, representantes de ese gobierno peruano, ser militar era una cosa de privilegio. No se veía mal, más bien era muy bonito, era muy respetado. Luego la estructura social cambió: El policía o cualquier miembro de las cuatro ramas armadas se convirtió en un delincuente para el pueblo. Entonces, lo que quería Wilson era huir, huir, huir. Hubo un grupo que lo apoyó muchísimo. Conoció a la intérprete de inmigraciones. Ella lo puso en contacto con el juez quien, en Montreal, le ofreció hospedaje en su casa, donde él pudo acomodarse en un sofá; era un "québécois" y, gracias a él, Wilson, después de cuatro meses, ya se desenvolvía en francés. También le ayudó a encontrar trabajo. Tuvo mucho soporte, mucho soporte. Empezó a trabajar como todo recién llegado casi sin idioma, sin conceptos y... bueno, yo creo que se integró con mucha facilidad, mucha, mucha facilidad.

Cuando llegamos la niña y yo, él ya trabajaba. Había alquilado un apartamento y lo compartía con otra persona. Pero en seguida, a las dos semanas que llegamos, el muchacho buscó su propio apartamento.

Fuimos a vivir en una zona muy latina, por Beaubien. Yo duré allí cuatro meses, desesperadísima porque, aunque me encanten mis raíces, no las entiendo. Por eso, salimos rápidamente de allí. Pero allí aprendí a preguntar, a orientarme, a hablar con la gente. Había muchos peruanos, muchos peruanos en este sector. Aprendí cómo cocinar porque antes no tenía ni la menor idea. Y aprendí muchas cosas. Ellos me apoyaron bastante.

### **Una tempestad de nieve con unos zapatitos de plástico**

Uno de los primeros choques emocionales que sentí al llegar aquí fue a causa de la temperatura. Llegué un 20 de diciembre con una tempestad de nieve impresionante y con unos zapatitos de plástico... Venía con unas zapatillas que me imaginaba que me darían un calor terrible y se me congelaban los pies.

Me imaginaba lo que iba a encontrar en Canadá porque yo provengo de un lugar muy frío, de los Andes. Pero, ¿no es este frío de aquí! Es un frío diferente. No es ese frío que te mata los huesos, que sientes que te enloquece. En la sierra no

tenemos calefactores y, sin embargo, tenemos una montaña de más de tres mil metros de altura. Me imaginaba que iba a ser como en Suiza, donde hace un frío rico, donde uno puede vestirse con una chaqueta o un buen suéter, pero no este frío, no. No estaba preparada para este frío. Quizás no me dijeron: "Mira, estamos a menos treinta, y a menos treinta sí que congela". Pero, bueno, como siempre he sido una persona bastante positiva... Y siempre hice las cosas por voluntad propia, eso no puede causarme remordimientos. Nadie me obligó a venir. Vine con mucho esfuerzo y mucho trabajo, entonces, obviamente no tenía que verle la mala cara a lo que encontré. Simplemente me pasé como tres meses encerrada, sin salir a ningún lugar. La temperatura fue el primer fuerte obstáculo. No era capaz de pararme diez minutos en una parada a esperar un autobús. No podía. Me moría de frío. Soy una persona muy friolenta. Pero, bueno, pasaron los tres meses rapidísimo y la vida fue cambiando, tomando otro matiz. Ya sabía que tenía que comprar un gran abrigo, una gran bota, una gran chalina. Luego, a medida como que el cuerpo se habitúa o uno se da cuenta de que no hace tanto frío. Las condiciones se van preparando también. Creo que sí, mi primer enemigo hasta el día de hoy, sigue siendo el frío. Desde noviembre prácticamente no salgo, si no es estrictamente para lo necesario.

Para Silvana, mi hija, fue diferente, para ella fue lo nuevo. Lo que la niñez permite, el privilegio de la edad. Para ella, patinar, divertirse en la nieve, rodar, era una cosa espectacular. Era preciosa. Y su papá siempre fue una persona de mucha actividad, y muy caluroso, así que el invierno no le chocaba tanto como a mí, que yo todo el tiempo tiemblo. No, a ella le fue bien y se amoldó con una facilidad enorme, enorme, enorme. No encontró mayor... yo nunca he escuchado que se estuviese quejando: "No me gusta, no quiero". No, para nada. Estuvo bastante bien.

### **El inglés... domina el mundo entero**

El idioma en mi caso no fue el segundo obstáculo, lo vi más bien como una necesidad de autovivencia. Era un "défi". Había que salir adelante. Un desafío para aprender y, por supuesto, que estábamos conscientes. Antes de venir, incluso, yo cogí un año de curso de inglés, preparándome así para un mundo que, de lo contrario, no me iba a entender. Un curso de inglés de un año en el Perú es como aquí un

curso de un mes y medio, pero, por lo menos, sabía decir: "Buenas tardes, buenos días, agua, subo, bajo", y entendía que me hablaban de un avión, entendía que me hablaban de un carro. No estaba tan a ciegas en este aspecto. Por otra parte, sabía que el inglés era un idioma que dominaba el país y que, además, domina el mundo entero. O sea que, por lo menos, me podía dejar comprender. Así que no me hice un rompecabezas en este aspecto.

### **Yo tenía el deber de no destrozar a mi familia**

Repito que yo vine aquí obligada por principios familiares que tenía mi madre. Pero para mí, en cuanto a mis ambiciones de trabajo, de persona, como ser humano, es evidente que yo retrocedía. Era muy joven y tenía posibilidades mucho mejores allá. En Lima empecé a estudiar ciencias políticas. Ahí dejé el comienzo de una vida muy fuerte, mis consejeros me decían: "Espérate, espérate", porque ellos pensaban que "el político no puede tener familia". El político vive con una familia pero el político es político. Entonces, me preparaban al decir: "Espérate porque estás comenzando. Vas a tener dinero suficiente para mandar y mantener a tu marido en Europa o donde él esté. Va a ser al revés de lo habitual, tú vas a sostener a tu esposo, no te vayas".

Pero, como decía, la presión familiar era muy grande. Y creo que, aunque no acostumbro lamentarme, no era el momento de abandonar las posibilidades que me ofrecía el Perú. Había una causa que fundamentaba, que justificaba mi decisión, y era que la niña tenía derecho a estar con su padre y yo tenía el deber de no destrozar a mi familia. Entonces, había que seguir. En ese tiempo, yo ganaba casi sesenta dólares americanos en el Perú y Wilson, en Montreal, ochocientos dólares, trabajando como "plongeur" en un restaurante.

Él empezó a trabajar a los diez días de haber llegado. Por eso pudo pagar lo adeudado. Pero cuando Wilson evocaba sus cuentas, uno pensaba que vivía gratis, entonces, de los ochocientos dólares, le quedaban quinientos... Todo es como lo muestra la economía, si hay más, gastas más, si hay menos...

En Lima yo trabajaba como secretaria en el Instituto Peruano de Seguridad Social (IPSS), que viene a ser como el Département de la santé publique aquí. Pero con el salario de secretaria

privada de la presidencia no podía vivir. Yo vivía de mi trabajo extra, de mi trabajo político. No era realmente político sino de asesoramiento al presidente. Lo acompañaba en sus viajes, en las campañas, en las asambleas, en todas sus reuniones a través del país.

Allí yo ganaba las comisiones extras: Viajaba muchísimo, con todo pagado. Nos pagaban un hotel tal y yo me iba al hotel cual, o a la casa de Juanita y me guardaba esa plata y me preparaba sándwiches en vez de comer en el restaurante. Entonces, si yo ganaba sesenta dólares, cada vez que viajaba hacía doscientos dólares. Buscaba siempre el medio de ahorrar. Y, como era la secretaria del presidente, en todo lugar tenía que estar yo. Cuanto más lejos íbamos, más ganaba. Teníamos los viáticos, teníamos todo. Y mi sueldo se mantenía igual, porque salía del trabajo con permiso a cumplir la otra función. Eso me daba la ventaja de contar con un poco más de dinero. Aparte de eso, como las sociedades latinas funcionamos por lo general con la coima, a las personas se las gratifica con algunos gestos: por ejemplo, cuando llegaba al hotel me podía encontrar con una cantidad de bolsas de arroz; si trabajábamos con la compañía de atuneros, encontrábamos una caja de atún para cada uno de nosotros, es decir, detalles permanentes, permanentes. De esa manera, la gente le roba a uno la necesidad de que los escuche, si cabe la palabra. Entonces, yo regresaba a Lima con una caja de atún, una caja de papas, de acuerdo al tipo de trabajo que había realizado. El presidente, por su parte, llegaba con perfumes, jabones, colonias, etc. Así aumentaba el sistema de sobrevivencia. Aparte, por supuesto de lo que implica trabajar con el público, con la gente. La gente siempre estaba suplicando: "Ayúdeme por favor a buscar trabajo", esto y el otro. Había, mucho movimiento interesante, muy superior a un salario.

Esas fueron las razones por las que, cuando me tocó venir, yo me pudiera pagar la mayor parte de los gastos. Wilson, mi esposo, no estaba en condiciones económicas para mandarme nada. No me mandó nada, o casi. Yo esperaba y esperaba su ayuda y le decía: "Mira que tengo que viajar por las visas, y mira que tengo que hacer esto". En esa época yo necesitaba como tres mil dólares y él me mandó seiscientos, o sea, nada. Y yo insistía: "Mira, que tengo que hacer esto", y él: "Bueno, cuando llegues a Cuba te voy a alcanzar la plata". Entonces, yo lo puse en la

balanza, y me tiré a lo que viniera, consciente de que él, estando allá, podía menos que yo. Y así fue como en un mes conseguí la plata para viajar. Trabajaba como una loca, viajando, bajando y subiendo en los aviones y haciendo veinte cosas a la vez.

### **Sí, Dios existe, te lo da todo; ¿de qué te vas a quejar?**

Siempre he tenido conciencia de que no debo arrepentirme de nada, de nada, absolutamente de nada. Creo que sería juzgar a un Dios que existe, que te lo da todo, te proporciona todo. ¿De qué te vas a quejar? Eso siempre he pensado.

Yo llegué a Lima en mayo, y ya en junio estaba lista para hacer unos viajes. Llegaba a Lima desde la Unión Soviética vía La Habana. Era el Día de la madre. Me acuerdo muy bien. Una semana antes de ese día me dije: "A finales de junio estoy lista, tengo que hacer dos o tres, cuatro viajes como máximo para conseguir mi visa para Canadá".

En ese entonces, salir ilegalmente como hizo Wilson costaba cuatro mil dólares. Tuvimos que vender lo poco que teníamos, no había otro mecanismo. Los ilegales o "mojados", como los llaman, compraban visas robadas o buscaban entre otros veinte mecanismos de ilegalidad que existían en el Perú, porque normalmente una persona corriente no podía obtener una visa. En algunas calles de Lima se puede conseguir cualquier tipo de documento. Pero con esos era más difícil. Por ejemplo, uno iba y fraguaba los papeles para obtener una visa, pero de veinte solicitudes, sólo resultaba una. Por supuesto, en las embajadas investigaban y, a veces, uno les caía mal o simplemente no les gustaba su cara. Eso sucedía incluso con la gente de dinero. Había que contar con el factor "suerte" porque siempre se juega el albur de correr la chance de lograrlo o no. Y cuanto menos bienes tengas, mayor es el riesgo. Pero, en ese entonces, debo decir que yo estaba muy bien asistida: "Con tres o cuatro viajes que hagas, eres una persona que siempre va a ser muy conocida. Los consulados te conocen", me decían mis compañeros de trabajo.

Al final tuve que viajar un poco más y resolverlo todo en mi mente. Mis jefes, por supuesto, no sabían cuál era mi intención. Yo pensaba: ya me conocen en tal sitio, ya me conocen en cual sitio. Además, en un momento determinado, alguien

me dirá: "Bueno, vete a los Estados Unidos, tienes un congreso allá". Y efectivamente, hubo un congreso en agosto organizado por la AFL-CIO. Esa es una de las afiliaciones centrales sindicales que trabajan con los partidos de intermedia en Perú. Ayudan al perfeccionamiento de los trabajadores en el exterior, con cursos de sindicalismo, de derechos humanos, de labor, de gestión económica, *whatever*. El más destacado de los trabajadores viaja. Es la regla del juego. Yo trabajé fuertemente para ser elegida. Tuve la suerte de que por mi edad y por mi condición de mujer, me vieran como el elemento preciso para formar a muchas personas. Yo veía eso como una puerta abierta. "Trabajaré mayo, junio, julio, agosto para que me den esa visa. Haré esto", me decía. Pero también eso implicaba un costo, porque aparte del billete de avión tenía que pagar mi estadía. Además, tenía que llevarme a la niña, sacarle la visa que seguramente iban a rechazar. Claro, nadie sale a estudiar con una niña de cuatro años. Yo lo veía así y le decía a mi esposo: "Mira, Wilson, me va a hacer falta un poco de dinero", y él: "Sí, pero tengo que pagar el teléfono, pagar la renta, y además llamé mucho este mes". Entonces, él nunca tenía dinero. Nos mandaba para la comida, para otras cosas, pero no lo suficiente. No tenía nunca. Yo tenía que seguir buscando esa plata. Buscando y buscando. Tanto así que un día le dije: "No llares más porque si tanto te cuestan las llamadas, pues no llares porque, ¿hasta cuándo vamos a esperar?". Y mi mamá siempre diciéndome: "Que te tienes que ir, que tienes que irte". "¿Y quién me va a pagar el viaje?", le contestaba yo. Efectivamente, cuando llegué, me acuerdo que la primera factura que pagó Wilson fue como seiscientos dólares, que era lo que había ganado en la quincena. Él siempre estaba endeudado con el teléfono, pedía préstamos al banco para el teléfono. Desgraciadamente, ésa era la realidad.

### **Las visas para Canadá**

Mi visa para Canadá fue una visa muy poco común. En ese tiempo existía una sola manera, burocrática, de obtener una visa. Había que presentar los documentos en la embajada, ellos lo pensaban y se tardaban una semana en dar su respuesta. No se autorizaban visas de un año o de cinco como se hace hoy día. Preguntaban: "¿Cuándo te quieres ir y por cuánto tiempo te quieres ir?". Así te daban la visa. Y como era la primera vez que yo intentaba obtener una visa canadiense me dijeron: "Bueno, preséntate y

regresa en ocho días a recoger tu pasaporte". Pasaron ocho días. Cuando recogí mi pasaporte tenía una visa de cuatro semanas. Pero antes tenía que volver a Lima por mi hija y el vuelo para Lima era sólo una vez por semana. Entonces, tuve que esperar ocho días más para regresar a Lima.

Se suponía que yo iba a salir de La Habana para Canadá. Y no salí. O más bien salí y me fui a México para que apareciera en el pasaporte que había salido. Estuve en México tres días y regresé a La Habana. De La Habana a Lima. Cogí a la niña, regresé a La Habana y emprendí las mismas gestiones en la embajada de Canadá para que le dieran una visa. En La Habana me preguntaron por qué. Yo dije que se iba con el abuelo. Con el abuelo que ni la conocía, ni estaba allí tampoco. "Bueno, se va con el abuelo. Se van una semana, yo los espero y regresamos todos". Lo del abuelo fue que yo trabajaba para una organización cuyo director llevaba el mismo apellido que mi hija, Chávez. Como se suponía que yo ya había regresado de Canadá, no podía justificar que una niña de cuatro años y pico iba a viajar sola. Imposible. ¿Entonces con quién se iba? Con una autoridad que en aquel entonces era mi jefe directo y que por suerte se llamaba Chávez como la niña. Él había aceptado sin problema pasar como su abuelo. Presenté el pasaporte y dije: "Se va con su nieta", pero en realidad él nunca viajó.

Entre un viaje y el otro, y todas las gestiones administrativas que había que hacer, habían pasado ya tres semanas. Y cuando regresé a Cuba ya prácticamente mi visa estaba terminando su periodo. Entre el tiempo que yo llegué a presentar el pasaporte de mi hija, más los ocho días que me tardaba para hacer de nuevo el trámite, mi visa se me vencía. Y yo no podía pedir que me hicieran un cambio en la mía porque se suponía que ya la había utilizado. Pero así no fue. Por eso cuando me volvieron a ver me dijeron: "Tú te ibas el ocho, ¿no?". Un ejemplo, porque no me acuerdo. Y se suponía que yo había regresado el quince. Yo me había ido por una semana. Es que ellos me dieron treinta días para usar mi visa pero sólo tenía derecho a una semana de estadía. Así era en ese tiempo. Mi periodo de esa semana había terminado. Por suerte, me dieron la visa para mi hija y entonces calculé la manera de poder irnos las dos. Como ya dije, hacía cuatro o cinco días que mi visa ya no valía, ya había expirado. La necesidad de

hacer las cosas es tal que te desesperas y preguntas: "qué hago".

### **En el Perú se acostumbran usar polvo compacto "Maja"**

Entonces fue cuando decidí hacer el cambio yo misma. Sin material, sin saber cómo se hace ese tipo de trabajo ni nada, guiada sólo por mi instinto de autopreservación animal, ya había fraguado mi visa. En el avión, con una hoja de afeitar, borré una parte, bien borradita. Saqué el uno de 15 y puse un dos para que fuera 25. La visa era válida. En el Perú se acostumbran usar polvo compacto "Maja". Yo tomé el mío y lo partí sobre mi pasaporte. ¡Cuac! Lo sacudí bien sacudido y el pasaporte quedó de punta a punta teñido. Y lo sacudí y lo sobé porque mi instinto de sobrevivencia era enorme, enorme, enorme... Después dije: "¡Ay!, perdón, se reventó la caja". Empecé a sacar todos los pedazos de polvo "Maja" porque teñía la piel. Alguién me dijo hace poco que éstos son detalles muy importantes y que hay que contarlos, porque la gente no imagina que un detalle tan ínfimo, tan pequeño como éste, me pudo quitar el derecho de llegar a Canadá. Porque yo sólo lo veía como un reflejo animal. Tenía que salir, tenía que hacerlo y entonces tenía que reaccionar, despertar. Entiendo que estos detalles podrían servir a otras personas para que no perdieran su oportunidad. Yo me acuerdo que se me vencía la visa y, *anyway*. Y todavía estoy aquí. Yo me había dicho: "Me quedará diez años en Canadá". Siempre pensaba esto. Silvana tenía cinco y ahora tiene veintiuno. Son casi diecisiete años que estamos aquí... ¡Es bastante!

Mis compañeros de trabajo supieron que me iba a quedar en Canadá unos días antes de que yo saliera. Antes pensaban que sólo hacía tentativas. Porque, ¿para qué inviertes –porque yo era una gran inversión para ellos– por qué estaban invirtiendo en mí creando federaciones, trabajos, cuadros, estudios, cuando yo los abandonaba al inicio? Porque yo los abandoné al inicio. Era recién llegada, y recién formada con el curso de cuadros sindicales para mujeres por la Federación de mujeres cubanas. Estábamos en plena campaña e Irma partió. Entonces tuve que decirle a mi jefe directo: "Me voy, pero no voy a volver". Su reacción fue: "¿Qué vas a hacer sin dinero, sin hablar idiomas?". Y los demás compañeros que ya conocían Canadá, como muchas otras partes del globo, también tenían

que yo pasara trabajo. Ellos estaban seguros. ¿Qué iba a hacer allá? Pensaban que no me iba a quedar. Me decían que no me convenía, que no me iba a poder mantener. ¿Qué vas a hacer en Canadá? A lavar pisos, a cuidar viejitos, porque la mujer latina no hace otra cosa.

Anyway, ya estaba todo decidido, ya yo salía. Un día les dije: "Me estoy yendo para Cuba ". "Muy bien, perfecto", me contestaron. Pero añadí: "De allí me voy para Canadá". Entonces, al ver que todo estaba hecho, mi jefe me preguntó: "¿Cuánto te hace falta?". Yo dije: "Yo tengo tanto". Después me preguntó otra vez: "¿Tú te das cuenta de lo que estás haciendo? ¿Qué vas a hacer?". Intentaba persuadirme de que no me fuera. Tenía quinientos dólares, creo, y en ese tiempo para mí no era poco. Pero él dijo: "No, eso no te alcanza para nada. Entonces te vamos a ayudar", y así fue. Uno me regaló mil dólares, otro quinientos, y lo demás era lo que yo había ahorrado. Me dieron dinero y me ayudaron para comprar mis pasajes en pesos.

### **Si es una hora lo hago en burro**

Me investigaron durante siete horas en Toronto. En quince años, era la primera vez que veían que una embajada canadiense en Cuba había otorgado una visa a un extranjero procedente de Suramérica. Y además mujer y con una niña.

En Toronto dudaron tanto de la validez de la visa que no se percataron de ese detalle, la fecha. La visa era válida, salía de la embajada, pero ellos no lo creían. Averiguaron su autenticidad pasando el pasaporte por los rayos ultravioletas y vieron que no era robada, que estaba a mi nombre con mi apellido. Incluso llamaron a la embajada en La Habana y allí les contestaron: "Sí, es válida". Pero nadie preguntó de qué día a qué día. La visa era válida y, aparte, ya estábamos en el país y yo sabía que no nos podían echar.

Me interrogaron durante como media hora más y luego se llevaron los papeles. Después de una hora regresaron y me hicieron otro par de preguntas. Y me miraban y me preguntaban. Yo, con un inglés muy mínimo, entendí que me decían: "¿Por qué cambiaste o por qué saliste?". Les contesté que mi esposo estaba aquí, en Canadá. Y me preguntaron: "¿Por qué a Toronto y no a Montreal?". Entonces les expliqué primero que Montreal estaba a una hora de Toronto. Pero lo que no sabía era que estaba a una hora de

avión. La verdad es que no tenía idea del mapa del país. Originalmente yo debía llegar a Montreal, pero, por razones ajenas a mi voluntad, llegué a Toronto. En efecto, en ese entonces, coger un taxi en Cuba era el fin del universo. Yo pedí un taxi a la terminal que debía recogerme a las cinco de la mañana y ya eran las ocho y no llegaba. Entonces, cuando llegué al aeropuerto, mi avión ya se había ido. Ahí me dijeron que la otra opción era irme a Toronto, que estaba a una hora de Montreal. Dije, bueno, si es una hora lo hago en burro. No era ninguna tragedia. En Toronto les expliqué todo eso, que pedí un taxi que nunca llegó, que tuve que caminar como veinte cuadras arrastrando las maletas y a la niña para tomar el primer taxi que nos llevara al aeropuerto. No hubo manera de convencerlos. Así pasó el tiempo. Luego de siete horas, me dijeron: "Bueno, se tiene que ir". Yo traía tres maletas. Había una sólo con juguetes. Me preguntaron por qué. Les contesté que venía de otro país, o sea venía de dos países y debía de regresarme en pocos días. ¿Dónde dejaba las maletas? ¿Dónde las podía dejar? En América Latina no se pueden dejar las maletas guardadas en un aeropuerto, porque no existen casilleros para guardarlas. Tenía que caminar con ellas. Venía de México y de La Habana a Canadá. De Canadá me tocaba regresar, porque venía con una visa de turista.

Mi sistema de autodefensa humana reacciona según la necesidad. Antes y después que yo, circularon por estas embajadas cientos de gentes y nadie obtuvo nada; incluso, vino una muchacha, esposa de un amigo mío, y le dije: "Yo he obtenido mi visa para Canadá". Ella me contó que había salido el día siguiente de Lima con sus dos hijos. Son personas de una posición económica veinte veces superior a la mía, ya que su papá era... como *le maire*. Era el alcalde de Lambayeque. Y le negaron la visa. Y yo, en cambio, después de ella, obtuve la de Silvana. Pero antes incluso tuve miedo. Dije: "Ellos están constatando que los peruanos vienen a pedirla aquí y me la van a negar. Entonces, decidí sacar visas para México por si acaso.

Era muy difícil sacar una visa en Perú. No era la temporada. Personas muy escogidas las podían obtener. Muy escogidas. Si eras muy alto corrías el riesgo de quedarte, si eras muy bajo corrías el mismo riesgo. Como pasa hoy; los valores eran los mismos, los riesgos eran los mismos.

Entonces uno tenía que salir como yo hice. Y no tenía nada, porque no tenía nada de dinero. Viajaba sin un centavo. Viajaba invitada, por todos los lugares. No necesitaba tener dinero. Para mí, esas invitaciones correspondían a una puerta abierta. Lo mismo con la preparación de la salida de Silvana. Y se dio así.

Tanta era la lucha de la gente que yo me preguntaba: “¿De qué te quejas?”. La verdad, tuve más suerte que muchos.

Mi amiga hizo un viaje de casi un mes y medio. Yo tuve que sacarle la visa para México y se vino por esa vía. Estuvo en todas las ciudades de Estados Unidos, cruzándolo todo, y ella, que supuestamente podía, no obtuvo la visa. Entonces pensé: “Si me niegan, haré lo mismo, pues ni modo”. Pero, gracias a Dios, sucedió... Y vinimos tranquilas y todo bien. Pero tomando el riesgo de que se dieran cuenta de la alteración de la fecha. Y es así como yo llegué aquí, a Montreal, un 20 de diciembre con mi hija Silvana.

### **Decidí sacar a mi hermano**

Lo gracioso de mi situación al comienzo fue que, como trabajadora en Lima yo ganaba sesenta dólares mensuales y a mi llegada a Montreal me encontré con cuatro mil dólares. En ese entonces, para nosotros, era un mundo de dinero. Además de ese dinero, yo tenía cierta influencia en Lima y por eso decidí sacar a mi hermano menor, pero él no quería venir a Canadá.

### **Cantaba el himno... pero mi acento era mi acento**

Casi toda mi familia ya vivía en Estados Unidos. Mi hermano Peter salió primero, luego mi papá. Por eso pensamos que mi hermano se iría a Estados Unidos. Mi mamá los alcanzó en Miami sólo un año después de mi salida con la niña. Entonces, yo decidí pagarle el viaje a mi hermano de La Habana a México para que desde allí se fuera a los Estados Unidos. Era imposible que él obtuviera una visa para Estados Unidos o para Canadá porque era un niño, no tenía ninguna calificación que le permitiera pedir su entrada en uno de esos países. En Cuba, yo le saqué la visa para México. Partimos el mismo día de La Habana, él para México y nosotras para Canadá. De México él se iba a Mérida, donde debía contactar a las personas que lo ayudarían a pasar

por Tijuana. Eran unos amigos míos que tenían una hacienda en Mérida. Y me dijeron: “Tráelo aquí y veremos qué pasa”. En realidad, ellos no sabían realmente cuáles eran los propósitos de mi hermano. Sólo querían ayudarlo. Pero él cometió un grave error a su llegada en Mérida.

Así que yo llegué a Montreal con algo de dinero, pero como mi hermano tuvo problemas en México y lo deportaron a Lima, lo que yo había traído de dinero sirvió para pagarle a un abogado de Los Ángeles, pues estaba desaparecido desde hacía veinte días. O sea, de los cuatro mil dólares que tenía, sólo me quedaron unos mil.

Mi hermano estaba detenido en la cárcel de Mérida. Mis ahorros sirvieron también para llamar por teléfono, porque nadie tenía idea de lo que pasaba y más bien todos pensábamos: “Lo mataron”. En ese periodo se acostumbraba mucho matar a las personas que pasaban por tal o cual sector, la policía los mataba. Las pasadas en ese entonces eran muy crueles. Yo llamé al aeropuerto para saber de él y nadie lo había visto, con nadie había tenido contacto. Llegó hasta México, se hospedó primero en la casa de una amiga y se tenía que ir a Mérida, pero nunca salió de ese aeropuerto. Nunca. Un señor me dijo: “Señora, yo lo dejé en el aeropuerto, yo lo embarqué y él se fue. Pero mi amiga de Mérida me dijo: “Irma, ese chico nunca salió, yo esperé cuatro horas y en el aeropuerto otras cinco y caminé por todos lados. Ese rubiecito nunca apareció. Nunca”. Es así como desapareció durante veinte días. Adrián tendría como veinte años. Es el cuarto de mis hermanos. Yo me imaginé miles de cosas. Pensé que la única forma de encontrarle era mandar a una persona de Los Ángeles con un abogado que instara ante las partes gubernamentales y así lo pudieran encontrar. Eso me costó todo lo que me había ahorrado. Mandé la plata yo porque mis padres no estaban enterados de lo que pasaba. Y se fue el abogado acompañado de mi tía, que vivía en Los Ángeles. El abogado me pidió no sé cuánto por día. A la semana encontraron a mi hermano en la cárcel de Mérida. Mi tía me dijo: “Irma, si tú crees en un Dios, si tú sacas de ahí a tu hermano vivo, es una gran suerte. Yo no lo reconocí, no lo reconocí... Irma, yo soy una persona estricta. He sido la primera inmigrante de toda nuestra familia. Un macho completo, como decía mi papá. Una mujer fuerte, realmente, con pantalones. A mí me pueden decir lo que quieran. He luchado mucho por mis hijos, como madre sola. Por eso, en el

momento en que vi a tu hermano, juré que yo te iba a ayudar”.

No le daban de comer. Él cuenta que eran como cincuenta personas en una jaula, bueno, una gran cárcel, donde todo el mundo hacía sus necesidades allí mismo, y comían lo poco que les daban. Eran delincuentes de mayor y menor categoría, gente de todas las clases, de todos los niveles, mujeres, niños, había de todo, todo, todo. Y el que no tenía algo, se lo quitaba al otro. Mi tía me dijo: “Irma, tu hermano está en un estado de colapso mental tan grande que tu misión es sacarlo”.

Mi tía, que era una bestia sin sentimientos ni valores, lo encontró. Ella fue a todas las cárceles de Tijuana y de todos los puntos estratégicos. Fue a todas las cárceles con el abogado. Un muchacho, que lo había encontrado gracias a sus características, le dijo: “No entiendo por qué él dice que no es peruano. Pero yo vi a un muchacho con los ojos claros y que tenía unas zapatillas... Tiene esas zapatillas”.

Mi tía me dijo que él cometió ese error de decir que no era peruano, porque bajando del avión alguien le había dicho: “Cuando vas llegando a Mérida, tú dices que vienes del D.F. No enseñes papeles porque, como es un vuelo interno, no te los van a pedir. Tú les dices : “Hola, güey, ¿cómo estás?”, y no sé qué. No te van a decir nada. Porque si te detectan que eres turista o extranjero, vas a tener problemas”. Entonces, él al salir, que se supone no hay inmigración, y por qué motivo sucedería, pues le revisaron el equipaje y le notaron el acento. Entonces le dijeron: “¿De dónde vienes?”. “Del distrito federal”. “¿De dónde?”. Pues lo detuvieron pensando que era un “mojado”. Así que lo detuvieron. Él me dijo después: “Irma, yo me preparé, cantaba el himno, me sabía todo, pero mi acento era mi acento. Era inevitable”. Y el tipo de la inmigración me decía: “No, y sabes una cosa, yo vivo cerca de donde tú dices y jamás te he visto por este barrio”. “Y bueno, me detuvieron, me detuvieron, hasta que finalmente, pasó”.

Mi hermana me comentaba que lo peor de Adrián no era su vivencia, sino su: “Perdóname, perdóname, yo te fallé, yo te fallé, te fallé. No supe hacer las cosas. Soy un bruto”. Era una obsesión este sentimiento de culpa, aunque yo le contestara que no se preocupara, que todo se iba a arreglar. Y él: “Es que no sabes, me van a

deportar y no podré volver a viajar. En el Perú me van a tomar preso”. Tenía un gran pánico, era un niño, era un niño.

Y nos costó mil quinientos dólares para que lo deportaran sin que apareciera en calidad de deportación en sus papeles. Y así fue. Eso sucedió en enero. Lo deportaron al Perú. En agosto ya Adrián estaba en Miami.

Yo trabajé como una loca, cada centavo que entraba lo juntaba y juntaba y juntaba. Y programamos su nuevo viaje empleando los mismos mecanismos que yo ya conocía, a través de los consulados, de los contactos.

### **En Montreal, empecé a trabajar en lo que había**

En Montreal, empecé a trabajar en lo que había. Mi primer trabajo fue para una mujer italiana. Ella vivía por Laval. Me acuerdo que iba dos veces por semana a limpiarle la casa, arreglarla y todo. Estuve como tres o cuatro meses trabajando con ella. También le cuidaba a sus dos niñas, junto con Silvana. Pero realmente yo no estaba preparada para este tipo de trabajo. Yo planchaba por instinto porque no sabía hacer estas tareas domésticas.

Cuando vivíamos en el Perú, mi padre decía que no me había criado para sirvienta. Él pensaba que siendo yo la segunda de la casa, me tenía que educar diferentemente y se negaba a que me metiera en cosas domésticas, nunca, nunca. Siempre me decía: “Tú tienes que estudiar, tú vas a ser un ministro”. No sé qué cosa pensaría mi papá que yo sería. Es cierto que yo era muy dedicada en el estudio. Siempre tuve becas para ir a colegios privados, concursaba para todo, era bastante dedicada. Mi papá me veía como a un Einstein en miniatura que podría dar muy buenos resultados. Por esa razón, él me cuidaba mucho y me decía: “Ve a hacerte las uñas en vez de pensar en arañar la olla de arroz”. Y como somos de la sierra, siempre hemos tenido ayuda en la casa, es decir, personas de la sierra que ayudaban a mamá y a las que sólo se les daba la comida. No se les pagaba sueldo. Sólo se les daba la comida y un techo, y ellas ayudaban a hacer las labores domésticas.

Después de la italiana, trabajé en limpieza de un edificio con una señora salvadoreña. Eso duró alrededor de seis meses. Luego de eso, nos

mudamos a un edificio, en otra zona de la ciudad, porque sabía que en el barrio de Beaubien no iba a aprender el idioma, que era lo que yo necesitaba. Tuvimos la oportunidad de ir a vivir en un edificio de la calle Saint-Denis junto con Ontario, haciendo la conserjería. Era un edificio muy pequeño que sólo había que limpiar. No necesitábamos nada más. Pagábamos la mitad de la renta. El apartamento era muy bonito, de dos pisos, muy elegante, muy simpático. Había que trabajar en parte para los dueños, en parte para pagar la renta. Wilson no estaba muy conforme con esto pero yo le decía que a mí me venía muy bien porque así podía estar más tiempo en la casa con la niña y me resultaba igual limpiar la casa de la italiana como limpiar el edificio. La esclavitud era la misma. La única diferencia era que yo había logrado cambiar de sector. No quería mirar más lo que miraba en Beaubien. No quería ver eso. Desgraciadamente, se trataba de nuestros estereotipos. El latino no concientiza ese refrán muy sabio de Martín Luther King, que siempre me acompaña: "Si quieres ser miserable, pues miserable serás toda tu vida". En Beaubien, toda la gente tendía su ropa por todos los balcones y todos dejaban la basura en las puertas. Y es que tú sabes que es tu medio, porque eso es tu país, es verdad, pero no lo quieres ver. Yo no lo quería ver, no quería ver eso. Yo no quería ver a la vecina gritando por todos lados, la de enfrente con el volumen del televisor que me enloquecía, no quería ver eso. No quería. Y venía caminando por una calle de Westmount –Silvana al año ya estaba estudiando en el colegio de Westmount– y me decía: "Yo quiero venir a vivir aquí, yo no quiero vivir allá". ¿Por qué tenía que querer tan poco si podía trabajar? Yo le decía a Wilson: "Los dos podemos trabajar, ¿por qué tenemos que vivir así? Con la casa que se está cayendo, el techo que eran unas cáscaras viejísimas, feísimas, una cocina donde los pisos se estaban levantando. ¿Por qué? ¿No podemos pagarnos otra cosa? Pues a trabajar más". Yo ya llevaba meses trabajando más y más. Con Wilson no veíamos las cosas de la misma manera. Esa quizás es la razón por la cual él y yo no pudimos seguir juntos. No formamos una pareja *for ever*. Creo que es una de las causas, porque yo siempre he exigido de la vida más y más. Siempre me he dicho: "¿Por qué no? ¿Por qué no puedes?". Porque siempre creo, quizás equivocadamente, que cuanto más tengas, más puedes dar. Porque si no tienes, ¿qué ofreces? Si no puedes ni contigo mismo, pues, ¿qué ofreces? Nada. Entonces siempre me he

dicho: "Si puedo trabajar o puedo lograr algunas cosas, también puedo ofrecer mayores beneficios. Y así podré ayudar a mi familia que está pasando trabajo para salir del país. Hay veinte mil personas que están sufriendo de hambre o de miseria, podré hacer algo".

En ese edificio de la calle Saint-Denis hemos vivido como dos años. Sí, como dos años. Además, gracias a la recomendación que me hicieron, me contrató una actriz de televisión muy famosa por su programa para niños *Bibi et Geneviève*. Le cuidé a su niña. Por la mañana, limpiaba el edificio y luego me iba a su casa. Cuando era la época de cobrar las rentas en el edificio o cuando tenía otra obligación, entonces me traía a la niña a mi casa; me la llevaba al parque, cobraba las rentas; para mí era una niña más, una hija más; el resto del tiempo iba al colegio, no me obstaculizaba el quehacer. Cuando llegábamos a su casa, la madre me preguntaba: "¿Y qué hiciste?". "Bueno, le preparé la comida, comió". A la madre no le molestaba que yo cuidara a su hija de esa manera, porque ella obviamente se podía pagar el lujo de escoger a quien la cuidara y me parecía, por supuesto, que podía contratar a la persona que le convenía. Además, yo le hablaba a la niña en español. Y hasta a la madre le enseñé a comer bien. Porque en su casa sólo comía sandwich de atún, de tomates, y pastas. Mientras que yo cocinaba. Cuidaba a la niña los días que la madre hacía programación, tres veces por semana.

Los otros dos días, trabajaba en una cafetería *Al Van Houtte*, donde empecé cuando todavía no me podía desarrollar en el idioma francés.

Para mí eso fue el reto, al ver que nada es imposible si las necesidades son grandes y una no quiere verse doblada trabajando, porque no la prepararon a vivir cosas tan duras en la vida. Nunca me voy a olvidar. Porque todo lo aprendí de memoria. Yo lo memorizé todo en dos noches. Me hizo entrar una amiga española que allí trabajaba y que hablaba francés bastante bien. Un día me dijo: "Si quieres trabajas a mi lado y si te aprendes todas estas cosas, cuando la señora te pregunte, tú dices: '*Oui, oui, oui*', y te va a decir todo lo que necesites: '*À droite c'est le comptoir pour manger et à gauche le comptoir des desserts*' y, así, lo vas a entender todo". Hicimos una maqueta completa de todo lo que se ofrecía en el mostrador para que yo pudiera pasar a trabajar allí. Cuando empecé este trabajo tenía

como unos seis meses en Montreal. Como digo, fue un reto muy interesante porque estuve un montón de tiempo allí y nunca supieron que yo no hablaba nada de francés ni de inglés. Bueno, lo supieron al cabo del tiempo pero como mi mente me ayudó a memorizarlo todo, así fui aprendiendo. Por supuesto que yo trabajaba ilegalmente, porque había venido con una visa de turista.

Después dejé *Al Van Houtte*, porque necesitaba tomar unos cursos de francés para seguir adelante. Luego me fui a trabajar en una clínica. O sea, seguía cuidando a la niña y trabajaba tres días por semana en la clínica, hasta que la mamá tuvo otro bebido y necesitaba a una persona que se quedara en la casa los cinco días de la semana.

Luego del nacimiento de mi tercer hijo fue cuando tomé la decisión de no volver a trabajar en la clínica. Porque antes me daba mucha pena cuando mi jefa me decía: "¿Cuánto quieres que te pague? Tampoco te puedo pagar mucho porque trabajas apenas catorce horas". Yo había ido reduciendo, reduciendo mis horas. Trabajaba tres días, después dos, y luego un día y medio y después dos medias tardes. Y ella me decía: "Bueno, voy a intentar mantenerte el salario pero trabajas doce, diez, nueve, ocho horas. ¿Cuánto te pago? Bueno –me decía–, pero si te vas cómo hago?". "Está bien, voy a seguir trabajando contigo, trabajaré por la tarde", le contestaba yo.

En ese momento encontré el trabajo en la agencia de viajes. Entonces alternaba el trabajo en la agencia y en la clínica donde hacía las llamadas, verificaba mi grabadora, atendía a los clientes, ajustaba los precios, hacía distintas cosas y luego iba a recoger a Silvana, que terminaba a las tres.

Todo eso hacía antes de que naciera mi segundo hijo, Alejandro. Él nació en el 93. El trabajo de la agencia de viajes lo hacía desde la casa.

### **Eso nadie me lo quitaba**

Después de Saint-Denis nos fuimos a vivir a Westmount. Eso nadie me lo quitaba. Me pertenecía por derecho propio. Luego de la conserjería en Saint-Denis conseguí otro trabajo en un edificio en Park Place. El edificio era mucho más lindo y con menos restricciones. La dueña me dijo: "Te ha recomendado tal señor; dice que

eres muy buena, que no tengo que preocuparme, que tú lo arreglas todo". Así era, pero yo cobraba, cobraba por todo. Yo pensaba: "Tú quieres que haga tal cosa, yo te cobro, quieres esto, te cobro, si no estás de acuerdo busca a otra persona. Yo limpio como tú quieras". Yo cobraba poco, pero cobraba. Yo le decía a la gente soy buena para esto, en equis tiempo hago todo, pero necesito esto y esto y esto. Poco a poco fui acomodando mi horario. Silvana por supuesto estudiaba en la escuela Saint-Léon y Alejandro nació en esa temporada. Yo me mudé a Park Place con siete meses de embarazo.

Además de esto, seguía trabajando con el médico de la clínica. Ése fue el único empleo que mantuve, porque me dediqué a hacer lo que se llama el *management* de edificios. Esa actividad me pareció más adecuada porque trabajaba mucho en casa, podía cuidar a Silvana, podía cuidar a Alejandro y producía. En Park Place estuvimos tres años y de Park Place nos mudamos a Clarke, donde estuvimos como cuatro o cinco años.

Wilson también cambiaba a menudo de trabajo. Él siempre ha cambiado mucho, mucho de trabajo. Siempre ha tenido problemas para estabilizarse en algún lugar. Siempre estaba inconforme con los trabajos que se le presentaban y los cambiaba. Y como varón que es –hombre muy fuerte, con mucha salud– no tenía problema para encontrar un nuevo trabajo.

### **Me dieron la residencia de puro cansancio**

Empezamos a prosperar así. Luego me desenvolví en inglés, idioma que hablaba apenas. Y descubrí otras vías para mirar las cosas. Ya por entonces había obtenido mis papeles, ya las cosas habían tomado otra forma. Tardé cinco años en obtener mi residencia para vivir aquí. Primero por mis antecedentes, tenía antecedentes rojos impresionantes. La RCMP (Royal Canadian Mounted Police) me visitaba "como Pedro por su casa", cada mes, cada dos meses, y preguntas y preguntas y preguntas y qué hacía y qué no hacía y por qué había ido tantas veces a Cuba. Es que yo volé diecisiete veces a Cuba antes de venir a Canadá. Entonces me preguntaban: "¿Por qué tanto? ¿Por qué? ¿Por qué países de esta naturaleza? ¿Qué haces?". Y siempre investigando, investigando. Yo creo que me dieron la residencia de puro cansancio. Ahora yo soy ciudadana canadiense.

Pero, en ese entonces pues yo quería viajar, yo quería ver a mis padres, yo quería hacer cosas, quería tener dinero. Siempre he pensado que si no puedo pagarme qué comer, si no puedo lograr un mínimo, qué hago aquí. Mi esposo me decía: “¿Te vas a ir otra vez? ¿Te vas a ir a Miami ahora?”. Pues sí. Y él: “¿No podemos comprarnos un carro nuevo?”.

En ese lapso de tiempo, de tanto trabajar, porque siempre he visto que el trabajo dignifica al hombre, y también por mi formación política, no hay nada en que no me haya implicado: he hecho de todo. Lo único que no he hecho es meterme en droga y prostituirme, es lo único que considero que no está en mi estatus. Si me decían: “Irma, ¿quieres ir a lavar una casa hoy?”, contestaba que sí. No me molestaba, no creo que eso rebaje mis valores. No iba a ser diferente porque alguien me dijera: “Oye, ¿tú no eres la secretaria de un médico?”. Sí, ¿y qué? Esta plata me la estaba ganando limpiamente. Prefiero eso que robar. Prefiero eso que mentir. Prefiero eso que sentarme a llorar mi desgracia en casa. A veces una amiga que trabaja con gentes de mucho, mucho dinero aquí me llamaba: “Oye, tenemos una fiesta judía, va a ser el sábado, ¿te molesta ir a trabajar?”. Y yo preguntaba: “¿Cuánto me vas a dar? Porque, desgraciadamente, no tengo el mismo precio de antes”. Y la acompañaba feliz. A veces me he encontrado con gente que me decía: “Irma, ¿qué haces aquí?”. ¡Viendo a ayudarla a ella! A mí no me molesta, no me fastidia hacer este tipo de trabajo. En estas temporadas yo ayudaba a preparar las mesas, preparar la comida, decorar los platos, recibir a la gente, etc.

Aprendí todo eso acompañando a otra amiga que trabaja hace siglos, siglos en la casa de una familia judía muy famosa, muy famosa. Ella me pidió dos o tres veces que la ayudara. Se trata de actividades puntuales, tres o cuatro veces al año. Ella me decía: “Te van a pagar sesenta o setenta dólares”, y yo le preguntaba qué había que hacer. “Hay que decorar, poner la mesa, colocarle las flores, hacer los arreglos, mirar las combinaciones de las vajillas”. Bueno, todos los detalles de una mesa de presentación donde me imagino que un bufete les cobraría trescientos o quinientos dólares. Yo no sé. Entonces yo iba con ella. Era una mesa para unas veintitrés o veinticinco personas. Ella me enseñaba lo que tenía que hacer. Al comienzo yo le ayudaba, porque ella sola no podía. Íbamos a servir la mesa, a recoger la vajilla, a ofrecer si quiere té, café, manzanillas,

conocer el gusto de cada persona, los detalles, de qué más o menos quieren, qué no quieren. Yo siempre la acompañaba, a excepción de este año. Nos hicimos un hábito, estábamos acostumbradas a llevarnos. Cuando de casualidad me encontraba con gente que me reconocía yo los saludaba mientras que mi amiga que es boliviana me decía: “Ay, ¡qué vergüenza contigo!”, y yo le contestaba: “¿Por qué vergüenza si no estamos robando? Yo no estoy robando, yo me lo gano a pulso. Y me siento feliz de ganármelo a pulso. A mí no me lo regala nadie”. Ése es otro ejemplo de nuestro estereotipo.

Justamente, en Suramérica, un trabajo así no se haría jamás porque, como allá me conocía más gente, no podría hacerlo. Siendo una persona sindicalmente conocida, no iba a estar limpiando la casa en San Isidro, no se podría. Pienso que para llegar a esta etapa, uno necesita haber pasado por un estado distinto. Lo difícil es cuando la amiga –la boliviana– teme el qué dirán. Ella nunca ha permitido que se sepa lo que hace. Es una bióloga titulada y aquí nunca ha podido decir: “Yo limpio casas. Yo atiendo a judíos, les arreglo las mesas, los comedores, etc.”. Además, hace siglos que dos veces a la semana atiende también a otra familia. Atiende a una señora una vez por semana y a otra la acompaña para que pague sus cuentas y haga su *shopping*. O sea, trabaja para gente de muchísimo dinero que le da un tremendo salario. Por eso ella me dice: “Me mataría en una manufactura por este sueldo. Hoy no puedo hacer otra cosa”. Es una persona muy eficiente, muy distinguida, una mujer con mucha preparación, con mucho estilo, que maneja un carro impresionante, y me dice: “Encontré la forma de ganarme la vida. De otra forma, ¿qué haría? No voy a volver a estudiar, aparte de que el francés lo hablo a medias, el inglés a patadas, entonces para trabajar como bióloga aquí tardaría cinco años, y mientras tanto quién me mantiene”. Esto es una realidad, no es otra cosa.

Yo estudié cuatro años de sicología y aquí, mientras me ponga a pensar en rehacer lo que podía haber hecho o no, hambre hubiera pasado también. Y no hubiera podido hacer las cosas que hice. Retroceder el tiempo... ¿para qué? Alguna vez me he preguntado por qué no he hecho los estudios aquí. Pero, en ese momento, no tenía la orientación del caso o el apoyo necesario para haber hecho lo que debiera.

Estudié ciencias políticas en Lima, cuando mi hija Silvana estaba naciendo. Y empecé a trabajar cuando ella tenía año y medio, casi dos años. En ese tiempo estuve estudiando, terminando los estudios. Cuando me casé ya había hecho un año y medio de universidad. Después seguí estudiando. Balanceaba mis estudios sin mayor trabajo. Sin vanidad mía creo que no he sido una estudiante muy difícil porque, entre vas aquí, vas allá, no podía hacer más créditos que dos o tres por período. No podía hacer una carrera extensa. Pero por lo menos sabía que tenía dos dedos de frente y que funcionaban. Mientras mi amiga boliviana me decía: "Nadie tiene que saber, nadie, que estamos en esto", a mí me daba igual. Se trabaja y se gana, y se suda por lo que se gana.

Mi esposo siempre ha dicho que soy una mujer muy ambiciosa. Pero yo nunca he permitido que él figure en ese espacio. Desde el tropiezo de mi hermano Adrián, que se llevó todo por detrás, mi economía quedó vacía, me quedaron mil dólares, que no era nada. Adrián llegó en agosto a Estados Unidos y cuando llegó yo ya estaba endeudada. Trabajé hasta diciembre para pagar lo que ya debía. Yo siempre he sido una persona un poco temperamental en el sentido en el que a mi esposo le decía: "Ok, si me ayudas, bueno, y si no me ayudas, no importa". "Es que tenemos muchas deudas", me decía él; "me las cobras", le contestaba yo. Soy una persona un poco fuerte en ese campo.

He seguido cursos de toda naturaleza para entender por qué yo abarcaba tanto espacio. Yo me decía, no sé, estoy trabajando como un animal, no estoy en la casa llorando mis desgracias. Es mi plata, mi trabajo, mi esfuerzo. Si tú quieres que compremos un televisor, una cama, un sofá, yo no quiero. Yo quiero que mi hermano salga. Yo creo que mis valores de conciencia han sido mucho más fuertes que mi modus vivendi material.

### **Yo nunca dije esto es imposible... Yo voy a ser la puerta**

Después, cuando otras personas me lo hicieron ver, he comprendido que Wilson tenía razón. Sus expectativas de la vida eran diferentes a las mías. Él trabajaba para la comida, para la casa, para pagar las cosas. Él no trabajaba para mandar a su mamá, ni a su papá, ni a su tío, porque no le daba la gana. Él no quería. No encontraba esa necesidad, mientras que para mí era un apetito.

Yo no podía comer nada porque lloraba. Estaba comiendo con un llanto y él me decía enojado: "Ya, ¿qué pasa ahora?". Yo estaba pensando que si comió mi tío, que si Juan, que si el otro. Era un sentimiento de culpa tan grande de que pudiera hacer esto y que no pudiera reaccionar. Entonces, yo juntaba un dinero y ya, en seguida, comprobaba tengo tanto dinero, ya. Era una necesidad incontrolable. Nunca pude controlar esa situación. En la discusión yo le decía: Regreso. Si tengo trabajo, yo salí con un permiso de un año, yo me voy. Yo voy a trabajar, pero no me voy a quedar así.

Lloraba todos los días y mi tía hablaba desde los Estados Unidos. Ella me ayudó con una parte, con mil dólares creo que me regaló. "Vamos a sacarle", y no sé qué. Entonces, Wilson no me podía decir: "No lo hagas". Era más fuerte que yo. Era imposible, imposible. A medida que fue pasando el tiempo, todas las cosas que iba haciendo se convirtieron en eso. Yo nunca permití que él me dijera... cuando él me discutía, me decía: "Pero en vez de estar así, podríamos tener tal cosa", y a mí no me interesaba. "Pero mira cómo vienes, como un burro", cargando el mercado en la espalda, con la niña en brazos, y mis bolsas. No podía, era más fuerte que yo. Y me pasé todos los años, año tras año, juntando plata para mandar. Juntando para sacar al uno, juntando para sacar al otro. Así salieron todos mis hermanos.

Hice que salieran veintiuna personas. Mis primos, mis primas, era una cadena constante, constante, de tal forma que, por algo he seguido estudios de psicología, de autoestima, me he preguntado: "*How wrong I am?* ¿Qué estoy haciendo?". Es que Wilson debe de tener razón, debo de estar loca. Pero era imposible, era imposible, porque yo decía: "Yo te pago, ganamos, la mitad yo estoy trabajando, yo trabajo el doble. Tú trabajas tus horas de trabajo, y yo hago más para que no nos falte. Entonces, ¿quién está quitando? Yo no estoy quitando". Y siempre él me decía: "Pero porque éste te va a pagar cuando pueda, y así nunca vas a ver tu dinero". Y es verdad que me han pagado bien o mal, a medida, poco o mediano, pero puedo dormir en paz. Yo sí creo que por esa parte mi sueño no se quita.

Cuando hice salir a la familia de Lima, llegaron aquí, pero hoy sólo tengo a un hermano en Montreal. Los demás se fueron a Estados Unidos. Para ellos Estados Unidos siempre fue el *goal*,

todo el mundo quería ir allí, *The American Dream*, siempre la misma historia. Mi hermano Augusto vino primero aquí, se fue a Estados Unidos y luego se regresó. Él era ya ciudadano canadiense cuando se fue a Estados Unidos.

Los demás se fueron a Miami, el centro de *Latin Congregations*, como digo yo. Pero diré que todo se resume a que yo nunca dije esto es imposible. Todo se puede hacer. Y también hay una cosa que tengo, que yo lo veo como un defecto. Sigo viéndolo así. Yo le había prometido a mi mamá que yo sería la puerta y yo dije: "Yo voy a ser la puerta. Yo voy a ser la que abra todo esto". Porque me di cuenta que sí podía hacerlo. Voy a ser esa puerta, no me voy a olvidar de mi promesa. Voy a sacar a Adrián, voy a sacar a Augusto, voy a sacar a Luz Bella, a todos. Y le dije a mi mamá: "Te prometo que a cada uno de mis primos lo voy a llevar para que ése saque a los demás". Pero ninguno de ellos sacó a nadie. Jamás. Ésa fue la promesa que le hice a mi madre. Y mi mamá dice que esta promesa se la hice a mi padre cuando yo tenía tres años. Que yo, cuando veía a mi papá que llegaba del trabajo tarde, yo le decía: "Yo te voy a comprar un avión y nos vamos a ir". Así lo calmaba a mi papá cuando estaba llorando y que le decía: "No llores, no llores, que te lo voy a comprar". Mi mamá siempre dice eso: "Tú prometías, tú prometías, decías: 'mira tu avión'". Yo compré un avión de plástico que me costó como veinticinco centavos, y le decía: "En este avión tú te vas a ir. Yo te voy a llevar". E inventaba, ¡qué historias inventaría con esa edad! Yo no sé. Mi mamá siempre decía que yo hablaba con tanta propiedad que he venido a cumplir todo lo que he prometido.

En un principio, como estudiante, fui muy normada. Yo prometía mis propias cosas. Y si le prometía a mi madre, era una ley. Entonces, cuando yo salí, le dije: "Madre, yo me voy, me tocó a mí el turno". Podía haber sido el mayor, podía haber sido el que seguía. Pero sin haber salido de Cuba, yo había sacado a mi hermano mayor y había sacado a mi papá, sin haber tocado el suelo, porque las conexiones me lo permitían. Salir con la federación de chóferes, ¡afuera! Y que salió para los líderes jóvenes, ¡afuera! El mecanismo funcionaba. En un momento me puse a contrapesar y Perú estaba aquí, así, en mi mano. Era el momento en el que no debía quizás haber salido porque tenía todas las puertas abiertas que me permitían hacer las cosas. Me acuerdo que con mi padre me encontré

en Cuba. Yo ya estaba en Cuba estudiando y papá venía del congreso de la Federación de chóferes en la Unión Soviética. Allá él había conseguido su visa para México.

Como le decía a mi mamá: "Yo sé que soy la puerta. Te prometo que te voy a llevar a Miami. Yo voy a hacer todo". Y cumplí. Saqué a un miembro de cada familia de la de mi mamá y de la de mi papá. Cuando cumplí con ellos, hace como tres años, cuando terminé con mi prima, la última, entonces yo le dije a mi mamá: "No más, ahora sí no acepto nada más".

Cada viaje me ha costado entre los cinco y seis mil dólares, aparte de que yo tenía que viajar. Yo tenía que ir a ver a contratar a la gente, a pagar aquí, a pagar allá y me tenía que pasar seis meses ahorrando. Ahorrando, ahorrando, ahorrando. Gracias a Dios, y creo que es una generosidad del Dios Divino, lo he hecho, porque me ha dado la gana. Porque si hubiese pensado: "Esto no me lo van a devolver", nunca hubiera hecho nada, jamás. Como ha pasado con mis hermanos, ninguno se ha involucrado en nada. Ninguno ha querido apoyar a nadie.

Bueno, al final todos me han devuelto por lo menos el precio de su pasaje y lo que se había gastado en los documentos. Pero esos viajes que yo hacía por ellos no me los ha pagado nadie. Los he tenido que pagar yo. Ellos me iban pagando unos cien dólares al mes, a veces ciento cincuenta, porque tenían que trabajar y con qué me iban a pagar.

Ahora me doy cuenta de que yo estoy divorciada desde el 98 y pienso en todo ese tiempo cuántos dolores de cabeza me debe haber dado? Muchísimos, muchísimos, muchísimos. Pero al mismo tiempo pienso ¿Es que yo hubiese sido feliz de otra manera? ¿Es que yo hubiese sido feliz pudiendo haberme pagado la casa que teníamos allí? Yo quedé limpia conmigo misma, con mis propias promesas.

En el edificio de la calle Clarke trabajaba como *manager*. Mi apartamento costaba unos 1200 dólares, aparte del cable, etc. Trabajaba para el propietario del edificio y me ocupaba de la renta, nada más. Renta, renta, renta, visitar los apartamentos. En ese edificio, en vez de vivir en un apartamento pequeño, yo dije yo voy a pagar, me lo puedo pagar. Ganaba en comisiones lo que me permitía vivir. El edificio valía un millón y

medio de dólares, administrábamos cuatro edificios como ése. La dueña me decía : “Irma, tú vives mejor que yo. Dices ‘esa semana no porque me voy a tal lugar, esta semana no porque estoy regresando de tal lugar’”. Nunca recogía las cuentas entre el uno y el siete, lo hacía entre el siete y el veinte. Ni rentas, ni afectaciones, pero si había apartamentos que rentar, yo no iba a ningún lugar. Luego, a la primera ocasión, ¡vrrrrr! Afuera. Viajaba cargando a mi hija y a mi hijo. Quiero vivir bien, de hecho, quiero comer bien, pero no con ese éxtasis de que tengo que juntar hasta que tenga ochenta. Yo voy a juntar para no deber la renta, para viajar mañana y pasado, tener cinco mil dólares y seguir yendo a ver a mi mamá si me da la gana, pero no con esa obsesión de mutilármelo todo. La dueña me decía: “Yo no comprendo cómo puedes tener a tus hijos en un colegio privado. Tú eres demasiado brillante para gastártelo todo”. Y lo mismo decía mi ex marido: “Pero, ¿cómo es que necesitas viajar tanto?”.

En invierno, para mí, es una obligación fugarme de aquí. No soporto. Y le decía a Wilson: “¿Te vienes con nosotros?”. Y él: “¡Ay! Y el dinero, ¿de dónde?”. Él no quería gastar nunca. Él todo lo veía carísimo. Me decía: “Vas a ir a Lima, ¿por cuánto? ¿Cuánto vas a tener que gastar?”. A mí el dinero me quemaba. Entonces, veía cuánto tenía ahorrado y sólo pensaba en hacer un nuevo viaje. “Vámonos a Miami”, decía yo y mi hija me hacía eco: “Miami, Miami”. Cada vez que había un “especial” nos íbamos para Miami. Y como trabajaba a medio tiempo en la agencia de viajes –que siempre fue un hobby para mí–, miraba si había algún especial. La amiga con quien trabajaba ya sabía y me decía: “Irma, mira que ya salió un especial”. “Pónmelo”, le decía yo. Eso me ayudaba a cortar mi realidad del invierno. Pero creo –en base a unos principios y ahora que estoy sola sola con los tres niños– que tengo que sentarme más con la realidad de que no puedo gastar como gastaba antes.

### **Es que yo volé diecisiete veces a Cuba**

Mi primer viaje a Cuba fue en el 85. Yo fui a tomar un curso de cuadros sindicales para mujeres por la Federación de Mujeres Cubanas. También aproveché este viaje para hacer mis primeros contactos en el hospital ortopédico para mi pierna. Allí me dijeron: “Tienes que acabar el curso, regresar al Perú y volver”. Hice el curso completo porque no se podía salir si no se hacía

el curso completo. Era obligatorio. Mi curso fue relativamente corto, entre seis meses y un año, pero era muy intensivo. Estudiábamos todo el día, cinco días a la semana. Aparte de las cubanas, éramos treinta y una personas de distinto origen.

Después me hicieron la intervención quirúrgica y me recuperé durante tres meses.

Entre marzo y diciembre del 87 fue que inicié casi diez viajes a Cuba. En ese momento vi la opción de sacar mi visa para vivir aquí. En el octavo o noveno viaje encontré que ya se podía hablar de otros *profits*. Entendí que viajar no era un problema. Para ir a Cuba no había problema. Entraba y salía como quería. Me quedaba una semana y luego regresaba, y así todas las veces.

El primer y segundo viaje estuvieron financiados por el Instituto Peruano de Seguridad Social y mi Central sindical. Existía un tratado para llevar a jóvenes para que se prepararan en el campo sindical dentro del departamento marxista leninista.

De allí los consecuentes viajes fueron viniendo por su propio peso. Fueron apareciendo condiciones. No era exclusivamente desde el punto de vista político, que era la razón de mi formación. Era más que nada económico. Lo vi como una fuente de ingresos para mí, en la medida en que Cuba estaba muy aislado, muy aislado. Solamente llevando leche en polvo, uno se pagaba el pasaje. Y es lo que yo hacía. Por ejemplo, yo traía vitaminas, agujas para inyectar, etc. Obviamente, el sindicato no me podía pagar los diecisiete viajes, pero sí se encontró medios de comercializar mi presencia en Cuba.

Otros trabajadores viajaron a Cuba en relación con la medicina, otros la agricultura, etc. Como en ese tiempo yo era muy habilidosa, me decían: “Ve tú, ve tú”, y yo siempre encontraba el medio de no implicar gastos. Me llevaba de Cuba coral, esto, lo otro y así me proporcionaba más dinero viajar que quedarme trabajando en Lima. Como un viaje a Cuba costaba unos setecientos dólares, la Federación me daba cien dólares y yo me tenía que buscar la diferencia. Mientras viajaba mi salario se mantenía y para mí era como dinero ahorrado. Aparte de la motivación política como tal, veía eso como un medio de autosubsistencia. Cuando estaba allá, miraba lo que necesitaban. Por ejemplo, si veía que querían calzones, entonces les llevaba cincuenta calzones.

Asistía a las exposiciones de libros, asistía a todo lo que había, porque me nutría intelectualmente y al mismo tiempo me aportaba dinero.

Empecé a tener una imagen política en Cuba: se me veía como un potencial político (me imagino que me percibían así). En las reuniones todos se conocían y acudía todo el cuerpo consular. Allí conocí a una persona que me habló de Canadá. Era el agregado cultural del consulado de México. Yo frecuentaba los departamentos culturales de los consulados. Él acababa de estar en Canadá y me contó cómo era allá, cómo funcionaba, su tipo de trabajo social, etc., etc. Y pensé: "Tal vez me convenga". Además, el padre de Silvana ya había salido para aquí, porque se fue un año antes de que yo saliera. Entonces cuando esta persona me comentó todo sobre Canadá yo lo vi como una buena opción.

### **Mi propia historia me interesa particularmente**

Es cierto que mi propia historia me interesa particularmente. Me llamo Irma Núñez de la Torre Romero. Del lado de mi padre, mi apellido corresponde a la sexta generación de españoles instalados en el Cuzco. Mis abuelos y tatarabuelos fueron terratenientes muy autoritarios y de mucho poder. En cambio, del lado de mi madre, los Romero y Montesinos pertenecen a una rama bastante conocida por ser de la izquierda del país, de una fuerte tradición de profesoras de montañas, de cerros y de trabajo social. Yo llevo el mismo nombre que el de mi abuela materna, Irma Romero Montesinos, quien era prima de personajes muy conocidos en el país. Mi mamá se llama Elba Romero Valer.

Nosotros somos el fruto del choque entre estas dos raíces tan opuestas, entre estos dos poderes tan distintos.

Crecí por un lado con un padre muy autoritario, todo porque mi padre era muy diferente a mi madre.

Mis abuelos paternos habían heredado un estatus económico muy fuerte, muy fuerte y, como era lógico, toda la familia vivía de eso. Con la llegada de Velasco, fuimos expulsados de la región. Salimos a Lima en el 69, desnudos, completamente desnudos, a lo sumo con unos trapitos puestos.

La familia de mi madre contribuyó con el golpe de Velasco, apoyando la Reforma Agraria que los

militares habían planeado. Por eso, hemos crecido dentro de esa dualidad: de un lado, la versión de mi padre y, del otro, la de mi madre. Mi hermano menor y yo hemos tratado de investigar acerca de nuestras raíces, convencidos de que el autoritarismo tenía un sentido y la pobreza otro. Estábamos siempre en medio. Tuvimos bienes y nos los quitaron. Mi madre decía que era justo que nos los quitaran y hemos crecido con el concepto de mi madre, extremadamente cristiana, quien consideraba que gracias a Dios el mundo seguía viviendo y que no se podía pedir más. Mi madre se había casado muy joven, con quince años, con mi padre y le recordaba siempre lo que había visto en la hacienda de sus suegros: "¿Tú no te acuerdas cuando tu abuelo hacía fuetear a los cholos? ¿No te acuerdas cuando, para que fueran a pedirle perdón a tu padre, aparte de ser castigados, él le metía al piso unos cables eléctricos? Entonces ellos pasaban por los pasadizos inmensos que había antes de llegar a la casona principal y se electrocutaban en el camino. ¡Pobres indios! Iban corriendo y terminaban de rodillas frente al amo diciéndole: 'Perdóname por lo que te he ofendido y gracias por todo el castigo que me has dado'".

### **Mi abuelo vivió todo el resto de su vida amargado**

Así que crecimos con esa mentalidad materna que siempre decía: "Enhorabuena que les quitaron lo que tenían, porque eran unos desgraciados malos que golpeaban a los cholos y abusaban de ellos". ¿Pero qué sabía el indio? El indio no sabía nada y de ahí que la Reforma Agraria se convirtiera en nada. Nosotros fuimos creciendo con esa dualidad y mi abuelo paterno murió con la rabia adentro, porque después de eso nunca fue más nadie. Nunca. Pasaron veinte años entre la llegada de Velasco y su muerte, y él se la pasó peleando por recuperar sus terrenos que nunca recuperó. Inmensidades en las Pampas de Anta, a unas cuantas horas de Cuzco. Eran zonas agrícolas y zonas caleras. Mi abuelo tenía una fábrica de cal cerca del Urubamba. Nunca se repuso de lo que le habían hecho. Vivió todo el resto de su vida amargado, peleando por sus bienes. Nunca hizo más nada, nunca trabajó y lo único que hizo fue ver abogados, abogados, abogados para tratar de recuperar lo que había perdido. En ese tiempo se le quitaba al que no trabajaba la tierra y mi abuelo era uno de ellos. Él sí explotaba la tierra,

pero no la trabajaba. En cambio, un sobrino suyo que justamente apoyaba el movimiento de Velasco, sí la recuperó. Él escondió a todos los rebeldes dándoles protección en sus tierras y fue el único que se quedó con ellas. Crecimos en medio de esa confusión. No sabíamos si tirar del lado de mi papá o del lado de mi mamá, o sea, más bien libres en ese aspecto. Si antes del 68 tuvimos algo, después no quedaba nada. Y si queríamos construir, no había nada.

Con excepción de este tío abuelo, salimos completamente desnudos, incluyendo a mi abuelo que era el dueño de todo. Mi abuelo salió en calzoncillos. Lo metieron en un camión amenazándole: "O te vas tal como estás o te matamos". Y mi abuelo llegó a Lima envuelto en una manta.

Desnudos nos sacaron porque eran las tres de la mañana. No permitieron que juntáramos nuestras cosas, que lleváramos lo que podíamos, que lleváramos el dinero. Irrumpieron de noche y nos mandaron a todo el mundo a volar.

Así que llegamos a Lima sin siquiera una arroba de papas, como dice mi mamá. Me cuenta ella que sólo le dejaron que alistara mi *caliper*, porque yo era una niña enferma. Pero, por lo demás, todos salimos tal como íbamos. Nos metieron en un camión que nos trajo hasta Lima. Así se aseguraban que las personas no se quedaban en el medio. Murieron muchos terratenientes asesinados por haberse negado a salir. Aunque tuvieran armas, no pudieron luchar contra la insurrección que era muy fuerte en ese tiempo. Por otra parte, el propio gobierno era el que había ordenado el desalojo y no había gran opción para ellos. Llegamos desnudos a buscar qué ponernos, a buscar dónde comer.

Las tierras se hicieron propiedad del gobierno. El gobierno las dividió entre el campesinado que atendía la hacienda, pero, como no fueron educados para eso, se perdió la reforma. El único que no ha muerto hasta el día de hoy es el Gregorio, el que dirigía a todos los peones. Según mi padre cuenta, ése fue el que se quedó a cargo de la hacienda y dividió la hacienda en equis segmentos, con equis cantidad de trabajadores que había, que eran muchos, muchos, muchos.

### **Llegamos a una zona horrible de Lima**

Y crecimos. Llegamos a una zona horrible de Lima, un lugar tan feo que mi padre decía: "El peor castigo es que nos haya acogido la familia de unos antiguos peones de mi padre". Uno de ellos había sido el chófer de los camiones de mi abuelo, que llevaba la leche al Cuzco, y nos ofreció una habitación que le rentamos por unos dos o tres meses. En un principio, el hombre le regaló a mi papá plata para que compráramos ropa y nos alimentáramos. Pero, obviamente, no nos iban a mantener. Nos alojamos en esa habitación todos, todos, o sea tres hermanos de mi padre, mi abuelo, mi abuela y nosotros cinco.

Al principio éramos como diez personas viviendo en un mismo cuarto. Los tres hijos dormíamos debajo de la mesa porque no había lugar y, como éramos los más pequeños, pues mi mamá nos acomodó un espacio debajo de la mesa. Me cuenta mi madre que mi papá tenía que buscar un trabajo y mis tíos también. Eran todos muy jóvenes, muy, muy jóvenes. Y había que pensar de qué íbamos a vivir. Había que trabajar para mantener primero a los abuelos y luego al resto de la familia. Y mi padre, por ser el hijo con más responsabilidad, era quien tenía que trabajar. No había otra alternativa. Así que en vez de comer nosotros los dos panes que él traía, había que dividirlos en diez. Fueron momentos muy difíciles, muy difíciles.

### **Fue la tierra que nos recibió y debemos mostrarnos agradecidos**

Vivíamos en el barrio de Villa María, muy cerca de Villa del Salvador, después del puente de Atocongo. Luego, nosotros no hemos cambiado mucho de zona, pues mi padre instaló su taller de mecánica allí. Considero que ése era el lugar donde él y su familia deberían vivir, porque fue el primero que nos recibió cuando llegamos a Lima. Pensaba: "Fue la tierra que nos recibió y debemos mostrarnos agradecidos". Mi papá decía: "Yo voy a plantar aquí mi árbol porque aquí nos recibieron, no importa que se esté derrumbando o que haya otros lugares mejores". Mientras que los otros miembros de la familia que inmigraron en las mismas condiciones se fueron a vivir a lugares muy lindos por Surco, Lince, Chacarilla. Animaban a mi padre para que hiciéramos como ellos pero él decía que no, decía: "Yo no voy a comenzar la misma historia. Esto me recibió y aquí me quedo. Debo de ser

agradecido con esta tierra”.

Después, mi padre compró un terrenito chiquito en el que se construyó nuestra casa. Vivíamos con muchas limitaciones, con muchas limitaciones. Mi padre trabajaba mucho. Mi madre se ocupaba de sus cinco hijos. No era el gran lujo, pero nunca nos faltó un ama o un empleado, jamás, jamás. Siempre hubo un chiquito para hacer el mercado y la mujer que le ayudaba con nosotros a mi madre. No se podía vivir sin amas, sin tener a quien explotar. Era parte de la idiosincrasia social.

### **Al nacer siempre te ponen una muchacha, siempre**

Cuando vivíamos en la sierra, tuvimos a una nana que se llamaba Anita. Al nacer, siempre te ponen una muchacha, siempre. Siempre tu nana te cría, o sea, tu nana te tiene que criar. Como un hábito. Yo tuve la Anita, como que le decíamos. Ella era también de las pampas de Anta, del Cuzco, igual. Y allá se acostumbra que la nana viene del compadrazgo del terrateniente, o del que tiene con la gente indígena, que te regala a sus hijos, porque no los puede alimentar, ni educar. Entonces, te hace su madrina y es su hija, la adoptas. Por supuesto que no reciben sueldo, o sea, le das qué sé yo. Si las llevas a Lima, pues, tienes que darles un sueldito, un pago miserable, pero les das techo, comida, educación y, bueno, comparten contigo la vida. Y es así como en dos, tres, cuatro años despiertan y empiezan a encontrar otras cosas, se educan, se van, pero hay cincuenta otras que están dispuestas a venir desde la sierra. Mi abuela era especial en eso, siempre nos mandaba una u otra. Mi nana Anita me acompañó hasta que salimos del Cuzco en el 69, o sea, nueve años de mi vida.

Por ser mi abuelo ingeniero en mecánica, mi padre quiso trabajar en todo lo relacionado a lo que era la herrería, a los carros. Mi padre tomó unos cursos aquí y allá, pero nunca se tituló. En los Estados Unidos se puso a buscar una carrera más o menos similar que le permitiera vivir decentemente. De los demás hijos de mi abuelo Fabián Nuñez de la Torre, ninguno hizo nada. Ninguno. Ninguno pasó por la universidad. Mis primos estudiaron porque sus madres los empujaron, pero jamás sus padres. Un tío abuelo había conseguido una casa con diez habitaciones en Miraflores porque, aunque nunca hizo nada, supo cuidar lo que tenía. Nunca estudió pero

tenía dinero, y no lo dejó perder. Porque él, en el 66, salió del Cuzco al ver que la cosa se ponía fea y se llevó todo lo que tenía. Cargó con todo y jadiós!

### **Tuve un accidente que hizo que me trataran con mucho cuidado**

Yo soy la segunda de cinco hermanos, pero a mí me atendieron de manera distinta porque cuando tenía alrededor de un año tuve un accidente que hizo que me trataran con mucho cuidado.

Cuando tuve el accidente, ya me estaba parando, caminaba con un andador. Vivíamos en un hotel en el Cuzco y me rodé las escaleras abajo con el andador puesto. Entonces el andador era de madera con varillas de fierro. Yo rodé y el andador se quedó atravesado en mis caderas. Desde ese tiempo me consideraron una niña convalesciente hasta *forever* y siempre fui privilegiada. Nunca me dejaron hacer nada. Me cuidaron mucho, haciendo lo posible para que no me faltara nada, a pesar de lo poco que teníamos después de la expropiación. Yo ya era una niña, tenía ocho años y nunca supe que había problemas en este mundo, nunca, nunca. Para mí, todo era maravilloso. Si pasé hambre, no me acuerdo, si pasé frío, tampoco. No viví esas experiencias y tuve la suerte de ser criada así, de que mi madre se ocupara muchísimo de mí, siempre. Y mi padre igual. Por ser yo un poco distinta, mis padres les decían a mis hermanos: “Es que está delicada, está enferma, hay que tener mucho cuidado con ella, no le digan eso, no le digan lo otro”.

Después del accidente me mandaron a Lima, donde me hicieron una primera operación a los dos años, dos años y medio. Se trataba de una operación nueva para la época y había que volver a Lima siempre. Ésa fue una de las razones por las cuales mis padres decidieron quedarse en Lima más tarde. En total me operaron cuatro veces. La última vez fue en el 86, en el exterior del país, en Cuba. Cuba era uno de los países que ofrecía las mejores intervenciones de orden ortopédico. En efecto, el hospital *Frank País* donde me operaron, es el más famoso hospital ortopédico en el mundo. Allí me hicieron una corrección del talón, que era una consecuencia de operaciones anteriores que tuve cuando yo era más joven. Me hicieron la corrección y me *artrodezarón* un dedo. Para el famoso doctor

Álvarez Cambras, quien había inventado la manera de estirar los huesos, mi caso era una mosquita comparado con otros casos muy graves que solían tratar. Me atendió un asistente suyo y declaró que mi caso era como un juego de muñecas, una tontería. Fue la última operación que tuve.

### **Me siento feliz, ¿de qué me podría quejar?**

Creo que estos antecedentes hicieron de mí una niña un poco engreída, un poco consentida. No pienso que he tenido una infancia con grandes secuelas del accidente. No he conocido grandes dolores que me hayan marcado, que me hayan hecho una mujer diferente. En realidad, no recuerdo haber sufrido tanto, aunque mis hermanos digan lo contrario. Ellos me dicen: “¿No te acuerdas de cómo llegamos a Lima?”. Siempre pienso que estoy tan llena que las partes malas no las veo, no las toco. No le veo la cara fea a las cosas, no la veo.

Cuando veo los reportajes, los documentales del África y de cosas que pasan en estos países, amo más la vida todavía. Amo lo poco que tengo y me siento riquísima. Me siento feliz cuando abrazo a mis hijos, los veo y digo: “Es que tengo un montón de manzanas que me están sobrando”. Me siento feliz, de qué me podría quejar. Si pasé hambre, no lo recuerdo. Y seguro que tuve algo que comer, porque no he muerto. Nunca he tenido anemia, nunca he sido mal nutrida. Mi mamá me dice: “Tú eras tan feliz”. Me recuerda que cuando tenía la prótesis, cuando cargaba la bota de fierro, la jalaba y decía: “Es que me duele mucho mi piernita, mamita, ¡oh, cuánto me duele!”. “Llorabas –me dice mi mamá–, pero agarrabas tu piernita y seguías jugando igual”. Nunca he creído que eso podría ser un *handicap* para desenvolverme en la sociedad o que me creara complejos, porque el mundo me viera con mi *caliper* completo sin el cual no me podía parar, no podía caminar. Durante toda la primaria fui al colegio con esta pierna ortopédica que es como un tubo que te meten para que te pares, para que te sientes, para que arrastres, porque mis piernas no me obedecían. Cuando me la quitaron, fue una libertad más.

### **Mi madre, cuando yo era muy niña, me ofreció al Señor de los Milagros**

Mi madre, cuando yo era muy niña, me ofreció al

Señor de los Milagros para que me salvara y me cuidara, y me hizo llevar un hábito. Eso correspondía a nuestros conceptos místicos. Y cuando yo empecé a caminar, como a los quince años, dejé el hábito. Caminar sin fierros, sin parrillas... la libertad pura. Siento que desde que he comenzado mi vida, por una razón de milagro de la existencia, nada me duele, nada me molesta. ¿De qué me puedo quejar?

En el año 94, fuimos con mis padres a recorrer la zona de mi infancia, por las Pampas de Anta. No logramos visitar la casona de mis abuelos, donde también nosotros vivíamos, ya que mis padres eran muy jóvenes cuando se casaron. Mi abuelo tenía tres haciendas de unas cien hectáreas cada una. Estas tierras incluían montañas. Y había esa casona enorme donde vivían todos los hijos. Mi padre era el que se había casado y mi madre, por supuesto, tenía que vivir allí. En la época de cosecha vivíamos en Cuzco, en un hotel. Fue en una de esas ocasiones que me caí de las escaleras. Durante seis meses vivíamos en la hacienda y los otros seis, con la ganancia de la hacienda, vivíamos en el hotel. No sé por qué, en ese tiempo, se acostumbraba así. Parece como que a vagabundear. Mi abuelo siempre fue muy gitano y, por cierto, nos decían “los gitanos”. En cuanto mi abuelo recibía su dinero se desaparecía, o sea, viajaba. Pero en vez de irse a Europa –con las ganas que tenía de visitar Inglaterra y conocer España, la tierra de sus antepasados– se iba a Lima, que en ese entonces también era una gran expedición. Mi madre se preguntaba: “¿Qué hace allí?”. Según ella, ese viejo se llevaba toda la plata y se metía en un hotel durante seis, siete meses y, por supuesto, regresaba a sembrar nuevamente.

El abuelo fue el peor de los herederos, porque nunca hizo crecer nada. Él se lo comía todo, lo desaparecía todo. Me cuenta mi tío, al ver que a mí me interesan las cosas antiguas, que antes teníamos unos murales en pan de oro y otras cosas de valor que se usaban... como un juego para matar a las palomas. Él me contaba: “A flechazos tirábamos las palomas, a pedradas, cuadros abajo. Mi padre tenía escondido en un hueco del piso un montón de liras que nosotros sacábamos para regalárselas a las cholas. También las usábamos para hacer collares. Ni sabíamos qué era”.

De los tres hermanos que eran, mi abuelo fue el peor. Él fue ingeniero mecánico pero nunca jamás

tocó nada. Estudió porque tenía que estudiar, porque le tocaba estudiar, pero nunca hizo nada, jamás. Nunca pensó en decirles a sus hijos: "Cuiden de ustedes, si no, ¿qué va a ser de ustedes?". Esas eran las críticas que mi madre le hacía.

### **Siempre hay un mañana para ver**

Mi papá era idéntico, idéntico a mi abuelo. Él pensaba: ¿para qué juntar? ¿Para qué ahorrar? Y se gastaba todo. Y si hay mañana, hay. Siempre hay un mañana para ver. Si hay brazos, si hay piernas, se trabaja, decía mi padre. Pero, comparado a sus primos, la diferencia era muy, muy visible. Por eso mi mamá decía: "Yo que los he visto crecer, porque estuve con tu padre desde el principio, vi cómo tu abuelo trataba a tu abuela. Ella no tenía derecho a opinar, punto. Ella dormía, se levantaba y comía. Le llevaban la comida a las habitaciones y ella nunca salía porque siempre estaba enferma. Era una mujer muy enferma. Y nada, nunca dijo: "¡Óyeme! Qué te parece si...". Esa fue la educación que recibió mi padre. Y una de las experiencias más fuertes que cuenta mi mamá es que, por ejemplo, cuando a mi abuelo se le acababa el dinero en Lima, mandaba vender las vacas lecheras. Entonces mi mamá, que venía de una crianza muy diferente, porque la humilde era ella y no mi padre, le decía a su esposo: "¿Dónde se ha visto que en una hacienda donde se vende leche (porque era una hacienda ganadera que producía leche y donde se vivía también de la siembra), se van a vender las vacas lecheras?". Algunas veces, mi abuela lograba oponerse hasta que mi abuelo venía y de repente pues, se iban cinco, seis, siete vacas lecheras por miserias. Mi abuelo jugaba mucho. Desperdigaba mucho el dinero en el juego y también en las mujeres, me imagino, lo cual era muy típico del blanco en ese tiempo.

Y crecimos con eso, con el conformismo de mi padre que solía repetir: "Yo trabajé". Es cierto que tuvo que trabajar muy fuerte, trayendo el pan de cada día, y nosotros teníamos que conformarnos con eso. Mi madre, que era profesora, se hizo profesora a fuerza del castigo, como se dice. "Me casé con quince años con tu padre. Ni siquiera la secundaria había terminado". Hizo la secundaria y todos los estudios en Lima, después de que hubiéramos nacido los cinco. Cuando Luz Bella, mi hermana menor, tuvo cuatro años, mi mamá dijo: "No, así me rompan el alma, yo voy a estudiar, y a estudiar, y a estudiar". Y lo logró.

Pero nunca pudo realizar lo que era. Le costó lágrimas y dolores hacerse profesional porque mi papá no la dejaba, obviamente. Ella pudo trabajar como tres años en un colegio. Mi papá no nos pegaba pero para todo había que pedirle permiso. Incluso mi madre le tenía que pedir permiso: sumisión absoluta. Hoy es distinto. Mi mamá aprendió a valorarse en los Estados Unidos. Mi mamá aprendió a amarse quizás en este tiempo.

Cuando nos fuimos a Lima, estuvimos como dos años sin nadie para ayudar en la casa. Vivíamos todos metidos en una caja de zapatos. Nadie trabajaba, nadie sabía cómo organizarse sin dinero, sin nada, pasando las mil y unas para tratar de buscar qué hacía cada cual para sobrevivir. A los dos años, mi abuela materna, quien no había dejado de vivir en la sierra, nos envió a una muchacha para que ayudara a mi madre. Toribia se llamaba. Pero en Lima no es como en la sierra, las costumbres son diferentes y, después de cierto tiempo, unos tres o cuatro años, las nanas o encuentran otra cosa o se regresan a su tierra. No duran una eternidad como en la sierra, sólo duran el tiempo en que despiertan. Y Toribia se regresó a su pueblo sin haber aprendido realmente a hablar español. Siempre vestía igual, siempre con sus polleras. A cada cosa que se le decía se ponía colorada, se escondía con todo. Era muy pura en su mundo, muy cariñosa. Con nosotros hablaba una mezcla de quechua y español y con mi madre, sólo hablaba quechua. Mis padres y mis abuelos hablan perfectamente quechua mientras que nosotros muy poco, desgraciadamente.

En la época de Velasco se dictó una ley que imponía la enseñanza del quechua en los colegios. Entonces, mi madre, que era quechuahablante, tomó un curso de sintaxis para ser profesora de quechua.

### **Con esas ideas hemos crecido...A la virgen y al niño hasta panes se les hacen**

Nosotros, gracias a esos conocimientos de mi madre, crecimos con la cultura quechua adentro. Por ejemplo, nunca perdimos nuestros hábitos de la comida, que resulta ser muy serrana, muy típica. En Lima, mi abuela mandaba por camión el carnero del Cuzco, los cuyes, las papas, los choclos del Cuzco. Es que en Cuzco los sabores eran distintos, totalmente, totalmente distintos. Y nuestras tradiciones, debido a que mi abuela materna todavía vive, no se han perdido. Siempre

mi abuela decía que el cordero de Lima no sabe igual, sabe a animal mal nutrido, sabe horrible. Tampoco se cocina igual. Por eso se mandaba traer todo desde el Cuzco. Y es cierto que para nosotros la carne de la sierra sabe diferente, la papa también tiene un gusto distinto al que tiene en Lima, la tierra misma es distinta. La tierra de la sierra huele. Mi mamá decía: "Tú no puedes comparar una mano de habas que viene de la sierra a las que producen en Lima. Las habas de allá son unas habotas gordas por la calidad de la tierra".

Otro ejemplo es el cuy, que forma parte de la alimentación serrana y que el limeño no suele comer. Ahora sí se encuentra en los restaurantes típicos de Lima, pero es de nosotros, es una parte nuestra, porque el serrano es carnívoro mientras que el limeño come mucho pescado y mariscos. Como no tenemos, no producimos eso y los consideramos sabores de otro mundo. Nuestras raíces han sido muy fuertes, muy, muy fuertes. Y con esas ideas hemos crecido.

A nosotros los cuzqueños, una de las cosas que más nos representa es el niño Dios. En pocas partes del mundo se puede observar tanta idolatría religiosa como la que se hace en el Cuzco. A la Virgen y al Niño hasta panes se les hacen. Mi abuela también hacía esos panes y en la casa no podía faltar ni el pan, ni los fideos hechos por la abuela. Y no se han perdido esas raíces, como tampoco se han perdido nuestros valores.

Sin embargo, en la familia jamás hemos acudido a curanderos, porque mientras mi padre viene de un grupo que no cree en nadie, mi madre es de un grupo extremadamente católico. No se permitía que hubiera otros espacios. Mi madre nos enseñó que al que profana la ley cristiana se le vuelve en contra y se le cobra siete veces. Curiosamente hoy día mi madre, quien vive en los Estados Unidos, pertenece a una rama católica que practica la sanación por medio de las manos y su energía, por las emanaciones del espíritu y cosas de esa naturaleza. Es un grupo carismático. Oran mucho y sanan en grupo, supuestamente. Mi mamá cree muy fuertemente en el poder de Dios mientras que mi padre dice: "Si tú crees en una piedra, se levanta".

A la abuela materna mi hermano y yo siempre le hacíamos muchas preguntas sobre su época: ¿Qué hacían, qué no hacían, dónde estaban, qué

pasó en ese entonces? ¿Por qué se rebelaban los Montesinos? ¿Dónde estaba la parte justa, la parte injusta? Siempre hemos sido muy preguntones.

El tiempo ha pasado muy rápido y una de las pocas experiencias vividas que yo recuerdo de mi infancia en la sierra es que siempre fui una niña con una gran emotividad. Recuerdo, por ejemplo, el enorme impacto que tuvo sobre mi imaginación la fiesta del Inti Raymi, que se lleva a cabo el 24 de junio en el Cuzco. Debe haberme chocado muchísimo la visión de la llama que mataban y luego su corazón que sacaban, porque nunca se me ha borrado de la mente.

También recuerdo la calera (donde se producía cal) que pertenecía a la hacienda de mi abuelo y que recorría montada a caballo –de costado, por supuesto– mientras alguien me cargaba. Yo era una niña de cinco, seis años y todo me parecía gigantesco, todo me impresionaba. Hasta el caballo era un monstruo para mí.

Mi padre trabajaba en una ciudad y luego en otra, y en otra. Por eso Adrián, mi hermano menor, nació en Madre de Dios. Y recuerdo como si fuera ayer, los carnavales en la selva. Hacía mucho sol, había muchos colores, mucha vida. Sólo recuerdo las cosas que me han marcado profundamente y me quedan imágenes muy vivas, muy, muy vivas. Mi hermano Augusto sí recuerda con mucha precisión cuando tenía dos, cuatro, cinco años, tiene una mente cronológica, mientras que yo no, nunca le he dado atención al tiempo. La vida se vive y lo que me queda lo guardo, lo almaceno en mi mente. Cuando mi hermano me pregunta: "¿No te acuerdas?", le digo que no, que no me acuerdo. Aunque yo sea mayor que él, mi mente no ha grabado, no ha registrado los mismos espacios que él. Recuerdo algunos detalles de mi vida, pero mi álbum de recuerdos es bastante limitado. A veces veo fotos de la familia de mi madre, de mi abuela, cuando mis hermanos eran pequeños, y me doy cuenta que se me habían escapado muchos detalles.

### **Una mujer no puede hacerle eso a su marido**

Con mi pareja hubo un momento en que las relaciones fueron imposibles. En ese tiempo yo me enfermé mucho y tuve que dejar de trabajar. Me puse tan nerviosa que no me podía controlar emocionalmente, era muy difícil porque siempre

guardaba la imagen de mis hijos en la mente. Los tenía que preservar de lo que nos estaba pasando. Era incapaz de concentrarme en el trabajo y sentía que perdía el control de mis propios valores. Me sentía culpable de todo, sentía que a Wilson lo había destrozado y yo me había hecho pedazos. A mi madre no le cabía en la mente que nos íbamos a divorciar. La sicóloga que consultaba me dijo: "Lo que pasa es que usted era como un gran..., como un *serveur*, que... ¡clac! Usted lo *desplogó*, lo desconectó, y el tipo murió. Se vino abajo, ¡*down!* ¡chao! Y entonces por eso usted se siente culpable".

A través de lo que era la religión, la psicología, todo lo habido y por haber, busqué una solución que me ayudara a ver qué hago, cómo manejo esta situación, cómo enfrento a mis hijos. Ellos habían decidido quedarse conmigo, definitivamente. Intenté tranquilizarme pensando que después de un año, después de dos todo pasaría, todo se calmaría.

Silvana iba a cumplir dieciocho años y fue el brote. Nosotros, como muchos padres, le habíamos comprado un REER, un fondo de ahorros para sus estudios. Y como ya me había estabilizado un poco, le dije a Silvana: "¿Sabes qué? Como vas a cumplir tus dieciocho años y todavía podemos pagar tu *college*, voy a llamar al banco y pedir que en vez de que nos manden ahora ese dinero, que lo cambien al año que viene, o al que sigue, porque el primer dinero va al padre, o sea, tu papá va a recoger esa plata. Así se podría juntar para cuando te toque la universidad, que va a ser más caro".

Habíamos ahorrado desde que Silvana tenía seis años. Cuando llamé al señor encargado de esos fondos, porque también lo había hecho para mi hijo Alejandro, me dijo: "Señora, ¿pero cómo, si usted ha cancelado todo?". Y yo negando esa afirmación. Él insistió: "Sí, eso se canceló hace casi un año". Yo no entendía porque la niña todavía no había cumplido sus dieciocho. "No, señora, todo ese dinero fue retirado", me dijo entonces. No lo podía creer. Confieso que lloré, grité con todas mis fuerzas. Pensé primero que nos habían robado. Como nos habíamos mudado en ese periodo de tiempo, algo había pasado. Aunque me dijeran que Wilson podía hacer muchas cosas, para mí, él no era capaz de eso. A mí me dijeron: "Y, ¿no crees que podía habérselo cogido Wilson?", y yo jurando que jamás. Que jamás él tocaría el dinero de sus hijos. ¿Quién

haría eso con su propio hijo? "¿Sería él tan perro de haberlo hecho? No, imposible". Entonces, lo llamé. Ya el diálogo entre nosotros era muy poco, muy mínimo, y le dije: "Wilson, mira, ha pasado esto. He llamado al banco para hacer unas gestiones y me dijeron que el cheque se cobró, pero es un cheque firmado por los dos, no entiendo". Luego le conté a Wilson que el encargado me había dicho que yo podía presentar un documento comprobante para que nos devolvieran ese dinero. Pero, lo peor de todo era que, como había pasado un año desde que se había sacado el dinero, ya no era la bolsa sino el ahorro de la bolsa, o sea que la bolsa ya se había perdido. Me explicó que si comprobaba eso pues podrían activar, volver a pagar y entonces, sí, íbamos a recibir lo que nos toca.

Wilson me respondió: "No hagas nada porque ese dinero era mío y yo me lo cobré". La única explicación suya fue: "Te quiero joder". Me costó aceptar que también sus hijos tuvieran que pagar ese precio. No me dejaba ninguna escapatoria: "¡Ah! Como a ti te gusta que la niña vaya al colegio privado, ¡mátate! ¡Ah! Como tú quieres que estudie en la universidad, ¡mátate!". O sea, así lo entendí yo.

A la niña le dijimos que hablara con su padre, pero... era imposible, y jamás, jamás. Él era un tipo noble, honesto, listo, la pecadora era yo. La basura he sido siempre yo. La que siempre se ha metido en mil y una cosas he sido yo. Él, ¡jamás! Era intachable, un hombre intachable. Me cortaba un brazo, me ataba la cabeza y yo decía: "Échenme a mí la culpa, porque él jamás". Y el colmo es que yo le entregué los famosos cheques a él. Porque todos los sobres que llegaban dirigidos a él, yo se los daba. Y yo nunca pensé que él haría eso con nuestra cuenta mancomunada. Jamás, jamás. Y lo hizo. Y no sólo hizo lo de nuestra hija, sino también lo de nuestro hijo. Hasta no supo calcular. En vez de esperar un año y quedarse con su dinero ahorrado, lo retiró antes de que se venciera. Silvana cumplía su contrato en abril y lo retiró en noviembre. Él retiró el ahorro, pero no retiró la ganancia.

A Silvana le dije: "Tu papá sacó todo el dinero". Él le dio una explicación: "Fue tanto el trauma que dejó tu madre que me pasé un año sin trabajar, y de qué comía. No tenía dinero para pagar mis gastos y me lo tuve que sacar". Para mí fue tan poco hombre que no dijo: "Silvana, estoy robando

los diez mil dólares que ahorré en ese tiempo. Que serían cincuenta mil cuando tú terminaras la carrera. Te he cogido los diez mil dólares, te puedo dar dos mil, mil, los voy a poner en una cuenta, porque como tu madre es tan mala y tan perversa, se los va a gastar. Cuando tú creas necesario, me lo pides o lo usas". Él no fue capaz de comentar conmigo lo que había hecho y cuando quise recuperar lo de Alejandro, ya no pude porque el señor me dijo: "Señora, el seguro ni bobo que va a devolver atrás". Lo de la niña fue una pérdida de cuarenta mil dólares, ¿Por qué los cobró antes? Como teníamos una cuenta mancomunada no era necesaria mi firma.

Sus valores humanos y su basura humana eran muy grandes. Él hizo lo que no debía. Y ahí quedó sepultado *forever, forever*. Ese día quedé sin culpas, sin remordimientos, sin nada. Yo le dije: "A partir de hoy, más nunca te dirijo la palabra, nunca". Cuando llama por teléfono y pide por Alejandro yo le cuelgo y él sabe que Alejandro no está. Y cuando el niño regresa le digo: "Alejandro, tu papá te ha llamado".

La única promesa que he hecho ante Dios es que si algún día estuviera enfermo, y como la única familia que tiene son sus hijos, habría que atenderlo. En ese aspecto no me niego. En el valor humano. Es decir, si estuviera solo o enfermo pues tendríamos que ir a atenderle, y tendría que hacerlo como una respuesta; al fin es justo. Pero, por lo demás, yo no tengo por qué hablarle. Porque si me quiso lastimar, lo hizo. Ahora a mí no me saca ni un: "¿Estás bien?", o "espérate un momento", o "¿sabes qué? La niña no está", o "el niño no ha llegado", o "tengo este problema". Nada, nada. Yo soy muy radical en esas cosas y como le digo a Silvana: "Tú has crecido a mi imagen, tú ves que yo te doy voluntariamente y no necesito que me lo quites. Pero cuando reacciono y digo que estoy dando en vano, y no sirve, no voy a dar más, se acabó". Tampoco soy loca, ni idiota...

Wilson es un tipo alto, fuerte, muy guapo, muy bien plantado. Emplea un léxico impresionante y habla de Dios por todos los costados, muy moralista.

Nunca le ha faltado el trabajo, pero se desestabiliza fácilmente y entonces deja el empleo para buscarse otro. Cuando nos divorciamos, él recién empezaba a estudiar en el *Collège Herzing* y dijo que yo le había quitado todo, todo, que lo había desactivado y por eso no

pudo continuar sus estudios, no pudo hacer absolutamente nada, porque lo enloquecí. No trabajó durante casi tres años que es el máximo tiempo de la ley y, para que yo no le pidiera nada, no declaró impuestos.

¡Chao! se desapareció. Él quería castigarme y cuando me empezó la urticaria causada por el estrés me dijo: "Lo que tienes es lepra, así Dios te cobra. Te está cobrando, estás pagando". Yo tenía tales traumas que cuando me ponía a discutir con él empezaba a enroncharme. Me ardía todo el cuerpo. Se me hinchaba la boca, los ojos, la cara, era una cosa que poco a poco se volvía más fuerte, más fuerte y más fuerte. Y yo no encontraba la manera de pacificar esa situación, no la encontraba. La verdad es que no sabía qué hacer, y cada vez menos, cada vez menos. Pensaba: "Esto no es normal. ¡Ay, Dios! Que no nos vaya a faltar algo económicamente". Fue un choque verme sin nada, teniendo que hacer una declaración algo parecido a la *faillite*. Me dejó desnuda con la idea de que en algún momento, desesperada, tendría que tocarle la puerta. Pero yo antes me muerdo de hambre. En realidad, éste es un país con soluciones, pude meterme en el *bien-être social*, por ejemplo.

Mi familia no lo supo nunca. Nunca, nunca. Acabé alojándome en un centro de mujeres maltratadas, donde estuve dos meses. Me ayudaron mucho. Me decían: "Un día a la vez, no te preocupes. De aquí, y en el peor de los casos, pues, si tu trabajo no te alcanza, te vamos a conseguir algo, y te va a ayudar el gobierno con una *assistance d'emploi*. Y te ayudaremos con la comida. Y, si hace falta, te puedes quedar aquí dos o tres meses, un año, si quieres".

Empecé una terapia para persuadirme de que el mundo no se había acabado. Pero fue muy duro, muy duro porque no podía dejar de pensar que alguien tan noble, como lo veía yo, fuera capaz de algo tan bajo, tan bajo. Después entendí que era puro cuento cuando decía que me amaba y que se moría por mí. Cuando él no estaba en sus ataques de violencia, yo le decía: "Si tanto me quieres, ayúdame, enséñame que yo vea que estoy equivocada. Y cuando veas que me he caído en esa pendiente, ayúdame a levantarme, porque si estoy tan equivocada, seguro que voy a reaccionar. Y te diré: Es cierto que estoy metiendo la pata, y volveremos a ser amigos. No me parece adecuado lo que hiciste. Me amargaste la vida pero heme aquí. La respuesta

de veinte años de conocernos. Pero no me pises, no me tortures, no me acabes la vida. Mira cómo me estoy enfermado, no puedo trabajar. No puedo concentrarme”.

Estaba casi loca, y no me podía concentrar. No podía hacer nada. No podía hacer nada. Hasta que, como yo digo, enhorabuena que se gastó ese dinero que finalmente fue una miseria. Enhorabuena que me dejó en la calle. Porque la necesidad me obligó a pensar. Yo me mudé a este apartamento vacío. No teníamos nada más que dos colchones mis hijos y yo. Antes le dije a él: “Cógetelo todo, llévatelo todo”. Él se quedó con todo y yo salí con mi maleta de ropas y mis dos colchones. No me importaba porque sabía que iba a encontrar trabajo. Sabía que me iba a levantar y tenía que sacudirme de esa vivencia. Pensaba: “Irma, te estás metiendo en lo que él quiere que tú caigas, hasta que le supliques”. Así empecé a despertarme.

Me mudé a una cajita de zapatos en NDG. Tenía sólo dos habitaciones y un comedor. Pero lo importante era tener donde dormir abrigados. Nos quedamos ahí como dos o tres años. Esos dos años transcurrieron entre llantos y sentidos de culpas y desgracias. Después, ya más despierta, empecé a decirme: “O te sepultas o vives”. Poco a poco, empezamos a recuperarnos. Trabajé más, me organizaba mejor. Hice de todo. De todo, de todo. Seguí trabajando en la clínica. La dueña me ayudó muchísimo, hasta me prestó dinero, me prestó de todo. Me ayudaba también con mi hijo Alejandro y me decía: “Irma, yo te he visto, hace más de diez años que te conozco. Te pasabas el tiempo diciéndole: ‘Te levantaste, ya saliste, ya te paraste, llegaste al trabajo’. O sea, a mí no me puedes decir lo que has vivido. Ya llevabas estas cosas, ya...” .

Ella y su esposo me ayudaron mucho. Me apoyaron cuando a Wilson lo metieron preso dos días, porque no sólo había amenazado sino que me había golpeado. Ésa fue la razón, la gota de agua que colmó el vaso para el divorcio. Porque, en realidad, nosotros teníamos muchos problemas. Pero el metro cuadrado que separa a una mujer del mundo externo jamás se justifica por un golpe. Y yo le decía: “Acuérdate que te dije que el día que tú me toques, ese día rompiste el hechizo. Porque aunque yo me sienta culpable o responsable, o te deba un millón de razones en la vida, el día en que me toques, así nada más, ese día yo me voy”. Siempre le decía lo mismo: “Yo

me voy. Y te dejo como sea, aunque me muera, aunque me tenga que volver a Lima, no importa”. Y dio la casualidad, como él decía, que fui tan inteligente yo que lo “obliqué” a golpearme. Porque él jamás lo había hecho. Para mí eso fue “ok”, la primera, entiendo. Ok, está bien, justificable. La segunda... ya empezó como a cogerle vicio. Pensé: No, yo no me voy a defender, no me podía defender porque él es un tipo fuerte y si uno se metía a pelear con él, terminaba como un cuadro en la pared. Así es que le dije: “Mira, vuelves a pegarme y puedes estar seguro que la policía va a estar aquí. Puedes estar seguro que no voy a volver a permitirlo”. La primera vez que me pegó entendí. Fue una primera cachetada, me la dio a la una de la madrugada, yo estaba dormida, con el niño al lado, porque ya dormíamos separados. Me dijo: “Me has engañado”. “Sí, te he mentado, es verdad. Sí, me lo merezco”. Pero un golpe no se justifica, culpable o no. Al día siguiente le dije: “Mira, sí, yo te engañé, te menté, no te dije lo que debía decirte, bien, pero no vuelvas a tocarme porque lo vas a pagar”. Y él: “Que no sé qué, que yo soy un hombre”. Y yo: “No te pongas en ese plan porque tú me conoces, lo poco que queda, lo vas a ahogar”. Por la tarde quiso pegarme otra vez. Me golpeó en los brazos y mientras yo trataba de cubrirme la vecina de al lado llamó a la policía. Cuando la policía llegó yo tenía marcas de sus manos en mi cara, estaba enrochada. La policía dijo: “No. Usted, señora, puede decir lo que sea, pero ésta es la muestra de la violencia; él se tiene que ir con nosotros”.

Para nuestras familias latinas eso era el crimen más grande del universo. Una mujer no puede hacerle eso a su marido. No tiene derecho a defenderse. Hasta mis propios hermanos me odiaron como tres años, diciendo: “Pobrecito Wilson, ¡qué le habrías hecho para enloquecerlo de esta manera! ¡Cómo la habrá pasado el pobre!”. Nunca se preguntaron lo que me había pasado a mí.

Después de que me dijeran que él iba a tener un *casier judiciaire* y que por mis hijos yo no podía hacer eso, fui a la policía a retirar esa denuncia. Fui y dije: “Sí, nos llevamos mal por un malentendido, pero yo no quisiera poner nada en su causa”. Y el policía que estuvo a cargo mío me dijo: “Mire, señora, por el bien de los hijos es mejor dejarlo. Porque si sale de aquí, o la mata o se mata. Nosotros lo vamos a detener dos días. Si lo dejamos salir ahora va a ser grave. No se

trata de saber si él la quiere o ha dejado de quererla. Él tiene su manera de amarle y, por esa razón, hay gente que mata. Hay gente que le mete dos balazos a su mujer y sin embargo la quería muchísimo. Malsano, insano, o sano, para él, así es el amor. Él pasa todo el tiempo diciendo: 'Pero yo la quiero, pero yo la amo, pero yo, pero yo, pero yo'".

Y eso fue el comienzo del mal momento, porque por ley nos separamos. Realmente la ley dijo: "A cien metros de distancia, no la puede tocar, porque la agresión física ha estado en medio, aparte de las demás cosas". Así se cierra ese capítulo.

A veces, para liberarse, uno tiene que pagar precios muy altos, muy altos. No fue nada agradable reconocer, al paso del tiempo..., porque es al paso del tiempo que uno se pregunta: "¿Me quería?". De los diecisiete años, diez hemos tenido una vida de perro y gato. Diez años de culpabilidades, diez años de tener que decir: "Pobrecito". Porque me daba pena. Sigo diciendo que es un tipo super bien, muy noble, muy sencillo, todos los muy que se quiera. Y me pregunto: "¿Esos diez años me han valido todo esto? ¿Lo merecía?". Cuando sucedió lo de los fondos de los chicos me pregunté: "¿Con quién estaba casada? ¿Lo conocí alguna vez? ¿Cómo me quería ver él? ¿Qué quería de mí?". No se conformó con quitarme lo poco que tenía. No se conformó con haberme hecho perder los trabajos, no se conformó con eso. Él quería aún más de mí. Simplemente me quería ver destrozada, agonizante, y decirme: "Yo soy el *superman*, yo recojo los despojos que quedan de ti".

A mi hija le dije: "Ya ves, dentro de mi 'egocentrismo', no estoy pidiendo dinero en la calle, no estoy pasando hambre. En cambio, tú papá vive arrimado en su apartamento con todo lo que teníamos ni puede sentarse. Vive en un *entrepôt* porque no tiene dónde meter lo que nos quitó. ¿Qué nos ofrece a nosotros? Nada. Él mismo no se puede ofrecer nada. ¿En qué trabaja? Cuando estaba conmigo, ganaba quince, veinte, veinticinco dólares por hora. Ahora, gana siete cincuenta, nueve dólares, quizás diez. ¿Qué hace tu papá? Es un valet de un aparcamiento de un hospital. Ése es el hombre que cuando vivía con tu madre era *manager* de veinte cosas y daba órdenes a diez empleados. Hoy es un parqueador. Eso es tu padre. ¿Qué te ofrece tu

padre? ¿Qué le puedo pedir, si no tiene ni para sí mismo?". Y siempre me pongo a pensar, si creo que existe un Dios justo, ¿quién está pagando la deuda de quién? Pero no es que me cobre de la vida, la vida se está cobrando en él todo lo que él quiere.

Ahora que ha venido mi madre en el verano y que él sabe de la existencia de mi pequeño Ethiel, es cuando ha empezado a colaborar un poco con sus hijos. A uno le pagó la inscripción al colegio, luego les compró los útiles, aunque sean de mala calidad. Por fin está dando lo que no daba desde que nos separamos. No daba, no quería dar. Un día, cuando Silvana se puso tan mal que él tuvo que llevarla al hospital mientras yo estaba en la agencia, entró en mi casa. Se habrá quedado asombradísimo porque él pensaría que dormíamos en el piso, entre unos cartones. Y le dijo a su hija: "¡Wow! Pero, ¿cómo ha logrado eso tu madre? ¿Qué ha hecho?". Yo, antes de que él viniera, le había dicho a Silvana: "Tu papá va a entrar y lo primero que te va a preguntar: '¿Y cómo pagó esos sofás?'. Tú tienes que decirle a tu papá que tu mamá no se prostituye, ni vende droga. Todo lo que se presenta en la vida lo negocia, todo. Todo, todo, todo". Y efectivamente, yo no me quedo ahí a decir: "Es que diez dólares me caen mal o que no me caen mal". Nunca. Como previsto, lo primero que le dijo a Silvana fue lo que me imaginaba. Porque habíamos dejado todo, todo, hasta el televisor. Todo eso es muy triste, porque uno, que quería intentar crear un mundo diferente, que creía que la justicia estaba de en medio, que no quería ver a la gente sufrir, termina preguntándose: "¿Por qué, cómo va a ser con tu pareja?". Mi madre y mis hermanos me decían siempre: "Si la inteligente eras tú, ¿qué pasó? Eso fue tu culpa, tú no supiste, tú no debías, tú tenías que haberle enseñado, tú tenías que haberlo educado para ti". Pero es que no estaba criando un hijo.

Un amigo mío de Vancouver me recordó un día: "Yo te dije que eso no podía durar porque Wilson lo único que hacía era seguir tus órdenes. Wilson nunca fue hombre, nunca vino a decirte: 'Mira, sabes qué, aquí, los pantalones los pongo yo. Yo soy el que responde por la casa'. Wilson era el perfecto esclavo tuyo. Para eso no había problema. Pero, como lo ves ahora, ahora no está haciendo nada". Él no encuentra qué hacer porque no sabe por dónde comenzar. Toda la vida vivió dirigido y ahora ya no tiene quien lo dirija. Dice que espera que yo regrese con él,

pero yo pienso que eso viene de sus concepciones: se casó una sola vez delante de la fe de un Dios y espera que yo tome conciencia de mis errores y de mis estupideces.

Yo siempre trato de respetar el mundo de los demás y a él nunca le he pedido nada. Quizás no supe realmente formatearlo o darle tales lecciones que habría hecho de él un hombre diferente. He tratado de averiguarlo todo y la gente me dice: "Bueno, él es el varón y, si bien es cierto que no hay sexismo aquí, la verdad es que usted tomó 360 grados y querer empezar a retroceder ahora, no se puede". En fin, yo quedé curada, quedé absolutamente consciente de que las deudas contraídas las pagué. Si le debía algo, le pagué. Ojalá estas experiencias contengan algún mensaje positivo para las miles de mujeres que estén viviendo lo mismo que yo. Uno no termina de saber realmente con quién ha vivido, qué ha vivido y qué es lo que le esperaba.

Nunca he comentado a nadie eso, nunca, ni a mi mamá, ni a nadie, a nadie, sólo les dije: "Nos divorciamos, nos divorciamos". Nunca quise que mi familia se pusiera a llorar por mi causa y dijera: "Qué pena, pobrecita", mientras que él iba a quejarse de todo. Gente de mi entorno me decía: "Pero yo no sabía que te habías separado de Wilson". Y yo: "Está bien. Sin comentarios". Porque... para qué, por qué. No cabe. Él se encargó de publicarlo en todos los lugares del mundo, queriendo que me dieran la espalda. Y con una parte así fue. "¿Cómo es posible Wilson, pobrecito, incapaz, un niño tan bueno, tan lindo?".

Por supuesto, toda mi familia quedó en contacto con él. Mis tías no me hablaban por su culpa. Mis primos no me hablaban porque yo le había hecho daño a él. Mi madre, cuando llegó ahora para ayudarme con Ethiel, salió a verle a la puerta, lo abrazó y luego entró llorando: "Pobrecito –me dijo–. ¿Te acuerdas que vino a la casa con diecinueve, veinte años, tan joven y que fue el hombre que te ha querido? Que nunca miró nada, siempre te quiso como eras". Mi mamá siente todavía el choque de la separación. Para ella, yo era una niña enferma y él me había tomado sin mirar mi *handicap*. Y ella recordando: "Tanto que él te quería y decía siempre: 'Yo no me enamoré de ella por su cara sino porque era una mujer inteligente. ¡Cuánta gente tenía a su alrededor!'".

Es cierto, es la ley de la compensación, la naturaleza te da otros dones. Siempre fui una

persona que llamaba la atención. Te digo, intelectualmente, Dios me permitió hacer algunas cosas. Tampoco era ni un gran erudito, ni una enciclopedia andando, pero era una persona que remarcaba sus pasos en el colegio, en mis actividades y en las cosas que hacía. No pasaba desapercibida. Quizás por la necesidad de tapar otra cosa. Yo no digo que no, pero nunca lo he visto como un... o sea hay gente que va en silla de ruedas, hay gente que tiene poliomielitis y ha sobrevivido. Como este gran hombre, el inglés Stephen Hawking, descubridor de los astros y de las cosas, este que no puede ni hablar, y que se ha hecho un tipo famoso en el mundo entero.

Hay gente que vive con esa historia, mi mamá lo veía desde otro punto de vista y por eso me decía: "Él que te quiso tanto, qué pena que dice que sí, que es tan buen espíritu y que está dispuesto a ayudarte". Y yo: "Ok, está bien. Mira, mamá, nadie te puede prohibir que lo trates". Pero mi mamá no ve el cheque que él manda cada mes; mi mamá sigue diciendo hasta el día de hoy: "En tu lado inconsciente, pues, sigues siendo tú la culpable".

Con mis hermanos ha sido peor. ¡Waj! Ni que digas. El único que ha estado conmigo es el que vive aquí, Augusto. Él siempre decía que Wilson era un papanatas. Contaba que cada vez que salíamos a comer, a la hora de pagar, Wilson se metía al baño. Toda la vida, cuando íbamos de excursión con los niños, él se enfermaba. Siempre que había que hacer alguna cosa, siempre era Irma la que tenía que hacerla. Mi hermano lo decía porque él lo había vivido en carne propia, no porque yo me hubiera quejado.

Los demás hermanos se peleaban constantemente con Augusto, y yo le decía a él: "Augusto, yo me casé con él, no contigo. Déjalo ahí, no te molestes, si no te pido nada". Y venía a hacer sus escándalos. Y yo: "Es que no está enojado contigo, negro, guarda distancia. No te metas, ignóralo, no le digas nada, en realidad no es tu problema. Déjalo". Nunca permití que se entrometiera en mi vida, pero él era el único que sabía de esa otra realidad porque Wilson, como imagen, es un llavero precioso. Un llavero precioso.

El día que un amigo mío que vivía cerca vino a la casa –porque yo le pedí ayuda– le dije: "Tengo problemas con la policía, Wilson me ha pegado, me estoy escondiendo dentro del apartamento,

¿puedes venir?”. Y en seguida vino y llamó también a mi hermano Augusto, pero mi hermano le contestó: “Está bien que le haya sacado al diablo, está bien porque ella se lo buscó, pues”.

Mi amigo me lo contó y venía horrorizado: “Te ayudo. Yo te he visto, estabas en tantas cosas, aunque seas culpable, tu hermano tiene que pedirte perdón”. Pero, nada. Para ellos era yo la responsable, la culpable y, de cierto modo, quizás pueda tener la culpa. Cuando me fui al centro de mujeres, mi hermano me fue a buscar, me llamó porque estaban todos molestos conmigo. Después de unas tres semanas, me dijo: “¿Qué pasa?”. “Nada, estoy bien, estoy bien”, le contesté. “Ah, bueno, tú eres la culpable, pues carga con tu bulto”.

### **Al mes estaba saliendo con Wilson y a los tres meses ya estaba casada**

Wilson estudió con nosotros en el colegio secundario en Lima y, por supuesto, siendo mayor estaba más adelantado. Él fue compañero de mi prima, la mayor. Wilson es muy bien parecido. En ese tiempo, yo estaba en cuarto de secundaria y él era el acompañador, *date* perfecto de todas las jóvenes. Un tipo físicamente muy impresionante. Una de las mejores caras de la época. Cara bonita, cuerpo bonito, trato muy educado, muy amable. Wilson estaba loco por casarse con mi prima y siempre la acompañaba, iba a fiestas con ella. Cuando yo terminé la secundaria él fue mi *date*. En ese tiempo yo salía con su hermano. Yo era muy callejera, bailaba mucho, era muy amiguera, muy, muy amiguera. Siempre fui muy amiguera. Y siempre fui amiguera de hombres.

Era un mundo muy diferente, muy, muy diferente al que yo tenía. Wilson no estaba ni a un millón de distancia de mis posibilidades porque era demasiado racional, demasiado pegado a su iglesia, a cosas que no venían conmigo. Yo era muy alocada, muy extrovertida, muy juguetona. Un día me encontré con él en la calle. Estaba recién salido de la escuela de policía: “¡Uy! Y eres policía y qué ja ja ja”, yo así muy coqueta. Me deshacía en coqueterías. Y él: “¡Ay! Mira y, ¿cómo está tu prima? Y tú, ¿cómo estás? Qué gusto de verte”. Me preguntó también por mi enamorado y yo llorando le contesté: “Si acabo de pelear con él y estamos en el *fighting* de siempre”. “Te voy a visitar mañana”, me dijo.

Wilson era conocido de mi familia desde hacía mucho. El día que me visitó me preguntó por Ruthy, por Juana y no sé por quién más y yo le dije que todas se habían casado. Al mes estaba saliendo con él y a los tres meses ya estaba casada. Realmente casi no lo conocía. Lo conocía sin conocerle. Sabía que era una persona muy honesta, que tenía muchos atributos. Esto no se lo puedo negar. No sé qué sucedería, hemos durado diecisiete años casados, pero más descasados que casados realmente.

Nos casamos de la noche a la mañana. A mi mamá le avisé dos días antes. En ese tiempo, veinte años ya era muy tarde para no estar casada. Estaba fuera de moda y había que cumplir con un rol. Además, a mi casa ningún muchacho podía entrar porque mi mamá era muy estricta. Ella decía: “El que entra aquí a tu casa será para sacarte casada”, y toda esa tragedia de la filosofía nuestra. Y yo era muy cumplida.

### **Y quizás eso es lo que ha hecho de mí una mujer sólida**

Las lecciones las aprendí con bastante facilidad. La vida se encargó de mostrarme que tenía que aprender. Felizmente, aquí estoy, completa, todavía tratando de encontrar una salida, ahora que me están hablando de asuntos de política y esos cuentos. Se aprende, y a veces la vida es sabia porque te da unas lecciones que tú nunca hubieras imaginado aprender.

Una de las cosas que siempre me han traumatizado es que nunca quise ser una mujer divorciada, nunca, nunca. Yo imaginaba todo, pero jamás que iba a separar mi matrimonio. Hasta que se dio. Y luchaba contra eso, pensaba: “¿Qué explicación me daría? ¿Qué explicación les daría a mis hijos? ¿Qué diría yo a la madre naturaleza como tal?”. Yo, casada, no imaginaba que podía descasarme. No, ya no es más un dolor, no es más un llanto, no es más nada.

Yo creo que todos son elementos que nutren, y quizás eso es lo que ha hecho de mí una mujer sólida. Porque así logré ser casi como una Margaret Thatcher. Mis hermanos dicen que soy de fierro. Que soy de metal. Que soy una bestia para calcularlo todo, para razonarlo todo. Es verdad. Soy muy sentimental en algunas entregas sociales, no me importa dar si es que es

voluntario... como he dicho siempre. Pero también hay otras cosas, que te vas cuidando, que vas limando, que vas entendiendo que no te tienes que implicar como lo hacía antes. Se me han despertado instintos de autodefensa de 250 por ciento.

Hoy es difícil que alguien me haga caer en una trampa. Por ejemplo, yo trabajo con una comunidad cubana que es 250 por ciento hipócrita y soy consciente de eso. Se trata de la Caravana para Cuba en la que colaboran varios *québécois*. Uno trabaja para ayudar a un pueblo, pero no sabe si la gente lo agradecerá o dirá "vete con tu basura". Así es como he llegado a entender que tengo que dar lo que quiero dar. Ya me he adaptado a lo peor.

No ayudo a los cubanos para que sean mis mejores amigos, compañeros para el resto de mis días, los ayudo porque creo que lo merecen y que, como cualquier ser humano, que sea delincuente o no, bueno o no, merecen una oportunidad en su vida. Pero, desgraciadamente, son gente que carece de ciertos valores. Sin embargo, algo tengo que hacer por ellos, algo cambiaré. Uno por ciento o cero punto cinco por ciento, pero algo. Y a mí me preguntan: "¿Tú no te das cuenta?". Yo le digo a mi amiga: "¿Tú crees que yo no sé lo que significa una pasta dental?". Ponle la cosa ínfima, mínima, pero yo sé lo que significa una pasta dental. Me encanta que me pregunten: "¿Tú crees que me puedes traer...?". Sí, me encanta, me encanta, son porquerías, un paquete de máquinas de afeitar de tres dólares. Cuando le conté a un amigo cubano sobre el proyecto de tener a Ethiel, me dijo: "Irma, me caso contigo, y yo te hago el hijo si quieres". Yo le dije: "Mira, si necesitas que te ayude, no tienes que acostarte conmigo, ni hacerme el hijo que yo quiero. Yo te ayudo, si quieres. Pero dime: 'Irma, yo quiero que me ayudes'. Dímelo en mi cara. No me estés invitando a emborracharme aquí, que no tomo. No me estés invitando a conocer tu *penthouse*, porque no vine a buscar hombres. O sea, yo te ayudo con mucho gusto, te conozco hace como siete años y no necesito que aparentes lo que no sientes". No supo qué contestar, sólo dijo: "Ésa es Irma, pues, porque Irma es así". Y luego añadió: "No, yo siempre me he llevado bien contigo y a mí me encantas, yo creo que podríamos hacer una bonita pareja". ¿Por qué no? "Quizás –le contesté yo–. Pero, ¿sabes cuál es el problema? Que yo no creo en tu gente". Creo que si tenemos una amistad tan

bella es porque tuve valor de decirle: "¿Tú crees que si me vas enamorando, vas a conseguir algo de mí? Definitivamente, el enamorarme es un mal truco. No te conviene. Mejor es que me digas somos amigos de verdad y que unas veces eres bueno, otras malo, que te sirves de los trucos de mi sociedad y que necesitarías que yo como extranjera te ayudara. Yo no me voy a negar, fíjate. ¿Quieres que te firme los contratos? ¿Quieres que me muestre como tu novia del extranjero? Yo no tengo ningún problema porque no tengo taras de ninguna naturaleza. Si quieres, perfecto, lo hacemos, pero dime en mi cara: 'Irma, yo quiero esto'". Y él me dice: "Irma, tremenda mujer que eres, es que eres la mejor".

Entonces, se puede producir un cambio, que hay gente que aprende a mirar a la cara, con sus papeles negativos, inclusive. Porque sabes que él va a sacar ventaja, lo sabes, pero tú vas a sacarla más. Nos hemos vuelto amiguísimos, amiguísimos. Cuando yo voy, iba –porque ya desde que Ethiel está no viajo– cuando iba a La Habana, era consciente de que yo era su "novia" en el exterior. Hacía el papel de novia y lo hacía muy bien. Es un tipo excelente para el trabajo. Una mina de oro. Es casi como un director de una de las mejores cadenas hoteleras del país. Hace el dinero que quiere, es de las pocas personas en Cuba que no puede justificar de dónde viene su dinero. Para Cuba, no puede tener dinero. Entonces para él yo soy como una beca, un diploma. Yo sé que soy su diploma. Uno piensa, bueno el tipo hace esto para justificar que tiene una buena camisa o un buen par de zapatos. ¿Pero de qué sirve todo esto? Uno aprende a conocer a la gente. Y a explotar un lado positivo, no necesita más ser hipócrita.

A una cubana de sesenta y pico de años, amiguísima, le dije: "Tú vuelves a mostrarme las cosas de esa manera y yo más nunca vuelvo a tu casa y se acabó el problema. Como tú, hay nueve millones de personas en este país y, como tú, hay veinte millones de personas en el mío que están esperando. La necesidad no es sólo tuya. Entonces, estemos de igual a igual. No hables a mis espaldas. Yo lo siento, yo volteo y sé incluso lo que estás pensando. Y no me gusta. Le dije un día: Lo que te mando, no me lo estoy quitando, lo encuentro botado, me lo regaló la gente, es lo que no quiere mi hija, lo que voy a botar, o sea, no me duele traértelo, no me cuesta. Lo hago con mucho gusto. Y si me lo recibes con cariño, más gusto me da. O sea, lo encuentro una obligación mía.

No porque me obligas. Claro como el agua. Hasta el día de hoy, amiguísimas, *forever*, no hay problema. La gente es hipócrita porque cada cual trata de cuidar de que le regales un café, un cigarrillo, o sea, todo el mundo aspira a merecerse un favor. Por lógica, les toca ser hipócritas. Pero cuando uno saca una migaja de esa hipocresía ayuda a vivir en un mundo mejor. Así pienso. Y así he logrado conmigo misma.

### **Mi hijo Ethiel es el último broche de la página de mi vida**

Mi hijo Ethiel es el último broche de la página de mi vida. Ha sido un *vouloir ne pas me sentir toute seule*, yo creo. Ethiel fue un fruto de la circunstancia de querer ser madre otra vez, aunque todavía no estaba totalmente lista. Hice unos viajes a Cuba para evitar las investigaciones de aquí respecto de tener un niño por inseminación. Además buscaba mi modelo de hombre. Sobre todo, desde el punto de vista psicológico. Un amigo me hizo ver que en realidad yo buscaba un semental. Y era cierto, porque yo no quería que me reclamaran después los derechos de paternidad, porque un niño es una propiedad. Así fue como decidí hacerlo por mi propia cuenta, a mi gusto. Y ¡voilà! Aquí está Ethiel.

En la opción paternal yo exigía ciertas cosas: por ejemplo, yo no quería que fuera muy distinto a mí. Quería que fuera más o menos mestizo, que no fuera ni cholo, ni chino, ni negro, ni nada de esto. Cuando encontré el modelo resultó una persona muy agradable, un deportista, hacía una especie de karate, no me acuerdo bien. Era una persona que enseñaba, era tercer dan. Entonces cuando yo vi su insignia supuse que era una persona con ciertos valores. Probablemente, capaz de controlar sus emociones, que debía de tener quince años en esa carrera y que desde muy joven había sido educado en esa filosofía. Me interesó más por ese lado. Entonces pedí más informaciones sobre él y luego me las arreglé para conocerlo sin que él lo supiera. El tipo lindísimo; una persona muy guapa, muy bonita, no muy alta, normal. Tenía la piel muy tostada, pero se veía que era blanco. Los ojitos verdes, ligeramente, y un bronceado de playa. Era taxista. Yo lo fui a conocer aunque era prohibido hacerlo, pero para esto existe la influencia. Entonces yo le pregunté a la psicóloga si lo podía conocer y ella me contestó que era imposible.

Se prohíbe porque uno puede hacer una denuncia reclamando la paternidad. Como yo insistía ella me dijo: "Te voy a conseguir su dirección pero, eso sí, palabra de honor que tú te paras en la esquina, tomas su taxi, y no le hablas ni una palabra sobre el tema".

Fui a conocerle y me acompañó en su taxi todo un día. Me llevó para aquí, me llevó para allá y como conversamos mucho terminó por no cobrarme. Me dejó incluso un papelito con su teléfono y me dijo: "Cuando tengas llámame y conversaremos de nuevo, porque la vida nos ha puesto frente a frente".

Me explicó cosas sobre las filosofías orientales, descubrí cuánto le gustaba pensar, qué pensaba de la vida, de las cosas, que nada era en vano, que todo tenía un propósito y qué sé yo. Eso ocurrió al inicio de mis investigaciones, porque había seleccionado a tres personas en el álbum. Pero él me pareció divino. Divino, divino. Días después lo volví a llamar. Fui a verlo a su otro trabajo, donde enseña una técnica que se llama "el hombre araña" o una cosa así, "la araña". Me invitó a ver su tablero. Su exposición estuvo muy bien. Fue como un imán. Mas aún, yo no creo en el cubano que te invita a tomar un café, etc.

Una amiga me advirtió: "Irma, ¡lo agarraste de una!". Me di cuenta de lo que pasaba y me dije: "Irma estás cayendo en la trampa de los cubanos. ¡Cuidado!". Y corté allí la relación incipiente. Nunca más lo vi, ni lo llamé ni nada. Pero con el padre de Ethiel fue una cosa muy linda, es una persona bellísima y espero que mi hijo saque algo de ese hombre.

En el caso de Ethiel yo pienso que él va a crecer con su verdad. Yo digo: si él me conoce como soy, como pienso y como amo las cosas, él va a saber que es fruto de mi deseo absoluto y que no quise que tuviera una propiedad. Puede ser que en el futuro decida decirle: "Vas a tener un padre o tienes un padre". De aquí a un año y medio calculo que definiré mi vida y se lo diré.

### **Hoy soy sólo mamá**

Hoy soy sólo mamá. Hace tres años que sólo estoy en lo de las agencias de viajes, el turismo. Trabajo con una agencia que está en sociedad con una dominicana que es la socia principal, porque es la que ha puesto la mayor parte del

capital. Uno de los mercados que mejor conozco es el de Cuba. Estamos organizando un turismo guiado que ya se ha hecho con la República Dominicana, que es otro de nuestros campos fuertes. Trabajamos con todas las partes del mundo, pero más que todo con los países del mismo idioma. En la agencia, la única que habla los tres idiomas soy yo. Las demás solamente hablan francés o español. Tenemos una oficina muy grande y muy bien equipada cerca del metro Jarry.

Hubo un tiempo en que me he dedicado a la fiesta que organiza cada año la Asociación peruano-canadiense en el parque Jeanne Mance. Era la coordinadora de casi todas las actividades organizadas por el departamento de comunicaciones y relaciones públicas de la Asociación. La organización de esa fiesta me consumió muchísima energía, me tomó casi seis meses de trabajo. En el verano pasado, en el mes de julio, participaron unas seis mil personas. Es una de las fiestas más importantes, muy, muy típica. Mientras me involucraba en su organización, yo no hacía contabilidad ni nada para la agencia de viajes. La agencia estaba muerta. Hemos tenido muchas bajadas porque como se dice: "Al ojo del amo engorda el caballo".

A raíz del nacimiento de Ethiel, y de la situación económica en la que me encontré con la agencia, decidí retirarme de la organización y colaborar desde afuera. Era una actividad no lucrativa, que me llenaba por todo lo que implicaba.

Las pasiones sociales son parte de mis *hobbies* y siempre van en concordancia con mi trabajo. También en la agencia de viajes sostengo relaciones con muchas personas que colaboran con la Asociación, como es el caso de "Cubana", "American", "Air Canada" y como soy un *partner* de ese grupo, pues saco provecho para otras cosas.

El trabajo con las asociaciones tiene múltiples facetas: la Asociación peruano-canadiense está trabajando en coordinación con la "Caravana" pro Cuba. Son tres o cuatro grupos *québécois* que se juntan para ayudar a ese país que sufre el bloqueo. Estamos muy vinculados con ese tipo de trabajo. También hemos ayudado a otros países como Guatemala y El Salvador. Porque son destinos muy frecuentes de la agencia. Eso es un poco la mixtura entre el trabajo obligado y el social.

El trabajo social es parte de la vida de uno. Muchas veces es más lo que te quita que lo que te da económicamente. A mi llegada, me involucré con el Servicio Internacional Humanitario dirigido también por un peruano. Pertencí también al grupo de Green Peace. Estuve trabajando en medio ambiente con Toronto. Éramos tres latinos: dos mujeres y un varón. Siempre he tenido una vocación social, siempre, siempre, siempre. Pero en ese tipo de actividades, hay que tener con qué comer porque estos trabajos exigen gastos personales; los transportes y otros similares salen de tu bolsillo. No puedes quitar el pan de la casa, así no funciona. No falta gente con deseo de hacer este tipo de trabajo pero hay que ganarse la vida.

El vicepresidente de la asociación me comentaba que no deberíamos tener problemas de dinero, que deberíamos decir que acabamos de llegar de Japón, de Haití, de tal o cual comisión y no estar pensando: "Me olvidé de pagar el teléfono o no me alcanzó la plata para hacerlo".

A propósito de eso, me he preguntado si éste es el tercer mundo o qué. No, estamos en el primer mundo. Lo paradójico es que en el tercer mundo se te facilitan los medios para conseguir tus metas. Es increíble, increíble pero allá se recibe ayuda del exterior, del primer mundo, con mucha más facilidad que aquí mismo. En el primer mundo tu colaboración social depende de tu potencial económico, no queda otra. Allá dices: "Voy a hacer tal cosa", y las oficinas del norte de América te mandan todo lo que tú necesitas. No tienes que sacarlo de tu bolsillo. Aquí hay una actividad y tienes que pagar tú la entrada; aquí hay una cena con fulano, tienes que pagarte tú los tiquetes para colaborar. Para mí, cada semana representa como ciento cincuenta dólares cubrir mis trabajos sociales.

Hace poco, a través del partido del PQ, invitaron a una pareja de latinos a participar en un organismo dedicado a observar el trato de la sociedad quebequense hacia los latinos. Interesante, muy interesante, asistí a nueve charlas. Pues, por mucho que es un país con grandes cualidades, existe discriminación, lapsus con nuestra raza. Es que en el PQ no hay nadie que nos represente, nadie. Si bien ahora están mejorando, están aceptando alguna persona de cada grupo étnico, pero no es suficiente.

He estado tentada de participar, incluso me han citado, y yo me he negado a asistir porque me apasiona tanto que sé que no voy a dedicarme a otra cosa. Soy una persona de cuarenta y pico de años y sé lo que quiero.

Finalmente, dije: bueno, que me esperen un año y medio. En año y medio Ethiel va a estar caminando, comiendo solo, yendo al baño, etc. Mentiría si dijera que no tengo ambiciones. Lamentablemente, no es el momento para hacer eso. Además, me gusta ser mamá, estar con mi hijo. Por el momento tengo que estar con él.

Es complejo porque, como mi profesor de filosofía me decía, "el político no es ni hombre ni mujer". El político no puede ser madre porque entonces se produce esa ambivalencia que tengo hoy. No puedo dedicarme a mis hijos tan bien como quisiera. No puedo dedicarme a nada como quisiera.

Como la asociación sólo tiene dos años de vigencia, mis amigos temen que cuando yo quiera entrar en función ya no será tiempo. Dicen que si yo entro ahora, costará sacarme y así lograré subir solita, con el peso natural de mi trabajo. Yo no sé. Dios dirá, digo yo. Y el tiempo también dará su respuesta. Si cerramos la agencia, si pierdo este trabajo, pues, ni modo, tendré que hacer otra cosa. Pero por ahora me conformo con estar un poco en casa, hacer un poco de todo y nada, estar siempre inmiscuida en las cosas que me involucran en la sociedad cultural y socialmente, y más nada.

Los *québécois* que tratamos a través de la agencia o a través de la clínica son todos aquellos que van a venir a querer conocer lo nuestro. Un gran porcentaje habla español y quieren conocer Cuba, quieren conocer el Perú, quieren conocer otras actividades. Nosotros los invitamos a participar con la Caravana proCuba. Queremos convencer al canadiense que vale la pena que conozca nuestra cultura. Ese es uno de los objetivos de la agencia de viajes. Por otra parte, estamos organizando una presentación de pintores latinos con dos o tres fotógrafos *québécois* y dos o tres pintores canadienses. Ya hemos montado una exposición de fotografías de desnudos de un mexicano que se dio en la antesala del cine de la ONF. Ahora tratamos de hacer intercambios con otro tipo de artes (arte óptico, esculturas, etc.). Por ejemplo, son pocas

las personas que han tenido la oportunidad de ver cómo se hace el trabajo de la arcilla en América Latina. Aquí hemos podido contratar a un escultor peruano que trabaja la arcilla y le hemos ofrecido que haga una exposición. Queremos que la municipalidad apoye estas actividades.

Mis hijos son perfectamente bilingües, más identificados en inglés. De hecho, su educación se ha hecho más en inglés que en francés. Lo que les cuesta trabajo es su inserción con mi mundo. Dicen que nosotros hablamos mucho y que es puro blablablá. Silvana, por ejemplo, recién comienza, desde hace unos tres años, a tener interés en la música, el canto, la comida, el baile nuestro. A Alejandro le cuesta sostener una comunicación muy larga en español, siempre trata de pasar al inglés. En cambio, ellos me enseñaron el inglés para que sus compañeros no se burlen de mí cuando hablo o ven que no entiendo una cosa. A veces, Silvana me acompaña para que participe en lo de los jóvenes. En el momento se emociona pero no tiene la fiebre que yo tenía a su edad.

### **A mí no me molesta que lo bendigan a los cuatro vientos**

Respecto de la religión, yo soy un producto híbrido que rechaza todo tipo de fanatismo. Es posible que haya influido mi educación social. Creo en un Dios absoluto, un Dios justo, un Dios de amor. No suelo ir a ninguna iglesia en particular pero me encanta visitarlas todas. Cuando me siento sola y que me invitan a tal lugar, no tengo ningún problema para ir. Sueño con un mundo sin parámetros, sin fronteras, en el que el espacio mental no tiene límites. No es realmente decir que porque eres judío, o porque eres musulmán tus amores por un mundo pueden cambiar. Entonces eso hace un choque con mis hijos, por ejemplo, que yo cada mañana diga —es un hábito—, Alejandro no se puede ir si no le he dicho: "Que Dios te acompañe, que Dios te bendiga"; los miro desde el balcón. Tiene que ser así. Con Silvana, igual.

Pero hay una contraparte: mi exesposo es muy similar a mi madre. Y mi madre es extremadamente extremada y pienso que eso conduce a la confusión. Creo en la libertad. Con la educación que he recibido, debería quizás sentirme mejor asistiendo a un oficio en el oratorio St-Joseph, pero siento que es mentira y no me apetece ir más que de vez en cuando.

Hay veces en que entro a una iglesia y salgo llorando. Sí, creo que cuando uno aprende a conocer un poco los textos bíblicos, donde Jesús dice: "Esa piedra es tu iglesia. Sobre esto hay que edificar... Sobre la nada está hecho". Si sobre la nada está hecho, yo estoy hecha de la nada, yo soy un fruto de la nada. Entonces, yo voy a edificar en esto, esto soy, eso es la iglesia: el amor a la gente, el trabajo, el hacer las cosas sin esperar una compensación, el no robar, el no matar, el no desear mal a nadie. Para mí eso es una iglesia. Ésa es la pasión que tengo: elegir.

Cuando Alejandro va a la iglesia con su padre, los sábados y domingos, me doy cuenta que él regresa más mustio. Y como le digo, a mí no me interesa una persona incapaz de decir: "No quiero, no puedo", por temor a Dios. Para mí, Dios es un Dios de amor, es un Dios justo que no tiene por qué castigar. Al final, mis hijos han crecido más a mi forma de pensar que a la de mi madre o de mi exmarido. Dios los ama, no pueden tener duda de que los ama porque todos los días lo escuchan de mi boca. Todas las mañanas y todas las noches les digo que existe un Dios perfecto que los cuida y los protege y que nunca se va a vengar. Les digo que no tienen que temer el momento en que los va a castigar si es un Dios de amor. Que sí te disciplina, que sí hace ciertas cosas, así es como yo interpreto mi propia religión.

Un amigo mío me dijo hace poco: "Quiero que lleves a Ethiel a mi iglesia para que le den la bendición". A mí no me molesta que lo bendigan a los cuatro vientos. No me molestaba para nada. Pero constato que cada doctrina tiene sus propios reglamentos y yo estoy un poco en contra de esto. Siempre me pregunto por qué debería de ser así. Me parece que las puertas del mundo deben estar abiertas al que quiera entrar. Pero en vez de eso, uno va y si no se bautizó, pues, no lo aceptan en la comunidad. ¿Es eso lo que yo quería realmente en la vida? Creo que no.

Yo no sé de dónde saco mi fuerza pero, hace poco, unos amigos me preguntaron si yo bebía cada mañana un vaso de hierro porque dicen que nunca me han visto llorar. Sólo lloro cuando veo en la televisión a niños del África que mueren de hambre. Mis depresiones son de tres, cinco minutos. A veces, sí me siento sola. Tengo tantas cosas que me esperan que ni tomo tiempo de comer como quisiera o de atenderme a mí misma como quisiera. Es cierto que últimamente me he

descuidado mucho. Pero pasará. Mañana será otro día y llegará el momento en que volveré a mi sitio. Yo no soy de las personas que miran cada tropiezo para morirse. Me tocó, *that's it*. Creo que es positivo en sí. La vida es demasiado maravillosa y me estimo muy afortunada comparada a millones de desafortunados. Eso no impide que a veces me pregunte qué será de mí mañana, o qué será de mis hijos. La incomunicación con mi exmarido, la falta de diálogo hace que me preocupe por ellos. Porque a él no le puedo contar ni decirle: "Mira, me gustaría que tomaras este espacio". Y como yo no me puedo sustituir al padre, entonces, le digo a mi hijo: "Alejandro, tienes que ir con tu papá. Tienes que estar con tu papá". Porque lo que va a aprender de mí, por muy fuerte que sea, es siempre del lado de las mujeres. Y con Silvana, igual. Estoy convencida de que lo necesita.

Yo creo absolutamente que las experiencias que se viven son positivas, aunque haya dolor. Toda experiencia enriquece. Yo no me arrepiento ni de haberme casado ni de haberme divorciado. Nadie me obligó. Lo hice porque quise y ahora no tengo por qué lamentarme. Además, tengo dos frutos hermosos, ¿por qué voy a pasarme la vida lamentándome? Mis fracasos, mis errores sí que me duelen como a cualquier ser humano.

Hace poco un amigo me dijo: "El problema contigo es que tienes una supremacía sobre las cosas. Tú lo haces por supremacía", y no es verdad. Quizás sea cierto que en algunas cosas me impongo demasiado, pero no veo por qué tendría que permitir que me usen. Con esa caparazón, he logrado que nadie se meta en mi vida privada. Ése es mi espacio y no soporto que nadie me juzgue o me tengan lástima. O sea, yo le dije: "Como siempre fuiste mi jefe es ilógico que yo te quiera dar órdenes". Hay una jerarquía, hay un espacio, pero eso no indica que yo no tenga cerebro. Yo me someto a lo que... digo bueno sus órdenes fueron éstas, ¿tú qué opinas sobre este tema? Yo no estoy de acuerdo. Pero tú me dices las órdenes y ya está, chao. Entonces él me casi gritándome: "Mira a tu hijo: eso muestra que tú tienes esa tendencia a aplastarlo todo". Dije: "Quizás". Quizás sea verdad. El me dice: "Es que tú tienes una supremacía sobre las cosas y tú quieres que sea así". En mi vida al menos sí, en las demás no sé. Será por eso que cuenta conmigo, ¿no? Porque si yo estuviese para llorar igual que los demás no contaría.

**Ama suway, ama llullay, ama qillay**

Yo creo como mi papá en las cosas justas, en los valores de la gente serrana que tiene como lema ama suway, ama llullay, ama qillay, que quiere decir: "No robes, no mientas, no seas ocioso". Mi papá decía que una vez que los indígenas se inclinaban a la tierra y le decían al sol ama suway, ama llullay, ama qillay , entonces se sentían felices.

Y no había necesidad para que se fueran a pelear por una suma de dinero. Bueno, las cosas se aprenden de cuatro mil años atrás. Y allí es como realmente la vida ha dado su forma y creo que gracias a esos valores me siento cada día más tranquila. Alguna vez con unas angustias normales y humanas.

